

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CANARIAS  
en la  
BRECHA

EL GABINETE LITERARIO

DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



## CANARIAS EN LA BRECHA

es un compendio de historia militar que llena un hueco bibliográfico importante.



## CANARIAS EN LA BRECHA

ofrece una descripción somera de la situación del Archipiélago en la época prehispanica.



## CANARIAS EN LA BRECHA

se refiere principalmente a la conquista y a las vicisitudes que el Archipiélago ha sufrido a consecuencia de las guerras que se han desarrollado cerca de él.



## CANARIAS EN LA BRECHA

está escrito con pleno conocimiento de la situación presente, y desde un mirador incomparable para dominar la situación pasada.



CANARIAS, EN LA BRECHA

<b>BIBLIOTECA UNIVERSITARIA</b>
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
N.º Documento <u>199810</u>
N.º Copia <u>298375</u>

# CANARIAS EN LA BRECHA

COMPENDIO DE HISTORIA MILITAR

ESCRITO POR

Carlos Martínez de Campos y Serrano

DUQUE DE LA TORRE Y CONDE DE LLOVERA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CAPITAN GENERAL DE CANARIAS

Y JEFE DE SUS FUERZAS DE AIRE, MAR Y TIERRA



EL GABINETE LITERARIO  
DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

OBRA DONADA POR SU AUTOR «AL GRUPO DE BIBLIOFILOS»  
DEL GABINETE LITERARIO DE LAS PALMAS, Y PATROCINADA  
POR EL EXCMO. CABILDO DE GRAN CANARIA.

SU PRIMERA EDICION APARECE EN SEPTIEMBRE DE 1953, y comprende:

- 25 EJEMPLARES en papel Offset extra superior, marcados con letras del alfabeto;
- 100 EJEMPLARES, en papel Offset extra, y numerados entre uno y ciento; y
- 3.000 EJEMPLARES, sin numerar, en papel igual al de los anteriores.

## ESTE LIBRO...

... ha germinado en el «Museo Canario» de Las Palmas.

Sobre una mesa grande en que están varios legajos y montones de volúmenes que esperan su etiqueta o un lugar en los estantes, voy abriendo las diferentes obras que el incansable Simón Benítez me presenta o me coloca enfrente. Las abro en busca de lo mucho que yo ignoro de Canarias: en busca de su historia, que no encuentro.

De lo ameno, paso a lo profundo. Ojeo trabajos eruditos. Buceo en la vieja prensa. Estudio anécdotas. Leo folletos y revistas. Y, enfrascado en la tarea, sigo pidiendo libros hasta convencerme de que no existe lo que trato de encontrar, y de que sólo comentando podré formarme un concepto claro de la evolución sufrida por Canarias.

Y, en vista de ello, comento seriamente. Comento... hasta que un día, caminando por la estrecha calle del Museo, hacia la capilla en que oró Colón, cuando se iba al otro lado del mar ignoto que rodeaba al Archipiélago, Néstor Alamo, discreto y entendido, me dice: «ese libro tendrá usted que escribirlo»; y, tomando en serio su propuesta, me decido a pergeñar lo que buscaba, siquiera convencido de que no conseguiré más que el placer de conocer algo mejor —de esa manera— el asunto por el cual me interesaba, y me sigo interesando.

Debo hacer constar que no será un trabajo técnico. Su fruto, no saldrá de investigar. El libro que pretendo será tan sólo —si llega a «ser»— el resultado de hallar ideas entre líneas, y no en los documentos. Será un compendio sujeto a errores; y el mayor culpable será Matías Vega, animador infatigable, no de canarios, sino de todo el que se acerca y toma afecto a las Canarias.

Este libro, pues, nace en Las Palmas y es debido a su Museo.

No tiene aspiraciones: sólo pretende ser acogido con afecto por los causantes de su gestación o, acaso, de su mismo nacimiento.

Tafira y Octubre de 1952



## EL TEIDE

*Fantasma a quien la sombra vespertina  
viste con manto de ligeras brumas...*

MANUEL MARRERO, 1823 - 55

Foto: *A. Benitez*  
Santa Cruz de Tenerife

LAMINA 1



*Hacia la romería*

LAMINA 2

Foto: A. Benítez

## PRÓLOGO

Canarias, en la brecha.

Lo estuvo siempre, y sigue estándolo.

Está en la brecha abierta por sus volcanes, y en la brecha originada por las guerras de los hombres que son dueños de la tierra improductiva.

Está en la zona de peligro: un «peligro» emanado de su propia exuberancia y de la «codicia» de unos seres que desean lo que tienen los dichosos; «peligro» ocasionado por un suelo que produce más que muchos otros suelos, y «codicia» insatisfecha de soldados que ambicionan lo que creen haber ganado en la contienda.

No hubo hostilidades en la edad moderna, sin que el Archipiélago Canario se interpusiera en el camino de algún beligerante; y, en ese mismo tiempo, no hubo paz en que los grandes navegantes dejaran de batirse en las aguas alcanzadas por el fango de sus mayores islas. Cuando las naciones europeas olvidaban sus continuas diferencias, empezaban las batallas de Canarias. El carácter bondadoso de su gente fué la causa original de esas batallas: carácter bondadoso y escasa gana de pelea: de pelea con la gente y con la mar. Por no luchar contra la mar, los canarios se aferraron a sus preciosos valles. No quisieron alejarse de la costa. Su amor isleño fué tan grande que no pudieron amoldarse a nuevas tierras. No concebían la vida lejos de la suya. Querían siempre divisarla. Mas como quiera que la bruma de Canarias es más densa y dura más que las restantes, ocurrió que para no dejar de ver su isla nativa, el canario prefirió no desplazarse: permaneció en la brecha.

\*\*\*

La brecha de Canarias no se llena.

Los volcanes tardan en colmarla. La lluvia va llevándose la grava en que se rompen los peñascos, más aprisa que otra lava deja traza en sus laderas.

Los ríos petrificados acaban en la mar, pero no se sabe dónde empiezan. El Teide ocupa el Centro; mas nadie nos explica de qué modo se elevó. Hasta el picón de las colinas que han surgido cerca de las costas, se niega a referir la historia de su moderna aparición. Las calderas están vacías; se han derrumbado en parte, y su cara principal está en silencio. Los habitantes de su entraña no tienen tradiciones. No saben nada; y los geólogos no dicen claramente lo que piensan.

Tampoco dicen lo preciso los grandes historiadores de la época presente. No cuentan las razones por las cuales el Archipiélago ha sufrido alternativas imponentes: crisis agrícolas y económicas de consecuencias superiores a las originadas por las grandes erupciones, y períodos de una riqueza semejante a la ofrecida por la corriente verde y amarilla —incandescente— que baja de una cumbre. No hablan de las angustias producidas por las guerras, ni de las grandes amenazas, ni de las invasiones. Mejor dicho, no explican la idiosincrasia de los hechos resultantes de aquellas guerras, y de estas invasiones y amenazas. Los propios canarios que pretenden remediar la falta, no disponen de la documentación indispensable para los capítulos que están sin escribir. Todo se ha quemado, y los piratas se llevaron las cenizas.

\*\*\*

Muchos trabajan en Las Palmas y en La Laguna. Lo que queda se acumula en los estantes del Museo, del Instituto o Centro de Estudios Canarios, de la Casa de Colón, etc. Pero eso que queda son papeles de notario, o, a lo sumo, legajos del Santo Oficio.

Si se quisiera reproducir la labor llevada a cabo por los hombres que se obstinaron en imponer una religión *sui generis* a los aborígenes de Canarias y a los que pelearon por lograr la incorporación del Archipiélago a la Corona de Castilla, el trabajo abarcaría muchas páginas. La obra sería densa y voluminosa; pero, su interés, aleatorio. Saldrían los nombres de no pocos que ayudaron a la Patria, y luego prefirieron esfumarse. Los mismos hechos se describirían repetidas veces. Los castigos olvidados se reproducirían: nacerían a la imprenta. Muchos nombres surgirían, de personajes que no siempre obedecieron a conciencia, o con arreglo a su conciencia. Y, al cabo de unos años, la obra conseguida

sería inoportuna: querríamos someterla al propio fin sufrido por los villanos o por los personajes —isleños o peninsulares—, que se obstinaron en su idea o en sus principios, haciendo gala de una dignidad magnífica y perenne; y el auto de fe resultaría indispensable.

Pero, lo más interesante se ha perdido. No figura en las documentaciones que tantos incansables han coleccionado paciente-mente. No aparece en los archivos, porque éstos ya no existen. Está sólo en un par de libros que se escribieron antes y después de que los holandeses, los franceses, los ingleses, realizaran, sobre Canarias, las cruentas excursiones de los siglos XVI y XVII; y estos libros nos fueron ofrecidos, el primero, por los cronistas de Juan de Bethencourt, y, el otro, por el gran historiador Viera y Clavijo.

\*\*\*

A más de a Gadifer y a otros nobles y parientes, el insigne Juan de Bethencourt trajo consigo a los cronistas que le dieron su renombre.

Si no fuera por la oferta presentada a los monarcas de Castilla, el desembarco realizado en 1402 no hubiera alcanzado más importancia que la de muchos anteriores: de griegos y romanos, vizcaí- nos y aragoneses, franceses, portugueses y otros varios extran- jeros, que, a veces, dejaron gente abandonada que muy pronto se mezcló con la existente, o que, en otras ocasiones, aprisionaron a muchos infelices que terminaron su vida en el oprobio. En efecto, la conquista comenzada por el normando que legó su nombre —más o menos transformado— a tantos descendientes ya canarios, no acabó sino después de casi un siglo; y, tanta razón existe para unificar intensamente los principales episodios de sus diferentes viajes, como para ligarlos a los varios desembarcos anteriores. No en vano fueron portugueses los que realizaron otros inmediatos, y lo fueron igualmente los que patentaron sus derechos cuando los herederos del famoso caballero sintieron la nostalgia de su patria o desesperaron de lograr el fin propuesto. Pero, la interesante cró- nica transformó lo conseguido en hecho histórico, y el jefe de la primera expedición del siglo XV se convirtió en figura principal de un monumento cuya base fué instalada por él mismo. El fran- ciscano Pierre de Bontier y el presbítero Jean de Verrier descri- bieron pomposamente el viaje, y, a costa de su tarea, los nietos del

que supo dirigir la operación se ennoblecieron con blasones que aún no estaban en su escudo. Y, a la par, aquella crónica sirvió para empezar la historia de Canarias, y sigue siendo —en sus diferentes manifestaciones— una fuente inagotable de controversias y comentarios<sup>1</sup>.

\*\*\*

Viera y Clavijo es posterior. La primera edición de su admirable historia fué publicada en 1772<sup>2</sup>. Está fundada en la crónica antes mencionada y en otra historia aparecida luego, de que es autor Fray Juan de Abreu y Galindo<sup>3</sup>.

La obra de Viera es muy completa. Presenta los hechos en forma interesante y no poco amena. Su lenguaje es claro y castellano. Sus comentarios son razonables, y los argumentos que utiliza son históricos.

El autor, sin duda, tenía una ilustración vastísima. Los hechos que refiere y que relaciona con los de la época tratada, no parecen rebuscados, sino más bien haber surgido de su espléndida memoria como agua que se filtra por las paredes de una galería porosa. Pero, a pesar de todo, su trabajo apareció muy lentamente. Sin duda, los esfuerzos realizados para abrirse paso a través de Europa, no le dejaron tiempo suficiente para escribir de prisa. Además, un estilo original no se consigue siempre dejando que la pluma corra como ella quiera, sino obligándola a decir debidamente cada cosa, y a borrar lo que no sale, y a repetir de otra manera cada frase.

En fin, la labor de Viera es enciclopédica. Trata asuntos muy verídicos, y los presenta bajo prismas diferentes. El mismo lo reconoce, al titular su libro «Noticias de historia general...» y no sencillamente, «Historia de Canarias».

\*\*\*

1 Véase la Bibliografía que cierra este libro (Apéndice A).

2 *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*.

3 *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Gran Canaria*. Publicada en 1632, y prácticamente desaparecida en la actualidad. Véase la Bibliografía (Apéndice A).

Nadie ha igualado a Viera en la materia y en la dicción. De otra parte, las obras posteriores —no más completas— se hallaron siempre basadas en sus «Noticias» interesantes, o, a veces —a través de esas noticias—, en el diario pergeñado por Le Bontier y Verrier.

Montero ha escrito parte de una *Historia Militar del Archipiélago*, cuya importancia estriba en ser única en su género y en que no existen de ella más que algunos ejemplares<sup>4</sup>. Millares ha publicado una *Historia de Canarias*, que se reduce a una exposición cronológica de los hechos acaecidos entre los años 1402 y 1900<sup>5</sup>. Rumeu de Armas acaba de lanzar una *Historia de las Piraterías*, de gran volumen y cuantiosa documentación, pero acaso inmoderada en relación a varios hechos presentados<sup>6</sup>. Mas —fuera de eso, y de algunos diarios y narraciones incompletas— nada existe que merezca los honores de ser relacionado entre las obras indispensables para una biblioteca sobre asuntos canarienses. Y lo que falta ha de crearse: la experiencia debe actuar.

Pero, escribir sobre Canarias, impone visitar el Archipiélago. Hay que recorrerlo a fondo, conocer su gente, seguir sus fiestas, rezar en sus iglesias, oler sus flores, admirar sus valles, soportar sus vientos, estudiar sus plantaciones, subir a sus peñascos, recorrer sus galerías, navegar alrededor de sus diez islas, contemplar el Teide muchas horas, y vivir la vida de una gente que aún no sabe si es canaria ni por qué sus tradiciones son tan firmes.

\*\*\*

La alegría y la bondad son características fundamentales de casi todos los canarios. La bondad se manifiesta en su paciencia y en sus folías, y hasta en el modo de acentuar su castellano. La alegría, en cambio, es demostrada por sus fiestas, sus romerías, sus reuniones y algazaras.

Las fiestas, en Canarias, son interminables. Cada pueblo tiene fiestas, y cada barrio tiene fiestas que son independientes de las

4 JUAN MONTERO: *Historia Militar de Canarias*. (Tenerife, 1847).

5 AGUSTIN MILLARES TORRES, AGUSTIN MILLARES CARLO y ANTONIO FLEITAS SANTANA: *Historia General de las Islas Canarias* (La Habana, 1945).

6 ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. (Madrid, 1950).

otras, y cada Santo tiene fiestas; y las fiestas cuando empiezan no se acaban.

Virgenes del Pino y de los Reyes, Santo Cristo de La Laguna, Nuestras Señoras de la Candelaria y de Las Nieves, San Isidro de La Orotava, y tantos otros nombres de patronos se repiten sin cesar en cada sitio, esperando, cada cual, la fecha señalada, y preparando cada casa un agasajo inesperado. Y, así, los pétalos de flores se hacen alfombras, y la pólvora coopera al regocijo popular; y así la fiesta pasa aprisa para los que la aguardaron todo un año, o más acaso.

\*\*\*

En lo alto de la cuesta hay gran jaleo.

A la Orotava, han llegado coches y carretas de casi todo el Valle, y aún de Garachico, y de Laguna, y de Santa Cruz de Tenerife.

En lo más alto de la calle, todos cantan. Y a lo largo de ella, la gente espera sobre el borde y en los balcones y ventanas abarrotados de flores.

La gente quiere ver; está apiñada. Lo vió el año pasado, y lo vió todos los años que pasaron. Pero, esta vez, habrá pequeños cambios, y aunque no los haya es necesario verlo todo, a fin de luego hablar y comentar.

Cada cual quiere gozar de las carrozas y carretas que van a presentarse. Todos quieren admirarlas, a costa de empujar.

\*\*\*

Ya bajan los primeros.

Cuatro filas de muchachos —hombres y mujeres— danzan al son de sus cantares y de una música que llega de otras varias filas de bandurrias y de contras<sup>7</sup>. La danza es cadenciosa y lenta. Es un baile triste que baila gente joven que rebosa de alegría. Es un caminar acompasado. Es un péndulo que oscila hacia los lados de la calle para señalar derechos terminantes y exigir a los que miran todo el sitio disponible. Es un péndulo vestido de muchísimos colores: faldas encarnadas con franjas negras y amarillas, corpiños

---

<sup>7</sup> Los «timples» y las «contras» son guitarrillos de seis y cuatro cuerdas, respectivamente.

negros con bordados maravillosos y cubrecabezas tinerfeños sujetos bajo el pelo que también se balancea. Y, detrás de la rondalla, el «paso» organizado en la carreta, cuyos bueyes se resbalan por el peso que sujetan sin que nadie se preocupe de mirarlos. La gente mira a las muchachas que siegan los trigales simulados, y contempla los paquetes, las gallinas, la harina para el gofio y la mesa preparada para cuando acabe la labor que las trabajadoras van haciendo con las hoces...; que todo eso va instalado sobre el carro que los bueyes frenan con sus pezuñas clavadas en las piedras de la calle.

Lo que sigue es de otro tipo. Es canario auténtico. Mozas y mozos, de la mano, forman hileras que se enlazan, que se anudan, se desagregan y vuelven a quedar como primeramente estaban, bailando en corro como niños y acompañando con su canto la folía que surge de otra fila de guitarras y de timplés. Todos se mueven con viveza y alegría en el semblante; y, sin embargo, la cadencia es lúgubre: las frases se repiten como en los cantos orientales.

Se pierden cuesta abajo, dichas frases, cuando llega otra carroza, ataviada con colores de las faldas de Canarias. Las gualdrapas cuelgan de sus bordes, hechas de lana, como son las telas de vestido en La Orotava, y no de seda, que es cosa de ricachos que aún no saben de qué modo es conveniente deshacerse del dinero. En lo alto, una cesta colosal está repleta de mazorcas y de güiros, y varias chicas la sostienen, o simulan sostenerla como cariátides humanas que ríen y que llaman la atención por su belleza. Abajo, hay otras chicas que desgranán poco a poco las panochas, y el suelo es una playa de maíz.

Y, alternadamente, van llegando nuevos coros y más carrozas. Girando alrededor de una interminable pértiga, más bailarines dan lugar a trenzas complicadas de las cintas que sostienen y que cuelgan de la altura, para luego deshacerlas, e iniciar de nuevo su tarea. Si uno solo se equivoca, el enredo es terminante. Pero, no sucede, porque todos saben desde niños cada paso, y las sílabas del canto corresponden a los nudos.

Una hora se concluye. Los coros se detienen ante la casa principal en que me encuentro. Los rumiantes logran con su esfuerzo contener la carga: el boyero los retiene para lucir el baile de sus paisanas.

Las madres saludan a las hijas que desfilan; y cada cual recuerda la familia o la barriada que presentó cada carroza. Todo es competencia. Todos quieren que la fiesta sea mejor que las demás.

\*\*\*

La romería sigue hacia la plaza; y, en las casas, comienzan los almuerzos.

Nadie está invitado, pero hay sitio para todos, y todos nos quedamos. Después se baila, se bebe whisky, y se habla mucho del desfile; y la gente joven cuenta lo ocurrido en lo más alto de la Villa.

Todos se conocen desde niños. Casi todos son parientes. Creo que soy el solo forastero, y tardo en enterarme de que la fiesta no se acaba nunca. Tardo en saber que el succulento almuerzo y los innumerables dulces son costumbre de la casa: costumbre de Canarias... sin que haya fiesta. Y tardo en comprender que lo que llamo fiesta es lo corriente de una vida que se pasa dulcemente, sin cumplidos, sin esfuerzos.

\*\*\*

A última hora de la tarde, contemplábamos la mar desde una simpática terraza situada a poca altura sobre el Puerto de la Cruz. Eramos los mismos, casi casi.

Una pérgola bordea la casa.

Su maravilloso césped está cortado por escalones como asientos que inducen a charlar y a disfrutar de los colores.

Una baranda ofrece sitio en que apoyarse con los codos para olvidar el mundo. Varias columnas la jalonan, y un entramado de buganvillas cierra el cuadro..., que es preciso imaginarse desde fuera porque las cinias de todo género y tamaño, las dalias como nieve y las grandes platanillas que se salen de sus hojas casi negras, imponen su hermosura a quien no sabe lo que es hallarse lejos de una rutina triste y que el destino impone y obliga a mantener, inexorablemente.

Y, esto es sólo comenzar.

Fuera del mullido suelo de la pérgola, cuelgan los geranios a millares, los lirios se destacan, los ibiscos hermocean, las rosas de verano se marchitan, el jazmín exhala su perfume y las platabandas de pensamientos completan el conjunto de un jardín maravilloso.

## PRÓLOGO

---

El marco es alto y entrecortado.

Los eucaliptos de colores —hojas azules y flores encarnadas— tienen claros en que surge el panorama de la costa. Enfrente, el agua centellea, iluminada por el Sol que se confunde con la bruma de verano; y, a lo lejos, una lava de otro tiempo hace figura de salientes que se hunden mar adentro hacia esa bruma que no quiere que la Palma se divise. Buenavista cubre el horizonte, y el peñón de Garachico está escondido algo más cerca.

Pero, soy el único extasiado. Todos han estado muchas veces en la preciosa casa que visito. Han venido hoy por la tarde como en otras ocasiones ya vinieron. Admiran, a lo sumo, una flor que ellos no tienen o una platanera cuyas hojas no se han desflechado con el viento que sopló cuando empezó la primavera. No se percatan del ambiente porque no lo sienten: lo disfrutan sin cesar. Ignoran lo que es la vida bajo el yugo de los ángeles avernos. No saben contemplar la hermosa hilera de árboles o altos arbustos que dieron nombre a la mansión y cuyas flores cubren las hojas alargadas en que reposan. En fin, se olvidan de las acacias amarillas, de los rojos flamboyanes, de las moradas jacarandas, de las grandes araucarias, de las palmeras de variadas formas, de las acálfas que nacen otoñales, y de un conjunto abigarrado que proporciona al alma un descanso parecido al de una droga de otro mundo.

\*\*\*

Al día siguiente supe que el asalto se había convertido en verdadera fiesta.

Como nadie se marchaba se improvisó una cena, y el alcohol amenizó la sobremesa. Se agotó lo de la casa, y en vista de ello los presentes se trasladaron a otra no lejana cuyo parterre tenía una pista y cuyas reservas eran casi inagotables. La orquesta ya esperaba cuando llegaron los primeros invitados, y el Sol apareció cuando los últimos se fueron.

\*\*\*

Y en cada población sucede igual: la gente se divierte sin cesar. La «cena prolongada» es cosa corriente en las capitales de Canarias; y los bailes interminables con música sencilla y cohetería, se siguen a menudo en cada aldea. La alegría reina por doquier:

una alegría sana, tranquila e inagotable; y esa alegría da lugar a peregrinaciones. Los camiones enramados surcan a cada rato las diversas carreteras. La gente sabe que Dios le ha dado su tierra para gozar a todas horas de su encanto. La isla del canario es mucho más que «patria chica». A cada cual —ya lo dijimos— le bastan sus barrancos, sus valles, sus cortados a pico y las faldas de sus montes para no querer o ambicionar lo que hay al otro lado de los estrechos.

El canario es simple y no desobediente. Es optimista para todo. No cree en la bruma que le oculta cada altura, sino en el cielo claro que tan poco le reluce. No cree en la nube negra que le apaga los colores, sino en el brillo de unas plantas en las que el Sol no se refleja casi nunca. Cree en el regocijo, y no se preocupa del trabajo. Es parco. Se contenta con su gofio, y con el vino de su tierra. No sabe lo que pasa por el mundo. No quiere que le digan lo que ocurre. Prefiere estarse quieto. En verano, por la tarde, los trabajadores se alinean sobre el borde del camino, y sus camisas blancas se proyectan sobre la platanera que se apaga. Cantan y murmuran. Ven pasar los coches sin envidia. Juzgan al turista como un ser extraño que viene en busca de otra vida más sensible que la suya. Y levantan la cabeza sin asombro, y sin encono sobre todo.

\*\*\*

Y eso ha ocurrido sin cesar.

Cuando los guanches cedieron sus poderes a los primeros invasores, todo era igual. La historia de los desembarcos acaecidos antes de ese tiempo, demuestra claramente que entre cada par de acciones bélicas reinaba una envidiable calma en todo el Archipiélago, y esa calma era sin duda semejante a la de ahora.

El suelo canario es fertilísimo. Con agua suficiente, lo produce todo; y los conquistadores se valieron de ello para plantar lo más interesante para América y España: caña de azúcar, aún no conseguida por el Nuevo Continente y difícil de lograr en la Península. Y, en efecto, el agua dió riqueza y endulzó la vida a los canarios.

Pero, Canarias quiso más: quiso comerciar directamente con América. La Corte puso trabas, y así empezó una lucha en pro y en contra de la independencia del comercio; independencia conse-

guida sólo a medias a consecuencia de una Real Cédula de 1534 que autorizó la relación directa a condición de que las naos volvieran de retorno con toda su carga a los muelles de Sevilla<sup>8</sup>.

El comercio estuvo reglamentado. Se trataba de una simple venta autorizada con detrimento de la compra, o de cosa parecida a las diferentes concesiones que hoy se otorgan a toda la Península y a sus preciados grupos de Islas Adyacentes. Las transacciones comerciales entre el Archipiélago y las Indias se hallaron limitadas en espacio, en tiempo, en género y en cantidades. Pero, a pesar de todo, los ingenios prosperaron y los trapiches produjeron lo preciso para que aumentara el bienestar; y el bienestar creció hasta que América produjo azúcar, y renunció al azúcar de Canarias.

Cuando ésto sucedió, muchos barcos aproaron hacia los puertos europeos. En el Ayuntamiento de Amberes hay un tapiz en que aparece el burgomaestre de la ciudad acudiendo al muelle para saludar al capitán de la primera nave que viene con azúcar de Canarias<sup>9</sup>.

No obstante, ese comercio duró poco.

Hubo una crisis económica, y un período triste; y este período prosiguió hasta que las vides se ensayaron, y apareció el vidueño y diferentes malvasías que fueron acogidas con entusiasmo en Inglaterra, en Holanda y en Hamburgo.

Treinta mil pipas<sup>10</sup> anuales embarcaban hacia el Canal y el Mar del Norte. Garachico estuvo en su apogeo. Y, aunque las agresiones originaban altas y bajas, pasóse todo el siglo XVII en la opulencia, y las cosechas de Canarias atrajeran más riqueza.

La «Canarian Company» hizo todo lo posible para efectuar negocios importantes, mas fueron tantas las presiones realizadas que la referida sociedad acabó captándose la general antipatía de los núcleos comerciales que empezaban a formarse en las diferentes Islas Afortunadas. Las concesiones —y prórrogas de concesiones— se lograban sólo mediante donativos a la Corte. Los permisos de intercambios con las Indias Occidentales se obtenían difícilmente.

---

8 FRANCISCO ALONSO LUENGO: *Las Islas Canarias. Estudio geográfico-económico. Notas sobre la tierra y los hombres.* (Madrid, 1947).

9 La obra antes citada de Alonso Luengo reproduce una fotografía de ese tapiz, donada por el Cónsul de Bélgica en Santa Cruz de Tenerife.

10 450 litros, aproximadamente.

En 1720, las Realengas<sup>11</sup> exportaban anualmente un poco menos de un millar de toneladas. Pero, en cambio, la emigración se fomentaba: los barcos se hallaban obligados a llevar cinco familias a la isla-poseción de Santo Domingo, por cada centenar de toneladas de carga autorizada.

Hubo cierta prosperidad; pero el ansia de riqueza dió lugar a situaciones complicadas. En 1772, Canarias logra un comercio completamente libre con ciertos puertos americanos; y, sin embargo, el vino es encauzado hacia Inglaterra. Y así resulta que las guerras fomentan intereses particulares que no son compatibles con los propios intereses nacionales. Es más, el Rey y sus grandes secretarios ignoran los fenómenos originados por las crisis comerciales o económicas. Y tales crisis se producen lentamente; y, después, se reproducen. El valor del vino disminuye. Los isleños venden sus malvasías a precios irrisorios, y se hallan sin dinero para comprar el grano indispensable a su alimento. Y, en esta situación, los aranceles de Inglaterra suben; y, a fin de equilibrar su economía, el cosechero pide un rendimiento exagerado al campesino y al pequeño fabricante, y la crisis recomienza.

Durante los primeros años del siglo XIX, la situación es muy precaria. Los vinos siguen bajando, lo mismo en precio que en demanda, sin que nadie sepa si atribuirlo a la menor bondad de los productos o a las mayores facilidades ofrecidas por otras islas o naciones más cercanas a los mayores consumidores. Se acude a la barrilla, al aguardiente, a los almendros; mas pocos o ninguno de estos productos motivan la esperanza de una economía digna del esfuerzo realizado. Las dudas surgen, y la alegría mengua. Canarias se entristece; y acaso inculca a la sazón en sus folías el deje melancólico que tienen. Acaso entonces, no canta más folías. No las canta, al menos, hasta que otra idea nace, resurgida, en este caso, de los tiempos en que España estaba lejos de Canarias.

En efecto, un vistazo atrás es más que suficiente para acordarse de que los comerciantes de Fenicia, y luego los de Grecia y los de Roma, canjeaban sus productos por la orchilla, que valió a las islas el famoso título de «Purpurarias». La orchilla es como un

---

11 «Realenga» es nombre aplicado a cada una de las islas que fueron primeramente incorporadas a la Corona de Castilla: Gran Canaria, La Palma y Tenerife (por el orden en que fueron sometidas).

liquen nacido entre las peñas primitivas. Reducida a pasta, y bien molida y preparada, ofrece púrpura al que sabe manejarla y origina tintes cuya gama alcanza a los azules, a los violados y a los amarantos. Se vendió bastante; pero, a pesar de todo, el desequilibrio habido a través de los mayores mares trajo miseria e intensificó la emigración a América; la orchilla no remedió la crisis.

La solución provisional no aparece hasta bien pasada nuestra espantosa Guerra de Independencia. *Un farmacéutico de Las Palmas introduce en su isla la cochinilla que un amigo le remite desde México... Para probar los resultados vuelca un paquete de «bichos» en las tuneras de un vecino, que le pone pleito y lo gana en costas «por los daños hechos a sus plantas», sin sospechar que tales daños se trocarían en pingües beneficios.* Y, así, la cochinilla es adoptada y se extiende rápidamente. El intento es superlativo, y hace honor a la tradición representada por la orchilla y la resina de los dragos. En 1840, se exportan ya cuarenta mil kilogramos de cochinilla; y, en 60, más de tres millones. (Todo ello a más de cuanto queda para el servicio nacional).

Pero, también la cochinilla tiene fin. Ella —y la consiguiente grana— decaen a fin del siglo XIX cuando se fabrican los primeros tintes artificiales. Resurge, entonces, el problema de reemplazar el producto único del Archipiélago por otro que sea capaz de competir con sus diversos similares en los mercados extranjeros. Piénsase de nuevo en el azúcar y en los vinos, y se efectúan varias pruebas cafeteras y tabaqueras. Se plantan más almendros y naranjos, y se habla un poco del tomate y de los plátanos.

Y, en efecto, en ese tiempo, los valles de Canarias empiezan a cubrirse de las plantas cuyos frutos son los últimos citados. Las costas septentrionales de La Palma, de Gran Canaria, de Tenerife..., se llenan pronto de plataneras; y las meridionales de las referidas islas, y las de la Gomera, de Lanzarote y Fuerteventura, dan cobijo a los cañales que van a ser las guías de las nuevas tomateras. El trabajo intensifica, y la fiebre es violentísima. El plátano requiere un volumen de riego superior al necesario para cualquier otro producto<sup>12</sup>, y el tomate exige que los vientos anormales no lo arra-

---

12 La hectárea de plátanos necesita diariamente uncs sesenta metros cúbicos de agua.

sen o lo sequen, intempestivamente<sup>13</sup>. Hay que llevar el agua a todas partes; y hay que fabricar estanques, abrir pozos profundos, perforar montañas, aprender la nueva técnica de captaciones subterráneas, tender innumerables tuberías, construir acequias<sup>14</sup>, traer abonos, buscar dinero, acudir a bancos, formar innumerables compañías, limpiar la tierra y sorribarla<sup>15</sup>, llenar el campo de escalones gigantescos, azocar las fincas<sup>16</sup>, deshacer la obra de las mayores erupciones y conquistar la lava y la sequía como antaño conquistárase el terreno.

Poco a poco, los grandes árboles del valle de la Orotava ceden su puesto a las preciosas plantas que hoy lo cubren como alfombra unicolor. Lentamente, la Hermigüa de Gomera, los Llanos de la Palma, Arucas en Gran Canaria y otros muchísimos lugares de las afortunadas islas que han podido hallar el agua necesaria, siguen el ejemplo del que ha tenido fama de ser el «sitio más hermoso de la tierra»<sup>17</sup>. Y, de igual modo, las inmediaciones de Güímar (en Tenerife), del Gran Tarajal (en Fuerteventura), de Gando (en Gran Canaria), de Santiago (en la Gomera)..., van produciendo, en competencia, crecientes cantidades de tomate.

Los puertos se abarrotan, y los muelles se prolongan; y recienza el pugilato por el comercio libre. En 1852 se consigue el «régimen de Puertos Francos». Desaparecen los derechos arancelarios. Quedan gravados únicamente el azúcar, el café, el tabaco, los alcoholes y otros productos secundarios. La exportación corriente de Canarias —fruta, cochinilla, orchilla, basalto, puzolanas y madera— tampoco paga entradas. En cambio, los artículos extranjeros que proceden de Canarias pasan por aduanas al entrar

13 La mayor dificultad para el cultivo del tomate es el efecto arrasador del viento Sur, que azota esporádicamente las zonas calientes en que se intensifica ese cultivo.

14 En las zonas cultivadas, se han llegado a instalar unos 80 Kms. de acequias, tuberías, canales de cemento, etc., por kilómetro cuadrado de superficie.

15 «Sorribar», en Canarias, significa «preparar la superficie de la tierra para el cultivo».

16 «Azocar», equivale a establecer paredes de cañizo, de cemento o mampostería, para proteger las plataneras contra el viento.

17 El Barón Alejandro de Humboldt empleó esta frase para exponer la impresión que le produjo el valle de la Orotava (*Cuadros de la Naturaleza*; versión española de Giner).

## PRÓLOGO

---

en la Península. Y, así, las principales exenciones facilitan el impuesto debido a los Cabildos, que, luego, ha de verterse íntegramente al bienestar de los isleños; y, así, las islas llegan a adquirir la capacidad de resistencia económica que les ha permitido arrosar las dificultades originadas por las dos guerras mundiales. En 1900, se exportan sólo unos millares de toneladas de plátano y tomate; pero, en 1925, la cifra sube a 200.000, y en 1952 se acerca aceleradamente a 500.000<sup>18</sup>.

\*\*\*

En resumen, la caña de azúcar, las malvasías, la cochinilla y los tomates (o los plátanos), son como etapas de alegría intercaladas por angustias imponentes.

El suelo ayuda a mantener el equilibrio; pero, algo tiene que turbarlo. En Canarias no hay tormentas ni tifones. No hay más que lucha por la vida, como allende: una lucha apaciguada por la calma que domeña al que no vence en la batalla por la propia subsistencia.

Mas sí lo suave no derriba al hombre, éste queda amenazado por la crisis: crisis de su historia jalonada por tremendas erupciones y por las luchas que hubo lejos de Canarias y en las que el Archipiélago fué sólo un teatro efímero: luchas que se hicieron sin batallas, porque las Islas Afortunadas han hecho honor a su renombre.

\*\*\*

*In illo tempore*, cuando los vigías anunciaban la llegada de una flota sospechosa, los isleños no pensaban en la guerra conecada con la piratería que empezaba a realizarse. Las ondas se movían lentamente; más lentamente que las naves cuyas velas no se hinchaban con el viento que aun azota el litoral de sus mayores islas. Es más, los barcos fondeaban —o se aproximaban solamente— en son de lucha, y se encargaban de ocultar lo que pasaba en pleno Atlántico. Más que tardíos, los efectos eran esporádicos. Los cañonazos no se oían. Los rumores del combate no llegaban, y los canarios no aprendían a tiempo que sus crisis eran debidas a una

---

18 Véanse los datos de A. Redondo (Memoria escrita en 1937), y los presentados en los capítulos XIX y XX de «Canarias en la Brecha».

guerra en que ellos no participaban. Y es que estuvieron siempre en plena brecha, sin darse cuenta de ello; y, en la época presente, continúan en la brecha.

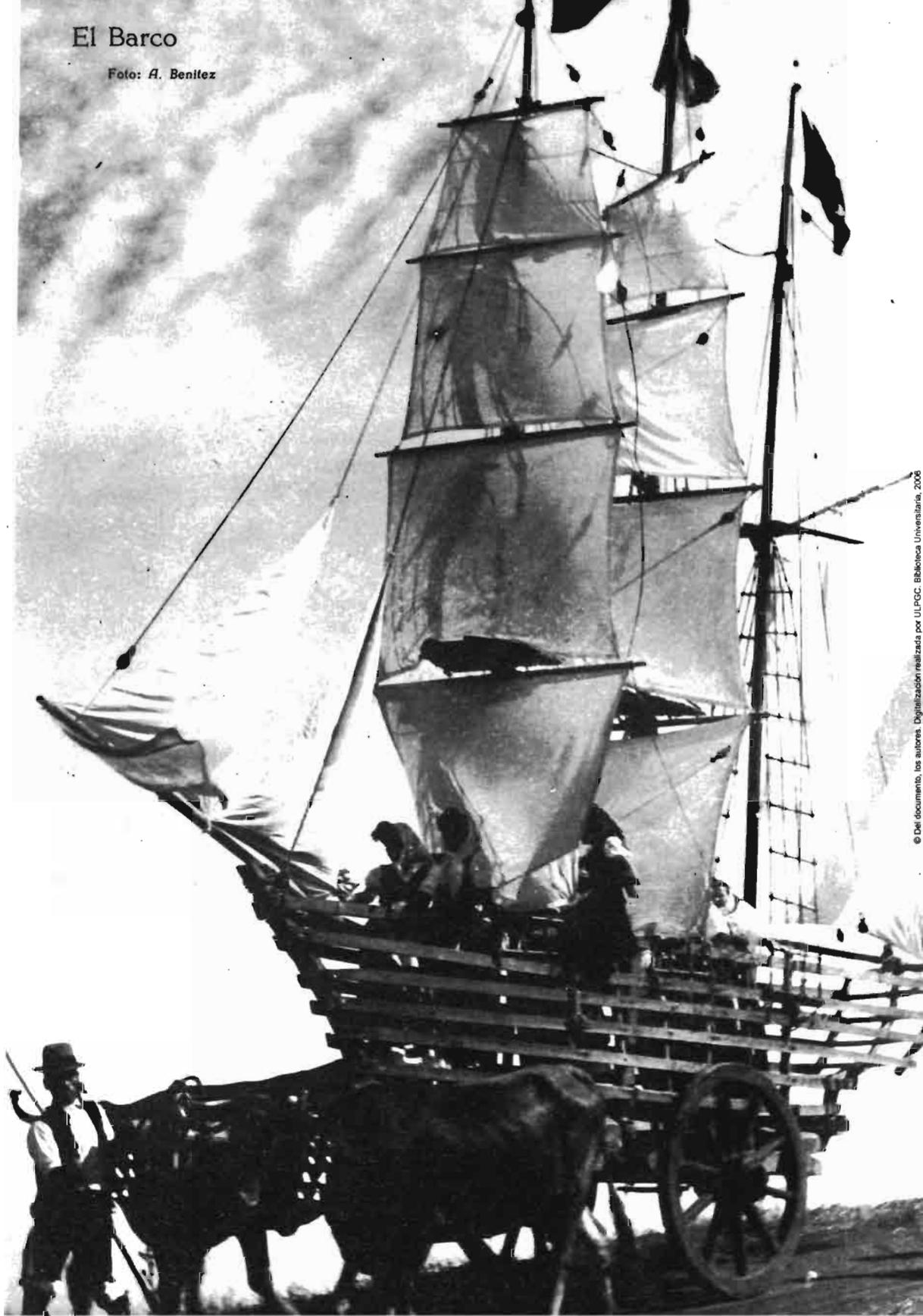
Pues bien, el trabajo que pretendo realizar es algo así como una simple narración de los conflictos que han producido aquellas tristes situaciones. No se trata de una «historia militar» debidamente pergeñada, porque los hechos son presentados solamente en la medida que interesa a la geobélica. Se trata sólo de exponer los episodios concernientes a la conquista de Canarias, a las piraterías que han originado sus mayores sufrimientos, a las amenazas que han intensificado sus principales crisis y a las guerras que han actuado como tormentas más o menos peligrosas, sobre el Archipiélago.

Y ese conjunto, si llega a publicarse, tendrá por título «Canarias en la brecha».



# El Barco

Foto: A. Benítez



*Un racimo que madura*



PRIMERA PARTE

# ANTECEDENTES

# El Archipiélago

## Diseño

El «Domicilio de los Bienaventurados» de que habla Homero o el «Archipiélago Afortunado» que Plutarco nos describe, se halla a poco más de cien kilómetros del litoral de África, y está limitado por los paralelos 27 y 30 de latitud septentrional y los meridianos 13 y 19 de longitud Oeste. Abarca, por lo tanto, una superficie reducida. Y, en efecto, la figura que circunscribe a todas las islas supera poco en extensión a Andalucía; y, de otra parte, la sola zona terrestre del Archipiélago<sup>1</sup> es más pequeña que la provincia de Barcelona y es muy poco más de un tercio de la de Badajoz<sup>2</sup>.

El conjunto se compone de:

siete islas principales,  
otras cinco secundarias,  
diferentes «roques»<sup>3</sup> y  
el grupo de «islas Salvajes».

Las primeras, enlistadas por tamaño, dan lugar a la siguiente relación:

Tenerife (1.946 Kms. Cs.),  
Fuerteventura (1.722 id.),  
Gran Canaria (1.376 id.),  
Lanzarote (741 id.),  
La Palma (726 id.),  
Gomera (378 id.) y  
Hierro (277 id.);

1 7.543 kilómetros cuadrados.

2 7.690 y 21.600, respectivamente.

3 En Canarias, se emplea esta palabra para designar los mogotes o rocas altas que emergen de la mar o de la tierra.

y las segundas, ordenadas con arreglo a su importancia, son  
La Graciosa (27 Kms. Cs.),  
Alegranza (once),  
Isla de Lóbos (seis),  
Montaña Clara o Santa Clara (uno) y  
el Roque del Este (0'1).

Los «roques» son islotes pedregosos que no ofrecen más interés que la amenaza inherente a su existencia. Los más conocidos son el Roque o Roca del Este, situado a pocas millas del grupo formado por Montaña Clara y la Graciosa, y la Roqueta o Roque del Infierno o del Oeste, que está muy cerca del anterior. Los menos nombrados están inmediatos a Tenerife, y son los siguientes: el Roque de Garachico, sobre su costa norte; el Roque Bermejo, al N. E. y unido a tierra por un arrecife pedregoso, y, en fin, los Roques de Anaga (Roque de Fuera y Roque de Tierra), situados en la cercanía del extremo oriental de la referida isla madre.

Las «Salvajes» forman grupo separado. Están al norte de Alegranza. Deshabitadas y rodeadas por un amplio banco de arena, figuran sólo en cartas marítimas. Su extensión superficial depende de las mareas, y es siempre inferior a 16 kilómetros cuadrados.

Los datos anteriores son indispensables para estudiar más adelante la Geobélica del Archipiélago. Pero el anunciado «diseño» quedaría incompleto sin exponer la relativa situación y forma de las islas principales; y, siendo fácil presentar todo eso brevemente, no es lógico renunciar a hacerlo.

Tenerife y Gran Canaria, que son islas capitales, están situadas, de Oeste a Este, sobre un mismo paralelo y a distancia no mayor que su conjunta anchura.

Tenerife, que es un triángulo escaleno, se halla cubierta de la avenida atlántica por la Palma cuya forma se asemeja a un corazón, la Gomera que es un alto y arrugado capacete, y el Hierro que es un trozo de herradura cuyo extremo más saliente ha definido largo tiempo el meridiano cero<sup>4</sup>.

---

4 La Isla del Hierro tuvo siempre el privilegio de su interesante posición. A partir de Ptolomeo sirvió de base para fijar la situación del mundo conocido en su época. Era, en efecto, a la sazón, el límite occidental de la tierra firme.

Gran Canaria que —salvo el saliente de la Isleta— es casi un círculo, está amenazada a Oriente por una cuchilla cóncava representada por los mayores ejes de Lanzarote y Fuerteventura.

Por último, la isla de Lobos, la Graciosa, la Alegranza y la Montaña Clara completan la cuchilla mencionada; y ésta, a su vez, integra una barrera que está en frente de la costa sahariana.

En resumen, un puñado de islas que constituyen una agrupación pseudo-africana. Desde el «pan de azúcar» en que acaba el Teide tinerfeño, pueden verse, casi todas, si la atmósfera está clara y la mañana despejada. Y el que despega desde Cabo Juby o Villa Bens, divisa pronto —al remontarse— las cimas principales del alfange que amenaza a Gran Canaria.

### Formación Geológica

Numerosos científicos admiten que las Azores, la Madera, las Canarias y el Archipiélago de Cabo Verde, son los restos de la Atlántida: un viejo continente sepultado bajo el agua<sup>5</sup>. Pero otros muchos dicen que esa teoría es inadmisibles a causa de los fosos tan profundos que separan entre sí a los mencionados grupos de islas<sup>6</sup>.

Pues bien, si desechamos —aconsejados por los más— la teoría del hundimiento, nos veremos obligados a aceptar la opuesta, o sea la del alzamiento. Y, en efecto, cooperan a ella, no solamente el hecho de haber surgido capas inclinadas completamente exentas de vestigios parecidos a los que tienen otras capas semejantes afloradas —en diversos territorios— más remotamente, sino aquél otro de existir no pocas playas en Canarias levantadas por encima de la mar.

---

5 Los principales defensores de la idea son el geólogo Germain y el profesor Duchard. La semejanza de ciertos animales brasileños y de los fósiles hallados en las inmediaciones de lo que pudo ser el continente euro-africano, es la base principal de su entusiasmo.

6 En 1934, el Dr. R. Verneau escribió un artículo interesante sobre las investigaciones que él mismo realizara y descubrimientos que efectuara, que tituló «Las Islas Canarias y la leyenda de la Atlántida», y que publicó en la revista «El Museo Canario» de Las Palmas.

Todas las islas del Archipiélago están integradas por una base terciaria —o, a lo sumo, cuaternaria—; y, sin embargo, no se han encontrado fósiles terrestres que correspondan a los períodos mencionados. Y, de esto, la ciencia quiere deducir que el hombre y los animales aborígenes son francamente posteriores a la época de levantamiento de aquellas islas, sin que esto tenga más explicación que la referente al hecho de que las rocas más antiguas de Canarias emergieron de las aguas en un período posterior al de su formación.

Sin duda, los movimientos sísmicos de tipo cuaternario originaron desplazamientos de una capa constituida por sedimentos viejos de varios miles de milenios. (No en vano son casi verticales los curiosos «diques» que retienen la poca agua que hay debajo de la tierra y cuyo aprovechamiento está basado en una técnica reciente que los agricultores utilizan con resultados fecundos; y no en vano las playas levantadas en la Palma, en Tenerife, en Lanzarote y en Gran Canaria, están llenas de fósiles marítimos que estuvieron largo tiempo debajo de las aguas, formando parte de una vieja superficie que no estaba conectada con el hombre<sup>7</sup>.

Pero, los citados movimientos no bastaron. Hubo otros fenómenos en la época presente. Todas las islas tienen parte vieja y parte nueva, y es evidente que esta segunda corresponde a los productos arrojados por los volcanes, o emanados de los diferentes cráteres formados al pie de aquéllos o en la zona más pendiente de sus rugosas faldas. Y es igualmente cierto que la lava que ha surgido de la tierra en diferentes épocas históricas o geológicas ha dado lugar a ensanchamientos y a un constante crecimiento de las afortunadas islas cuyo suelo se halla bendecido por el fuego destinado a originarlo.

De lo expuesto parece colegirse que la formación geológica del Archipiélago Canario se divide en dos períodos sucesivos: el primero concerniente a la emersión de la gran masa terciaria que forma el núcleo principal de cada isla o de cada roque, y el segundo referente a las continuas erupciones que han ocasionado variaciones topográficas de muy diverso género. Pero, no solamente ocurre en ciertos casos que lo emergido está asentado sobre una base

---

7 Dr. Verneau. Artículo citado.

que a su vez es eruptiva, sino que en época reciente se han producido terremotos que también han removido la superficie de algunas islas.

En definitiva, el terremoto y las erupciones se complementan, y se han complementado siempre. El primero antecede con frecuencia a las segundas. Ha habido seísmos violentísimos, cuya violencia se ha debido al hecho de que el fuego no ha encontrado salida; y ha habido muchas erupciones ocurridas bajo el agua en los períodos en que el fondo no se había transformado en tierra firme; y estos fenómenos se han verificado con absoluta independencia del período evolutivo. No obstante, el maremoto capaz de originar una desgracia no es frecuente en nuestro tiempo<sup>8</sup>, como tampoco lo sería —acaso— el seísmo eruptivo antiguo capaz de remover la superficie de la tierra.

No es fácil explicar lo acaecido antiguamente; menos aún, relacionar los hechos sucesivos que originaron la existencia de las diferentes islas Canarias.

Podemos sólo recordar las erupciones ocurridas en la época reciente.

Las más antiguas que la crónica relata son las de 1393 (o 99) y 1430, en Tenerife. (Y sábese también que a la sazón —y sesenta años más tarde— el Teide estaba todavía en plena actividad. Las crónicas del viaje de Colón hablan del fuego que surgía de su cima).

Después, hubo nuevas erupciones: en 1585, 1646 y 1677 (en la isla de la Palma); en 1704 (la que, en Tenerife, cubrió el pueblo y anegó el puerto de Garachico); entre 1730 y 36 (la de Timanfaya, en Lanzarote, cuyo efecto sigue siendo de interés turístico); en 1909 (la de Chinyero, en Tenerife), y en 1948 (la que todos recordamos, al oeste de la Palma).

En nuestros días, recorriendo en calma el Archipiélago, es fácil observar corrientes de lava que poco a poco han sido aprovechadas por los cultivadores. La gradación de los colores proporciona una impresión remota de los millones de años transcurridos

---

<sup>8</sup> En julio de 1952, zozobró una lancha tripulada por veintitantos hombres, que navegaba con buen tiempo en las inmediaciones de Lanzarote.

desde su formación. Y es que el hombre sabe comparar dichos colores; mas donde pierde la noción de todo tiempo es observando las masas de basalto que emergen —verticales— de la espuma que bordea la costa de Canarias. Cerca de ella, se sufre la terrible desazón de lo infinito.

## La Topografía Canaria

Cuando nos dice Viera: *lo cavernoso del terreno, lo intrincado de sus bajos, lo alto de sus costas, lo desigual de su superficie a causa de los innumerables cerros, colinas, barrancos, avenidas y montes; todos de piedra quemada, cascajo, pómez, arena, lava y otras materias fundidas, calcinadas o vitrificadas*<sup>9</sup>.; nos dice lo preciso para ofrecernos una idea completa de cómo es el suelo de las islas, y de las dificultades concernientes a toda marcha que las tropas hayan de realizar en ellas, por fuera de camino o carretera. Y si añadimos a lo expuesto que los cortados abundan y son altísimos, que las cañadas son profundas, que la escoria desgasta rápidamente el cuero y la alpargata, y que las defensas naturales son potentes, llegaremos a formarnos una completa idea de las circunstancias inherentes a una conquista paso a paso, y de la ayuda hallable para defenderse a todo trance. (En el curso de la historia que se ofrece en este libro, se verá como lucharon los primeros españoles y el esfuerzo que tuvieron que empeñar para imponerse, más que a los naturales, a un terreno que reúne incomparables condiciones para él que lo conoce y pretende no perderlo).

El picón abunda, y la lava inunda lo que no está cultivado. Y la zona trabajada está convertida en escalones conseguidos mediante una labor ingente que tiene por objeto lo que suele titularse «fabricar la finca».

En cuanto a las alturas se refiere, las viejas formaciones han dado lugar a cotas que no guardan proporción con la escasa superficie del terreno. Sin duda el Teide, con sus 3.707 metros, domina sobre todas las alturas; pero los 2.000 aproximados de las mayores islas restantes originan varias zonas enrevesadas cuyo interés

9 Ob. cit. (Libro primero, XI).

culmina en la famosa «tempestad petrificada»<sup>10</sup> que se contempla desde el Parador de Tejeda, en Gran Canaria.

Los macizos principales son circulares en la Gomera y en la citada Gran Canaria, y alargados en Lanzarote y Fuerteventura. En la Palma son cortados; en el Hierro de forma cóncava, y, en Tenerife, constituyen una simple divisoria que une los extremos de la isla. Pero, a más de los macizos y de los cráteres de altura, hay estribaciones que llegan a la costa, y en las pocas zonas relativamente llanas aparecen conos volcánicos de escasa altura y suelo blando que jalonan las orillas de los valles principales. Y esta clase de terreno ayuda poco a proyectar innumerables aeródromos, ya que éstos —uno a uno— exigirían «sorribas» y «fabricaciones» incomparablemente más costosas que las necesarias para una platanera de igual área.

No hay ríos en Canarias. Mas cuando llueve, los barrancos se convierten en torrentes; y, en todas partes hay muchísimos barrancos.

Por último, las costas son acantiladas. Raro es el lugar en que la mar no rompe contra las rocas. Salvo en Jandía (Fuerteventura) y en Guanarteme junto a Las Palmas, las playas son pobres y se cuentan con los dedos de la mano. Maspalomas (en Gran Canaria) y el Médano (en Tenerife), son meras excepciones.

Y todo esto se verifica sin dar lugar a entrantes. En Canarias no hay bahías, no hay ensenadas, no hay puertos naturales, no hay lugares a propósito para instalar defensas que protejan los principales centros comerciales contra los efectos de una escuadra algo potente que deambule por la mar. En otro tiempo, los piratas se instalaban al socaire de las propias islas en que iban a realizar sus fechorías; pero los actuales portaviones buscarían amparo en los puertos aplastados contra Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, o, a lo sumo, en el Río que separa Lanzarote y la Graciosa.

Las circunstancias expresadas son comunes a casi todas las islas del Archipiélago; pero, a pesar de todo, cada una tiene zonas que son inconfundibles y accidentes que las diferencian del mundo entero. Las cañadas de Tenerife (en que se asienta el majestuoso

---

10 Expresión empleada por Don Miguel de Unamuno.

Teide), el roque Nublo (que se destaca en medio de las atormentadas cumbres de Gran Canaria), la Caldera que se vuelca hacia los Llanos (en La Palma), la visión dantesca del Timanfaya (en Lanzarote), la península de Jandía (en Fuerteventura), los admirables Organos de la Gomera y la herradura vertical del Hierro, son objetivos que merecen los honores del turismo, y que —a pesar de su hermosura— son poco conocidos.

## El Clima

La temperatura de Canarias es privilegiada. Llévase la palma sobre el clima, cuya fama es conocida.

Sus circunstancias son curiosas. De una parte, el hombre puede gozar a cualquier hora de la temperatura no extrema que le sea más agradable para su labor o su reposo; y, de otra, tiene en su mano el disfrutar durante el año entero de un ambiente inalterado. Una ligera variación de altura le permite hallar las soluciones. Un corto paseo en auto es suficiente para pasar de calor a frío, inexcesivos ambos. Y, si bien este hecho no interesa demasiado a lo castrense en general, ocurre, en cambio, que su conocimiento es indispensable para cuanto se refiere a equipo y vestuario, a acuartelamientos y a ciertos fenómenos relacionados con la navegación aérea y marítima.

Pero, en lo referente a clima, la temperatura es sólo una pequeña parte alícuota. Los vientos reinantes y el grado más o menos intenso de humedad atmosférica, son factores que pueden ser más importantes que aquel primer agente para lograr una perfecta definición del referido clima, e incluso para llegar a considerarlo apacible o desagradable, sano o malsano, o, en fin, nocivo o conveniente para el desarrollo de las operaciones militares.

En efecto, Canarias no disfruta extraordinariamente del Sol que corresponde a su situación geográfica. Su aire es húmedo, y no transparente. En verano, la calina abusa; y, durante todo el año, las islas se divisan, de una a otra, malamente. Muy pocas veces se vé la Palma desde el Puerto de la Cruz, o Gran Canaria desde Güímar. Es más, la escasa visibilidad de la Gomera desde la Punta de San Juan (en Tenerife) o desde Fuencaiente (de la Palma), hace pensar

en las razones que indujeron a creer en la quimera de una isla no existente y que durante muchos años se llamó «San Borondón»<sup>11</sup>.

Respecto al viento, conviene recordar que el Archipiélago Canario está batido por los alisios del N. O. A consecuencia de ello, las costas septentrionales de la mayoría de las islas son continuamente refrescadas por el aire del Atlántico y por las nubes que se quedan apresadas en los valles o retenidas por las mayores cumbres.

Dichos alisios están sujetos a ligeras variaciones. Oscilan con frecuencia hasta el N. E. Hacen de Canarias una estación incomparable, y aseguran la vegetación de sus zonas menos elevadas. Mas cuando paran, ceden su puesto al mal llamado «Levante», que es caliente y seco y sopla con violencia, y de este modo perjudica la labor realizada en las costas S. y S. E. de las diferentes islas. Dura sólo de tres a cinco días; pero, en ese breve tiempo, es capaz de arrasar cosechas, secar viñedos, destruir las tomateras y tumbar los árboles que el hombre insiste en replantar. Es el enemigo principal de los canarios.

El N. O. —queda dicho— acumula nubarrones contra las costas de Canarias, pero no origina suficientes lluvias para el campo. El riego es casi siempre artificial. Las zonas privilegiadas de la Palma, de Tenerife y de Gran Canaria están llenas de pozos verticales y de galerías profundas y horizontales, cuya agua pasa a los depósitos reguladores que inundan la región; y estos depósitos —o «estanques», según su nombre usual— son los que nutren las grandes conducciones de cemento, las tuberías metálicas y las acequias de barro que llevan el preciado líquido a las fincas instaladas en las costas y en los valles canarienses.

Lanzarote y la Gomera utilizan sólo algunas presas que retienen parte de las aguas procedentes de la lluvia. Pero, la solución es incompleta: en la segunda, varios pozos complementan —o prolongan suavemente— la corta bendición del cielo, y, en la primera, los «enarenados» de picón integran un ligero paliativo.

---

11 José de Viera la titula «quimera de nuestros abuelos». La primera expedición destinada a su descubrimiento data de 1526, y fué realizada por Fernando de Troya y Fernando Alvarez, vecinos, ambos, de Gran Canaria. El resultado fué nulo, pero en 1570 las apariciones se repiten. Y pasaron muchos años antes de que todos se convencieran de la inexistencia de la histórica «San Borondón».

En el Hierro, la lluvia es escasísima, y no cae todos los años. Durante la anexión, el agua estaba reducida a la que destilaba el árbol santo o gároe, que «sudaba» por su tronco y por sus hojas, y daba de beber a las poco más o menos mil personas que habitaban en la isla. Pero, en los primeros años del siglo XVII, el árbol santo fué destruído por el viento; y desde entonces, los herreños se resignan a la escasa lluvia que las nubes les deparan, y esperan el remedio artificial que nunca llega.

Fuerteventura, en fin, es la isla cenicienta. Su problema es trágico. En años de sequía, la población deserta.

En resumen, el clima de Canarias goza de bien ganada fama de benigno, y esa fama integra uno de los mayores alicientes para atraer a los innumerables europeos y americanos que acuden a sus puertos en busca de reposo. Enero y Febrero son apacibles: el poco frío que se siente es mayormente originado por la ausencia de caloríferos y chimeneas en las viviendas. La primavera es privilegiada: durante ella reina —en casi todo el Archipiélago— la brisa del Atlántico, reemplazada, sólo en ciertas ocasiones, por un apacible viento Norte, acompañado, a veces, de *lluvias saludables que aseguran las mieses y cuyas ráfagas descargan de sus demasiadas flores a los árboles*<sup>12</sup>. El verano es agradable; pero acaso sea exagerado el calificativo de «admirable», que Viera, en su entusiasmo, le confiere, *no sólo por su benignidad para el fomento de las producciones de la tierra, sino por lo poco que suelen fatigar sus calores*<sup>13</sup>. El principio del otoño es algo menos recomendable: las calmas son pesadas y los vientos titulados «levantinos» son calientes y poco apropiado para asegurar la vegetación de las zonas que más baten; pero luego salta la brisa, y los dos últimos meses del año son excelentes. En suma, una maravilla; y, para la guerra, nada malo. Pero —según lo dicho— no basta una temperatura poco variable para ampliar al punto de vista bélico las ventajas concernientes a un clima que tiene la reputación de ser extraordinariamente suave. Las condiciones necesarias para que las tropas resistan bien las marchas y que las flotas navales puedan abordar los puertos y que

12 VIERA: Ob. cit. (Libro primero, V).

13 Id. id.

las del aire estén en condiciones de acogerse a los diferentes campos de aviación, no son las que más inducen a los turistas a elegir tal o cual rincón de tierra para pasar las vacaciones o retirarse a descansar. No importa a esos turistas que el esfuerzo físico fatigue prematuramente a los que se hallan obligados a desarrollarlo, ni que el mar azote demasiado los peñascos de las diferentes costas, ni en fin que los aeroplanos se vean obligados a regresar al punto de partida a causa de las nieblas que interceptan los aeródromos desprovistos de los medios necesarios para facilitar una buena toma de tierra sin visibilidad. Y, en Canarias, estas brumas son frecuentes y la mar suele erizarse, y el cansancio impera antes de estar justificado por el trabajo.

Como consecuencia de lo dicho, en Canarias hay de todo: cardones gigantescos (de jugo blanco y ligeramente soporífero), pinos canarios (de ramaje algodonado y grandes dimensiones), dragos milenarios (cuya savia es abundante y muy jugosa), cereales y patatas, frutas variadísimas, plátanos, algodón...; y esta asombrosa variedad de productos surge abigarradamente, en plena confusión. Así vemos el tabaco próximo al esparto, las flores siempre vivas cerca de la arena incultivada, las retamas por encima de la piedra, la caña de azúcar al lado de las hortensias, los pinos junto a las palmeras y los geranios limitando los principales ríos de lava.

Y esto es suficiente para decir —o incluso asegurar— que el clima fué la causa principal de que las Canarias recibieran el título de «Islas Felices» o «Afortunadas». Sus frutos fueron siempre buenos, mas no tanto como fuera necesario para justificar la orientación de Viera y de otros historiadores de su tiempo que tanto pregonaron para su Archipiélago el pomposo nombre de «Jardín de las Hespérides» y el no menos reputado y célebre de «Campos Elíseos». Ahora, únicamente, al cabo de los años y del trabajo realizado por los hombres, es cuando ya Canarias merece una denominación que tienda a parangonarla con las zonas más fructíferas del mundo y aún a elevarla por encima de otras muchas que han sabido utilizar la propaganda para constituirse en paraísos terrenales; mas no será el autor de este compendio quien se atreva a asegurar que el nombre hoy merecido sea el originario de las diferentes Islas que por fin se lo han ganado.



## II

# Los Isleños

### Incógnita Original

Este apartado no es consecuencia de investigaciones desconocidas por los muchos que han estudiado la etnografía canaria. Tampoco ofrece fórmulas concretas para coordinar debidamente lo que todo el mundo sabe. En él se expone solamente un resumen incompleto de las orientaciones conseguidas por los grandes sabios, y la reiteración del resultado que ellos mismos han logrado: un resultado nulo en cuanto se refiere a posibilidades de eliminar la «incógnita» inicial del Archipiélago Canario.

En todas partes, la ecuación es complicada. Jamás se llega a una solución exacta. Lo más que se logra —en Canarias y fuera de Canarias— es remontar ligeramente la escala histórica: convertir un milenio de prehistoria en verdadera historia, mas sin llegar, por eso, a conocer el verdadero origen de los pueblos que se estudian. Los historiadores ahondan en cuestiones antropológicas y arqueológicas, y crean la técnica necesaria para obtener la interpretación exacta de sus descubrimientos. Pero, esta labor, que en casi todas partes se relaciona con épocas remotas, corresponde, en nuestro Archipiélago, a unos siglos muy recientes. El hilo informativo es corto, y nadie sabe prolongarlo.

No pocos insinúan que la procedencia atlántida ha sido confirmada por la falta de afición al mar de los canarios más antiguos que la historia cita. Pero, desde el momento en que nuestra descripción del Archipiélago está fundada en la teoría contraria, no parece lógico indagar sobre esa base, sino sólo referirnos a ocasiones más recientes y que ofrezcan deducciones más seguras.

Y, en estas condiciones, Canarias, surgida a flor de Tierra en época muy posterior a la mayoría de los territorios de su propia

zona, fué ocupada —lógicamente— por una población continental. Los eruditos hablan de la raza cromañona, pero las razones aducidas no parecen suficientes para estar seguro de que ella fuera autóctona.

Sin duda existen muchas grutas sepulcrales y túmulos de lava en los que han aparecido cráneos y huesos de una época anterior a la conquista. Pero, los fragmentos se hallan en deplorable estado: los esqueletos se encontraron mal arropados en trozos de envolturas o sudarios de tejidos de junco<sup>1</sup>. Pocas veces los cadáveres han estado sin contacto con el aire. Y, de resultas, la investigación ha sido inconsistente.

Ni las cuevas de Artenara y de la Isleta, ni las otras de Bentayga y Tabacalete (en Gran Canaria), han proporcionado mejores datos que el enterramiento de la Guancha o el túmulo de Tejada (en aquella misma isla), o el sepulcro de Tahiche (en Lanzarote). El campo de la antropología antigua no ha dado luces suficientes; mejor dicho, ha originado tantas que ellas se confunden y dan lugar a un todo inextricable. Y esto es lógico; y para convencerse de ello basta ojear las páginas de un libro en que figuren caras o perfiles de los tipos existentes en Canarias, y, luego, recorrer las carreteras y los pueblos de una cualquiera de las islas, y ver que todo está de acuerdo, si bien en proporciones diferentes. En los papeles y en el campo, hay semitas, hay cromañones, hay hombres de pómulos salientes, los hay escualidos y estrechos, y los hay como rizados y otros con el pelo extraordinariamente lacio. A medida que los estudios —o las simples investigaciones turísticas— se extienden a las zonas alejadas del camino, se descubre que la gente se aceituna y empequeñece, sin que sea posible poner en claro hasta que punto sea el origen o sea la vida al aire libre con poquísimo alimento, la causante verdadera de aquellas dos características. Pero, a un tiempo esa gente se confunde con la blanca, de alta estatura y cabellera semi-rubia, que aunque abunda menos, ofrece un interés mucho mayor: no ha de olvidarse, en efecto, que el snobismo de la cromañonería influye un poco sobre las decisiones de los que quieren que su raza sea potente y fuerte.

---

1 Véase *Contribución al estudio de la arqueología prehistórica canaria*, por J. del Río y A. Doreste. (Artículo publicado por «El Museo Canario», Mayo-Agosto 1935).



*El drago milenario de Icod  
que ya crecía cuando los árabes invadían nuestra Península*

LAMINA 5

Foto: A. Benítez



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

*Un lugar del litoral canario*

*Hay pocas playas, y el Atlántico no cesa de batir las rocas  
y los acantilados de las diversas islas.*

LAMINA 6

Foto: J. Martín Aguiar

Pues bien, si el resto humano —más o menos roto y fosilizado— no ofrece buenas soluciones, deberemos adoptar otros principios y averiguar si los que trataron de poner en claro cuales fueron las costumbres de los antiguos pobladores del Archipiélago han deducido cosa alguna interesante de cuanto está relacionado con el modo de matar de aquellos hombres, y el de mantenerse, y el de vivir en paz durante el tiempo en que descansaban de sus grandes correrías o cacerías, o en que preparaban otras nuevas. Mas tampoco es mucho lo que se halla publicado sobre arqueología canaria, ni sobre troglodismo y armamento de las Islas.

No obstante, hay que elegir y concretar.

Los trabajos referentes a inscripciones rupestres, han rendido poco. Nadie puede asegurar que esos trabajos han sido muy completos, ni que se han llevado a cabo con la competencia necesaria para dilucidar el fundamento de aquellas inscripciones con certeza terminante; mas no deja de causar cierta extrañeza el hecho de que los resultados conseguidos sean mediocres y de que lo poco hallado para basar la investigación sea una mezcla de grabados o incisiones que no guardan entre sí la más pequeña relación. Son célebres las inscripciones del Barranco de Balos, conocido igualmente como «Barranco de los Letreros». Y, en este lugar de Gran Canaria es donde más se manifiesta la incomprensible diversidad de caracteres de otro tiempo. Ahí, en efecto, sobre el basalto, hay signos rupestres de tipo exclusivamente prehistórico, inscripciones dialectales de procedencia nómada, grafías de figuras antropomorfas auténticamente guanches, caracteres latino-romanos y grabados cristianos esculpidos en la Edad Media<sup>2</sup>. En resumen: recuerdos de épocas diversas y de pueblos heterogéneos.

Es evidente que la enorme roca utilizada para dibujar las mencionadas inscripciones, se halla indemne. El viento no la mueve, y el agua no ha logrado pulimentarla. En cambio, los documentos que podrían explicarnos algo sobre los signos hallados, han desaparecido para siempre. Por lo tanto, hay que seguir otro camino. Hay que recurrir a nuevos medios: cambiar de ciencia: pensar en la cerámica.

2 Presbítero Doctor DON PEDRO HERNÁNDEZ: *Inscripciones y grabados rupestres del Barranco de Balos*. Artículo publicado en «El Museo Canario» (Julio-Septiembre, 1945).

Algunos sabios han trabajado sobre este asunto. Varios extranjeros han recorrido las Canarias en son de descubrir lo no encontrado. Entre ellos, un italiano apellidado Torriani, aprovecha el estudio de la defensa del Archipiélago, que le encomienda el rey Don Felipe II<sup>3</sup>, para averiguar algo de todo y ofrecer a muchos el resultado de su gestión. Y, más tarde, el renombrado arqueólogo Dominik Wölfel analiza detalladamente los datos ofrecidos por Torriani<sup>4</sup>, y nos da noticias interesantes.

En cuanto se relaciona con aquella cerámica, Wölfel rechaza en forma terminante la posibilidad de un desarrollo local y autóctono, y diserta ampliamente sobre la existencia de una relación concreta entre los descubrimientos de Canarias y los del Medio Oriente<sup>5</sup>. En consecuencia de su labor, se sabe que la alfarería neolítica de Fuerteventura es más perfecta que la de Gran Canaria, que los toffios o tabajostes encontrados cerca de Pájara y de Oliva demuestran claramente que se trata de un conjunto muy homogéneo, que los vasos mayoreros y las ánforas lanzaroteñas son posteriores a otras muchas parecidas que se han hallado a muchísima distancia de Canarias<sup>6</sup>, y, en fin —lo más interesante— que estos objetos fueron copiados o introducidos en nuestro Archipiélago hacia el tercer milenio antes de Cristo<sup>7</sup>.

Por otra parte, el empleo de las llamadas «pintaderas» ofrece a Wölfel un argumento más para creer en la antigua conexión de Canarias con el Oriente Medio. Según él, los artefactos en cuestión son privativos de esta zona. Sin embargo, otros opinan que una

3 El ingeniero militar Leonardo Torriani escribió, en 1590, una memoria sobre Canarias que proporciona muchos datos sobre los naturales del país; datos que no parecen haber sido utilizados por los demás cronistas. El manuscrito de Torriani apareció en Coimbra en 1931. (Veáse el Apéndice A).

4 Leonardo Torriani. *Die Kanarischen Inseln und Ihre Urbewohner*. Herausgegeben von DR. DOMINIK J. WÖLFEL. (Leipzig, 1940).

5 Comentarios sobre el trabajo realizado por Leonardo Torriani. Publicados en el primer número de «Tagoro». (La Laguna, 1944).

6 Véase *Cerámica neolítica de las islas de Lanzarote y Fuerteventura*, por SEBASTIÁN JIMÉNEZ SÁNCHEZ. («El Museo Canario»: Oct.-Dic., 1946).

7 Wölfel rechaza, en esta materia, la posibilidad de un desarrollo local autóctono de la cerámica de Canarias. En cambio, este desarrollo local y autóctono ha sido sostenido por Abercromby. Véase *The prehistoria of the pottery of the Canary Islands (The Journal of the R. Anthropological Institute; 1914)*. Cita de «Tagoro».

parte de los ejemplares existentes en el Museo Canario<sup>8</sup> son importados de la América Central. Dicen —éstos— que el hecho se halla demostrado por las propias condiciones de las pintaderas que están en las vitrinas, y por la fecha en que llegaron a Canarias. Según ellos, nada induce a asegurar que sean anteriores a los viajes colombinos. Pero, si es cierto que los incas atravesaron el Pacífico en sus famosas balsas, y, a favor de vientos dominantes, dieron en las islas polinésicas, de las que al parecer no regresaron, nada obliga a no admitir la posibilidad de que otros hombres cruzaran el Atlántico en sentido inverso y dieran en Canarias con sus costumbres. Nadie puede asegurar que los aztecas vinieron al Archipiélago antes de que nosotros fuéramos a América. Tan sólo puede afirmarse que hay indicios de que eso se haya producido. En efecto, las famosas pintaderas del Museo Canario de Las Palmas, son bastante parecidas a otras mejicanas de época remota que se trajeron luego a fin de compararlas con las nuestras. La sangre de drago, en ese caso, y otros ungüentos, en los restantes, permitían —sin duda— adornar la piel de gentes que se hallaban separadas por un océano a la sazón desconocido.

Pero ni este razonamiento tiene fuerza, ni el origen oriental es cosa firme. Lo único evidente es que los primitivos pobladores de Canarias estaban atrasados en relación al mundo en que vivían. Siguiéron la pauta de su Archipiélago. Nacieron tarde, y se civilizaron lentamente. Las costumbres de la gente que llegó a estar en contacto con los exploradores de los primeros tiempos de la era nuestra y con los propios conquistadores españoles del siglo XV, ayudan a creer en ese decalaje; y lo confirma el hecho —ya citado— de que la cerámica antigua de Canarias es mucho más moderna que la neolítica de allende el Archipiélago; y aún remacha el clavo la circunstancia de que los habitantes de las diferentes islas seguían usando armas de piedra —toscas, sencillas, casi casi paleolíticas— cuando el bronce había pasado ya a la historia en casi todo el Continente.

Todo induce, por lo tanto, a seguir a Wölfel, cuando asegura que *en las Canarias se puede reconstruir una cultura de la Edad de Piedra, no ya sólo con su material muerto y mudo, e inerte frente a*

8 Museo de Letras, Artes y Ciencias, de Las Palmas de Gran Canaria.

cualquier interpretación errónea, sino con toda la gama viva de usos y costumbres, religión, sociedad y estado, de la primitiva Euráfrica<sup>9</sup>.

Pero, esto no sirve para poner en claro quienes fueron los primeros pobladores de Canarias. Sobre la mezcla ya existente cuando la conquista tuvo lugar, aún ha de agregarse la resultante de la presencia de los propios conquistadores, y de los moriscos procedentes de Africa, y de no pocos negros y americanos que llegaron a las islas por razones diferentes. En las aldeas recónditas del Archipiélago puede haber un individuo que descienda en línea directa de una familia de época remota; pero es más lógico admitir que la raza original —aún subsistiendo en parte— se halla adulterada en proporciones más o menos importantes<sup>10</sup>.

## Los Guanches

En Tenerife, *guanche* significaba «descendiente de Tinerfe o de Chiner». Pero, andando el tiempo, el vocablo se ha extendido al conjunto de hombres y mujeres que vivían en Canarias cuando la conquista se inició<sup>11</sup>.

Verneau, que es quien más sabe o más ha escrito sobre las razas que poblaron las Canarias, admite con otros varios que la autóctona fué cromañona, si bien mezclada a *posteriori* con la semítica<sup>12</sup>. Da por sentado que los guanches —o cromañones— ocupaban casi todo Tenerife en el momento en que llegaron nuestras huestes, y que en esa misma época predominaban los semitas en Gran Canaria, en La Palma y en el Hierro. Habla de una tercera

9 Cita de «Tagoro». (N. 1; La Laguna, 1944).

10 Véase el discurso de Don Rafael Torres Campos, titulado *Carácter de la Conquista y Colonización de las Islas Canarias*, y pronunciado en la Real Academia de la Historia, en 1901.

11 Principios del siglo XV.

12 Véanse, en el *Bulletin de la Société Anthropologique* de París (años 1878 y 1881), sendos artículos sobre «Pluralidad de las razas antiguas del Archipiélago» y «Los Semitas en Canarias»; y en la *Revue d'Ethnographie* de aquella misma capital (año 1889), otros varios sobre «Habitaciones, sepulturas y lugares sagrados de los antiguos canarios», y sobre «Una misión de cinco años en el Archipiélago». (Cita de «El Museo Canario»; Mayo-Agosto, 1935).

raza mal definida, de estatura muy pequeña, cráneo corto y nariz bastante pronunciada; y se refiere, finalmente, a las gentes de cabellera rubia que llegaron a Canarias a través de Libia y de Marruecos, y que sin duda están ligadas igualmente a los antiguos cromañones.

Hamy, que ha investigado mucho, está de acuerdo con Verneau. Entiende que los cráneos encontrados en Barranco Hondo (isla de Tenerife) tienen un «parentesco indiscutible» con los cromañones<sup>13</sup>.

En todo caso, la semejanza se halla establecida no sólo por los cráneos y esqueletos encontrados, sino —y esto ya se dijo— por los caracteres fisiológicos de alguna gente que aún habita en pueblos alejados de la costa y de los lugares ocupados por los conquistadores. Y estos caracteres fisiológicos son los citados por el glorioso Don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su renombrada «Historia de los Heterodoxos Españoles»: elevada estatura, vigorosa compleción, cabellos rubios, ojos azules, cráneo alargado y dolicocefalo, y prognatismo del maxilar superior.

Ahora bien, aún admitiendo que los verdaderos guanches procedan de la antigua raza cromañona más o menos hebraizada, no cabe duda que las innumerables incursiones de la antigüedad —realizadas por fenicios, por griegos y romanos, y por los árabes— dieron lugar a un mestizaje extraño. Y esto ha ocurrido siempre, y seguirá ocurriendo. Sabemos, en efecto, de franceses y españoles que precedieron a los de la conquista, de ingleses y escandinavos que se instalaron después de ella, y de otras varias gentes que han originado mezcla. Y, de resultas, no es cosa fácil establecer la proporción exacta de sangre indígena y europea que circula por las venas de los campesinos y de la gente de los pueblos de Canarias.

Renunciemos, pues, a fijar principios terminantes, y limitemos nuestra labor a una mera exposición de los principales usos y costumbres de la masa que al dar comienzo el siglo XV ocupaba el Archipiélago.

Empecemos, como es lógico, por los principios religiosos.

---

13 *L'espèce humaine* (MILLARES: *Historia General de las Islas Canarias*).

Los guanches tenían un solo Dios. El Alcorac de Gran Canaria era eterno y omnipotente, y Señor del Cielo y de la Tierra; y los pobladores de la Isla le profesaban un respeto muy profundo. En Lanzarote, la gente subía a las cumbres a fin de situarse cerca de su otra divinidad, y desde ellas venerarla, y derramar la leche que llevaban en sus «gánigos»<sup>14</sup>. Los de Fuerteventura rendían al suyo pleitesía desde los «efequenes», templos de piedras cuyas paredes dobles y circulares ofrecían al exterior una salida muy pequeña<sup>15</sup>. Los tenerfeños creían en la inmortalidad del alma, y admitían que «Guayote» —el espíritu del mal— estaba encerrado bajo el Teide. Los herreños llamaban a su dios Abora, y le rezaban alrededor de sendas pirámides de piedra suelta que se hallaban erigidas en los varios cantones de la isla. Y, en la Palma, únicamente, los habitantes ofrecían sus plegarias a la Luna y a los astros, sin que sepamos ahora nada más de sus principios.

Los «faicanes»<sup>16</sup> de Gran Canaria y los «guañames»<sup>17</sup> de Tenerife, eran los encargados de recoger y de elevar las oraciones y de administrar el culto.

Las mujeres participaban igualmente en la labor espiritual de los canarios. Las sacerdotisas de Tenerife residían en grandes cuevas, en las que administraban un a modo de bautismo. Y en Gran Canaria, existía una comunidad del sexo débil que, aunque dedicada parcialmente a la oración, enseñaba a los menores a adobar las pieles, a tejer hojas de palma, a fabricar vasijas, a moler cebada y a preparar pinturas.

Respecto a idioma, los conquistadores aseguran que los habitantes de las diferentes islas del Archipiélago Canario no se entendían entre sí; y sin embargo los nombres correspondientes a la época anterior a la conquista —y entre ellos los de los pueblos, que subsisten en gran parte— demuestran claramente que el origen era idéntico y la formación muy parecida. Hoy, las palabras guanchinas están agrupadas con separación de las canarias, palmesas,

14 Cántaros de barro. (La palabra «gánigo» se emplea todavía en Canarias).

15 «Efequén» es nombre antiguo que está en desuso.

16 Voz de origen guanche.

17 Id. id.

herreñas y gomeras; pero esto sólo sirve para poner en claro que los antiguos habitantes del Archipiélago se movieron poco o nada de sus respectivas islas.

Los idiomas o dialectos de Canarias eran suaves e indeclinables; y, dado el hecho —tantas veces mencionado— de que los habitantes eran poco aficionados a la mar<sup>18</sup>, no es extraño que cada isla tuviera su lenguaje propio, ni puede sorprendernos que solamente en la Gomera se hiciera uso de la «conversación silbada», que, subsistente en nuestros días, permite repetir lo oído y comunicarlo a través de valles y barrancos.

Ciertos filólogos encuentran parentesco entre el canario antiguo y el idioma tuareg, y aun entre aquél y el de varias tribus bereberes. Otros han hallado parecido con el persa y el egipcio, y han descubierto algunas etimologías de ese mismo origen.

A excepción del Hierro, que tiene un sólo jefe, y de Fuerteventura, dividida en dos porciones desiguales, cada isla canaria se componía de numerosas tribus, que entre sí luchaban en beneficio de sus magnates respectivos. La historia ha asignado el pomposo nombre de reyes a los distintos jefes de las mencionadas tribus, pero los suyos originales de «menceyes» en Tenerife y de «guanartemes» en Gran Canaria parecen más a propósito para citarlos. En todo caso, los «guaires» de Gran Canaria y los «sigöñes» de Tenerife integraban el Consejo consultivo de aquellos guanartemes y menceyes. Las reuniones tenían lugar en el Tagóror, o en un lugar equivalente; y las decisiones eran avaladas por el propio soberano.

Sobre costumbres familiares, lo poco escrito peca de fantástico. Dícese, en efecto, que en Lanzarote las mujeres tenían tres maridos, y que éstos turnaban religiosamente en el cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Dícese, igualmente, que en Gran Canaria, el Guanarteme —o el guaire que lo representaba en los casamientos— ejercía un cierto derecho de prelación que la costumbre sancionaba, y que el recién casado consentía oficialmente. De otra parte, se asegura que en Tenerife cada varón tenía derecho al

---

18 No hallaron el secreto de construir una balsa o una canoa regular (VIERA Y CLAVIJO: *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*; Libro II).

número de mujeres que él pudiera sustentar. Mas como estas noticias son un poco absurdas, y aun contradictorias, más vale sentar que no es bastante firme lo sabido para poderlo resumir concretamente en forma histórica.

El canario antiguo no tenía bestias de carga, ni de tiro. Araba la tierra con *garrotes de seis palmos, armados de una asta de cabra por el extremo, a modo de reja*<sup>19</sup>. Los hombres abrían los surcos, y las mujeres sembraban.

La gente comía carne de cabra y gofio de cebada. El pescado, los dátiles y el sebo, completaban el sustento.

El vestuario se componía de túnicas y medias capas, de cuero casi siempre, de cabra o de cordero. Los que protegían su cabeza, lo hacían con bonetes, a veces altos y adornados con plumaje. La sandalia era corriente. Y el todo se cosía con hilo de palmera o con tiras de cuero de extraordinaria delgadez.

Algunas habitaciones consistían en chozas de piedra seca, recubiertas con helechos o con paja. Pero las principales eran cuevas. Los grandes señores de las diferentes islas eran trogloditas. El palacio del guanarteme de Gáldar, en Gran Canaria, y los atribuidos a los menceyes de Güímar y Tahoro en Tenerife, eran instalaciones subterráneas, de dimensiones regulares y con dibujos de colores que recuerdan los adornos murales de la vieja América Central.

En Lanzarote, las casas eran grandes y estaban agrupadas. En Fuerteventura había un núcleo de población en la célebre Montaña de los Cardos. Pero, en los demás lugares, la gente permanecía aislada y vivía con mucha independencia. Y esto mismo sucedía en las restantes islas.

Tampoco es fácil bosquejar el carácter de los que defendieron tenazmente el Archipiélago Canario. Ya se dijo en otra parte que hoy en día los canarios son alegres, mas que su alegría está frenada por un ligero fondo melancólico; y, puede suceder que esto ya ocurriera cuando los guanches estaban libres de toda acción extraña.

---

<sup>19</sup> Viera y Clavijo: *Ob. cit.* (Libro segundo).

Sin duda, la costumbre de la Palma de instalar a los moribundos en la cueva en que habían de ser abandonados para siempre, realza claramente que esa melancolía integraba el complemento de un carácter indefiniblemente valeroso y triste. En efecto, era el paciente mismo quien renunciaba a los remedios ofrecidos por los galenos de su tiempo y solicitaba el aislamiento, y eran los familiares los que —entonces— decidían obedecerle.

Algunos autores han inducido a pensar que los canarios eran crueles; pero, ni eso es cierto, ni se aproxima a la verdad. El hecho de que en Lanzarote se aplicara la pena de muerte aplastando el cráneo del condenado con una piedra de regulares dimensiones puede sólo significar que los habitantes de aquella isla consideraban este sistema más seguro que todos los restantes; y la costumbre tinerfeña de enterrar con vida a los adúlteros demuestra únicamente la importancia inusitada que se atribuía a su falta. Los melancólicos no suelen ser crueles; y el que quiere a su tierra apasionadamente, quiere también a los que en ella permanecen. Crueldad deriva de odio; y el odio no es frecuente en las Canarias.

Los guanches eran buenos combatientes.

De entre las varias opiniones expresadas por los que intervinieron en la conquista o acudieron seguidamente a las Canarias, prepondera el parecer de que en unas y otras islas la gente era valiente y aguerrida. Las pruebas de ligereza y la lucha canaria que siguen aun en boga, son indicios de que los hombres anteriores a la conquista reunían condiciones excelentes para una guerra de guerrillas de mucho estilo. De otra parte, hay noticias de que la bravura solía ser recompensada. Sabemos en efecto, que en Fuerteventura, los «altajas» u hombres de valor, tenían ciertos privilegios de tipo sagrado en relación a sus posibles crímenes.

La agilidad y la fortaleza eran características comunes a casi todos los habitantes del Archipiélago. Y tales virtudes se manifestaban en presentaciones o pugilatos públicos, que originaban victorias y no poca vanagloria de los grandes vencedores.

La lucha —por supuesto— era distinta de la actual. Los atletas subían al terraplén para presentarse ante la multitud. Cada cual llevaba un largo garrote que remataba en porra, tres guijarros muy

redondos y lisos, y algunas «rajas» de afilado pedernal<sup>20</sup>. Sobre el terraplén había dos pedestales a los que subían uno y otro contendiente y desde los cuales sin sacar ni mover los pies, debían parar y hacer alternativamente los tiros<sup>21</sup>, que empezaban por guijarro y seguían por «raja de pedernal». En la segunda parte, los luchadores se acercaban más, y, siguiendo con las «rajas» en la mano, tomaban su garrote con la que estaba libre, y, en estas condiciones, ya descargaban el golpe, ya le paraban, ya herían con las tabonas<sup>22</sup>, ya eran heridos.

La agilidad llevaba a los isleños a realizar extraordinarios ejercicios. Dícese que eran capaces de saltar a pie juntos sobre varas que dos hombres de gran estatura mantenían en alto con sus brazos levantados. Pero, de todas esas pruebas la más ruda consistía en encaramarse a los riscos más escarpados e inaccesibles para fijar en ellos grandes maderos. Abreu Galindo dice haber hallado algunos postes de ese tipo colocados sobre las más altas crestas de la Isla y «tan hundidos en la roca que ninguna fuerza humana hubiera podido arrancarlos»<sup>23</sup>.

Los medios de combate utilizados por los guanches eran muy diversos:

*Lanzas de fina tea eran sus armas;  
«tarjas» de «drago», piedra fulminante  
y espadas de acebuche, que en sus brazos  
no menos que de acero parecían<sup>24</sup>.*

Pero, a más de piedras y de lanzas, empleaban el «magado» y el «banot», ambos de madera, y provisto el último de dos ensanchamientos para asirlo y de un estrechamiento que facilitaba su rotura al dar el golpe, dejando así una parte dentro de la herida.

20 Viera y Clavijo: *Ob. cit.* (Libro seg., XIV).

21 Id. id.

22 Arma de madera utilizada a la sazón.

23 MONTERO: *Historia Militar de Canarias*. (Prólogo).

24 BARTOLOMÉ CAYRASCO DE FIGUEROA: *La Fama de Canaria*. (Citado por Don Pedro Agustín del Castillo, en su *Descripción Histórica y Geográfica de las Islas Canarias*, que fué publicada en 1737).

Para las marchas los canarios empleaban largos bastones barnizados con médula de cabra; y, en algunas islas —Gran Canaria y Palma—, utilizaban pértigas que facilitaban un rapidísimo descenso por los riscos y pendientes de sus montañas.

Andaban mucho, y eran resistentes. Andaban sobre todo —con aquellos medios— por donde no podían moverse los europeos. Y, en estas condiciones, los preparativos de combate no eran necesarios: el despliegue era continuo.

Combatían desnudos, casi siempre. Y aunque nuestros isleños no tenían ningún conocimiento del orden de formación en batalla, ni de evolución alguna, eran hábiles en elegir los puestos ventajosos y en ganar todas las avenidas. Las alturas más ásperas, las gargantas, los desfiladeros y los mayores precipicios les eran tan indiferentes como las campiñas completamente rasas. Eran ingeniosos en estrategias y emboscadas. Hacían sus señales y avisos con ahumadas y se entendían con silbos de centinela en centinela. Llevaban al ejército sus mujeres, a fin de que subministrasen víveres, retirasen del campo de batalla los cuerpos moribundos, e hiciesen los últimos oficios de piedad<sup>25</sup>.

En resumen, los guanches sabían hacer la guerra y tenían inmejorables condiciones físicas y morales para desarrollarla. Y buena prueba de ello son las proezas que realizaron y el tesón que pusieron en defender su territorio.

## La unión fecunda

En la crónica de los conquistadores no se expresa claramente la condición cutánea de los varones, mas sí se dice que *las del otro sexo eran trigueñas, sin dejar de ser hermosas*<sup>26</sup>. Y, esta ligera diferencia es suficiente para admitir orígenes diversos; y esto, sin duda alguna, presupone otra conquista muy reciente o al menos un desembarco en fuerza necesaria para imponer la sangre o el aspecto fisiológico.

---

25 VIERA Y CLAVIJO: *Ob. cit.* (Lib. seg., XX).

26 Cayrasco. Cita de Viera (Lib. seg., XX).

Que hubo luego uniones entre invasores e invadidos, es cosa que no cabe discutir. El hecho se produjo en infinitas ocasiones, y sus consecuencias son las dudas que han sufrido los que han tratado de analizar las razas de Canarias.

Pero, esto no basta para dar este hecho por sentado. Podemos no buscar razones; mas debemos —tan siquiera— citar ejemplos.

En 1377 —unos cinco lustros antes de que empezara la conquista— arribó a Lanzarote una embarcación española dirigida por un hidalgo vizcaíno apellidado Ruiz de Abendaño. Este fué recibido por el rey Zonzamas, que lo hospedó en su casa, lo trató espléndidamente, y le hizo conocer lo máspreciado de su vivienda.

*Martín Ruiz de Abendaño era joven, galán, extranjero y no iba recubierto con las pieles del país. Véase aquí por qué a los nueve meses de su regreso a Europa dió a luz la reina de Lanzarote una niña blanca y rubia, que se llamó Icó, y a quien todos negaban en secreto el epíteto de guayre o de noble<sup>27</sup> que ostentaba.*

No obstante la princesa fué reconocida, y casó más tarde con Guanazama, su medio hermano, y dió vida a Guadarfíe que iba a reinar en Lanzarote cuando llegaron las huestes del famoso Béthencourt. Todo pues se deslizó como es debido, pero el reconocimiento de la reina originó bastante controversia entre los naturales del país.

El caso fué esporádico; mas cabe relacionarlo con los que habían de producirse a consecuencia de la ocupación definitiva de Canarias.

Cuando, en esta ocasión, nos posesionamos de las Islas, las conversiones al catolicismo se produjeron fácilmente. Los indígenas estaban poco influenciados por las supersticiones y no tenían principios mitológicos. Veneraban a un Ser divino, y lo invocaban con las manos y repitiendo varias veces sus diferentes nombres. Se inclinaban ante los astros mas no los adoraban; reverenciaban solamente su hermosura y su majestuosa luminaria. Juraban por el Teide en forma sencilla y en razón a los temblores y a las erupciones que emanaban de su seno. Lo respetaban porque le temían, mas no por creer en su origen sobrenatural. Y, en estas condiciones, la propaganda religiosa fué relativamente fácil: los principios

27 Viera: *Ob. cit.* (Lib. seg., XXI).

fundamentales del cristianismo fueron acogidos con tolerancia, y los naturales de las islas acataron dócilmente nuestras ideas.

Los expedicionarios eran jóvenes, y no pocos eran célibes; y, por su parte, no dudaron en practicar intensamente los mandatos de la Santa Madre Iglesia como medio de lograr lo que ellos mismos pregonaban. Hubo, pues, innumerables casamientos, entre los cuales se destacan: el de Maciot de Bethencourt (sobrino del conquistador de Lanzarote), con Teguíse, hija de Guadarfie (que antes se opuso a la conquista); el de su pariente Maciot Perdomo de Betancor, con Tenesoya Vidina; el de Hernando de Guzmán, con Arminda (hija de Guayasén el Bueno), en la Gran Canaria; el de Miguel Trejo de Carvajal con la infanta Guayarmina; el de Francisco de Cabrejas con la hija del *guaire* Utindana, y el de Hernán García del Castillo con Doña Catalina (hija de la princesa Dácil)<sup>28</sup>.

Y, por supuesto, aún hubo más.

Durante el siglo XV y los primeros años del siguiente, lo que llegaba a Canarias era sobre todo soldadesca. Unos cuantos jefes distinguidos venían al frente de las huestes expedicionarias; pero lo demás formaba una masa anónima cuya descendencia no es posible retrazar en nuestros días. Algunos extranjeros integraban esa masa. Prisioneros e indeseables se hallaban entremezclados con no poca gente que se alistaba con el sólo fin de asegurar su vida... en tanto que durara; y esa gente hallaba buena acogida entre los núcleos procedentes de expediciones anteriores, cuya unión con los canarios era menos que ficticia.

Como en tantas situaciones semejantes, los habitantes de las zonas sometidas se dividieron en dos núcleos, unos dispuestos a obedecer al invasor y otros decididos a todo lo contrario. La unión fecunda en pleno monte no era firme. En cambio, los pueblecillos que nacían en la bajura daban lugar a un continuo aumento, cuyas características eran indefinibles.

Y los pueblecillos en cuestión fueron creciendo. Gentes de tierra adentro acudían en busca del sustento y... de lo ignoto. Mas como quiera que las piraterías empezaban y que la costa no se ha-

---

28 AGUSTÍN MILLARES TORRES, AGUSTÍN MILLARES CARLO y ANTONIO FLEITAS SANTANA: *Historia General de las Islas Canarias* (La Habana, 1945).

llaba protegida, los pobladores de la misma se fueron retirando poco a poco hacia la parte agreste y de más fácil defensa.

En el bajo centro de Fuerteventura —y en su única zona granítica—, surgió la población de Betancuria, en la cual se concentraron los que huían de las playas y de los desembarcaderos<sup>29</sup>. Su aspecto en nuestros días, su ambiente y su miseria, son factores que ayudan a pensar en lo que fué la vida de los primeros españoles que se unieron a los aborígenes; aunque sin duda el sacrificio impuesto por la tierra y el yugo resultante de una amenaza inabarcable proporcionaron a aquella gente el entusiasmo necesario para luchar en pro de su existencia; y, así, nuevas uniones —muchas, muchísimas— fueron bendecidas por los gloriosos misioneros.

Después de Betancuria (en Fuerteventura), aparecieron Telde (en Gran Canaria) y Tegüise (en Lanzarote); y a la sombra de los primeros pueblos de las islas conquistadas, los núcleos más dispersos empezaron a reunirse, y surgieron otros pueblos que poco a poco se convirtieron en ciudades. Las zonas fértiles y bien regadas fueron sus bases principales; y a medida que otros nuevos combatientes acudían, y que las guerras se acababan, y se organizaron los repartimientos, y se crearon más familias, y nacieron otros pobladores..., se pasó de prisa a nuevas tierras en que el agua era difícil de buscar, y dió comienzo la carrera hacia la parte que parecía estéril y en que había pocas esperanzas de vencer.

El campamento de Las Palmas se convirtió en Vegueta, y en Tenerife se edificaron las primeras casas laguneras. De otra parte, Arucas, Puerto de Cabras, Arrecife, el Tarajal, La Victoria, Tazacorte, Valverde y San Sebastián de la Gomera, fueron llenándose de gente y viéndose crecer rápidamente.

En Gran Canaria, surgieron construcciones a lo largo del camino que une al mencionado barrio de Vegueta con su Puerto de la Luz, y así nació la primera capital del Archipiélago. En Tenerife, el núcleo concentrado en la costa se fué extendiendo hacia el Agüere; pero, en este caso, la unión no pudo realizarse entre la altura

---

29 Es el pueblo más antiguo de Canarias. En la documentación hallada en Coimbra, y reproducida en la interesante colección del Museo Canario, figura el pueblo de Betancuria defendido por un espléndido castillo fortaleza, del cual no queda vestigio alguno.

(San Cristóbal de la Laguna) y el puerto principal de la isla (Santa Cruz); y, de este modo, ambas ciudades —que han sido capitales de Canarias— siguen aún independientes, y compiten, la una con su ciencia y la otra comerciando.

Y, así, los censos fueron aumentando; y, a medida que esto ocurría, la raza original fué mestizándose, hasta el extremo de que empezó a ser difícil diferenciar los verdaderos descendientes de aborígenes de aquellos otros cuya sangre no era pura. Y esto sigue sucediendo hogaño: tan sólo en sitios muy recónditos la gente es homogénea— más parecida a los verdaderos guanches—, al tiempo que en las ciudades y en las zonas fértiles los nietos de los conquistadores se han mantenido indemnes.

Es difícil por supuesto, determinar exactamente qué proporción de aumento corresponde a multiplicaciones propiamente dichas, y cual otra es consecuencia de la afluencia motivada por la riqueza de Canarias. Conviene recordar que desde la conquista hasta nuestros días, la población peninsular se ha quintuplicado, o poco menos. Por lo tanto, el aumento correspondiente a inmigración hacia Canarias debe casi equivaler a la diferencia entre el cuádruplo de la población que había en el siglo XV y la de ahora, y esa diferencia no es superior —seguramente— a unos pocos centenares de miles de habitantes.

En todo caso, es evidente que la unión fecunda se ha efectuado en función de radiaciones paralelas entre sí. En realidad, las islas principales de Canarias se han ligado más a la Península que a las demás islas hermanas. Las estadísticas no son bastante explícitas para decirnos si Tenerife ha recibido mayor refuerzo de Gran Canaria que de la propia España; pero es evidente que aunque haya sido aquél más importante, no ha llegado al valor que parecía corresponderle. El intercambio de habitantes entre Tenerife y Gran Canaria ha sido siempre reducido. Se ha limitado —en cierto modo— a un sector aristocrático y cerrado. Las familias principales de Las Palmas y de Arucas están emparentadas con las de La Laguna y la Orotava. En ambos grupos aparecen y aun se repiten los viejos apellidos de los conquistadores. Es más, los tales grupos constituyen, ahora, una simple y única familia, a la que se une alguna vez, uno de fuera. Y esto no ocurre entre los otros.

Pero, cualquiera sea la forma en que la unión se realizara, lo cierto es que la población canaria se ha triplicado en los cien últimos años y decuplicado en los cuatro últimos siglos.

## La situación actual

Hoy, Canarias reúne casi un millón de almas.

La repartición es muy variable. Fuerteventura tiene 7 habitantes por kilómetro cuadrado; Lanzarote, 31; el Hierro, 32; la Gomera, 75; la Palma, 83; Tenerife, 127, y Gran Canaria, 182. Y para darse buena idea de lo que significan estos números, conviene traer a cuento que la Península Ibérica tiene un promedio de 50 habitantes por kilómetro cuadrado; Francia, 75, y Bélgica, 270; y aun se debe agregar que la proporción de tierra inhabitada —e inhabitable— en las Canarias, es superior a las de Francia, de Bélgica y de España.

Se trata, pues, de una distribución que afecta profundamente a la defensa del Archipiélago y a las circunstancias en que antiguamente se realizaron las operaciones de conquista. Conviene, por lo tanto, conocerla con detalle.

Según lo dicho, Tenerife y Gran Canaria se hallan en cabeza.

La dorsal de aquélla está vacía. Los 290.000 habitantes<sup>30</sup> de la isla viven sobre el litoral, o cerca de él. Están distribuidos entre su capital moderna (que tiene más de 90.000)<sup>31</sup>, San Cristóbal de La Laguna (ciudad universitaria y antigua capital del Archipiélago, que tiene 12.000), Güímar (sobre la costa sur en plena zona tomatera, con 7.000), la Orotava (que domina el valle de su nombre, y tiene unos 6.000), el Puerto de la Cruz (que en otros tiempos dió salida a los productos de ese valle, y alberga a 5.000), Icod de los Vinos (sobre la misma costa norte, con 4.000), y tantos otros pueblos y pueblecillos desperdigados sobre alturas o entre barrancos, en la periferia de la isla. (Y es interesante mencionar que tales habitantes —aparte algunos industriales y el núcleo comerciante— son casi sólo agricultores, que, poco a poco, van conquistando el sur, a fuerza de trabajo y de paciencia).

---

30 261.817, según el censo de 1945.

31 Con inclusión de los municipios incorporados.



*Tipos históricos*

*A la izquierda, un vendedor de Gran Canaria;  
y, a la derecha, lanzaroteños y majoreros.*

*Webb y Berthelot  
Miscellanées Canariennes  
Tagoro; N.º 1*



*Un gomero hablando por silbidos  
como en época anterior a la conquista*

En Gran Canaria, la población está distribuída con arreglo a servidumbres semejantes. La isla tiene contextura diferente: en lugar de una dorsal, se trata de un macizo agreste y enrevesado que se extiende hacia el Oeste y el S.O. De sus 300.000 habitantes<sup>32</sup>, más de un tercio está en Las Palmas (su capital)<sup>33</sup>, 9.000 en Telde (vieja población del siglo XV), 4.500 en Arucas (cuna de la aristocracia isleña), 5.000 en Gáldar (sobre el N.O. de la isla) y 3.000 en Guía (que está inmediata a la anterior); y todos ellos luchan por el agua para dar más vida a sus ricas plataneras, y aumentar las tomateras, y —como en Tenerife— tratar de aprovechar la costa sur.

Cara a cara, las dos citadas islas se sienten orgullosas de existir. Representan a Canarias ante el mundo, y ante la Patria. Su importancia es parecida, y su valor es semejante.

Las Palmas tiene algunos habitantes más que Santa Cruz; pero, en relación a esto, conviene recordar lo dicho sobre la unión verificada entre Vegueta y el barrio de la Luz, y sobre la no efectuada entre La Laguna y la capital actual de Tenerife. Las Palmas tiene más habitantes que Santa Cruz; pero ésta tendría más que Las Palmas, de haberse realizado aquella última reunión.

Durante un siglo, Santa Cruz fué capital del Archipiélago. En ella residían las autoridades principales de Canarias, mientras que a Las Palmas acudían más extranjeros. El hermoso puerto de La Luz contribuía a la entrada de numerosos trasatlánticos de todas las naciones, e intensificaba el turismo extraordinariamente. En cambio, las dificultades inherentes a la prolongación de los diferentes muelles de Santa Cruz de Tenerife entorpecían las excursiones al macizo tinerfeño y al precioso valle de la Orotava. Y, en su consecuencia, las dos ciudades —hermanas y rivales— comenzaron a tener una ligera sensación de no llegar a tiempo, que se tradujo en recíproco desdén y en mucha competencia; y la competencia ha durado hasta que —de una parte— el Archipiélago fué dividido en

---

32 279.875, con arreglo al censo de 1945.

33 119.595, con los municipios recién incorporados.

dos provincias diferentes<sup>34</sup>, y —de otra— se montó la refinería de la C.E.P.S.A.<sup>35</sup> en la propia Santa Cruz.

Aquella división llevó a la capital de Gran Canaria un nuevo grupo de autoridades, y la industria petrolera atrajo a muchas naves que antes sólo entraban en Las Palmas. Y, de este modo, el equilibrio se inició, y ahora puede afirmarse que es absoluto.

No obstante, continúa la preocupación debida al buen deseo de superarse mutuamente. Los aeródromos, las carreteras, la agricultura y el turismo, son factores que originan cierto malestar basado en el temor de no ocupar el primer puesto, y cuya consecuencia es no mirarse frente a frente y observarse únicamente de soslayo.

Las insidias son constantes e... inofensivas. Los habitantes de Tenerife califican de «isla redonda» a Gran Canaria para así limar un poco su admirable costa; y los de Gran Canaria —al referirse a Tenerife— emplean la expresión de «isla picuda» con lo que menguan la majestuosidad del Teide. Tenerife, por supuesto, abusa de su volcán maravilloso para inducir a los turistas a darle preferencia; pero a eso responden los de en frente asegurando que para contemplar debidamente aquella altura es necesario trasladarse a Gran Canaria. Respecto a alimentación, el gofio de esta isla no puede ser de trigo como el de Tenerife, ni el de ésta de maiz como es aquél. En fin, los diarios de Las Palmas y de Santa Cruz ignoran siempre lo que ocurre en la capital hermana. Y, así, las relaciones entre Tenerife y Gran Canaria son recelosas; y, sin embargo, en ambas, la gente está orgullosa de su tierra, y cuando se habla de Canarias la emoción que siente cada cual es muy profunda.

Las otras islas están subordinadas a las anteriores. Tenerife y Gran Canaria son cabeceras de provincia y de mancomunidad. Ocurre, en efecto, que las mancomunidades se superponen a los cabildos de las islas en que residen las primeras. Mejor dicho, los

---

34 Fué una de las primeras medidas tomadas por la Dictadura, en 1923. La provincia de Tenerife quedó constituida por la isla de su nombre, La Palma, La Gomera y El Hierro; y, la de Las Palmas de Gran Canaria, por la isla de Gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote, La Graciosa, Alegranza y Montaña Clara.

35 «Compañía Española de Petróleos, S. A.».

presidentes de ambos —mancomunidad y cabildo— son los mismos; y, de resultas, la economía de las llamadas «islas menores» no está apoyada a fondo por las mayores.

A pesar de todo, la Palma se destaca. Tiene 4.000 almas en Santa Cruz (su capital) y otras tantas en Tazacorte (al pie del valle productor por excelencia), dos mil en los Sauces (cerca de la punta de N. E.), otras 2.000 en Llanos de Aridane (inmediata a la Caldera); y en total, más de 65.000. Se trata, acaso, de la isla más aprovechada del Archipiélago. Sus bosques son hermosos; y, a más de plátanos, produce algodón, café y tabaco, en proporciones superiores a Tenerife y Gran Canaria. Pero, su puerto principal es deficiente, y su comercio —según lo dicho— está supeditado al de las islas capitales.

Los 30.000 habitantes de Lanzarote viven de la pesca y de sus cabras. Producen vino, cochinilla, sandías y legumbres. Exportan cal, y tallan mármoles coloreados. Su tierra es buena, pero no hay agua suficiente para regarla; y, en vista de ello, los lanzaroteños se limitan a cubrir su suelo con una capa de arena volcánica que al parecer retiene la humedad atmosférica, y plantan sus cereales debajo de ese «enarenado». Tienen cisternas y un par de presas; y enseñan al que va su Timanfaya<sup>36</sup> y su asombroso «mar de lava». Arrecife (la capital) tiene 8.000 habitantes; Haría (entre viñedos), 2.500; San Bartolomé (cerca del Sur), 2.000, y Teguise (la villa antigua), sólo 1.000.

Fuerteventura está casi despoblada. Es la segunda isla canaria en superficie y sólo tiene 12.500 habitantes, de los que unos 2.000 están en Puerto Cabras, que es la capital. El macizo principal divide su territorio en dos partes principales, Jandía y Majorata, que se hallan prácticamente incomunicadas entre sí. En cada valle, habita un núcleo reducido que vive —ya hemos dicho— de la pesca y de sus cabras. La tierra es buena, pero la sequía casi continúa dificulta su cultivo. Sus pocos tomates son excelentes, y están en competencia con los del resto de Canarias.

La Gomera, integrada por valles radiales que se destacan del macizo, ha reunido sus principales núcleos urbanos en los que son

<sup>36</sup> La «montaña de fuego» de Lanzarote, cuyo calor interno se mantiene desde la erupción que la produjo (1730-36).

más fértiles; y, en estas condiciones, San Sebastián (la capital) no tiene 3.000 almas, la Hermigua (sobre la costa norte) tiene poco más de mil, y Vallehermoso (no lejos de la Hermigua) alcanza escasamente dicha cifra. El total es inferior a 30.000, y esta suma tiende a no variar. Pero, el constante aumento de producción se halla descompensado por la emigración a Tenerife y a América Central.

En el Hierro, esa emigración es aun mayor. La desdicha originada por los años de sequía, obliga a no pocos de sus 10.000 habitantes a buscar otro refugio. Los 1.800 de Valverde forman el centro más numeroso. Los demás núcleos son reducidos. La gente es pobre; y, sin embargo, casi toda es propietaria de un misérrimo terruño en el que se produce —cuando llueve— lo indispensable para vivir.

Por último, la Graciosa tiene unos 500 habitantes, la Alegranza 12, y la Montaña Clara sólo es habitada casualmente.

No obstante, la población aumenta. Dentro de poco la costa sur de Gran Canaria y la de Tenerife estarán completamente llenas. La próxima generación se verá obligada a buscar salida hacia otra parte; pero, cuando eso ocurra, Lanzarote y Fuerteventura empezarán a ser vergeles dignos de su lava.

De otra parte, Canarias buscará la manera de abaratar su vida y sus productos. Procurará industrializarse: fabricar abonos, mecanizar empaquetados, simplificar sus riegos..., y, de este modo, concentrar un poco más su gente y dedicarla a menesteres que aseguren su existencia. Y, cuando eso llegue, pensará en la mar que la rodea.

## La época prehispanica

### Comentario inicial

La verdadera historia de Canarias empieza en la conquista, apenas iniciado el siglo XV. Entiendo, pues, que la «época prehistórica» es demasiado reciente para darle tan pomposo título. Además, la verdadera prehistoria de Canarias está relacionada con la evolución latente de una vida no manchada por la ciencia, ni los dolores. Aún se desconocía el número de islas del Archipiélago, y ya los canarios estaban apegados a lo suyo, y se hallaban alejados del ansia conquistadora que empaña casi todas las prehistorias. Aún no se sabía —o no se sabe aún que entonces se supiera— cómo se llamaban las varias islas conocidas, y ya se hacían excursiones que inducían a contar sus maravillas.

Todo obliga, pues, a hablar únicamente de «época prehispanica».

### Las Afortunadas

Las Canarias escogieron este nombre —o ese nombre fué escogido para ellas— durante el ya citado siglo XV. Lo tomaron —dícese— por la importancia misma de Gran Canaria: importancia en relación a la conquista y a su riqueza comparada con las restantes islas.

Antes, el conjunto no tenía más título que el de «Islas Afortunadas». Y, aunque la historia dice que también fueron llamadas

«Las Hespérides»<sup>1</sup>, «Campos Elíseos»<sup>2</sup> o «Atlánticas»<sup>3</sup>, estos nombres son problemáticos.

## Etimología de Canarias

Es inútil remontarse, como tantos, a la inmediata descendencia de Noé para hallar una base digna de encabezar la etimología canaria o de figurar como raíz de su denominación presente<sup>4</sup>. Es más razonable contentarse con la palabra «canis», a la que varios han recurrido a causa de los numerosos perros salvajes, tipo lobo, que los conquistadores encontraron<sup>5</sup>. Y, aún es más lógico admitir la razonada explicación de Viera<sup>6</sup>, el cual recuerda que en los primeros siglos después de Jesucristo, el Cabo Bojador se titulaba «Punta Caunaria» o «Chaunaria», y considera lógico —eso dicho— que el nombre de Gran Canaria —situada frente a Bojador— fuera una derivación del expresado anteriormente.

## Un horizonte poco diáfano

Las Canarias se han relacionado frecuentemente con las Górgades o Górgonas, residencia de ciertos monstruos de cara fe-

1 «Jardín repleto de maravillosas frutas y vigilado por un dragón de cien cabezas, que pertenecía a las hijas de Atlas y de Hespéries». Definición que, tenida en cuenta, ha originado la idea de que La Orotava, vigilada por sus dragos y llena de naranjas o de manzanas de oro, pudiera ser el jardín original de las Hespérides; si bien el nombre, luego, se extendiera a todo el Archipiélago Canario.

2 La expresión «Campos Elíseos» se ha aplicado indistintamente a varios grupos de islas y a lugares diferentes de la Tierra. Y no están exentas de derechos especiales a la misma, las Canarias, que tantos han catalogado como un verdadero paraíso terrenal.

3 «Atlántidas» o «Atlánticas», según el parecer de cada autor.

4 NUÑEZ DE LA PEÑA, en su *Descripción de las Canarias* (1676), cuenta que dos hijos de Noé llamados Crana y Crano se trasladaron desde los montes de Ararath hasta nuestro Archipiélago y llamaron «Cranaria» a su isla capital, y que «Cranaria» luego al suavizarse perdió la r y quedó en «Canaria». Pero es cosa bien sabida que el Génesis no habla de semejantes hijos de Noé.

5 Según VIERA, lo dice Pedro Salazar de Mendoza en su *Monarquía de España*.

6 *Noticias etc.* (Libro primero, XVIII).

feróstica y destinados a ahuyentar las cosas malas, y que más o menos humanizados sirvieron de base a una leyenda mitológica de origen griego<sup>7</sup>. Se ha supuesto, de otra parte, que formaron cuerpo con la Atlántida o fueron consecuencia del diluvio universal. Se ha dicho —y yo lo he repetido en este libro— que no existían antiguamente y que nacieron sólo a consecuencia de una serie de erupciones y de seísmos algo recientes. Mas tales comentarios y diferentes suposiciones entran de lleno en la quimera que envuelve siempre al Archipiélago, en cuanto el hombre quiere poner en claro su origen verdadero o simplemente profundizar un poco en su antigua historia. Parece, en efecto, como si las nieblas que se agarran a sus cumbres y ocultan con frecuencia sus paisajes, cooperaran igualmente a oscurecer el tiempo y a borrar todo el pasado.

Mas cuando el cielo de Canarias se descubre surge un admirable panorama. Los detalles aparecen. Las líneas se perfilan. No hacen falta letras para leer. Y... no importa el nombre, pues todo se define por la fuerza y la hermosura.

## Discriminaciones

Plutarco —sin duda en forma incidental— dice que en tiempo de Sertorio sólo había dos islas<sup>8</sup>. Mas luego Ptolomeo, refiriéndose —o aludiendo solamente— a la conquista realizada por el rey de Mauritania, Yuba segundo<sup>9</sup>, habla de seis; sin que sea posible —añade Viera<sup>10</sup>— poner en claro si a la sazón Fuerteventura y Lanzarote estaban acoladas, o si el monarca referido sólo pudo apoderarse o visitar las seis que más a mano le cogieron<sup>11</sup>.

7 HESÍODO fué el primero que empleó el nombre de Górgonas.

8 PLUTARCO (46-120) escribió una «*Vida de Sertorio*» que sólo dice cosas inconcretas de Canarias. No obstante en ella se habla de dos islas solamente «separadas por un estrecho brazo de mar y distantes de la costa de Africa unas cincuenta leguas».

9 Yuba II, casado con la hija de Marco Antonio y de Cleopatra, fué monarca de Numidia. Pero cuando Octavio incorporó ese reino a su gran Imperio, Yuba recibió, en compensación, la corona de Mauritania Tingitana.

10 *Ob. cit.* (Libro primero, I).

11 Creo inútil señalar el desacuerdo con Plutarco, o al menos con el comentario hecho por Viera (Nota 8).

La «séptima» no aparece hasta muy tarde. Y aún conviene hacer presente que mal dilucidados los primitivos nombres, no se puede establecer cuál fué esa «séptima», ni cómo se llamaron las primeras.

Dicha última isla, en efecto, surge con Plinio, que, en su famoso «De Insulis Fortunatis»<sup>12</sup>, cita a Lanzarote con el nombre de *Pluvialia*, a Fuerteventura con el de *Capraria* y al Hierro como *Ombrios*, y llama *Nivaria* a Tenerife, *Canaria* a Gran Canaria, y *Junonias* a la Palma y la Gomera; sin que parezca necesario comentar el hecho de que las referidas atribuciones son modernas ni hacer presente que carecen de absoluta solidez.

Sin duda Plinio conocía las restantes islas, cuando elencó las siete ya citadas. No obstante, diez nombres no figuran en los documentos conservados de época anterior al siglo XII. Diez nombres aparecen solamente en la «Bula de Erección del Archipiélago en Principado», otorgada por Clemente VII<sup>13</sup>; y esos diez nombres fueron: *Canaria*, *Ningaria*, *Pluviaria*, *Capraria*, *Junonia*, *Embronea Atlantia*, *Hespérides*, *Cernent* y *Górgones*, que nadie es hoy capaz de distribuir con garantía. (Y aún queda por citar el nombre *Aprósitus* que corresponde, al parecer, a «Inaccesible», y que se aplica tanto a la isla imaginaria de San Brandón o San Borondón, como a varias otras que muchos abordaron fácilmente).

No cabe, pues, mayor enredo. No obstante, algo se puede comentar, y asegurar.

Lanzarote —que pudo ser *Pluviaria*, si bien la primacía de este nombre corresponde al Hierro— se ha llamado recientemente *Titreroy-gatra*.

Para el título *Capraria*, Fuerteventura es la indicada por sus numerosas cabras. Pero, lo único cierto es que antes de ser Fuerteventura, fué *Maxorata*.

El Hierro —según lo dicho— se ha llamado *Pluviaria* (o *Pluvialia*), y esto —según la Historia, o algún historiador equivocado— porque *no tiene más agua que la que cae del cielo*<sup>14</sup>. Mas si se re-

12 Capítulo 32 de la *Historia Natural* de CAYO PLINIO SECUNDO (23-79).

13 De esa Bula, se hablará más adelante.

14 Id. id. (Libro primero, XXVI).

cuerda que el famoso «gároe» abastecía de agua suficiente a los pocos habitantes que había en la isla, no parece que haya inconveniente en ceder el referido título a Fuerteventura o a Lanzarote, que, al fin y al cabo, estuvieron siempre más escasas del preciado líquido que las restantes islas del Archipiélago. Por otra parte, *Ombrios* suena a sombra, y en Taibique perdura el bosque más hermoso de Canarias.

Respecto a las *Junonias*, tampoco hay mucho acuerdo. Al tiempo que unos atribuyen esta pareja de nombres (*mayor* y *menor*) a La Palma y a La Gomera, otros los aplican a La Graciosa y a Lanzarote.

Tenerife antiguamente se llamó *Nivaria*. Esto se sabe por referencias no directas, pues en Europa era conocida simplemente como la isla del Infierno. (Los guanches la decían *Echeide*, que equivale a zona averna)<sup>15</sup>.

Canaria, en fin, ha sido siempre *La Canaria*. Su nombre no ha cambiado. Ha pasado sólo a «grande», y lo merece.

Y nada más sobre lo viejo. Empero, la revista se debe completar examinando muy de prisa los diferentes nombres de la época presente. Son los únicos seguros. Su origen solamente no es muy firme.

Lanzarote —la primera conquistada, y acaso la primera descubierta— fué llamada así en recuerdo del caballero Lanciloto Maloxelles, que, antes de Bethencourt, edificó un castillo que aún existía cuando este segundo desembarcó en la isla<sup>16</sup>. Y el hecho de que aparezca la palabra Lanzarote en un mapa «levantado en Mallorca por Angelino Dulcert», en 1339, confirma la anterior suposición, pues Lanciloto de Maloxelles llegó a Canarias hacia fin del siglo XIII<sup>17</sup>.

15 En todo caso, el nombre antiguo de la isla está relacionado con el Teide y sus erupciones. Según Viana, *Tener*, en idioma primitivo, significaba «nieve», e *Ife*, «monte alto». Abreu Galindo dice que los palmeses la llamaban «Montaña Blanca». Núñez de la Peña, en fin, dice «Montaña Nevada».

16 Antonio de Nebrija creyó que Lanzarote era una corrupción de «lanza rota», y que esta expresión fué motivada por el hecho de que a Juan de Bethencourt se le rompiera la propia lanza en *alguna coyuntura crítica* (Viera: *Ob. cit.*; libro primero, XIX). Pero este argumento es incompatible con la presencia de Lanciloto el Genovés, en Lanzarote, antes de que llegara Bethencourt.

17 Figuran en dicho plano: *Lanzarotus Maro Celus* y *La Forte Ventura*. (MILLARES *Ob. cit.*; libro tercero, VI).

En relación a Fuerteventura —que antes era *Maxorata*, y aún antes se llamaba *Erbania*— se cree que se trata de una derivación de *Buenaventura*, santo del día en que el desembarco de Juan de Bethencourt fué realizado. Pero acaso —y esto lo dice Viera— ocurra que *Buenaventura* fuera, inversamente, la simple cristianización de Fuerteventura. (Se ha de tener en cuenta que el historiador Abreu asegura haber leído algunos documentos de fin del siglo XV en los que la isla figuraba con el nombre de *San Buenaventura*<sup>18</sup>, y tales documentos son posteriores a la aparición del mapa antes citado<sup>19</sup>).

Sobre El Hierro también se ha divagado. Según el citado Viera, tomó su nombre de «*las prodigiosas masas de herrumbre crudo*» que hay en la isla<sup>20</sup>. Pero, aunque es difícil asegurarlo, es posible que el mencionado nombre, dado al parecer por los franceses —*île de Fer*—, fuera una consecuencia de su forma de herradura<sup>21</sup>.

La Palma —que antes era *Behonave*— pudo ser rebautizada por los mallorquines que pusieron pie en la isla antes del siglo XV, en recuerdo de su propia capital. Pero, se trata sólo de una simple conjetura.

La Gomera es nombre viejo. Y esto lo refiere la crónica de Juan de Bethencourt.

Tenerife y Gran Canaria, han sido, finalmente, bastante comentadas al tratar de las razones que indujeron a adoptar los primitivos nombres de las Afortunadas, para volver sobre ellas.

## Fuentes desaparecidas

Fueran Górgonas o Hespérides, Bienaventuradas o Felices, Campos Elíseos o Purpúreas, lo cierto es que hay pocas fuentes para estudiar los tiempos de Canarias que precedieron a su con-

18 Se trata, según Viera, de documentos públicos del tiempo de Isabel Peraza y de Don Diego García de Herrera.

19 Se ha explicado también Fuerteventura en el sentido de la «ventura grande» que, en su tiempo, secundó a la expedición de Bethencourt. Pero esta deducción no está de acuerdo con la fecha que aparece en el mapa editado por Dulcert.

20 VIERA: *Ob. cit.* (Libro primero, XXVI).

21 *Le fer à cheval*.

quista<sup>22</sup>. Cuando se considere que los archivos de la isla de La Palma perecieron en la invasión que hicieron los franceses en 1553; los de Lanzarote en la de los moros del 1569; los de la Gomera en la de los ingleses y franceses de 1571, y los de (Gran) Canaria en la de los holandeses de 1599, cualquiera reconocerá en seguida que todas las adversas casualidades... han conspirado contra MI PROYECTO<sup>23</sup>; y «mi proyecto» —siquiera más modesto— es el que se propuso Don José de Viera, y consiste en abordar la historia del Archipiélago desde cuanto más atrás mejor. Pero, meditando un poco sobre este asunto y teniendo en cuenta la forma y los periodos en que los diferentes hechos se han desenvuelto, cabe suponer que los archivos en cuestión tampoco fueron bastante interesantes para servir de base —de no haberse quemado o haber sido robados— a una reconstrucción exacta de los tiempos nebulosos. Y ya que es difícil abordar la historia interna de Canarias en forma lógica, es necesario hacerlo desde fuera y objetivamente, examinando qué sucede a los que se aprovechan de las diferentes islas para su bienestar o sus negocios, y qué cuentan de sus moradores los que regresan, orgullosos, de sus piraterías o expediciones.

Oportunamente recordé lo poco que se sabe de los antiguos habitantes de Canarias<sup>24</sup>; y eso ha de bastar para entender que no es posible mencionar lo sucedido en las islas durante los crueles abordajes, o en consecuencia de ellos. Pero, a pesar de todo, no conviene coartar la fantasía. Basta dirigirla; y así el lector, con poca ayuda, comentará unos hechos que la historia no relata, y acaso logre —mejor que muchos historiadores— comprender los sufrimientos de los guanches, darse cuenta de las mezclas consumadas, ambientarse un poco sobre la forma en que los hechos ocurrieron y definir las bases del periodo en que vivimos.

## Expediciones anteriores a la era cristiana

Casi todas las historias de Canarias empiezan relatando expediciones más o menos verosímiles de egipcios, de persas y de

22 Véase el resumen de la historiografía canaria.

23 VIERA: *Ob. cit.* Libro primero, I).

24 «Canarias en la Brecha» (II).

etruscos. Para ello, se fundan con frecuencia en Herodoto<sup>25</sup>, si bien en forma vaga y no concreta. Sus deducciones suelen acabar manifestando que no es *verosímil* que aquellas gentes navegaran a lo largo de la costa mauritana y se establecieran en las varias islas que a la sazón aún se llamaban «las Bienaventuradas».

Todo es posible, pero tales expediciones tienen poco de seguras. Es más probable que los fenicios fueran los primeros, y que ellos se instalaran en las costas de Canarias. Trátase, en efecto, de un pueblo que situó colonias en lugares más lejanos o peores, y que traficaba de seguro con la púrpura que al fin y al cabo es cosa que sólo se produce —o a la sazón se producía— en las islas no alejadas de Africa. Y, por supuesto, si se admite la presencia de fenicios en Canarias, con más razón habrá de tolerarse como cierta la de sus inmediatos seguidores y discípulos conscientes: los cartagineses.

Y no insisto en la materia, por no tener detalles. No sé si hubo conquista, o simple ocupación. Ignoro la importancia de las grandes factorías, y desconozco la naturaleza de las relaciones entabladas con los naturales de las islas. Todo es incierto, y es contradictorio. Sólo es seguro que en estas condiciones —y después de un período más o menos largo— surge Sertorio, que, hallándose en Iberia, encontró a unos cuantos navegantes que le hablaron del maravilloso clima y de la incomparable fertilidad de las «Atlántidas»; y aunque es probable que estas islas fueran nuestras mismas «Afortunadas», nada induce a asegurarlo, ni tampoco a decretar de un modo firme que los viajes del Caudillo mencionado se extendieran hasta aquéllas<sup>26</sup>.

En cambio, la expedición de Yuba —ya citada anteriormente— no ofrece la más pequeña duda<sup>27</sup>. Plinio la refiere en extracto que tomó de la relación escrita por el rey de Mauritania, o por un cronista suyo<sup>28</sup>. Trata, en efecto, en su trabajo, de las propias «Islas

25 HERODOTO, el «Padre de la Historia». Véanse *Los nueve libros de la Historia* de Herodoto de Halicarnaso, publicados en 1.878.

26 La única cita que es un poco firme es la que ofrece Plinio sobre la conversación tenida por Sertorio con los expedicionarios que regresaban de la costa de Africa y que habían visitado las Atlántidas.

27 Véase: nota 9.

28 PLINIO: *Historia Natural*.

Afortunadas», y de la nieve de Nivaria, y de los árboles de Ombríos, y de las frutas y palmeras de todo el Archipiélago.

Y, desde ese tiempo, el nombre de las «Afortunadas» se repite continuamente. Hablan de ellas los poetas y los naturalistas. Las cita varias veces Pomponio Mela, haciendo referencia a *sus productos espontáneos, renovados sin cesar para el sustento de sus habitantes, sin que éstos se preocupen del cultivo de la tierra*<sup>29</sup>; y, más tarde, las describe Ptolomeo, variando algunos nombres y prescindiendo de una parte de las islas que Plinio había nombrado<sup>30</sup>.

## Otro período incierto

Se deduce de lo expuesto que las expediciones anteriores a la era cristiana fueron numerosas. Asia, primero, y Europa, luego, establecieron intensas relaciones comerciales, no exactamente con los canarios, sino con sus propias factorías o establecimientos ribereños de las islas. Las naves de Fenicia, de Cartago, de Roma y de la Bética, iban y venían a lo largo de la costa africana, abriendo un camino que ha sido utilizado por los veleros y vapores de nuestra época reciente.

Sin duda, los viajes efectuados fueron muchos; mas son pocas las noticias que tenemos actualmente sobre el comercio realizado. Del contacto establecido se sabe sólo que los isleños no cedieron su terreno. No hubo posesión. Acaso sólo desembarcos aislados, que se repetían con frecuencia. Acaso simples piraterías, que los naturales soportaban con paciencia. Pero, así como antes de Cristo, las idas y venidas eran continuas, ocurre que en los ocho siglos que suceden a las invasiones de los llamados bárbaros del norte, las Canarias fueron olvidadas. Es más, la entrada de los árabes en la península de Iberia coopera intensamente a dicho olvido. Desde Abila y Calpe se vigila bien la unión entre la mar mediterránea y la otra que está abierta al infinito; y, de otra parte, los reinos españoles tenían bastante con luchar contra las huestes musulmanas, sin pensar en otras aventuras.

---

29 POMPONIO MELA: *De Situ Orbis* (edición francesa de 1843).

30 CLAUDIO PTOLOMEYO: *La Geografía* (edición alemana de 1838).

Las primeras invasiones de la era nuestra son quiméricas. Dícese, en efecto, que al empezar el siglo II, un cierto San Avito desembarcó en Arguineguín y fué martirizado por los que pensaron que su influencia religiosa podía comprometer la paz del Archipiélago. Refiérese también que en otro tiempo más reciente —andando el siglo IV— un tal San Borondón o San Brandón estuvo en varias partes de Canarias predicando el cristianismo, y que a ese efecto recorrió una isla que se hallaba dividida por un caudaloso río —acaso el Río que separa Lanzarote y La Graciosa—, y estuvo luego en otra escarpadísima, y en otra más en que vivían muchas cabras, y en otra finalmente con un monte llamado «Infierno»; y, en definitiva, en varias tierras cuyas características fundamentales son las del Archipiélago Canario. En fin, parece evidente la emigración de un grupo lusitano que salió de Oporto en los albores del siglo octavo, como huyendo de las huestes que invadían la Península; grupo que se hallaba acaudillado por un arzobispo y del cual formaban parte cinco obispos, y que se alejó de prisa a fin de refugiarse en una isla que —a juzgar por las noticias que hoy se tienen— tanto pudo ser canaria como antilla americana.

En resumen, las Canarias eran suficientemente conocidas en los primeros siglos de nuestra era para que Roma se preocupara de hacer llegar a ellas la fe de Cristo. Y, en estas condiciones, nadie sabe por qué las relaciones entre el Archipiélago y Europa no fueron más intensas y cordiales, ni por qué nadie trató de apoderarse de una tierra de la cual se aseguraba que tenía toda clase de recursos. Sin duda, los naturales de Canarias infundían cierto respeto; y, sin duda, lo siguieron infundiendo largo tiempo. (No de otro modo cabe explicar el hecho de que la expedición mandada por Angiolino de Tegghia, que salió de Lisboa en 1341, con caballos, armas y los elementos necesarios para hundir una muralla, no trajera más cautivos que unos cuantos que nadaron hasta las naves *en vista de que nadie desembarcaba de ellas*<sup>31</sup>. Mas no conviene caminar a paso largo, si ha de evitarse cierto desorden en tan sucinta relación. Conviene más retroceder.

---

31 Tomado de una carta encontrada en un diario de Boccacio y recientemente publicada por MILLARES (*Historia general, etc.*; libro primero, VII).

## La última etapa

Se pasa, en esta etapa, de la químera a la aventura.

En 999, un llamado Ben Farruck, de origen árabe, se hallaba protegiendo con su flota la costa lusitana, cuando decidió explorar las Islas Felices. Una brisa favorable le ayudó a marchar de prisa. Desembarcó su gente. Cruzó Canaria, de sur a norte, a través de bosques muy tupidos y estableciendo relaciones amistosas con un guanarteme de su tiempo que se llamaba Guanariga. Reconoció después las otras islas, y regresó a nuestra Península con datos muy curiosos por hallarse en consonancia con otros posteriores y —para nosotros— muy recientes.

Y este es un solo caso aislado. Pero, en relación a ese período —siglos X y XI—, el escritor Edrisi<sup>32</sup> cuenta historias pintorescas, relacionadas, de seguro, con hechos verdaderos de marinos que a su modo los contaron. Y varios contemporáneos suyos hablan de expediciones más o menos fabulosas en que un tanto de información sobre la fauna induce a suponer que fueron ciertas.

Mas todo es aún dudoso.

Lo concreto no empieza hasta más tarde. Corresponde al siglo XIII.

A fines del mismo, varios genoveses organizaron un viaje atlántico, y llegaron a Canarias. A la vuelta, contaron sus proezas y pregonaron sus descubrimientos (sic); y esto dió lugar a otros viajes en que mallorquines, vizcaínos y franceses, rivalizaron duramente, sin hacer nada felices a los pocos habitantes que había en las Islas Afortunadas.

El éxito es rotundo; y la ambición induce a la «operación de guerra autorizada». El rumbo es diferente, y el fin se acerca muy de prisa.

Durante el pontificado de Clemente VI, en 1344, Don Luis de la Cerda, Conde de Claramonte y de Telamont, se presentó en la Sede aviñonesa para solicitar «la embestidura de las Islas Felices, y

---

32 ABU ABDALLAH ben MOHAMED ben IDRIS (1100-1171): «Historiadores y Geógrafos arábigo-españoles» (Madrid. 1898).

su (propio) dominio con (los) títulos de Príncipe y de Soberano»<sup>33</sup>; y aún hizo gala de ofrecer, en cambio, al Santo Padre, el platónico homenaje de su conquista. El Papa concedió lo solicitado, y coronó de sus propias manos al de La Cerda, y dió noticias de lo realizado a los monarcas que más directa relación tenían con él, y entre ellos a Don Alfonso XI de Castilla, Don Pedro IV de Aragón y Don Alfonso IV de Lusitania. Pero, ni la forma en que la coronación del Conde de Claramonte se realizó, ni las guerras que a la sazón había, decidieron a los reyes a ofrecer al nuevo príncipe la ayuda que deseaba para llevar a cabo la conquista de Canarias. (Alguno ha dicho que el monarca aragonés le autorizó a equipar un par de naves con las cuales intentó posesionarse de La Gomera; mas nadie ha confirmado semejante aserto<sup>34</sup>).

No obstante, aquello indujo a otros mallorquines a «moverse». Y, en efecto, en 1360, tuvo lugar una expedición afortunada; y, a consecuencia de ella, se establecieron buenas relaciones entre Baleares y Gran Canaria, y se construyeron dos capillas en las inmediaciones del actual asentamiento de Las Palmas.

Más aún. En 1377, una embarcación mandada por un vizcaíno llamado Ruíz de Avendaño —y esto ya se ha referido—, pasó de la Península Ibérica a Lanzarote. Era la primera vez, después de varios siglos, que los lanzaroteños recibían a forasteros. Trataron afablemente al comandante de la nave, y le hospedaron junto a su rey, en el castillo de Zonzamas<sup>35</sup>.

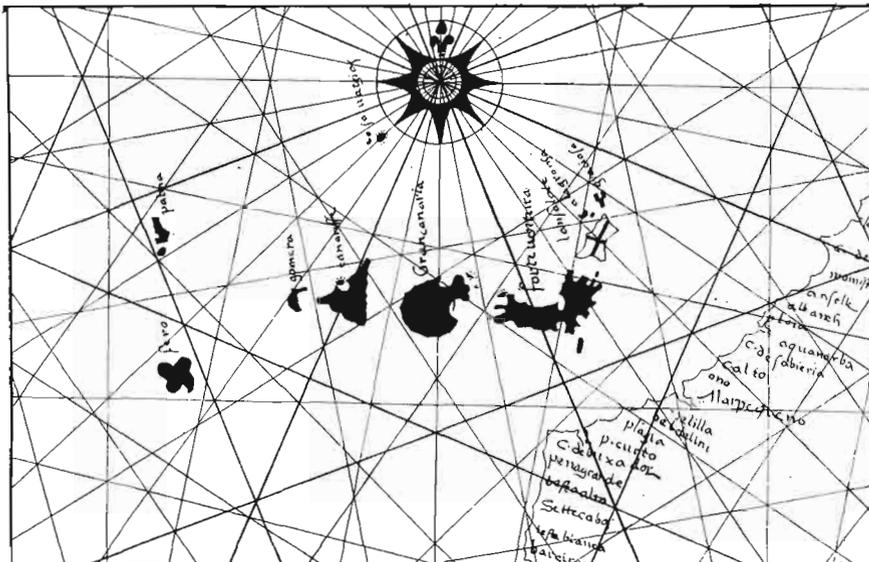
Después, un navío gallego, salido de San Lucar en 1380, encalló en la desembocadura del Guiniguada<sup>36</sup>. Y aún llegaron luego varios barcos vizcaínos y andaluces, cuyas tripulaciones acometieron duramente a los habitantes de Gran Canaria, y fueron rechazadas por los mismos. Esos mismos barcos realizaron nuevos desma-

33 PEDRO AGUSTÍN DEL CASTILLO: *Historia de las Islas Canarias* (II, B, libro primero, a).

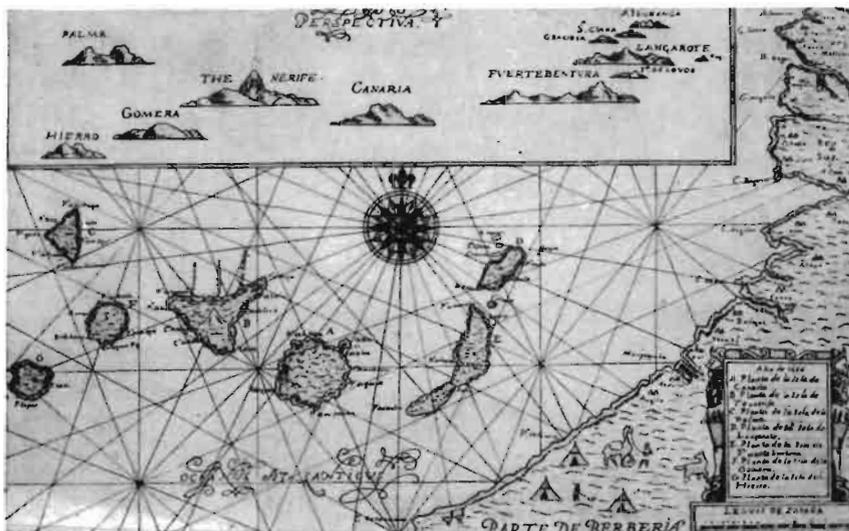
34 «Assí lo refiere la Historia franceza de estas Islas, sin que se me ofrezca más fundamento en este asunto», dice el propio Castillo en su ya citada *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias* (Libro primero, a), haciendo referencia a una obra de Ogeron.

35 Véase II, de «Canarias en la Brecha».

36 Barranco que limita las dos grandes porciones en que Las Palmas se halla dividida.

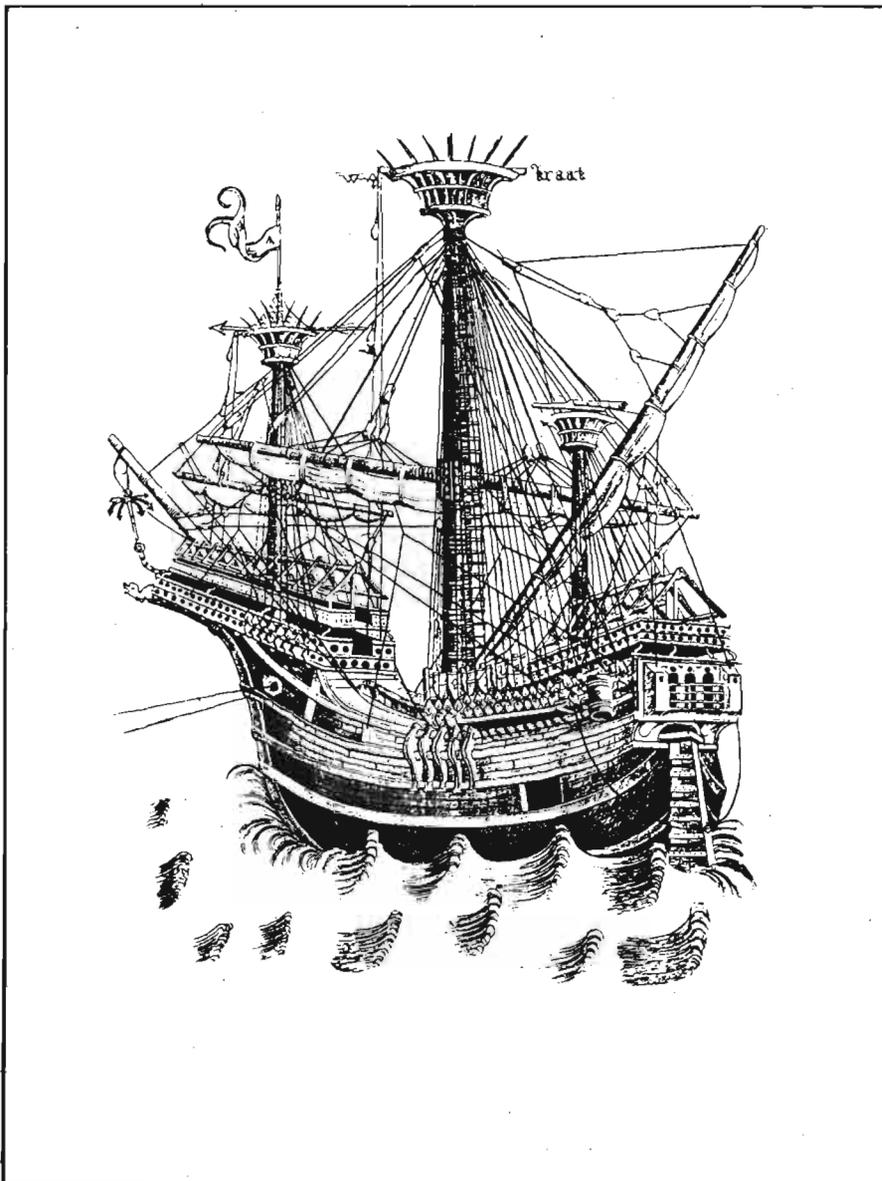


Carta náutica de 1.460, sin duda semejante a la utilizada por Juan de Bethencourt en sus diferentes viajes a Canarias



Las Islas Canarias y el Africa Española, por Don Pedro Agustín del Castillo (1.676)

Rumeu de Armas  
Piraterías y ataques navales



Galera del siglo XV

nes en Lanzarote; y, siempre, regresaron a su punto de partida con muchísimos cautivos.

A los seis años, se acercó a la isla de Hierro una nao que procedía de Galicia, capitaneada por un tal Fernando de Castro. Los expedicionarios desembarcaron en Hipare. Se batieron con los naturales del país. Fueron vencidos, hechos prisioneros y tratados dignamente. Pasaron pocos meses. Obtuvieron libertad, y, sobre ésta, mil regalos destinados a compensar los entregados el día de su llegada.

Finalmente, en 1393, Gonzalo de Peraza, Señor de Almonaster, reunió un abigarrado grupo de españoles, y tripuló con ellos una flota de seis naves que después de recorrer inútilmente las costas de casi todas las Canarias, fondearon frente a Lanzarote; y, abusando en ésta del buen recuerdo que los isleños conservaban de la anterior visita, se llevaron prisioneros a los reyes y a cien indígenas que nunca más volvieron a su tierra.



SEGUNDA PARTE

LA CONQUISTA

SIGLO XV

## IV

# Juan de Bethencourt

1402-1425

### La famosa brecha

La brecha en que se asienta el Archipiélago Canario, es amplia. Abarca una inmensidad: el Océano Atlántico.

Nadie lo ha cruzado, ese Océano; o, al menos, nadie sabe qué ha ocurrido a los que lo cruzaron. Dícese que al otro lado están los territorios que Marco Polo (1251-1342) dió a conocer: el Japón amenazado por Kublai Kan, la China de Pekín llena de seda y la Tartaria dominada por un monarca poderoso; y también se dice que osados navegantes se internaron mar afuera —en su misterio— hacia la tierra que el famoso veneciano describió.

No obstante, la Madera, las islas de Cabo Verde y Las Azores, son aún desconocidas oficialmente. Unas y otras fueron visitadas por los cartagineses y los griegos; pero en 1400 se tiene sólo una idea somera de su forma y de sus condiciones geográficas y agrícolas<sup>1</sup>. Son baluartes indefensos que no cubren la muralla. El Atlántico —de una anchura que no llega a mil kilómetros, según los cálculos contemporáneos— sigue siendo, como antaño, el «mar de las tinieblas». En 1388 y en 1395, Nicolás y Antonio Zeno estuvieron en Groenlandia y acaso en América del Norte; pero el centro del Océano desconocía el efecto de una quilla que lo surca pesadamente.

---

1 El primer reconocimiento de la Madera tuvo lugar, en 1418, a consecuencia de un temporal que arrojó a Joao Gonzalves, Tristo Vaz y varios otros navegantes portugueses, contra la isla de Porto Santo, inmediata a la primera. De otra parte, las Azores fueron descubiertas oficialmente por Gonzalo Vehlo Cabral, en 1431. Por último, fué sólo en 1445 cuando algunas islas de Cabo Verde cayeron en poder del aventurero Damián de Goes.

Y, en estas condiciones, las expediciones a Canarias se repiten —según lo expuesto— en forma discontinua. Las islas siguen perteneciendo a sus propios moradores, que ni desean visitantes, ni acogen mal a nadie. Son bien educados y afables<sup>2</sup>. Se baten sólo cuando los de fuera abusan. Mas esto —por desgracia— ocurre con frecuencia: esos de fuera les hacen prisioneros, y a menudo se los llevan, y los venden. No se portan con arreglo a su palabra, ni como caballeros.

De resultas, hay campañas en Gomera y en el Hierro. Hay sublevaciones en Erbania y en Lanzarote. Pero, en Tenerife, donde existe una montaña que amenaza duramente con su fuego y su ceniza, ni se penetra, ni se cuentan las razones que inducen a quedarse junto a la orilla. Y la consecuencia es negativa.

No obstante, las Indias y el célebre Catay atraen muchísimo a los que quieren —o quisieran— cruzar la mar inmensa. Pero, ¿a qué pensar en esto, si las Canarias interrumpen el camino, y lo barren? Sí..., lo barren moralmente. Parece absurdo rebasarlas, sin antes posesionarse de ellas. El Atlántico es un campo de batalla cuyos puntos fuertes son necesarios para atacar al enemigo. Y eso lo saben los navegantes, y los isleños lo presienten; y, por esto, los dichos navegantes no prosiguen sin antes realizar la operación, y los canarios se dan cuenta de que están sobre la brecha.

## Lanzarote y Fuerteventura

Juan de Bethencourt, barón de Saint Martin-le-Gaillard, caballero normando, aficionado a la pelea y presunto heredero de una gran fortuna, se hallaba fascinado por las noticias referentes al encanto y a la riqueza de «las Afortunadas», cuando logró de su pariente, Roberto de Bracamonte, que residía en la Corte de Castilla, el préstamo necesario para organizar un viaje bélico y, a ser posible, apoderarse de aquellas islas.

---

<sup>2</sup> *Es gente piadosa, caritativa y obediente a su rey, y entendida su voluntad no falta a ella. Y esto lo dice un documento entregado en Julio de 1403 a Gadifer de Sala, que había sido escrito por un cautivo nuestro en época anterior. (CASTILLO: Descripción Histórica y Geográfica de las Islas Canarias; Libro I, capítulo I).*

La nave, equipada malamente<sup>3</sup> y con más de ochenta hombres<sup>4</sup> —marineros y soldados que no tenían las condiciones requeridas—, salió de La Rochelle el día 1 de Mayo de 1402<sup>5</sup>. Iban a bordo un par de esclavos lanzaroteños, hechos prisioneros en alguna previa expedición, y los capellanes Le Verrier y Fray Bontier, que habían de darse a conocer al mundo por su crónica futura. Y estaban igualmente, un amigo y socio del caballero Bethencourt —el Señor de Gadifer de Sala<sup>6</sup>— y un tal Bertín de Berneval que se ofreció por *hombre práctico en la mar*<sup>7</sup>.

Con temporal, la expedición tocó en Vivero, y estuvo en la ría una semana entera reparando ciertas averías de la nave. Se acercó después a La Coruña, donde su jefe mantuvo peligrosas discusiones con los ingleses, fondeados en la bahía. Y, antes de orientarse hacia Canarias, aún entró, pausadamente, en la ensenada gaditana, a fin de repostarse de todo lo preciso para seguir su viaje.

Al cabo de ocho días, arrió a un entrante de la Graciosa, en la que Juan de Bethencourt desembarcó para sellar la posesión. Desde esa isla, hizo una excursión al interior de Lanzarote, sin hallar alma viviente. Había pocos habitantes, y esos pocos estaban en las cuevas. Se hallaban escondidos por temor a los «piratas».

En vista de ello, los expedicionarios volvieron a la Graciosa. Después, reconocieron la que entonces fué bautizada con el nombre de «La Joyeuse» —la Alegranza—; y, en fin, tornaron otra vez a Lanzarote, dispuestos, ahora, a establecer contacto con los indígenas.

3 Se sabe que, de camino, el jefe de la expedición hubo de comprar, en subasta pública, un ancla y una chalupa. (CASTILLO: *Ob. cit.*, id. id.).

4 CASTILLO: *Ob. cit.*; id. id.

5 Castillo es el primero en hablar de la mencionada fecha. Las anotaciones de Miguel Santiago (a la edición de 1948, de la *Descripción etc.*) ponen de relieve el error habido en varias Crónicas de España, al fijar el año 1417 como punto de origen de la conquista de Canarias; y aún asegura —el mencionado M. Santiago— que este error se debe a *la laguna que existe en la crónica de Enrique III, en la que faltan las noticias de 1396 a 1406.* (*Ob. cit.*; id., id.).

6 Gadifer de la Salle ha sido presentado por los historiadores como un osado competidor de Bethencourt. (Las diferentes ediciones de la crónica ofrecida por Le Verrier y Bontier, han sido causa de muy acerbadas discusiones sobre cuál de ambos dirigentes fué el más inteligente animador de la conquista).

7 CASTILLO: *Ob. cit.* (id., id.).

Y, en efecto, los encontraron; y trabaron buenas relaciones con su príncipe, hijo de Icó, la reina rubia del castillo de Zonzamas<sup>8</sup>. Recorrieron toda la isla, de norte a sur; y se acercaron a la Bocayna. Levantaron un fortín —el Rubicón—, y edificaron una iglesia.

Bertín de Berneval fué puesto al frente de una pequeña guarnición; y, acompañado de Gadifer —su gran amigo— y de los otros, Bethencourt se fué a la isla siguiente —Erbania o Fuerteventura—, cuyos montes le interesaban, y le atraían. Mas tampoco en ella, encontró enemigo. Marchó a Lobos. Regresó a la posición de Rubicón (en Lanzarote); y, convencido de que no tenía recursos ni tropa suficiente para conquistar el Archipiélago, embarcó a los descontentos, y, con ellos, puso rumbo a la Península.

Bertín de Berneval y Gadifer, quedaron, juntamente, encargados de la colonia.

## La primera vacación de Bethencourt

Juan de Bethencourt se presentó a Enrique III, que a la sazón era monarca de Castilla. Le dió cuenta de su viaje y de sus desembarcos; le rindió «pleito homenaje», y ofrecióle sus conquistas<sup>9</sup>. Pero, al mismo tiempo, le hizo saber que la empresa comenzada no era cosa de caballeros, por ser los gastos necesarios muy superiores a los sufragables por un simple particular. El rey le dió las gracias; le hizo merced de Lanzarote, Fuerteventura, el Hierro y la Gomera, y de los quintos de las mercaderías que salieran del Archipiélago. Le otorgó igualmente la facultad de repartir sus tierras y de acuñar moneda, y le entregó la suma de veinte mil maravedises *para que imbiase provisiones a los que avian quedado en el Castillo*<sup>10</sup>, acompañando a Gadifer.

8 Canarias en la brecha, II.

9 *Y porque Vos, Señor, sois rey y dueño de todo el país vecino, y el rey cristiano más próximo de aquél, he venido a requerir vuestra gracia, y a suplicaros me permitáis rendiros pleito homenaje de él. Así dice el documento que fué leído* —o presentado— al monarca de Castilla. (LAFUENTE: «Historia de España»; Segunda Parte, Libro tercero, Cap. XXIV).

10 CASTILLO: Ob. cit. (id. id.).

Con esa suma, Bethencourt armó una carabela; y, con las armas y los pertrechos necesarios para otra expedición, envió al citado Gadifer las órdenes precisas para un viaje de tanteo a cada una de las islas: «*que las corriese y reconociese, rodeándole sus costas, para instruirse en el modo que avian de tener para entrar en ellas*»<sup>11</sup>. Y al mismo tiempo le dió cuenta de su entrevista con el rey, y del resultado conseguido.

## Rivalidades

La ausencia de Bethencourt dió motivo a tristes rivalidades. Gadifer de Sala era su amigo, y se hallaba dispuesto a obedecerle y a mantener en todo su criterio. Mas Berneval, cuyos principios eran otros diferentes, trató de soslayar la orientación dictada, y, así, tornar a métodos que fueran lucrativos, aunque poco dignos y aún poco prácticos para llegar a un resultado fácil y honorable.

En efecto, el Bertín de Berneval entró de prisa en trato con el jefe y dueño de una nao que había recalado en el único entrante de la isla que hoy se llama «Lobos Marinos»; y, esto, con el solo objeto de pedirle ayuda para marchar a España, abandonando a Gadifer. Es más, en vista del fracaso de sus negociaciones, acudió a otro capitán de barco que había llegado a la Graciosa; y, esta vez, logró cuanto quería, si bien a base de ayudar al desconocido a coger los prisioneros necesarios para hacer un pingüe negocio en la Península. Y, en efecto, la operación se realizó; y aún dice algún historiador que, no contento Berneval con maniatar al rey de Lanzarote y a los isleños que cayeron en la trampa que él tendió, aprovechó una breve ausencia de Gadifer de Sala para apoderarse por la fuerza de cuanto había en el Rubicón.

Concluída su tarea, Bertín de Berneval *dió bela a su navío*<sup>12</sup>; y, en Cádiz, puso a la venta el fruto de su pillaje. Fué denunciado y encerrado. Pero, al fin, logró escapar y perpetrar su buen negocio en Aragón.

---

11 CASTILLO: *Ob. cit.* (id. id.).

12 Id. id.

Entretanto, un tal Acha —natural de Lanzarote— se propuso aprovechar la situación en beneficio propio. Hizo saber a Gadifer que cierto jefe de Fuerteventura —ya emancipado— le era adverso, y lo convenció de que acudiera con su fuerza a subyugarlo; y, en efecto, el 24 de Noviembre —apenas siete meses después de la llegada a Lanzarote—, ambos sorprendieron a los sublevados y los vencieron en durísima pelea. Varios indígenas quedaron prisioneros, y fueron llevados, en cadena, al Rubicón.

Acha trató de aprovechar la situación para constituirse en jefe de la isla. Hubo desmanes, castigos ejemplares, muchos muertos e innumerables robos. Lanzarote se vió asolada por la guerra.

El terror fué necesario para lograr la autoridad de Gadifer, que, sin medios, trataba de evitar mayores males. Y en esta situación se hallaba dicho jefe cuando llegó el socorro de Juan de Bethencourt.

Era el día 1 de Julio de 1403.

## Una inspección somera

No satisfizo a Gadifer la noticia del homenaje a la Corona de Castilla; y, esto, sin que la crónica denuncie la razón que originara esa actitud. Eran súbditos franceses, Gadifer y Bethencourt. Pero, ni aún leyendo entre líneas de la historia escrita por los propios expedicionarios, se logra deducir si aquel primero estuvo sólo disconforme con la resolución antipatriótica de su colega, o si el motivo de su queja residía en la escasa parte que le pudiera corresponder en las prebendas otorgadas por Don Enrique.

En todo caso, lo cierto es que —en los primeros días— nadie supo este disgusto; y, dispuesto a comportarse en forma diferente a como —sin motivos— ya lo hiciera Berneval, el Gadifer organizó inmediatamente la excursión encomendada por el propio Bethencourt, o sea la «correría» a Fuerteventura, a la Canaria, al Hierro y a la Gomera. Y para ello anduvo aprisa: escogió la gente, aprestó la nave e izó su vela en cuanto pudo.

Estuvo un mes en Fuerteventura. Se acercó al fortín de barro —llamado la Peña— que se había construido en la primera expedición. Desembarcó enseguida, y se internó con tres docenas de hombres en busca de los naturales del país. Apresó a unos cuantos. Re-

conoció la isla. Mejoró el castillo. Y, después de un mes, se fué a Canaria.

La nave ancló cerca de Gando, sin que los expedicionarios la abandonaran. Los moradores —en gran número— les ofrecieron cestos de higos y cántaros de barro que contenían sangre de drago. Y, así, les regalaron en dinero —según la historia— unos doscientos escudos de oro, no valiendo apenas uno lo que ellos devolvieron en anzuelos, herramienta usada, y varias navajas y bujerías<sup>13</sup>.

Al parecer, los nuestros quedaron satisfechos; pero es lo cierto que ni desembarcaron ni se proveyeron ahí del agua necesaria para su viaje. Costearon. Llegaron hasta Maspalomas. Allí lograron lo preciso; mas no atreviéndose tampoco a tomar tierra, se fueron hacia Tenerife, bordeando siempre; y, en fin, pararon en Gomera. Bajaron por la noche; y guiados de muchos fuegos que tenían los moradores..., tomaron, del que estaba más cercano, un hombre y tres mujeres, que llevaron a la fragata; y, al día siguiente, volvieron a tierra para hacer aguada, mas los gomeros les acometieron de tal suerte que les obligaron a retirarse, sin apoderarse de un solo prisionero.<sup>14</sup>

Se dirigieron a La Palma. Pero el viento les obligó a refugiarse contra el Hierro, donde sólo pudieron coger cuatro mujeres y un niño, algunas ovejas y unos cuantos puercos.

Tomaron agua; y a los veinte y tantos días levaron anclas, e intentaron otra vez la travesía. Costearon media Palma; y regresaron a su Rubicón de Lanzarote, después de unos tres meses de excursión.

La vuelta dió lugar a un bautizo general de los que habían sido preparados durante el viaje. La alegría fué grande; pero hoy no se conoce su extensión. Sin duda, la operación fué discutida. Algo más dirían los que tomaron parte en ella de lo que cuentan las historias que han llegado hasta nosotros. Estas, en efecto, no comentan. No comparan los resultados conseguidos con los de otras excursiones anteriores, realizadas desde España. No discurren sobre el sistema seguido en los desembarcos, ni sobre los temores que indujeron a evitarlos. No hablan de resultados morales, ni de esperanzas. Y, sin

13 VIERA Y CLAVIJO: *Noticias, etc.* (Libro 3, XXXVIII).

14 CASTILLO: *Ob. cit.* (id. id.)

embargo, después de rebasado medio milenio, nos damos cuenta de que aquéllo fué el preludio de la célebre «Conquista Señorial».

## Nuevas andanzas de Bethencourt

El recibimiento tributado a Juan de Bethencourt, a su llegada a Lanzarote, en febrero de 1404<sup>15</sup>, fué en extremo aparatoso. Acudieron a la orilla los españoles y los franceses que quedaban, y los numerosos naturales de la isla que habían sido bautizados. (La crónica no dice si a la sazón estaba bautizado el rey de Lanzarote, Guadarfía. En todo caso, es evidente que éste anduvo huído largo tiempo, y que, apresado luego, se rindió a la fe de Cristo<sup>16</sup>, sin que nadie sepa exactamente si este hecho tuvo lugar antes o luego de que el propio Bethencourt se hallara de regreso; y, aunque esto no interesa a la conquista de Canarias, es bueno consignarlo a fin de demostrar lo poco que se sabe de las muchas epopeyas que la integran).

Por supuesto, Gadifer de Sala acudió en cabeza. No estaba satisfecho; pero se portó como un amigo y un excelente caballero. Según lo dicho anteriormente, nadie supo que se hallaba descontento. Es más, a petición de Bethencourt —su jefe— emprendió una segunda expedición, a la que, al parecer, aquél le acompañó durante la primera parte. De la narración escrita —y de los libros que surgieron de la misma— se deduce que marcharon juntos a la Erbania, para, luego, separarse, siguiendo solo Gadifer a Gran Canaria, en donde —ahora— tampoco se internó.

A su vuelta discutió con Bethencourt, que realizaba, en Fuerteventura, una conquista paso a paso, consistente en correrías de las cuales regresaba con numerosos cautivos que enviaba a Lanzarote para ser *domesticados pacientemente*<sup>17</sup>. Mas los disgustos fueron, esta vez, algo más agrios. Gadifer seguía resentido. Bethencourt se limitaba a prometerle que jamás le faltaría lo necesario. Y el resultado

15 Algunos dicen que en abril.

16 «Se arrojó contra el polvo para confesarse vencido», dice Viera en sus *Noticias, etc.* (libro 4, II).

17 CASTILLO: *Ob. cit.*, id.

fué que, a pesar de todo, y haciendo gala de nobleza, convinieron —ambos— en marchar a España, a fin de *hacer sus representaciones*<sup>18</sup> ante el monarca.

Este, sin duda, otorgó el derecho preferente a Bethencourt; y *Gadifer, con este desengaño, se volvió a su casa, mientras que su amigo y antiguo jefe tornaba a las Canarias, dispuesto a liquidar la obra pendiente*<sup>19</sup>.

Hubo otras correrías, en las que se cogieron nuevos prisioneros. De resultas, los adversarios disminuyeron; y, al fin y al cabo, los recursos traídos en consecuencia de la ayuda castellana, indujeron a rendirse a los que no lo habían hecho todavía.

Fuerteventura se hallaba distribuída en dos porciones. Su configuración topográfica las delimitaba perfectamente. Jandía y Majorata, separadas por una barrera casi inaccesible, estaban regidas por sendos reyezuelos, que, simultáneamente, se entregaron. El 18 de enero de 1405, Guitza, el jefe de la tribu majorera, fué recibido pomposamente y enseguida bautizado; y, a los siete días, Ayotza, rey de Jandía, se presentó en iguales condiciones.

Y, esto conseguido, Bethencourt salió del Rubicón, a fin de visitar sus posesiones de Grainville y recibir los plácemes de su familia y de sus vasallos. Pero, antes, nombró a Jean Le Courtois, gobernador de Lanzarote y Fuerteventura.

## El penúltimo episodio

La segunda vuelta a Rubicón fué aún más aparatosa que la primera. Las carabelas que traía Bethencourt enarbolaron gallardetes de todos los colores; y, en tierra, sonaron los clarines y las arpas. Hubo banquetes y festejos a los cuales asistieron los «notables» de ambas islas. Y, pronto, se empezó a tratar —y a organizar— la conquista de Canaria.

Tres naves se hicieron a la mar en Fuerteventura, el 6 de octubre del año 1405. Pero, tuvieron malos vientos; y solamente llegó a su meta la conducida por el propio Bethencourt. Fondeó a la

---

18 CASTILLO: *Ob. cit.*, id.

19 *Id.*, id.

orilla de Arguineguín; y sus tripulantes empezaron la labor «política». Herramientas de hierro y cuentas de vidrio fueron cambiadas por frutas diversas; y este comercio duró algún tiempo. Parecía inacabable, y no ofrecer ventaja alguna. No obstante, un buen momento fué aprovechado para lanzar a tierra dos chalupas con soldados y marineros; y éstos se internaron lo bastante para verse envueltos y obligados a retirarse muy de prisa, y a entablar junto a la costa un combate violentísimo en defensa de sus dos pequeñas embarcaciones. Jean Le Courtois y veintidos franceses perecieron en la refriega; y la carabela, impacientemente, se hizo a la mar.

Y ésta fué la «acción de Arguineguín»; que, tristemente, llegó a «famosa».

## La isla de Hierro

Después de ese episodio, los barcos se reunieron en La Palma. Pero, las correrías, infructuosas, duraron pocos días. La información aseguraba que era más fácil conquistar la isla de Hierro; y, en vista de ello, hacia ella se volvió la expedición.

Los navíos se acercaron a la costa. Anclaron; y su gente desembarcó. Nadie a la vista; y esa gente avanzó hasta las alturas; y se mantuvo en tierra durante cerca de tres meses sin resultado positivo, y sin atreverse —de seguro— a empeñarse por los riscos o a aventurarse por los tupidos bosques de pinos y de abetos.

Sin embargo, un día se estableció contacto con los huídos. Arniche, el jefe isleño, acudió con más de cien hombres a entregarse. Lo hizo de buen grado. Mas, como siempre —y lo mismo que sus padres o que sus abuelos—, fué engañado y cayó en la trampa. Bethencourt falló. Hizo caso omiso a su palabra, y quedándose con 31 hereñes para sí, distribuyó los otros entre su gente, y regaló la tierra —que ya era suya— a los franceses que le habían acompañado.

De este modo, el Hierro quedó incluido en el «Principado del Conquistador». Empezaba el año 1406.

## Viaje final

El «príncipe canario» pasó, después, algunos meses en Erbania o Fuerteventura, haciendo repartimientos, induciendo a cultivar, ne-

gociando con la orchilla, administrando justicia, y, en definitiva, sentando las primeras bases del Archipiélago Español. Junto a él, estuvo siempre Maciot de Bethencourt, sobrino suyo, que, desde Francia, le había acompañado últimamente; y, así, pudo instruirle en el gobierno de las islas conquistadas, y entregarle el mando de ellas cuando emprendió su último viaje, el 15 de Diciembre del citado 1406<sup>20</sup>.

Juan de Bethencourt se paró en España, y luego estuvo en Roma. Le preocupaba grandemente la idea de instituir un obispado que rigiera los destinos religiosos de su Archipiélago. En Valladolid cumplimentó a Enrique III, y logró de él que fuera señalado el nombre de Las Casas para ocupar la nueva sede. Después, acudió a Inocencio VII para que fuese confirmado el nombramiento<sup>21</sup>.

Y, esto logrado, se retiró a su posesión de Normandía, donde aún vivió bastantes años, pendiente, siempre, de Canarias<sup>22</sup>.

## Comentarios

Juan de Bethencourt es la figura básica de la conquista de Canarias; y, sin embargo, no estuvo a la altura de la misión que realizó. Llevó a cabo una obra espléndida, sin merecer que fuera suya. Hizo lo que tantos no supieron empezar, mas no lo hizo con arreglo a su nobleza. En dos palabras: el sistema que adoptó es indigno del resultado que obtuvo. (Y pongo por ejemplo, a fin de concretar mi idea, a un arquitecto que halla una piedra tan bien dispuesta para servir de base a un edificio muy suntuoso, que se apodera de ella

---

20 Castillo dice 1405. Pero, las notas de Santiago demuestran que esta fecha no es la verdadera.

21 Así dicen Castillo y varios otros. Pero M. Santiago niega el nombramiento de este obispo, basándose en que Benedicto XIII había autorizado anteriormente a Bethencourt y a Gadifer de la Salle para nombrar obispo; y aún asegura que, a consecuencia de ello, en 1404, se había creado el obispado de Rubicón y nombrado a Fray Alonso de Sanlúcar de Barrameda para regentarlo. Por otra parte, parece haberse puesto en claro que ambos obispos fueron nombrados, el uno por la sede avifonesa, y el otro por la romana.

22 Se ha discutido mucho sobre la fecha de su muerte. No obstante, parece evidente que falleció en 1425.

con malas artes, y, lejos de pulirla, se contenta con picarla malamente. En efecto, Bethencourt el Grande trabajó muy poco, y no como debía).

Ha de recordarse que su vida fué azarosa. Tomó parte en diferentes aventuras que pronto le cansaron, como Canarias le cansó. Se sabe poco de aquellas aventuras, porque, fuera de España, la figura del «Iniciador de la Conquista» no merece los honores de la Historia. No fué bastante perseverante para que esa Historia lo encumbrara. Es más: de haberlo sido, no se hubiera encaminado a Lanzarote.

Desde que organizó su expedición primera hasta que entregó el mando de las islas conquistadas a Maciot, pasaron menos de cinco años; y aún conviene recordar que al menos uno de sus viajes duró 14 meses, sin que sea posible atribuir tan larga ausencia a los trabajos necesarios para lograr la nave o reclutar los hombres que habían de constituir la base de su ulterior aparición. Y, cinco años, en la vida del ilustre Juan de Bethencourt, son pocos para una obra semejante a la que nos legó.

Si él hubiera tenido la menor constancia no hubiera cedido el mando a su sobrino: impreparado para tan ardua tarea. Si Bethencourt hubiera sido persistente, no hubiera corrido de isla en isla, como corrió, en busca de una fácil, casi vacía y temerosa de todo forastero que desembarcara en ella; no hubiera intentado la conquista de Canaria sin acabar la de Fuerteventura; no hubiera pasado de Canaria a La Gomera, ni de La Gomera al Hierro, sin, antes, empeñarse más a fondo en su trabajo. Si el «Príncipe Canario» hubiera tenido las cualidades inherentes a un conquistador, habría soportado varios Arguineguines, en vez de sólo uno, y hubiera compensado sus reveses con victorias que no están en la columna de su «debe».

Su último año en Fuerteventura es acaso el más interesante de su vida; es, al menos, el más digno de su fama, pues en los otros sólo surge el deseo de gloria o de riqueza, o de renombre entre los suyos.

En cuanto a los sistemas, tampoco estuvo a gran altura. La odisea de Berneval hizo pensar que Bethencourt no estaba muy conforme con los métodos seguidos por sus predecesores. Pareció, un momento, que la «caza humana» había concluído y que él se ha-



EL PUERTITO (ISLA DE LOBOS)

*Salvo las barcas, todo sigue igual que lo encontraron los normandos*

LAMINA 11

Foto: J. Martín Aguiar  
Lanzarote



*Santa María de Betancuria*  
*Isla de Fuerteventura*

*El viejo templo de la incipiente capital del Archipiélago,  
en el que hay recuerdos de los siglos XU y XVI.*

llaba dispuesto a reprimirla en beneficio de su obra o siquiera en pro de su prestigio personal. Pero, lejos de eso, los acontecimientos vinieron a demostrar que si no se apoderó de gente en Gran Canaria fué por que no pudo hacerlo. Su entrada en La Gomera lo confirma; y lo realza la triste consecuencia de la sumisión de Arniche, en la Isla de Hierro.

Juan de Bethencourt fué sólo un noble aventurero. No tuvo ideales. Ni el patriotismo ni el deber lo coaccionaron. Ni siquiera su ambición fué suficientemente grande para situarlo —gallardamente— sobre el pedestal que tiene. Si hubiera sido un ambicioso, no hubiera huído de Canarias. Habría muerto en Betancuria, junto a la gente que le ayudó en su empresa; y sus restos descansarían —ahora— en la primera iglesia de Las Palmas.

No obstante, hemos de agradecerle su homenaje a la Corte de Castilla.

¡Loado sea!, pues.



## V

# Vaivenes gubernativos

1406-1477

## El ambiente en las señoriales

Cuando se recorre uno cualquiera de los caminos señalados con trazo rojo en los planos militares de Lanzarote o Fuerteventura, o cuando se costea el Hierro o la Gomera en una lancha más o menos rápida, es fácil darse cuenta del ambiente de la gente que temía a los señores de hace más de cinco siglos cuando llegaban con los medios necesarios para adueñarse de las islas. Basta contemplar el suelo pedregoso de la zona incultivada, o los barrancos por los cuales corre el agua de la lluvia, o los acantilados verticales, o las montañas despobladas, o los bosques, o la ceniza..., para comprender la vida de los pocos moradores que existían en las islas cuando los piratas o los conquistadores querían obligarles a acatar la fe de Cristo, o venderlos como esclavos en Europa.

Esa pobre gente vivía en las cuevas, y las cuevas se encontraban en la parte más agreste. El terruño destinado a proporcionar algo de grano, quedaba abajo, cerca de la fuente. Ese terruño daba poco. El trabajo era durísimo, y a más de duro obligaba a un doble recorrido, cansadísimo. Y cuando rondaban los piratas o los conquistadores, aún era preciso prescindir de ese trabajo por temor a ser cogido prisionero, y contentarse con lo poco acumulado anteriormente, y abandonar la cosechilla que a fuerza de labor iba creciendo.

Había vigías. Pero, éstos no bastaban: la isla era muy grande, y los escarpados numerosos.

Sólo en la cueva, se reposaba un poco. Mas los que en ella se reunían se acordaban de la madre y del hermano desaparecidos tiempo atrás. No podían olvidarse. Veían todavía sus caras espanta-

das, y pensaban en los gritos, y en los esfuerzos realizados por desasirse de las trabas que oprimían los músculos, y aún las vísceras; y la terrible imagen de aquella escena seguía grabada en las diversas mentes. La recordaban todos con frecuencia. Había sido inútil, en efecto, proteger a los que se iban. La impotencia fué completa, y la angustia duró hasta que los gritos se apagaron, o hasta que la noche tendió su velo sobre el campo. Y, entonces, fué preciso regresar a la vivienda, en que las pieles sucias y desordenadas no cubrían la hojarasca destinada a muellear un poco el suelo. Habían sido removidas, durante la pelea.

Pues bien, al tiempo que esto se pensaba, los nobles caballeros desembarcaban de sus naves con plumajes y armaduras, para, así, causar la admiración de propios y de extraños. Las correrías comenzaban, y se repetía la odisea de los tiempos anteriores. Los emisarios anunciaban —por las cuevas— que todo aquél que deseara convertirse al cristianismo quedaría libre para siempre; pero tales emisarios no sabían explicar debidamente el verdadero significado de la hermosa oferta. Y, así, los de las cuevas recelaban, y tardaban en ceder y en presentarse; y ocurría que acababan otra vez sufriendo los efectos de la terrible «caza humana» que los amedrentaba, y pasaban por la angustia de aquella madre cuya faz no recordaban claramente porque los años y la miseria la empezaban a borrar.

Cuando Maciot de Bethencourt se armó en Gobernador de las Canarias, los viejos que quedaban en las cuevas eran llevados a la iglesia que su tío edificó. Eran conducidos a Betancuria<sup>1</sup>.

Los más jóvenes siguieron la derrota. La población tomó incremento; y, pronto, se convirtió en un centro populoso y bastante bien situado para evitar los resultados de agresiones ulteriores.

Los indígenas aprendieron a vivir entre paredes, y a confesarse, y a asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Se unieron a los forasteros, y, poco a poco, los intereses de ambos núcleos se unificaron. Juntos, entonces, se prepararon contra la amenaza de los pueblos que vivían en los grandes continentes. Se fortificaron, y organizaron fuerzas milicianas.

Del castillo levantado en las cercanías de Betancuria, sólo que-

---

1 Santa María de Betancuria, primera capital de Fuerteventura.

dan varias piedras de su base y el lugar en que se halló. Pero, alrededor, están los cerros —color de lava, e intransitables— que protegieron con su masa a las familias que lo hicieron.

## Maciot de Bethencourt

El sobrino y sucesor de Bethencourt «el Grande» se interesó muy poco por su gente; y esto dió lugar a un gran disgusto, que produjo serios incidentes. En todas partes, los nuevos propietarios imponían vejaciones; pero, en el Hierro, el abuso llegó a ser extraordinario. Las mujeres fueron deshonradas. Los maridos trabajaban como bestias. La vida fué durísima; y, la situación, insostenible. Y esto originó la muerte del jefe que mandaba las milicias, y, como consecuencia de ella, la rebelión de todos.

Maciot, en esta circunstancia, se portó debidamente. Realizó una detallada información; y, luego, condenó a degüello a los cinco principales responsables. Y, de este modo, restableció la paz.

Pero, en otros casos, el citado jefe no se mantuvo a la altura de su cargo. Tenía un serrallo. Se ocupaba poco de las islas, y menos aún de sus negocios. Amenazaba demasiado, y hablaba siempre de entregar sus territorios al rey de Francia, que obraría con la energía precisa para encarrilar a todos<sup>2</sup>. Y como la noticia de su mal comportamiento y desafuero llegara hasta la Corte de Castilla, la regente, Catalina de Lancáster, comisionó al Conde de Niebla<sup>3</sup> —que, en vida de su esposo, había originado con sus huestes, graves complicaciones— para esclarecer lo sucedido y adoptar las medidas conducentes al remedio de la situación creada. Pero Maciot, sin duda inteligente —y prefiriendo solucionar de prisa la cuestión—, optó por ofrecer a Niebla el señorío de Canarias, en nombre de su tío y predecesor, a fin de que aquél finalizara la ocupación del

2 *Maciot de Bethencourt, que proseguía en su tiránico y despótico gobierno, desatendía las santas y benígnas pláticas del Obispo y manifestaba con los suyos la displicencia del homenaje hecho por su tío a la Corona...; y aún no falta escritor que diga haber pedido a Francia ayuda de gentes y navíos para separarse del dominio de Castilla...* (CASTILLO: *Ob. cit.*; Libro I, cap. XVII).

3 Don Enrique de Guzmán.

4 La historia menciona otra venta previa, hecha a favor del Almirante Pedro Barba, jefe inmediato de la escuadra enviada por Catalina de Lancáster. Pero el

Archipiélago. Y, en efecto, el documento relativo a la citada venta, fué firmado en Octubre de 1418<sup>4</sup>.

El de Niebla, por supuesto, se hizo cargo de lo suyo. Pero, a los dos años, el monarca Juan II entregó las islas a Don Alfonso de las Casas.

Esto originó un litigio que pasó a los tribunales, y que hubiera sido interminable de no haber, ambos, logrado un acuerdo, en 1430; acuerdo por el cual el Conde renunció a su posesión a cambio de la entrega de cinco mil doblones de oro. Y el litigio referido parecía resuelto, cuando Maciot se presentó a pedir su parte.

Hubo otras discusiones. Pero, al fin, todo quedó en que el último siguiera en posesión de Lanzarote, si bien a condición de renunciar a todos sus derechos sobre las demás islas Canarias. Y así lo hizo; y en 1437 Maciot ratificó las concesiones hechas por el de Niebla a todos sus vasallos.

## La amenaza portuguesa

Entretanto —en 1424— el infante Don Enrique de Portugal se decidió —por cuenta suya— a apoderarse de Canarias. Armó una gran flotilla, y embarcó en la misma a unos 2.500 hombres. Marchó directamente a Gran Canaria; desembarcó en el puerto de la Isleta, y sufrió una gran derrota que le obligó a dar media vuelta, y a retirarse.

Pero, dispuesto a no cejar, a los tres años reanudó su empresa. Reunió catorce carabelas, y embarcó más de mil hombres con cien caballos; e, igualmente, fué derrotado. (En esta ocasión, los canarios le dejaron avanzar un poco, y sólo salieron de sus reovecos en el momento más oportuno para aniquilar a su invasor, que, sobre el campo, dejó algo más de seiscientos muertos).

Las derrotas, por lo tanto, fueron sonadas. No obstante, se habló mucho de esas dos expediciones. Se habló tanto que en el Concilio de Basilea (1434) se discutió el derecho de sobe-

---

propio M. Santiago, que tan cuidadosamente ha anotado la obra de Castillo, pone entre interrogantes a ese Almirante cuando lo cita como «Tercer Señor de las Canarias».

ranía sobre Canarias, de los reyes de Castilla y Portugal. Don Alonso de Cartagena, deán de Santiago, representó al primero, y su defensa fué tan clara y contundente que el derecho de Enrique IV fué plenamente reconocido.

## Un período inconsistente

La razón que indujo al de las Casas a adquirir las Islas Señoriales de Canarias y el derecho a la conquista de las otras, fué sin duda la de estar casado con doña Inés de Bracamonte, sobrina próxima de Juan de Bethencourt.

Se sabe poco de lo hecho por el citado personaje. Según la crónica *visitó su feudo*<sup>5</sup>. Pero, entre líneas puede leerse que estuvo poco tiempo dirigiéndolo y ocupándose del mismo o interesándose por los numerosos desgraciados que habían caído inopinadamente bajo su férula. Un genovés llamado Franchi y un Tenorio sevillano, estuvieron encargados, durante sus ausencias, de los respectivos mandos de Fuerteventura y Hierro; mas tampoco de ellos da la historia noticias detalladas.

A Don Alfonso, siguió su hijo Guillén; y éste murió en 1442, dejando a sus dos hijos los derechos que él tenía. El mayor —Guillén también— se quedó con Hierro y la mitad de los quintos de Gomera y Palma, y la segunda —Inés— tomó a su cargo Fuerteventura, y afirmó su derecho a la mitad de los quintos de Gran Canaria y Tenerife.

Inés de las Casas contrajo matrimonio con un tal Hernán Peraza, que, caído de las nubes sobre Canarias, estuvo a mejor altura que sus dos antecesores. En primer término, rehizo el bloque: en 1445 firmó un acuerdo con su cuñado cediendo a éste varias fincas de Sevilla a cambio de todos sus derechos sobre el Archipiélago. Después, llevó a cabo un tanteo ofensivo sobre Gran Canaria, con resultado no halagüeño. A continuación trató de apoderarse de La Palma, pero sufrió un serio descalabro y perdió a su hijo en la refriega. Por último, trabó pendencia con Maciot de Bethencourt: tomó tierra en Lanzarote, se apoderó de su señor y dueño, y lo envió a la isla de Hierro, con su familia.

---

5 CASTILLO: *Ob. cit.* (Id., id.).

Al poco tiempo, Maciot fué rescatado por Don Enrique. En noche oscura, las huestes del infante desembarcaron en la isla y se llevaron a su noble prisionero. Y éste, agradecido, cedió a la corona lusitana sus derechos, a cambio de una renta de 20.000 reis anuales.

Hernán Peraza murió en 1452, y su hija Inés entró en seguida en posesión del Archipiélago. Su esposo Diego de Herrera, picado por la ambición del hombre que se encuentra inesperadamente al frente de una hacienda colosal, cayó en las tentaciones que habían sufrido sus parientes: hizo proyectos, concentró bastantes fuerzas y quiso apoderarse de todas las Canarias. En la Isleta, repitió la tentativa ya frustrada varias veces; y, en Añaza<sup>6</sup>, pudo convencerse de que la isla inabordada era aún más difícil de tomar que la Canaria. El resultado fué parco; pero el de Peraza logró al menos un principio de amistad<sup>7</sup>. En Tenerife, algunos españoles fueron llevados a visitar el bosque situado en las inmediaciones de la laguna de Agüere<sup>8</sup>.

Esto sucedió en el año 1464.

## La cesión de los derechos de conquista

Cuando Hernán Peraza echó de Lanzarote a Bethencourt, los naturales lo tomaron por intruso. Desesperados de un nuevo cam-

6 Añaza corresponde a Santa Cruz de Tenerife, o mejor dicho, al Bufadero,

7 *Atal grado llegaron estas pruebas de amistad, que aún los mismos reyes o guanartemes de Telde y Gáldar acudieron a obsequiar a Herrera y al obispo; quienes imaginando que esta era una favorable coyuntura de lisonjear su propia vanidad, determinaron tomar aquel acto de pura cortesía por un testimonio auténtico de sumisión. En consecuencia de esta idea practicaron las formalidades de aprehender posesión solemne del país (en 12 de Agosto de 1461), y mandaron que... se certificase... en forma y manera que hiciese fe a toda la Europa. Y dado este inútil paso, retornaron muy ufanos a Lanzarote. (VIERA Y CLAVIJO: Ob. cit., libro 4, II).*

8 ... marcharon todos unidos desde Santa Cruz a La Laguna, en cuyo tránsito siempre tuvo cuidado el conquistador de ir cortando algunas ramas de los árboles y levantando o mudando piedras del camino; ceremonias que con razón provocaban la risa de los guanches. No obstante notaremos... que parecieron ante el Señor Diego de Herrera, en el puerto del Bufadero, el gran rey del Taoro Imobach, el rey de las Lanzadas que se llama de Güímar, el rey de Añaza, el rey de Abona, el rey de Tacoronte, el rey de Benicod, el rey de Adeje, el rey de Tegüeste y el rey de Daute; y que

bio, se rebelaron. Se negaron a aceptar al jefe. Mas, lejos de pedir la vuelta de Maciot, combatieron por su cuenta a los portugueses que habían desembarcado, y se pronunciaron francamente por el monarca de Castilla: Enrique IV.

Este hecho no tuvo consecuencias inmediatas. Fué un episodio aislado, cuyo efecto se verá más adelante.

En 1466, el infante de Portugal volvió a insistir en sus pretensiones. Preparó una flota, y la colocó a las órdenes del Almirante Diego de Silva. Esa flota fué directamente a Lanzarote. Herrera —entonces— se refugió en un pueblo de la sierra. Un tal Alonso de Cabrera —subordinado de aquél— se enfrentó con el contrario. Se batió como es debido; pero al fin cayó y perdió no poca gente.

Diego de Herrera, en vista de ello y temeroso de que el hecho se reprodujera, acudió al monarca ya citado. El resultado fué nulo, de momento. Pero, entretanto, ambos Diegos emparentaron, y enamorado el uno de la hija de su adversario, emprendieron juntos la conquista. Dieron la infructuosa y consabida vuelta de otras veces. En Añaza no pasaron de la orilla; pero, en Canaria, se internaron hasta la población de Gáldar. En este sitio, el enemigo obligó a los aliados a refugiarse en el Tagóror, destinado a las reuniones del Consejo de la zona y lugar en donde se administraba la justicia. El asedio se produjo, y duró bastante. Duró hasta la hora en que los canarios ofrecieron a Silva y a los suyos la libertad condicionada en la promesa de que nunca volverían a molestarles; y, tan satisfecho estuvo de este resultado el Almirante, que, *motu proprio*, entregó su espada al Guanarteme<sup>9</sup>.

Entretanto, Diego de Herrera desembarcaba en Gando. Pero el caudillo Bentaguairé, bien emboscado, cayó sobre él violentamente, obligándole a marcharse y a dejar en tierra muchos combatientes.

No obstante, los canarios permitieron que se alzara una capilla y se estableciera una pequeña factoría cerca de la costa, al frente

---

estos nueve príncipes besaron a Herrera la mano en reconocimiento de soberanía... (VIERA: id. id.)

9 Despidióse Diego de Silva con gran estimación y ternura del Guanarteme, su ahijado; y, pidiéndole esperase un poco, fué a bordo, y regalóle con un capotillo de grana, una espada dorada y otras cosas; y doce espadas (más) para que repartiese con sus Hecheros o Consejeros. (CASTILLO: Libro I, cap. XXXI).

de la cual permanecieron cuarenta hombres bajo el mando del portugués Chemayde.

Este último abusó de los isleños. Raptó mujeres. Puso tributos anormales; y acabó creando una situación insostenible.

En vista de ello, el canario organizó una estratagema. Distribuyó ganado en un lugar no muy alejado, y lo hizo saber a los de Iberia. Estos se apresuraron a cogerlo, y cuando regresaban con su botín, el Bentaguairé cayó sobre ellos y les cortó la retirada. No quedó uno solo que llevara la noticia.

En ese instante, los isleños se vistieron con las ropas de los muertos, y siguieron hacia Gando con la presa. Los del fuerte, viéndolos llegar, salieron a esperarlos, indefensos. Y, entonces, los primeros, sacando sus venablos, se lanzaron sobre los soldados peninsulares, e, invadiendo la factoría, mataron a los unos, cogieron a los otros, quemaron los albergues y arrasaron la que fué «torre de Gando»<sup>10</sup>.

El gobernador Chemayde y el alcaide Mayorga quedaron prisioneros con los que no murieron. Fueron bien tratados, como siempre. Los canarios hicieron gala de sus buenos corazones. Unos y otros trabaron amistad; y, de resultas, los vencidos convencieron a sus guardianes de la ventaja de enviar una embajada a Lanzarote para tomar acuerdos sobre un intercambio comercial. El tratado se firmó en Teguíse —donde Herrera y la Peraza habían instalado su capital— y el 11 de Enero de 1476 los prisioneros fueron libertados y regresaron a su isla.

En ésta crecía el descontento. Diego de Herrera no era menos duro que sus predecesores. Humillaba a sus vasallos. Los tiranizaba. Y todo continuó de esta manera hasta que los indígenas se rebelaron, pensando nuevamente en acudir a la Corona de Castilla.

Y así lo hicieron. Doña Isabel los acogió con mucho afecto; pero, no creyendo justo privar a Doña Inés Peraza del derecho que la ley le concedía, se contentó con exigir que las tres islas no conquistadas —la Palma, Canaria y Tenerife— quedaran bajo su regía

---

10 Esa torre fué elevada anteriormente. El Capítulo XXIX del Libro I de la obra tantas veces mencionada de CASTILLO, se titula: *De las pazes que hizo Diego de Herrera con el Fayacán de Telde, a quien dió treinta muchachos en rehenes por hacer, con título de Cassa de Oración, una Torre en el Puerto de Gando.*

protección, a fin de que, en su día, fueran conquistadas por las tropas castellanas. Y para indemnizar a los Herrera, les cedió la suma de cinco cuentos de maravedises y el título de Condes de la Gomera<sup>11</sup>.

El convenio se firmó en Sevilla, el 15 de Octubre de 1477.

---

11 Eso admiten varios de los que han escrito sobre la época en cuestión; pero, según la obra titulada *Creación, Antigüedad y Privilegios de los Títulos de Castilla*, publicada en Valencia (1769), por D. JOSÉ DE BERIN Y CATALÁ, el *Condado de la Gomera* fué otorgada por Carlos I, a Don Guillén Peraza de Ayala y Herrera, que *sirvió al rey con mucho valor*. Y, a su vez, JOSÉ DE BERIN, cita, en confirmación de lo expresado, la *Monarquía Española* de JUAN FÉLIX DE RIVAROLA, *Asturias Ilustrada* de MANUEL DE TRELLES, los *Diálogos* de ANTONIO AGUSTÍN y el *Nobiliario* de ALONSO DE HARO.

## VI

# El sometimiento de Gran Canaria

1478-1483

### Preparativos y desembarco

Isabel la Católica, preocupada siempre con la costa de Africa, en que los musulmanes se apoyaban, decidió iniciar de prisa la conquista de las islas no sometidas. Y, para empezar, nombró a Don Juan Rejón, experto General y personaje de valía, jefe de la expedición a Gran Canaria<sup>1</sup>.

El obispo de la Diócesis, Don Juan de Frías, y el deán de Rubicón, Don Juan Bermúdez, tomaron parte activa en los diversos preparativos. El primero, que estaba en Sevilla gestionando la conquista, y el segundo, que seguía en Lanzarote, reclutaron fuerzas y solicitaron sendas ayudas a los terratenientes principales de las zonas en las cuales ejercían su influencia. Y, de este modo, entre los dos, lograron concentrar 600 hombres, armados de picas y ballestas, y dotados de un buen equipo y de rodelas, y aún obtuvieron varios falconetes o lombardas, y el servicio de unos cuantos caballeros ataviados a la usanza de su tiempo<sup>2</sup>.

---

1 No es seguro que Juan Rejón tuviera el título de General. La real cédula expedida el 12 de mayo de 1478 (en Sevilla), lo denomina, simplemente: *el Capitán de la flota que yo envío para conquistar las islas de la Gran Canaria*. (Museo Canario: «Notas históricas sobre los Herrera en Canarias.» Enero-abril, 1934).

2 Algunos textos atribuyen el gran esfuerzo a los monarcas. *A la sazón que los Reyes Católicos compraron las tres islas a Diego de Herrera..., dieron su real probisión a Don Juan Rejón, caballero natural del reino de León, para que fuese a ganar las dichas tres islas, y mandaron por su real probisión a Don Diego de Merlo, asistente de Sevilla, y Alonso de Palencia, su cronista, para que le probyesen de gente a caballo, y de ceiscientos peones y de navíos y municiones y pertrechos, de todo lo cual*

Una parte de esos medios fueron embarcados, con suficientes víveres y municiones, en tres navíos que partieron, el 28 de Mayo de 1478, del entrante en que había nacido el alegre Puerto de Santa María. Sábese que hubo entusiasmo a la salida, y durante todo el viaje. El momento era propicio, a causa de los éxitos logrados en varios campos de batalla. Y, sin duda, las noticias referentes a los tratados conseguidos en consecuencia de otras excursiones, inducían a creer que la operación sería fácil y de escasa duración.

La travesía fué larga. Duró casi todo un mes; y esto hace pensar que los navíos se pararon frente a Lanzarote con objeto de embarcar a los canarios que habían sido contratados u obligados a intervenir en la conquista. Los barcos avistaron las Isletas el 23 de Junio, y fondearon al día siguiente. Los primeros soldados bajaron por la noche, probablemente al lado opuesto a las Canteras, ya que a pesar de hablarse en diferentes libros del arenal en que se hallaron los recién desembarcados, conviene recordar que en ese tiempo las actuales dunas se extendían mucho más que en nuestros días, a causa del abandono en que se hallaban ambas costas.

En tierra, la obsesión primera de Rejón fué Gando: la famosa torre que el enemigo había destruído. Quiso que fuera su objetivo principal; quería ocuparla inmediatamente. Pero, los de Rejón desconocían la situación de Gando, y tuvieron que indagar, y así supieron que se encontraba lejos del lugar en que se hallaban; y como en excursiones anteriores los canarios solían lanzarse por sorpresa sobre los invasores, y en este caso el contingente era bastante reducido, el General no quiso aventurarse demasiado y optó por instalarse sobre el borde del barranco de Guiniguada que hoy separa al Vegueta antiguo del precioso Puerto de la Luz. Y, sobre ese borde, surgió una base o campamento que fué llamado: el «Real de Las Palmas»<sup>3</sup>.

De cómo era, no es fácil darse cuenta. La capital de Gran Canaria invade hoy su viejo asentamiento. Las palmeras ya no existen. Mas, sin duda, la mar que estaba cerca, y el panorama agreste en

---

fueron proveídos y se vinieron a embarcar en el Puerto de Santa María, a trece días del mes de mayo, año de mil y cuatrocientos y sesenta y nueve... (Museo Canario, En.-Ab. 1935: «Una crónica primitiva de la Conquista de Gran Canaria», Cap. VI).

3 «Real» en otros tiempos equivalía a «Campamento».

cuyos recovecos se escondía el adversario, eran más que suficiente para ambientar las ilusiones de los recién llegados.

## El combate de Guinguada

Las expediciones anteriores —la de Herrera y la de Silva— habían hecho sentir a los canarios el deseo de librarse de la conquista. Junto a unos cuantos pusilánimes, surgieron hombres de mucho temple. Frente a reyezuelos de escasa monta se presentaron individuos ambiciosos o patriotas, dispuestos a evitar la intromisión de los extraños. Y, entre estos últimos se contaba un guayre de prestigio que fácilmente arrastró a los que estaban cerca de él. Doramas, se llamaba. Tomó la dirección, con Adargoma y con Maninidra; y aún logró la ayuda del guanarteme de la región de Gáldar.

Los espías avisaron a Rejón, que, conociendo el desarrollo de otras intentonas, envió a Doramas un mensajero proponiéndole la paz. Pero, en vez de limitarse a decir que sólo deseaba ser amigo y establecer un puesto comercial, quiso imponer la religión cristiana y exigir la sumisión a los monarcas de Aragón y de Castilla. Y a eso, Doramas contestó que *mañana llevaría la respuesta*.

Fué preciso suspender el desembarco de los víveres y del material de campamento que estaba a bordo de las naves que habían anclado cerca del barranco; y, alertando a todo el mundo, fué impulsada la labor indispensable para contener la acometida.

Con sus palos de acebuche, con piedras y venablos, y con rodelas de colores —muchas de ellas regaladas por los que anteriormente habían pretendido amansar a los canarios—, el enemigo apareció en lo alto de las colinas del suroeste, en considerable número. Bajó la cuesta, y abordó a los españoles. Fernández de Lugo, que mandaba la derecha, rechazó valientemente al núcleo de Adargoma, pero éste volvió a la carga tantas veces que el mismísimo Rejón se vió obligado a intervenir. Adargoma quedó herido, y fué hecho prisionero. Pero esto enardeció al isleño, y el combate se extendió rápidamente. La escasa caballería de Rejón actuó de prisa, y con mucho éxito. Las armas a la sazón modernas, rindieron más que las saetas. Y, al fin y al cabo, los canarios tuvieron que ceder, dejando sobre el campo varios cientos de cadáveres.

La victoria fué rotunda. Pero los españoles no la utilizaron. En vez de posesionarse de una amplia faja de terreno, se limitaron a seguir desembarcando el material de a bordo, y a terminar sus fortificaciones. Desaprovecharon la ocasión. Dejaron Gando para otro día. No ocuparon Telde.

## Los portugueses

La Corte lusitana veía siempre con malos ojos la intervención de otras monarcas en Canarias. No se había resignado a permanecer ajena a la conquista. Al contrario, viendo el éxito logrado, armó una flota, y la envió con la misión de vigilar y entorpecer el desarrollo de la operación recomenzada. Y esa flota, con siete carabelas, llegó a las cercanías de Gáldar —en Gran Canaria—, cuando Rejón se dedicaba a mejorar su campamento y a desbaratar las intenciones —u hostigamientos— que, a cada rato, realizaba el enemigo; y en Gáldar estableció contacto con el guanarteme Tenesor<sup>4</sup>, y le ofreció la ayuda necesaria para destruir el campamento de Las Palmas y obligar a su guarnición a reembarcar.

Se tomó el acuerdo de que los portugueses avanzarían desde la costa, al tiempo que los canarios atacaran desde tierra. Así el Real se encontraría entre dos fuegos, y, no pudiendo rechazar a los aliados, sería arrasado sin gran dificultad. Pero, portugueses y canarios no actuaron simultáneamente. Aquéllos desembarcaron, sin que los segundos estuvieran a la vista; y, como quiera que los silbos y los truenos bocineros se oían a distancia, hubo tiempo suficiente para atacar —y aún acometer con la máxima energía— a los de Lusitania, y así desbaratar completamente su proyecto<sup>5</sup>. Y,

---

4 Tenesor-Semidán.

5 Los historiadores tratan este asunto en la expresada forma, pero es evidente que el temporal nos ayudó. Una antigua crónica de la Conquista de Gran Canaria, recientemente hallada y publicada, explica el hecho de este modo: ... ya que los portugueses avian anclado sus navíos, començaron a echar gente en las barcas y a saltar a tierra, y dado que la mar andava alterada y les impedía la salida, forcejavan con ella, y aviendo saltado hasta doscientos hombres en tierra, se fueron los castellanos sobre ellos y... visto que se les acercavan, davan voces a los navíos que enviasen gente a tierra, y no podían, y como se vieron desfavorecidos de la mala mar y de las muchas ventajas que les tenían los nuestros, acordaron de bolver a los navíos, y

GRAN CANARIA:  
alrededores de Santa Brígida



LA TEMPESTAD DE PIEDRA  
*Macizo principal de la Isla*



eso viendo, los canarios decidieron retirarse. Comprendieron que su fuerza residía en la montaña, en los barrancos y en la breña, y que no sabían combatir en la llanura.

## Procesamiento de Rejón

Los portugueses cejaron. Pero, a pesar de ello, la estancia en el Real fué dura. De ambiente bélico, se pasó a una vida rutinaria y semejante a la de muchos campamentos. En vez de trabajar, se murmuraba. En vez de tener prisa y de estar preocupado, se esperaba eternamente; y la sola idea de no saber el tiempo que duraría la vida en el Real, bastaba para hacerla insoportable.

Entre los que murmuraban, se hallaba Juan Rejón y el deán de Rubicón, que, en su descontento, se dirigían denuestos..., se odiaban dignamente. Y lo peor del caso era la influencia que Juan Bermúdez ejercía sobre los que protestaban de la espera; y, de esto, Juan Rejón se daba cuenta, pero no disponía de fuerzas suficientes para emprender una ofensiva de importancia.

Por supuesto, las noticias sobre el desacuerdo llegaron a la Corte; y la reina comprendió que no podía seguirse frente al adversario con las propias fuerzas divididas. En vista de ello, nombró a cierto sevillano, al parecer discreto y conciliador, que se llamaba Pedro Fernández de Algaba, para que estudiara la situación creada y le pusiera buen remedio. Pero, entretanto, Rejón, que tenía pocos soldados para más operaciones, decidió marchar a Lanzarote a fin de pedirselos al recién nombrado Conde de la Gomera. Aprestó su nave y se hizo a la vela, llevándose a unos cuantos lanzaroteños que el propio Diego de Herrera había expulsado de sus dominios. La historia no habla claro sobre este asunto. Nadie explica las razones que indujeron a Rejón a llevar consigo a aquella gente. Mas lo cierto es que el hecho de llevarlos —y aún de querer desembarcarlos a *fortiori*— originó la repulsa de Don Diego, que, ante la insistencia de Rejón, ordenó a su hijo, Hernán Peraza, que recha-

---

con la prisa del embarcar y la turbación, algunos peligraron con el peso de las armas y la tempestad de las olas, y se perdieron cuatro o cinco barcas, y así se volvieron con mucho trabajo a sus navíos. («El Museo Canario», En.-Ab. 1935).

zara a toda costa a los indeseables expedicionarios. Rejón y Herrera discutieron violentamente, sin otro resultado que el de decidirse aquél a retirarse; lo que hizo disparando algunos cañonazos contra la gente que estaba concentrada cerca de la orilla. (Y en todo esto, —según lo dicho— hay algo nebuloso; pero ese «algo» no influye mucho sobre el lento desarrollo del sometimiento de Gran Canaria).

El hecho ocurrido motivó una pérdida de tiempo muy perjudicial. Cuando Rejón se reintegró a Las Palmas, encontró a Pedro de Algaba, recién llegado, con una carabela y con refuerzos para la conquista. Dió cuenta de su fracasado empeño, sin percatarse del peligro en que se hallaba. En efecto, Bermúdez y el enviado extraordinario de la reina se habían confabulado para deshacerse de Rejón en la ocasión primera que se les presentara; y aprovecharon, a ese fin, una comida que había sido organizada —oficialmente— para que el deán y Juan Rejón fueran amigos. Durante ella el antiguo gobernador fué apresado, so pretexto de aspiraciones ilegales y de excesiva tiranía<sup>6</sup>; y, encadenado, fué conducido a España.

## Encuentros desgraciados

La ausencia de Rejón, junto a la incorporación de Algaba, facilitó la iniciación de nuevas operaciones militares. Algaba —ya se ha dicho— llegó mientras Rejón estaba en Lanzarote, y en seguida se puso de acuerdo con el deán para empezar. Llevaron a cabo una excursión a Satautejo, que dió por resultado seis prisioneros y una «razzía» de ganado. Después, otra a Moya contra los guayres que fué un desastre porque los españoles alcanzaron al adversario de madrugada, rendidos y con poco espíritu. Y, por último, realizaron un desembarco en Arguineguín, que costó a los expedicionarios unas doscientas bajas.

---

<sup>6</sup> Luego que se concluyó la comida y pasaron a la torre con pretexto de conferenciar acerca de las operaciones de la campaña próxima, se llevó el gobernador al general y al mismo tiempo se dejó ver su guardia que hasta entonces había estado oculta, y tomándole el puñal que traía a la cinta, le dijo estas palabras: «Daos a pri-

Se trataba, con estas operaciones, de mantener en auge el espíritu de nuestra gente. Pero, los reveses producían desilusiones y pocas ganas de seguir luchando. Sobre todo, el último —que pasó a la historia como «la San Bartolomé de la conquista de Canaria»<sup>7</sup>— fué una derrota muy sensible. A consecuencia de ella, las tropas regresaron a Las Palmas, junto a la Guiniguada; y la inacción recomenzó.

### Idas y venidas de Rejón

El general Rejón, con sus pesados grillos, fué llevado hasta Sevilla. Declaró ante su juez, y supo descargarse de las numerosas faltas que se le atribuían. Puso de relieve la injuria de Herrera, haciendo ver que estaba dirigida contra la reina de Castilla. Demostró que el deán Bermúdez y el almirante Algaba estaban asociados para boicotear cualquier labor patriótica. Hizo comprender que era imposible continuar por el camino emprendido porque eso conduciría a distanciar ilimitadamente la conquista de la isla. En fin, aseguró que él mismo, con elementos suficientes, lograría un resultado rápido y seguro. Y, en vista de lo dicho, quedó absuelto; y aún fueron pertrechadas cuatro naves, que, a las órdenes de Pedro Hernández Cabrón, emprendieron el viaje a Canarias para quedar bajo su férula.

Pero, Juan Rejón fué recibido medianamente. Las autoridades españolas se negaron a que entrara en el Real; y, con la excusa de evitar otros tumultos, lo arrestaron por reincidente, y le obligaron a marcharse.

La escuadra de Cabrón fué utilizada por Algaba. Sus tripulaciones tomaron parte en la desgraciada acción de Arguineguín, o Tirajana. No tuvo, pues, mucho éxito la expedición llevada a cabo con los refuerzos enviados en honor de Juan Rejón; y eso bastó

---

*sión en nombre de la reina». El general, considerándose solo y desarmado, no hizo la menor resistencia, sino que quitándose prontamente la espada, la puso en las manos de su enemigo, quien le hizo echar unos pesados grillos, diciéndole: «así es como se deben tratar los locos». (VIERA: Lib. 7, XXI).*

7 Recibió este título por haberse verificado el 24 de agosto.

para que, otra vez, él fuera oído, y consiguiera una nueva ayuda, compuesta, sólo, en este caso, de un simple barco y tres docenas de soldados.

Con ellos, Rejón llegó a Canaria el 2 de Mayo de 1480. Desembarcó en seguida. Entró en la iglesia, y se apoderó de Algaba y de Bermúdez, que al parecer rezaban piadosamente, y que pasaron —a consecuencia de lo dicho— de Gobernadores de Las Palmas a reos de alta traición. Algaba fué degollado; y Bermúdez, desterrado.

Rejón —tranquilo, de momento— organizó una expedición a Tamaraceite. Pero, ante el arribo de otra nave, que traía a bordo a un recién nombrado «General de la conquista», Pedro de Vera<sup>8</sup>, desistió de su proyecto. Fué procesado, de nuevo, y enviado a España por tercera vez en poco tiempo.

## Pedro de Vera

El nuevo gobernador de la isla Canaria desembarcó en Las Palmas con veinticuatro jinetes y ciento veinte ballesteros. Estaba dispuesto a impulsar lo más posible la conquista; pero la presencia en el Real de unos doscientos cincuenta isleños —recientemente convertidos— a quienes Rejón había dejado entrar e instalarse definitivamente, le hizo pensar en las dificultades inherentes al secreto de la operación futura. Le era preciso, en consecuencia, deshacerse de esa gente. Mas no osando emplear el sistema de violencia que tanto había echado en cara a sus varios antecesores, optó por una estratagema poco digna de cristianos, y sobre todo de cristianos que acababan de recibir a ochenta de los suyos, liberados por los guayres y el «faicán» de Gáldar después de condenados a la hoguera<sup>9</sup>.

La estratagema consistió en embarcarlos, haciéndoles creer que iban a tomar parte en la conquista de Tenerife. Pero, percata-

8 Pedro de Vera, noble caballero de la Casa de Hita y de Buitrago, alguacil y alférez mayor de Jerez de la Frontera.

9 No todos los autores están de acuerdo con las alabanzas que se hacían a Vera. En la crónica de los Reyes Católicos, escrita por MOSÉN DIEGO DE VALERA,

dos los canarios de que se les llevaba por la fuerza a la Península, se rebelaron y obligaron al capitán del barco a dirigirse a Lanzarote, adonde llegaron con tal ansia que apenas a la vista de Arrecife se tiraron de la nave y a nado se acercaron a la costa. Herrera los recibió con aparente agrado. Los trató bastante bien; pero, al poco tiempo, los envió al castillo levantado en Africa a fin de obligarlos a luchar contra los moros, y ahí murieron o quedaron prisioneros.

El episodio anterior dió lugar a una gran consternación entre los isleños que aún quedaban en Las Palmas. Estos se fueron, y pregonaron por doquier nuestra perfidia<sup>10</sup>. Levantaron a los suyos, y los animaron a luchar hasta la muerte. No obstante, Pedro de Vera volvió a salir de su Real.

### Un desafío trágico

Pedro de Vera salió de su Real, y se dirigió a la eminencia que domina el país de Arucas. Estaba en ella el que había logrado erguirse en guanarteme de la zona: el célebre Doramas.

Este vió a los españoles acercarse al pie de las montañas que eran suyas, y guardaba; y, dispuesto, de una parte, a evitar muertes inútiles, y, de otra, a hacerse más notable entre su gente, envió a Pedro de Vera un mensaje que decía: «*si entre los afeminados europeos hay alguno que se atreva a un singular combate en presencia de ambos campos, podrá evitarse la batalla*».

Salió un hidalgo llamado Juan de Hoces, sobre un caballo espléndido y jacarandoso. El hidalgo acometió con valentía; mas Doramas, que era un hábil combatiente, lanzó su «magado» con tal certeza que atravesó la coraza y el corazón de su adversario.

Según lo convenido, todo, así, quedó resuelto. Pero, lejos de

---

puede leerse: (Ellos) sabían lo que se hacían cuando con pena de destierro lo enviaron a Canarias... (En efecto) había asaltado por sorpresa la fortaleza de Medina, matado no muy caballerosamente al alcaide Basurto, y apoderándose —vae victis— de sus bienes y familia. (Fontes Rerum Canariarum, II).

10 VIERA Y CLAVIJO dice que él decía a sus paisanos: *Nosotros tuvimos la desgracia de fiarnos de estos extranjeros. No os fieis vosotros, porque a la verdad que es gente pérfida e inhumana, cuyo único placer es la ambición. Defendeos de ellos, pues ellos mismos se defienden de vosotros. Tened en cuenta que si caeis bajo su yugo, no os dejarán siquiera libertad para derramar la sangre con honor.* (Lib. 7, XXXI).

admitirlo, Pedro de Vera sale solo y acomete con denuedo. El canario esquivo los primeros dardos. Se acercan, ambos. Llegan a las manos, o a las propias lanzas; y Vera logra derribar a su enemigo.

El guanarteme, herido, se entrega al vencedor. Ante eso, la gente se enardece, y se entabla una batalla —la misma que los caballeros no evitaron con su desafío—; y los canarios son vencidos, y, despiadadamente, aniquilados<sup>11</sup>.

De este modo, Arucas, Satautejo y Telde quedan en poder de Vera. Pero, aún debía —ese último— apoderarse de Tamaraceite y Gáldar, para lograr la paz completa en Gran Canaria.

Oeste y mediodía no contaban. No tenían gente. Casi todo el mundo se hallaba concentrado en la zona levantina y en el norte.

## Don Fernando de Guanarteme

Para llevar a cabo sus proyectos, Vera tenía que rehacer un poco su pequeño ejército. Lo llevó a Las Palmas. Lo instruyó de nuevo. Logró dotarlo con elementos que tenía en su depósito; y aún esperó algún tiempo a fin de ver lo que pasaba en las Islas Señoriales, y, así, confiar en cierta ayuda cuyo proceso se venía desarrollando lentamente.

En efecto, Hernán Peraza, en virtud de algunos hechos que se darán a conocer más adelante, se presentó en Canaria, con más de ochenta gomeros y otros tantos lanzaroteños que le fueron entregados por Herrera. Desembarcó en la zona de Agaete a principios de febrero de 1482. Dió cuenta a Vera; y, éste, cuando supo lo ocurrido, decidió batir al guanarteme Tenesor, que residía en Gáldar. Púsose de acuerdo con Peraza; y, entre ambos acordaron que al tiempo que uno se lanzaba contra el término de Arucas desde Las Palmas, el otro vendría en sentido opuesto hacia Artenara. La concentración se realizó oportunamente, y todos cayeron sobre Gáldar cuando así más convenía, e hicieron prisionero al guanarteme y a varios guayres de su Consejo.

---

11 La muerte de Doramas tuvo lugar en Julio de 1481. Esta es, al menos, la versión más admitida. (Véase CASTILLO: *Ob. cit.*, Lib. Seg., Cap. XII).

No obstante, la victoria fué incompleta. Quedaba mucha gente en la montaña, y costaría dominarla. Faltaba tropa, y faltaban municiones; y aún había pocos víveres. Y, en vista de ello, Pedro de Vera decidió embarcarse con Tenesor y varios otros prisioneros a fin de presentarlos en la Corte, y que así los reyes oyeran la versión más conveniente para que dieran lo preciso al General de la Conquista.

Isabel de Castilla y Fernando de Aragón los recibieron con afecto<sup>12</sup>. Escucharon la relación de Vera, y las certificaciones del canario. Se complacieron en saber que éste quería ser cristiano. Lo apadrinaron; y, ofreciéndole llevar como apellido su propio título de Guanarteme, aún le honraron con el nombre del Rey Católico. En fin, recomendaron a su nuevo súbdito, Fernando de Guanarteme, que ayudara a terminar la ocupación de Gran Canaria, a cambio de lo cual tendría nuevas recompensas y otros honores.

Al mismo tiempo, los monarcas dispusieron que el Padre Provincial de la Santa Hermandad de Andalucía pusiera a disposición de Vera, una compañía de ballesteros y dos de caballería<sup>13</sup>.

Los refuerzos marcharon a Canaria. Y, con ellos, el «Comisario de la Conquista» inició otra serie de operaciones.

## Últimos combates

Antes de empezar, Pedro de Vera trató de aprovechar la palabra empeñada por Don Fernando de Guanarteme para inducir a

---

12 Este acto se verificó en Calatayud, según se prueba en la siguiente copia: *En la carta de privilegio que en Enero de 1515 obtuvieron Juan Bertrán y Juan Cabello de Doña Juana la Loca..., se trasladó una cláusula de otra otorgada por los Reyes Católicos en 31 de Mayo de 1481 en la que se lee: sepades que al tiempo que los guanartemes e caballeros... después de ser por la gracia de Dios reducidos e convertidos a nuestra Sancta fé nos ynbiaron a dar e prestar la obediencia...* (MOSÉN DIEGO DE VALERA: *La crónica de los Reyes Católicos*. Estudio preliminar y notas al capítulo XXXVII, del Lib. Seg. de CASTILLO, por EMILIO HARDISSON Y PIZARROSO, Tomado de *Fontes Rerum Canariarum II*, 1934).

13 Entre los *Documentos concernientes a la Conquista de Canarias* que figuran en el número de «El Museo Canario» de enero-abril de 1934, aparece: 1), una «*Carta para que enbien cient ballesteros de Monta a la Conquista*», fechada en

los valientes defensores de Canaria a doblegarse. La nobleza del famoso jefe constituía una garantía suficiente para dejarle solo en pleno campo. Todo el mundo se fiaba de él. Y, en vista de ello, se le aparató con las magníficas vestiduras que los reyes le habían regalado<sup>14</sup>, y se le encaminó hacia el sitio en que se hallaba el nuevo jefe de la zona, su sobrino Bentejuí.

Ahí llegado, el isleño se expresó de esta manera: los españoles son poderosos e incansables... La pobre Canaria no puede resistir las fuerzas de su nación. Es como una peña, situada en medio de la mar; y nosotros somos un molusco insignificante que habita en ella... Los reyes de España os prometen libertad, si os sometéis; y yo les he ofrecido vuestra fidelidad y vuestro vasallaje. ¿Me hareis mentir?

Pero, a tanto, los suyos se negaron. ¿Tu también te has acercado al bando de los que nos persiguen? ¡Cuánto has degenerado! Anda, Guanarteme, indigno de tu nombre..., vuélvete y déjanos siquiera morir con honra..., fué lo que aquél oyó, en respuesta.

Y Don Fernando se volvió, y explicó lo sucedido; y Pedro de Vera se resignó a luchar.

Cuando se baja de la altura, por la carretera que pasa por Teror y por Arucas, o cuando se bordea la costa norte de Canaria, remontando sus barrancos hacia Gáldar y Agaete, cabe imaginarse lo que serían las penosas marchas realizadas por la noche en busca de los míseros combatientes que defendían su tierra. Los caminos del siglo XV eran medianos. Ambos contendientes los conocían. En el pequeño ejército de Vera, había no poca gente de Canaria; gente convencida de que era preferible ceder ante la fuerza, y gente que había claudicado inoportunamente y ya no se atrevía a presentarse ante los suyos; y esas gentes conducían a Vera —y a sus huestes— por las veredas y a través de los entrantes, y a lo largo de las aristas peligrosas que separan las vaguadas. Entonces —como ahora— los bancales altos estaban en desuso. Hoy los vemos alisados e inclinados hacia el valle porque la lluvia de los siglos va

---

Toledo (4 febrero 1480) y firmada por Don Fernando y Doña Isabel; y, 2), otra «Carta para que enbien cinquenta jinetes» a esa misma Conquista, firmada en Medina del Campo (24 noviembre 1480), sólo por la Reina.

14 MONTERO: *Historia Militar de Canarias*.

barriendo la escasa tierra que los cubre. Pero, entonces, estaban abandonados porque no bastaba hallarse lejos de la costa para ser independiente; aún había que retirarse, dejando aparte la riqueza y no comiendo.

Las concentraciones eran pobres, misérrimas. Estaban siempre en vigilancia. Tenían que defenderse; y, para eso, que aguardar en los mayores peñascales: allí donde era más difícil instalarse. Y, en lo más alto de unos sitios casi inaccesibles, acumulaban sus pesadas municiones: grandes piedras de basalto, pedazos de roca y lava, troncos de árbol..., y todo eso sin contar la saetería y los guijos necesarios para desbaratar el último asalto.

Y, de este modo, los canarios se defendieron sucesivamente: en las alturas de Titana, en la posición de Cendro, en Fataga, en Ajodar. Y aquí perdían varios hombres, y allá sus pocos víveres; o más allá vencían, logrando prolongar su resistencia y alargar el trance en que se hallaban.

Después de los combates, algunos se pasaban y otros tomaban heroicas resoluciones. Muchos se despeñaban: mujeres sobre todo. Y así, las filas adversarias eran cada vez más débiles, y las posiciones elegidas eran más duras de escalar; y, con ese triste resultado, fué preciso regresar —de nuevo— al campamento de Las Palmas. Había que dar aliento a los soldados, y abastecerlos de todo lo preciso.

Entretanto, el enemigo se fué a Ansite, entre Tirajana y Gáldar: seiscientos hombres de armas, y mil quinientos viejos y mujeres que sufrían la suerte de los defensores. Bentejuí seguía al frente de esa masa. Y Vera —impaciente, o ya repuesto— se puso en marcha el día 8 de abril de 1483. Acampó en el llano, cerca de la zona en que se hallaba el adversario. La inacción duró bastante, por temor a caer en un segundo y desgraciado Ajodar. Es más, dicho temor indujo a Vera a enviar a Don Fernando —el viejo guanarteme de la zona— a parlamentar con los canarios. Y el dicho personaje obedeció lo mismo que en otras ocasiones. Llegó a su meta; y, espantado de la miseria y del estado en que los suyos se encontraban, los conjuró de nuevo a someterse, ofreciéndoles la generosidad del vencedor. Y otra vez los más valientes se mataron, y muchísimos cedieron; pero esta vez ninguno estaba en condiciones de irse más adentro.

La guerra había acabado<sup>15</sup>.

Gran Canaria quedó en nuestro poder. Pero, al recordarlo, debemos admirar el gesto de su gente. A tales defensores, ha de rendirse un tributo respetuoso. Y, sin duda, los mismos que vencieron quedaron atónitos ante los hechos presenciados; que, acaso, tenían por cosa propia, presintiendo que sus nietos lo serían de las madres que dieron vida a ese enemigo tan estoico.

---

15 Hay diversas opiniones sobre la fecha de rendición de Gran Canaria. No obstante, la de 1483 es la más corrientemente admitida. En la «Revista de Historia» (Dic., 1948), apareció un artículo interesante de Don EMILIO HARDISSON que tiende a demostrarlo.

## VII

# Miscelánea

### Previa explicación

«Miscelánea» ha de llamarse este séptimo capítulo, porque es imposible tratar en él de cosas homogéneas.

Terminada la conquista de Gran Canaria, pasan varios años antes de que se emprenda la de La Palma; mas, como quiera que este libro ha de presentar con más detalle lo que se refiere a las conquistas, a las guerras y a las defensas continuadas que los canarios y los poseedores de las islas han llevado a cabo, que aquello otro concerniente a los períodos de reposo y a la gran felicidad inherente a la vida diaria del Archipiélago, ocurre que son tan numerosos y diferentes entre sí los hechos que sucedieron durante ese paréntesis, que, por fuerza, hay que reunirlos en un solo capítulo, y darle carácter de «miscelánea». Y a eso contribuye, simultáneamente, la necesidad de concentrar en poco espacio la historia de varias islas cuyas vicisitudes son casi casi independientes.

### El Hierro y la Gomera

Se ha discutido mucho sobre la posesión de la Gomera. No hay dos autores que estén de acuerdo sobre la fecha de su conquista. Esto, sin embargo, se debe más a la manera de interpretar que al desconocimiento de la forma y del momento en que los hechos acaecieron. La expedición de Bethencourt no ofrece duda. También es cierto que Fernán Peraza el Viejo estuvo en la Gomera con doscientos ballesteros y que él edificó la torre-fuerte que aún

existe cerca de la orilla<sup>1</sup>. Y, en fin, es evidente que desde esa torre, él efectuó diversas excursiones a La Palma y a los propios valles de la Gomera, en busca de cautivos que vendía en España. No obstante, son muchos los que insisten en que la isla no estuvo sometida hasta más tarde; y ese «más tarde» corresponde a la hora —más o menos arbitraria— en que cada cual admite que la lucha terminó.

Mas no es lo mismo «ocupación» que «sumisión». Y, la sumisión de la Gomera a Bethencourt y a Gadifer, no se halla plenamente demostrada<sup>2</sup>.

De otra parte, nadie asegura que los españoles se instalaron en la isla antes del año 1434; hecho llevado a efecto por obra y gracia de Fernán Peraza el Viejo, padre de Inés y suegro de Diego García de Herrera, señor de Lanzarote y Fuerteventura. Y hasta esa fecha todo es difuso.

En cambio, la historia aquí se aclara. Cuando murió Peraza la isla pasó a manos del citado Diego de Herrera y de su esposa; y, simultáneamente, pasó también a estos señores la del Hierro, que, prescindiendo de la sola rebelión que más atrás se ha mencionado, se considera previamente sometida a los Herrera.

## Lanzarote y Fuerteventura

Diego de Herrera, fué, sin duda, el personaje principal de la época estudiada en esta parte.

Después de varias idas y venidas, y de varias intentonas infructuosas, acabó haciéndose fuerte en la costa mauritana. En 1478 construyó un castillo denominado de Mar Menor<sup>3</sup>, que artilló debidamente, y que puso a las órdenes, primero, de Alonso Cabrera, y, más tarde, de Jofre Tenorio.

Desde el castillo se realizaron continuas correrías por el interior de Africa, siempre en busca de cautivos que proporcionaban

1 «Torre del Conde de la Gomera», la llama SERGIO BONNET. (*El Museo Canario*; Jul.-Sept., 1946).

2 CASTILLO: (Vol. I, cap. XXIII).

3 En el puerto de Guader: Mar Menor o Santa Cruz de Mar Pequeña.

una renta muy saneada. Y como las diversas correrías daban buenos resultados, el radio de acción de Mar Menor se fué extendiendo muy de prisa; y tanto se extendió, que un día, estando Jofre al frente de las fuerzas, el Sultán dispuso un fuerte contraataque, en la idea de aniquilar la destacada guarnición. Los moros sitiaron la fortaleza, y Jofre estuvo a punto de ceder. Pero, a tiempo, Diego de Herrera tuvo la información precisa para darse cuenta de la importancia de los hechos, y así pudo concentrar unos setecientos hombres (que procedían de Lanzarote y Fuerteventura, a partes iguales), y acudir en socorro a los sitiados. Llegó a tiempo. El jefe que dirigía la operación externa, levantó su campo y desistió de su misión. Corría el año 1481.

Seguidamente Diego de Herrera regresó a su base lanzaroteña. Se ocupó del viejo feudo con verdadera asiduidad; y fué entonces cuando, sin duda, cedió a su hijo Hernán Peraza «el joven» la posesión de la Gomera y la del Hierro.

## Reaparición y muerte de Rejón

Al resumir los hechos constitutivos de la conquista de Canaria, se dijo que Hernán Peraza había surgido al frente de un núcleo de lanzaroteños y de gomeros, de cuyo origen se daría más adelante una buena explicación.

Pues bien, Rejón, a quien dejamos desterrado —o expulsado— por tercera vez, jamás se resignó a no intervenir en la conquista referida. Bien porque su tesón y su amor propio se hallaban por encima de sus demás virtudes, o aún de sus defectos; bien porque recibiera la impulsión directa de su pariente y protector, el Comendador y General de Artillería, Don Fernando de Rejón, lo cierto es que logró la concesión correspondiente a la conquista de la Palma, cuando aún no estaba terminada la de Canaria.

Cuatro bajeles, con 300 hombres y 20 caballos de armas, formaron su pequeña armada. Con ésta, y con su esposa Elvira y con sus hijos, arribó a Las Palmas para dejar a salvo su familia mientras se realizaban las primeras operaciones y se habilitaba el sitio en que aquélla habría de instalarse. Pero, al negarle Vera el per-

miso necesario para desembarcar<sup>4</sup>, Rejón se resignó y se alejó dispuesto a iniciar sin más la ocupación de su dominio.

La travesía fué dura. Los vientos contrarios obligaron a la flota a recalar en la bahía de Hermigua, en la Gomera. En este lugar fué recibida hospitalariamente. Tan agradable fué la acogida como encantador el sitio hallado; y, esto hizo concebir al buen Rejón la idea de aprovecharlo para el descanso —y la proyectada espera— de los suyos. Pero, Hernán Peraza, que no olvidaba la discusión habida en Lanzarote, se negó a la idea. Encargó a sus vasallos que se apoderaran del intruso y lo llevaran a su presencia; y, ante eso, y harto ya de tanta vejación injusta, Rejón se defendió con sus criados, y murió en la acción, atravesado por una lanza.

Peraza se arrepintió; mas ya era tarde<sup>5</sup>. Fué denunciado por Doña Elvira, y llamado a la Península, donde, por buenas componendas, se le indujo a tomar parte en la conquista de Canaria, y a casarse con Doña Beatriz de Bobadilla, amiga de la infancia y camarera de la reina Doña Isabel I. Y fué entonces cuando acudió a Canaria con sus gomeros y con el núcleo de lanzaroteños que su propio padre —Diego de Herrera— le había asignado.

## La Gomera, nuevamente

El conjunto de las Islas Señoriales adquirió poco a poco, cierta potencia. El Hierro, la Gomera, Lanzarote y Fuerteventura, se hallaban bajo el dominio de una familia poderosa, cuya influencia cerca de los Reyes era grande. Pero, esta influencia no fué bien aprovechada. Lo mismo Hernán Peraza que Diego de Herrera lo-

4 «Teniendo presente el General Vera la sangrienta catástrofe de Pedro de Alqaba..., despachó a Alonso Jaimez de Sotomayor (alférez mayor de la Conquista y hermano de Doña Elvira), para que cumplimentando (a los recién llegados)... les hiciese ver cuantos disturbios se podrían suscitar en Canaria si se les permitiese salir a tierra... El alférez mayor, cargado de regalos y asistido de las lágrimas de su hermana..., consiguió de su cuñado esta fineza, y la escuadra se hizo a la vela para llevar a Juan Rejón a donde su triste suerte le llamaba». (VIERA: Lib. 7, XXXVI).

5 Peraza «pasó a Hermigua personalmente... Lloraba la tragedia de que era autor... Procurando aplacar con mucho respeto la saña de Doña Elvira, dió orden para que con sus niños fuese hospedada, y asistida con todas las comodidades

graron sustraerse al dominio que Pedro de Vera pretendía ejercer sobre todas las Canarias; para, una vez independientes, maltratar de nuevo a sus secuaces. Estos eran simples vasallos, en el sentido actual de la palabra. Nunca recibían la más mínima recompensa por los servicios que prestaban. En cambio, se les exigía siempre más y más. Fueron humillados infinitas veces. Humillados..., hasta que no pudiendo soportar más vejaciones, se sublevaron contra sus magníficos Señores.

Los movimientos sediciosos eran esporádicos, y fácilmente reprimidos. No obstante, Hernán Peraza siguió intransigente. Se mantuvo en su actitud. No escarmentaba. Y fué duro con su gente hasta que, en 1488, la conspiración fué cosa seria. Hernán Peraza y Beatriz de Bobadilla tuvieron que refugiarse en el castillo fuerte que tenían —la famosa «Torre de la Gomera»<sup>6</sup>— y defenderse<sup>7</sup> hasta que el Gobernador de Canaria acudió en persona para librarlos de la furia de sus huestes.

Pedro de Vera castigó severamente. Se llevó a doscientos gomeros, en pago de su hazaña. Restableció la calma; pero ésta no fué definitiva. Hernán Peraza siguió tiranizando; y el odio de los isleños aumentó. Y ocurrió que sus amores con una titulada «bella lballa» sirvieron de base para otra rebelión. Una tarde, cuando regresaba de la gruta que había erigido en templo de lubricidad<sup>8</sup>, recibió una flecha que entró verticalmente en su cabeza. Perdió la

---

*que permitía el país... Costeó un entierro muy suntuoso, y mandó dar sepultura al lado del evangelio de la capilla mayor de la Iglesia parroquial de aquella isla». (Tomado de los manuscritos de Galindo, por VIERA Y CLAVIJO: Lib. 7, XXXVI). Más aún: Alonso de Sotomayor también «se trasladó a la Gomera. Reprendió a Peraza con toda vehemencia el exceso de crueldad tan bárbara como indigna de su alto nacimiento; pintole el mundo escandalizado, los fueros de la hospitalidad destruidos, los Reyes Católicos apenados... Y a estos cargos no sabía satisfacer Peraza con los juramentos, imprecaciones y protestas, de no haber tenido influjo en la desgracia». (VIERA: id., id.).*

<sup>6</sup> Fuerte y alta Torre, probablemente almenada, de planta cuadrangular y sin más apresto guerrero que unas saeteras y cuatro matacanes situados sobre cada uno de los lados... Rodeábala seguramente una obra avanzada de empalizada o muralla. (SERGIO BONNET: «La feudal torre del Conde de la Gomera». Museo Canario, etc.)

<sup>7</sup> Disponían de cincuenta lanzaroteños que Diego de Herrera les había adjudicado.

<sup>8</sup> MONTERO: Ob. cit.

vida en pleno campo, y murieron los criados que iban con él<sup>9</sup>. Y esto fué un aviso decisivo.

Los hijos y la viuda se encerraron de nuevo en su torre fortificada. Fueron sitiados por los rebeldes, y defendidos —a ballestazos y pedradas— por su guardia lanzaroteña y por algunos insulares que habían permanecido fieles.

Pedro de Vera acude nuevamente, con unos cuatrocientos soldados instruidos. Publica el sempiterno bando, ofreciendo paz y olvido. Pero, en cuanto los gomeros ceden, no tarda en llevar a cabo un castigo severísimo. Todos los hombres del distrito de Agaña son condenados a muerte: unos ahorcados, arrastrados otros, ahogados muchos y varios mutilados horriblemente de manos y pies<sup>10</sup>.

## Gran Canaria

El propio Don José de Viera, que dispuso de los antiguos manuscritos de Abreu Galindo, para sus *Noticias de la Historia General de las Canarias*, habla de la cédula que autoriza a Pedro de Vera, a *ejecutar el repartimiento de las tierras y aguas (de Canaria) entre los oficiales, soldados y pobladores que acudieron a ennoblecirla*<sup>11</sup>, como cosa resultante de la conquista que había terminado pocos meses antes. No obstante, la propia nota de la *Historia* que se acaba de citar, demuestra claramente que nadie sabe de seguro en qué momento fué firmada aquella orden<sup>12</sup>.

La isla no quedó incorporada a la Corona de Castilla hasta más tarde<sup>13</sup>. La real cédula correspondiente fué expedida en 1487, y abarcaba todo el Archipiélago del cual era Canaria capital. Con esa cédula, la isla quedó exenta de pechos y alcabalas, y recibió diversos privilegios. En ella comenzó la confección de nuevas ordenanzas, y se hicieron los preparativos concernientes a la traslación del

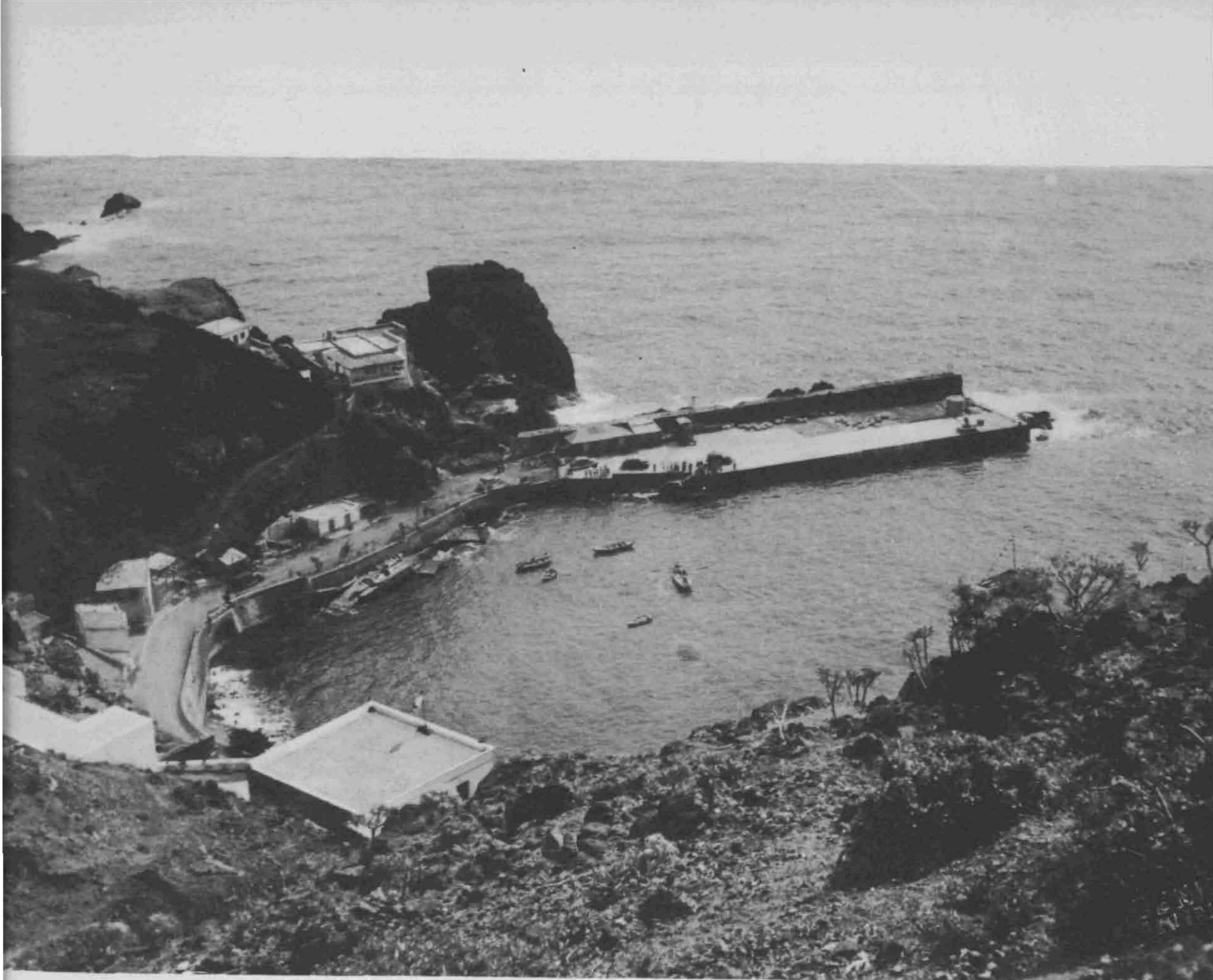
9 MONTERO: *Ob. cit.*

10 VIERA: Lib. 8, IV.

11 VIERA: Lib. 7, XLIX.

12 La nota dice: «Abreu Galindo asegura que esta provisión fué dada en la ciudad de Toledo en 4 de febrero de 1484. Otros (dicen) que es de 1489».

13 En el «Libro Rojo del Ayuntamiento de Las Palmas», aparece copia de la «Provisión de los Reyes Católicos incorporando la isla de Gran Canaria a la



### EL HIERRO «Puerto de la Estaca»

*Insuficiente, aún para lo poco que se exporta en la actualidad.  
La isla, en efecto, vive casi sólo del esfuerzo realizado por los herreños.*



*San Sebastián de La Gomera*

*Vista general*

LAMINA 16

Foto: *A. Benítez*

obispado, de Lanzarote a la Canaria. Se construyeron casas y palacios. Se plantaron árboles frutales. Nacieron los ingenios. Arúcas se formó. Las Palmas tuvo su primer ayuntamiento. En fin, Gáldar y Telde se convirtieron en ciudades; y en ellas hubo grandes fiestas en que los Bethencourt, los Herrera y otros muchos, lucían caballos hermosísimos y armaduras muy fantásticas.

Pedro de Vera estaba al frente. Trabajó bastante; mas no cumplió lo prometido. Se llevó gente a España con el pretexto de la próxima conquista de Nivaria.

Fué durísimo hasta el día en que acabó su cometido. Cuando regresó de la Gomera —a raíz del asesinato cometido en la persona de Hernán Peraza— hizo ahorcar a muchos hombres capaces de empuñar un arma, so pretexto de las concomitancias que habían tenido con los rebeldes de aquella isla. El castigo se extendió a los numerosos gomeros que habían sido traídos a Gran Canaria con motivo de la anterior sublevación. Se extendió a los hombres y a las mujeres. Y, de este modo, la desgracia siguió pesando sobre todos, hasta el fin de su misión.

## Maldonado

La gestión de Pedro de Vera dejó mala semilla. Las preferencias establecidas entre españoles y extranjeros, y entre isleños e invasores, al llevar a cabo los repartimientos, daban lugar a contiendas quejas que, según disposiciones de la Corte, era preciso oír.

No obstante, las cañas y las vides prosperaron. Nuevos pobladores acudieron, y muchos consiguieron la fortuna.

No es posible describir los pueblos que crecían. No hay datos suficientes para eso. Pero, el hecho de aún existir en las ciudades de Gran Canaria un estilo semejante al que todavía se conserva en las naciones que integraron los antiguos virreinos de Nueva Castilla y de Nueva España, induce a pensar que los grandes ladrillos de basalto, de piedra majorera o de sencillo barro, así como

---

*Corona, con promesa de no enagenarla». Y esta «provisión» está fechada en Salamanca, el 20 de enero de 1487.*

los balcones de madera que hoy siguen llamándose «de estilo colonial», eran cosa muy corriente en las nacientes poblaciones de la isla capital del Archipiélago.

El impulso recibido fué potente. Y cuando, en 1489, Francisco de Maldonado fué nombrado sucesor de Vera, las islas conquistadas se hallaban en su pleno desarrollo.

Maldonado fué recibido con afecto, en la esperanza de que los despóticos procedimientos de su antecesor habían terminado. El nuevo gobernador entabló cordiales relaciones con Doña Inés Pezaza, hija de Herrera, y con su yerno, Don Pedro Hernández de Saavedra, que ejercía el mando de Fuerteventura; y, con este último, decidió efectuar una expedición a Tenerife, cuyo resultado fué tan desastroso como el de tantas otras anteriores.

Y el resto fué anodino, hasta que Don Alonso Fernández de Lugo obtuvo la misión de apoderarse de La Palma y de Nivaria.

## VIII

# El asalto a la Palma

1492-93

### Prolegómenos

De entre las varias intentonas realizadas para conquistar la Palma, destaca sobremodo la ordenada por Fernán Peraza hacia el año 1448. Disponía ese Gran Señor de unos 200 ballesteros españoles y de 300 isleños armados a la usanza de su tierra, y tenía tres navíos de regulares dimensiones para transportar lo dicho a donde conviniese hacerlo. Y, en tales condiciones, eligió la isla de La Palma, por suponer que se hallaba menos defendida que la de Tenerife.

Confió las fuerzas a Guillén Peraza, su hijo primogénito. Pero la escasa experiencia del nuevo jefe facilitó el empleo de las armas que tenían los defensores. Los nuestros, en efecto, se internaron demasiado. Subieron por los valles, mientras los palmeros trepaban por los riscos, y lanzaban piedras de todos los tamaños contra los invasores. Y éstos, por supuesto, acabaron por tener que retirarse; mas no sin antes perder al jefe suyo —a Guillén Peraza— que fué herido en la cabeza, y cayó muerto inmediatamente.

Luego, los intentos se acabaron. No obstante, subsistieron relaciones amistosas con el Hierro. Los españoles iban y venían, y realizaban intercambios o negocios más o menos importantes; mas todo a base de independéncia. No hubo guerra.

### El futuro Adelantado

Alonso Fernández de Lugo se había hecho célebre en la guerra de Granada, realizando misiones delicadas. En Gran Canaria, tomó parte en muchas acciones: en la defensa de Agaete, y en las

operaciones sobre Gáldar en las cuales consiguió hacer prisionero al futuro Don Fernando Guanarteme.

Siguió, sin duda, con interés, las intentonas realizadas sobre la Palma y en la Nivariā. Comprendió las causas de los reveses ocurridos; y, acaso, se percató bastante bien de como era posible llegar a un resultado que parecía difícilísimo. En vista de ello, se fué a España, y en el campamento de Santa Fé —no lejos de la Alhambra misteriosa— recibió la merced de la conquista de la Palma y de Tenerife, así como el Gobierno de las futuras posesiones, y el título de Capitán General de la zona de Berbería comprendida entre el cabo de Guer y el cabo Bojador.

Le faltaba sólo, el dinero necesario. Vendió las plantaciones que tenía en Agaete<sup>1</sup>, y aceptó moneda de unos cuantos comerciantes sevillanos. Y reunió, de esta manera, unos 800.000 maravedises.

## Las primeras expediciones

Alonso Fernández de Lugo salió de Cádiz con la gente reunida en la Península. Marchó directamente a Gran Canaria, en la esperanza de lograr nuevos adeptos para la operación futura. Reclutó otro tercio, y aceptó la colaboración de no pocos hombres de valía, entre los cuales figuraba el Don Fernando Guanarteme que tan útil había sido para acabar con la conquista de Canaria, y el Maninidra que luchó contra nosotros cuando aún estábamos no lejos de Las Palmas.

En la Isleta, embarcó más efectivos, y completó sus municiones y bagajes. Y, esto realizado, se fué a La Palma.

Los dos navíos y la fragata que integraban nuestra flotilla, se acercaron a Tazacorte, cuyos habitantes mantenían relaciones amistosas con los españoles que había en el Hierro. Anclaron en la rada el 29 de septiembre de 1492. Don Alonso desembarcó de prisa, y fortificó su campamento sin que los indígenas le molestaran. Entró en contacto con Mayantigo, que era el Señor de la zona de Aridane. Se entendió con él correctamente, y lo convenció del

<sup>1</sup> *Una crónica primitiva de la Conquista de Gran Canaria.* («El Museo Canario». Enero-abril, 1935).

interés que ambos tenían en llegar a establecer un convenio beneficioso para uno y otro bando.

El convenio se firmó. Sus cuatro artículos fundamentales establecían lo siguiente: primero, afirmación de trato y buena amistad entre palmeses y españoles; segundo, reconocimiento por parte de Mayantigo de la grandeza de los Monarcas de Castilla y Aragón, siquiera conservando él mismo el gobierno de su propio territorio; tercero, que tanto él como sus vasallos abrazarían la fe de Cristo; y, cuarto, que los indígenas tendrían las mismas libertades y franquicias que los vasallos españoles. El contrato se puso en práctica inmediatamente. Alonso de Lugo estuvo atento con Mayantigo; y, de este modo, consiguió que otros varios jefes de tribu se asociaran a lo estipulado en la de Tzacorte, o Aridane.

En pocos meses, el General Fernández de Lugo se hizo querer y respetar en todo el llano y a lo largo de la costa. Y, después de conseguirlo, se aventuró bastante más. Marchó hacia el norte.

Halló determinada resistencia, y utilizó las armas. Rechazó a su adversario, y avanzó de nuevo. El enemigo, en fin, se retiró hacia el nordeste de la isla.

No dice la historia de qué modo se trasladó nuestro caudillo desde Los Llanos de Aridane hasta la zona de Los Sauces. La costa norte de la isla de La Palma continúa sin caminos. El paseo entre Garafía y Barlovento se hace aún a caballo, cruzando barrancadas y bordeando numerosos precipicios. Es posible, pues, que Don Alonso embarcara en Tzacorte, y tomara tierra nuevamente en la bahía próxima a Punta Salvaje o en cualquiera de los entrantes en que hoy se embarca la madera. En todo caso, es evidente que, por mar o tierra, siguió la costa norte, y llegó al distrito de Tegalate cuyo límite se hallaba en Breña Baja<sup>2</sup>. En esta zona halló a los primeros que se negaron a escuchar razones, y que estaban dispuestos a impedir su victoriosa marcha; y que, a ese efecto, se instalaron en las alturas de Tinibucar, sobre las cuales concentra-ron lo preciso para llegar a su propósito.

---

2 El país de Tegalate se extendía desde Mazo hasta la Breña Baja. Las causas que motivaron su reacción se hallaban conectadas con los resentimientos personales del jefe principal de dicha zona, que, en «entradas» anteriores, había perdido a una hermana que quería.

Pero, Alonso de Lugo no se arredró por eso. Llamó a sus canarios al ataque; y, bien situado él mismo, ayudó a los anteriores con sus ballesteros. Segó las filas enemigas desde una posición que flanqueaba casi al adversario. Estuvo —tácticamente— a una colosal altura: aprovechó la fuerza viva de las tropas que se hallaban a las órdenes de Maninidra y del viejo guanarteme Tenesor, y apoyó su avance con arreglo a unos principios que a la sazón no se aplicaban.

Su victoria fué aplastante, y le sirvió para convencer a varios otros jefecillos o jefazos de La Palma de las ventajas que la sumisión les traería. Y, de ese modo, los distritos de Puntallana, de Tajanagra (o Barlovento) y de Tedote (la Santa Cruz actual), cayeron bajo su mandato.

Mas como quiera que las lluvias amenazaban, el General se retiró a su campamento de Tazacorte, dejando para luego la acción contra la zona que hoy se llama «La Caldera».

## Victoria discutida

Al empezar la primavera de 1493, Don Alonso sacó rápidamente de la ociosidad a sus tropas que empezaban ya a cansarse y a murmurar. Las dirigió hacia la parte más intrincada de La Palma: la que se halla próxima al inmenso círculo volcánico que está en el centro de la isla, y cuya estructura es a propósito para una defensa encarnizada. Bosques de pinos, paredones verticales, ríos de lava y otros obstáculos de semejante tipo dan lugar —hoy día incluso— a que La Caldera sea una zona muy difícil de cobrar. El cráter en cuestión abre su fondo hacia occidente. Un desfiladero peligroso evita el paso hacia los precipicios. Por él era preciso caminar, para internarse en La Caldera. Pero Tanausú —que manda— lo había ocupado fuertemente, y estaba dispuesto a venderlo caro.

Eceró —según entonces se llamaba La Caldera— tiene, en su centro, una a modo de llanura que los palmeses llaman *Taburiente*<sup>3</sup>, y cuyo diámetro asciende a más de diez kilómetros. Las

---

3 VIERA: Lib. 8, XVI.

paredes laterales son casi inaccesibles; y aún ocurre que la entrada se presta —y se prestaba— a una defensa extraordinariamente cómoda. Las vertientes son frondosas. Están cubiertas de arboleda; y aún lo estaban más en la sazón aquella. Había retamas, dragos y palmeras, y pinares hermosísimos.

Para entrar en La Caldera había que escoger entre un barranco peligroso (a causa del dominio que las alturas inmediatas ejercían sobre él) y un desfiladero (en el que era muy posible verse cortado). Pues bien, el Jefe nuestro decidió seguir ambos caminos. Pensó que, de este modo, acertaría. Pero, el enemigo, dispuesto, a todo trance, a impedir el paso hacia la zona más agreste, flanqueó los dos senderos, y tuvo un éxito rotundo.

El jefe de la tribu, Tanausú, logró su buen deseo con poca gente. Unos cuantos hombres debidamente colocados le fueron suficientes para contener a los cristianos; y, de este modo, aún le quedaron muchos para hostigarlos durante el retroceso, y causarles muchas bajas.

No obstante, Don Alonso consiguió parlamentar con Tanausú. Le ofreció una alianza basada en su completa independencia. Tan sólo le pidió el reconocimiento de los reyes de Castilla y la conversión al cristianismo. El palmés se resignó; y el lugar fijado para solemnizar la referida alianza fué la titulada Fuente del Pino, situada cerca de Aridane.

El día elegido, las fuerzas españolas llegaron las primeras a la cita. Mas como Tanausú se retrasara, el jefe nuestro temió un engaño; y, para evitarlo, decidió contraengañar. Avanzó bastante, y rodeó la última parte del desfiladero que los isleños tenían por seguro. Tanausú no se dió cuenta; y cayó en la red. Cuando quiso reaccionar, no pudo. Los nuestros ya tenían las mejores posiciones, y acribillaban con sus armas al contrario. Cayeron muchos prisioneros; y, entre ellos, el propio Tanausú.

Y, desde ese instante, la isla quedó en nuestro poder.

Dueño de ella, Don Alonso decidió marchar hacia Tedote para instalar su campamento y la futura capital. Nombró una guarnición segura; y, con sus mejores oficiales y soldados, se retiró a Las Palmas, a fin de organizar la ocupación de Tenerife.

## Epílogo

*Los reyes hicieron merced a Alonso de Lugo del título de Gobernador de la isla de San Miguel de la Palma, con facultad de nombrar justicias, establecer regidores, y practicar por sí solo el repartimiento de tierras y aguas entre los conquistadores, pobladores y naturales<sup>4</sup>. No obstante, después de hacerse cargo del «Valle de los Sauces» y del «Patronato de la iglesia principal» (a la sazón de San Miguel), marchó —según lo dicho— a Gran Canaria, entregando sus poderes a un hijo de su hermano, llamado Juan Fernández de Lugo y Señorino.*

Ausente Don Alonso, hubo irrupciones y desórdenes que obligaron a Juan de Lugo a hacer uso de las armas. Este sometió a los subversivos, y contribuyó muchísimo a que Don Fernando de Aragón, que ya era Rey de España, pudiera usar también el título de Rey de las Canarias.

---

4 VIERA: Lib. 8, XX.

## IX

# Las dos campañas de Tenerife

1494-96

### Algo de historia

Los reconocimientos de la costa tinerfeña hechos por Gadifer de Sala y las incursiones en la isla realizadas por los dueños sucesivos del feudo majorero y lanzaroteño, fueron poco menos que infructuosos.

En lo relacionado a la conquista, las citadas operaciones fueron incluso contraproducentes: intensificaron el deseo de independencia de los naturales del país, y los indujeron a organizarse para asegurar su libertad. Pero, en lo referente a las simples relaciones amistosas, aquellas entradas y ofensivas abortadas dejaron un ligero sedimento que fué una base buena para la poca ayuda que Don Alonso obtuvo y para inducir a todos —más adelante— a adoptar con entusiasmo la fé de Cristo.

La aparición de Nuestra Señora de la Candelaria, de que habla Antonio de Viana en alguno de sus «Cantos» y Abreu Galindo y Núñez de la Peña en sus historias respectivas, es suficiente para demostrar que ha habido relaciones entre España y Tenerife que no se hallan detalladas en los libros. Quiero admitir que los ángeles del cielo fueron portadores de la imagen primitiva; pero, es evidente que aun habiendo sucedido la divina aparición, tuvieron, los españoles, que explicar su alcance y su valor. La Virgen de la Candelaria aunó a los hombres de buena voluntad. La conferencia habida entre los reyezuelos de Taoro, de Adeje, de Güímar y de Tacoronte, en la que se ofreció una habitación independiente, en el valle de Igueste, para venerar la sagrada imagen, es suficiente para demostrar la incipiente fuerza de una semilla que pudo haber plantado un compatriota nuestro.

Fernán Peraza no se atrevió a realizar una invasión abierta a Tenerife. Se limitaba a hacer entradas de importancia escasa y a llevarse prisioneros que eran tanto mejor tratados cuanto más fácilmente abrazaban lo que ellos entendían por religión de Cristo. Pues bien, en una de ellas, se llevó a un chiquillo que en Lanzarote fué bautizado con el nombre de Antonio —o Antón, según se dice en varias crónicas—; y este chiquillo que sin duda fué instruído por persona capacitada y que supo inculcarle a fondo los principios religiosos de los españoles, fué el que luego, escapado a Tenerife, después de muerto Fernán Peraza, explicó a sus padres y a otros muchos guanches lo que representaba la imagen que se hallaba recogida en la cueva de Chinguaro, y que a partir de ese momento recibió, en idioma indígena, el nombre y título de «Madre del Conservador del Cielo y de la Tierra», y dió lugar a un culto a la sazón desconocido, y a iniciar unas peregrinaciones que han perdurado hasta nuestros días<sup>1</sup>.

En la época de Herrera, nada varió. El amistoso acuerdo que en su tiempo fué tomado, no hizo cambiar lo referente a la conquista. Por el contrario, dejó impresión de poderío. Y esa impresión fué confirmada más adelante.

En cambio, el desembarco realizado en 1490 por Maldonado y Saavedra, Gobernadores de Gran Canaria y Fuerteventura respectivamente, fué completamente inútil. Como otras veces, el menecy de Anaga se apostó en la cuesta que desde Añaza conducía a la zona fértil. Esperó pacientemente a los invasores, que, internándose en los densos matorrales y convencidos de que lograrían una victoria fácil, se vieron pronto sorprendidos por las piedras y los dardos y por los gritos de los que estaban emboscados. La acción fué dura; pero los guanches se contentaron con rechazar a los de fuera. Los dejaron embarcar tranquilamente, en la esperanza, una vez más, de vivir en paz e independientes.

Y, después, la historia se remite a la conquista culminada por el futuro Adelantado.

---

1 Asegura el Padre Viera y Clavijo que Antón Guanche persuadió al monarca tinerfeño de que convenía que la imagen fuera trasladada a la cueva de Achbínico —llamada ahora de San Blas,— porque en ella sería más fácil venerarla por tratarse de lugar en que solían reunirse los rebaños para ordeñar las cabras.

## Puesta en marcha y desembarco

Tenerife ocupa el último lugar —en la conquista— porque su fama así lo impuso. Las «entradas» fueron estériles; indujeron poco a persistir. El propio Fernández de Lugo, nombrado jefe de la futura expedición, y animoso como pocos, dejó pasar algunos meses desde que terminó en La Palma hasta que pudo concentrar lo necesario para llevar a cabo esta segunda operación<sup>2</sup>.

No obstante, el plazo acaba pronto y la conquista es iniciada.

La flota destinada a ella salió del Puerto de la Luz el día 30 de abril de 1494. Se componía de quince barcos de transporte; y, a bordo suyo, iban cerca de mil hombres y más de cien caballos. El famoso Don Fernando Guanarteme, el jefe Maninidra y otros canarios que se habían distinguido mucho en Gáldar y en La Caldera, formaron parte de la brillante expedición.

Al día siguiente, las naves anclaron cerca de Añaza. Fernández de Lugo saltó a tierra con una hermosa cruz entre los brazos. La fijó sobre la arena; y, con los suyos, se arrodilló ante ella<sup>3</sup>.

En seguida, desembarcó una parte de la fuerza combatiente. Se abrieron fosos y se montaron grandes empalizadas. Y, al abrigo de las obras, fueron colocándose las armas y los bagajes que iban llegando.

En el campo tinerfeño, el peligro unió a los jefes. Los menceyes de Taoro, de Tacoronte y de Anaga, cuyas disensiones habían durado más de treinta años, concertaron la defensa y tomaron los acuerdos necesarios para asegurarla; y uno de ellos consistió en adelantar un núcleo que impidiera la subida a La Laguna. Y, en efecto, unos cuantos enemigos presenciaron la llegada; y no trataron de impedir el desembarco. Se limitaron a observar, y a llevar noticias a las fuerzas, que, a lo largo de «La Cuesta», se hallaban preparadas para aniquilar a los que se internaran.

2 Tenerife..., por ser la más poblada, i de Guanche de mayor valor, fué la última conquistada el año de 1496, a 25 de Julio, día del Apostol Santhiago i Sn. Christobal martyr. (GUERRA Y PEÑA: «Memorias». Museo Canario; enero-marzo de 1948).

3 Este hecho dió lugar al nombre actual de la ciudad: Santa Cruz de Tenerife.

Al otro día<sup>4</sup>, se puso en marcha la columna, y se encarriló hacia la meseta. Pero, ese día el núcleo principal del enemigo se había acercado bastante. A las órdenes de Quehebedí Bencomo, los de Anaga permanecieron concentrados en la broza y entre los árboles, atentos a la marcha de los canarios y de los españoles.

Con arreglo a su vieja táctica —la que tan buenos resultados le había proporcionado en La Palma—, Fernández de Lugo destacó un intérprete para que hablara con Bencomo, llevándole el ofrecimiento de su propia independencia, sin otras condiciones que las de someterse al vasallaje de los Reyes españoles y de convertirse al cristianismo. El jefe isleño respondió que no rehusaba la amistad; pero agregó: *los guanches no tienen todavía idea clara de lo que se llama en Europa la religión cristiana, y, en estas condiciones, los menceyes de Tenerife no han conocido aún la vileza de sujetarse y obedecer a otros hombres semejantes a ellos mismos.* Y, esto dicho, Bencomo se fué al valle de Arautápala (que hoy se llama La Orotava), a fin de hablar con los demás menceyes y concertar el modo de oponerse a la invasión.

Fueron ocho, los jefes de distrito que se congregaron. Entre ellos no hubo acuerdo, felizmente para Lugo. Los de Abona, de Adeje, de Daute y de Icod, temían a Bencomo; y prefirieron, esos cuatro, que la defensa fuera esporádica y local. Estaban lejos de los invasores; y, por esta razón, se comprometieron solamente a participar en la defensa de la costa septentrional de Tenerife. Y, en estas condiciones, la posición de Lugo hubiese sido inconfortable si el mencey de Güímar no se hubiera separado íntegramente de la confederación establecida en Arautápala. Añaterve el bueno, según la historia ha titulado al citado jefe, se decidió, en efecto, a cuanto no aceptó el llamado rey de Anaga; y aún prometió no entrar jamás en la liga de Taoro.

## La Matanza de Acentejo

La confabulación tramada en La Orotava y el acuerdo establecido entre el mencey de Güímar y el futuro Adelantado del Rey

4 El 4 de Mayo.

de España, concretaban bien la situación. Esta no era favorable para Lugo. Lo obligaba a desplazarse allende la divisoria para encontrar al adversario. Pero, en cambio, los varios millares de combatientes ofrecidos por Añaterve contrabalanceaban mucho la postura suya; y, en vista de ello, se decidió a empezar las operaciones indispensables para dominar a su enemigo.

Y, en efecto, Lugo se movió. Dejó la tropa necesaria para guarnecer su Torre de Añaza<sup>5</sup>, y con el resto de la fuerza, se puso en marcha a través de La Laguna, hacia Taoro.

Lugo no sabía que Bencomo —al frente de los aliados— había escondido a su hermano el príncipe Tinguaro, con 300 hombres, en el barranco de Acentejo que él había de cruzar. No sabía tampoco que los guanches eran tan formidables combatientes, y estaban habituados a luchar en un terreno por el que se movían diariamente. Y, eso admitido, no es extraño que él se adentrase en dirección a La Orotava hasta llegar a dominarla con la vista, sin darse cuenta de la celada y del gran peligro que le amenazaba.

Aún estaba contemplando el divino valle, cuando supo que Tinguaro estaba agazapado a retaguardia suya. Dió contramarcha; mas ya era tarde. Cuando llegó al barranco, los guanches se lanzaron furiosamente sobre sus tropas. Mientras silbaban, tiraban piedras. Rodaban ellos mismos cuesta abajo, contra los soldados españoles. El desorden fué imponente: los caballos espantados, lo aumentaban. Los hombres no sabían como habérselas contra un adversario que aumentaba indefinidamente. El ganado producía más barullo. Los primeros muertos estorbaban. Las paredes impedían la salida...; y por si la hecatombe de Acentejo hubiera sido poco, aún hubo de habérselas nuestra columna, con las huestes del mencey de Tacoronte, que esperaban, en Los Rodeos, para aniquilar a los que hubieran escapado de la «matanza».

La retaguardia queda aprisionada en el barranco. La carnicería no tiene límites. Alonso de Lugo se halla a punto de perder la vida. Su capa roja lo destaca; y, a él se dirigen las pedradas. Al parecer, se bate con Bencomo, cuerpo a cuerpo. Lo hiere, y es he-

---

5 Inmediata al Bufadero.

rído por los hombres que acuden en defensa de su jefe; y se halla a punto de caer entre sus manos, cuando unos güimareños se lo llevan, por el monte, hacia una senda que es segura, y así lo salvan de la muerte.

Llegó a la torre, casi solo; y fué auxiliado tristemente por el mencey de Güímar<sup>6</sup>. La «matanza de Acentejo» le había costado unos 300 canarios y más de 600 españoles: novecientos hombres en total<sup>7</sup>.

## Otra salida

Los doscientos hombres que se libraron de la «Matanza de Acentejo», se refugiaron en la torre de Añaza; y aún estaban restañando sus heridas, cuando sufrieron un ataque violentísimo que organizó el mencey de Anaga. El asalto fué rechazado, pero el caudillo derrotado se dió cuenta de que no podía seguir expuesto a otras acciones semejantes. Los güimareños le ayudaban, pero no era suficiente su labor. Las deficiencias de la fortaleza y el descorazonamiento de los españoles eran difíciles de compensar.

El ataque realizado por los de Anaga tuvo lugar el día 1 de junio, y el 8 la escuadra de Lugo levó sus anclas con los españoles y canarios que quedaban en la torre.

En el Puerto de la Luz, el General halló una compañía de armadores genoveses con quienes concertó una buena ayuda para la expedición siguiente. A pesar de la derrota, no había cejado en su propósito. Estaba dispuesto a no perder un solo día en conseguir la sumisión de Tenerife. La compañía le ayudó; mas Lugo, por su parte, reclutó bastantes hombres y consiguió no poco auxilio de la gente de Sevilla que había cooperado a la primera operación. Las

6 *Mientras Bencomo recibía en la Añautápala la enhorabuena de su distinguida victoria, Añaterve de Güímar, a fuer de buen aliado, enviaba al consternado campo de Santa Cruz trescientos vasallos suyos con un refresco de ganado, cebada, gofio, queso y leche. Traían estos guanches orden de su soberano para dar a Don Alonso de Lugo el pésame por la desgracia de sus armas, y ofrecerle algunas hierbas medicinales para las heridas de los soldados (VIERA: Lib. 9, VII).*

7 Al cabo de 460 años, el pueblo aparecido cerca del barranco, se llama la «Matanza de Acentejo», y el barranco mismo sigue llamándose: el de la Matanza.

varias islas sometidas dieron nuevos combatientes: se organizaron compañías de canarios, y algunas otras de gomeros, majoreros y lanzaroteños. Inés Peraza, viuda de Don Diego García de Herrera, facilitó bastante esa labor.

En resumen, antes de cuatro meses Don Alonso había logrado formar un cuerpo expedicionario parecido al anterior: más de mil infantes y casi cien jinetes. En seis bajeles, los embarcó. Y el 2 de noviembre por la tarde se alejó de Gran Canaria.

## La Laguna

En Tenerife, la alianza estaba reforzada. Bencomo había mejorado la situación. No había malgastado su tiempo. Disponía de un ejército más potente que el primero. Dice la historia que llegó a tener más de seis mil hombres; y, aunque esa cifra parece exagerada al compararla con el posible número de habitantes del territorio, cabe, sin embargo, asegurar que en vísperas del segundo encuentro, las fuerzas indígenas eran muy superiores a las nuestras. Eran, al menos, más numerosas.

En estas condiciones, Lugo se lanzó,

Antes de que amaneciera el 6 de noviembre, había subido con su columna a la meseta que hoy ocupa La Laguna. Estaba cerca de la bifurcación de carreteras que llevan ahora a San Cristóbal y a Tacoronte, cuando tropezó con su adversario. La historia no refiere de qué modo ambos ejércitos se hallaron frente a frente, en plan de combatir. Nadie sabe si el despliegue fué casual, o si la habilidad de alguno de los jefes —o de ambos— condujo a posiciones que parecían ventajosas. Lo cierto es que la batalla fué iniciada por los nuestros, al grito de «Santiago y San Miguel», y que fué bastante encarnizada. Muy pronto, los silbidos de los guaniches se confundieron con el ruido originado por los mosquetes. La caballería atacó, y los isleños se lanzaron furiosamente contra los infantes. Mas nadie sabe de qué modo aquellos hechos se iniciaron, ni es posible escalonarlos con arreglo a su formación histórica.

La lucha fué desordenada. Permaneció indecisa durante cerca de dos horas. Al cabo de ellas, don Fernando Guanarteme apareció en el campo. Intervino velozmente, e inclinó la balanza a favor

de Lugo. No hubo persecución. Bencomo estuvo herido; pero sus fuerzas se lo llevaron. Don Alonso quedó libre, y quieto sobre el campo de batalla. Elevó una plegaria a la Virgen Santísima; y ofreció su nombre a la memoria del triunfo conseguido<sup>8</sup>.

## Fin de la segunda operación

Bencomo se retiró. Mas —según lo dicho— no fué perseguido. Se detuvo en Tacoronte a fin de rehacerse y de tomar acuerdos con el mencey de ese lugar. Fernández de Lugo le envió emisarios; y, al ofrecerle paz a cambio de su completa sumisión, le presentó como argumento convincente, la cabeza de su hermano, el príncipe Tinguaro, que había sido el personaje decisivo en la «matanza de Acentejo». Pero, muy lejos de arredrarse el jefe de los guanches respondió enseguida: *esa cabeza no me espanta. He resuelto defender mi honor, mi vida y la de mis hombres; y nada envidio tanto como la dicha de mi hermano y la de aquellos que murieron junto a él.* Y, en vista de eso, la campaña terminó: Alonso de Lugo se fué a Añaza para hacerse fuerte, y Bencomo llegó al valle de Arautápala.

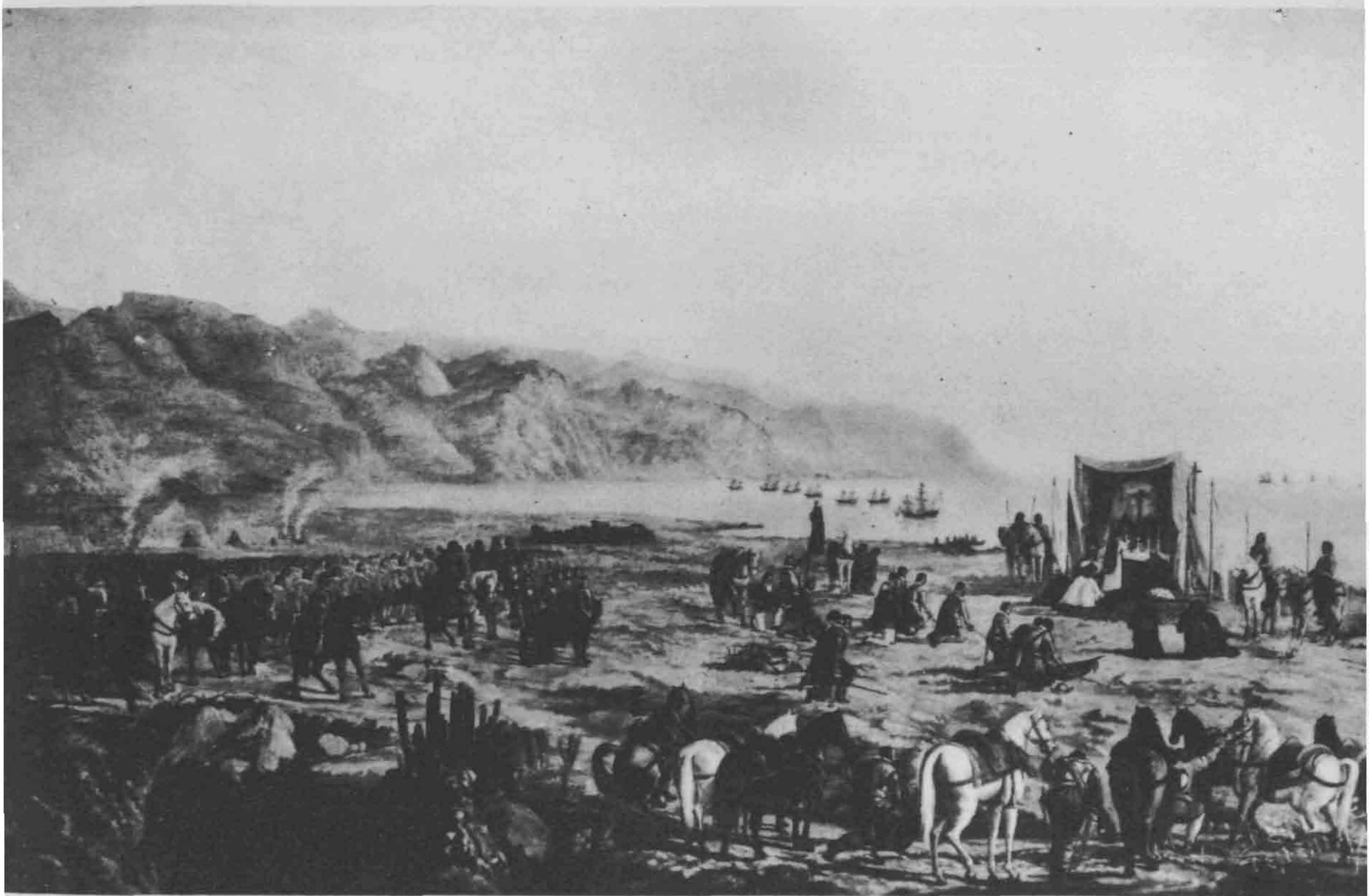
## Reconocimiento ofensivo

Sin duda, nuestro caudillo estaba dispuesto a esperar hasta la primavera para hacerse fuerte y evitar la angustia de los posibles temporales. Pero, la epidemia que hubo entre los guanches, de la que tuvo pronta información, le indujo a acelerar un poco, a fin de, así, valerse de la triste situación de su enemigo.

En efecto, la peste originaba un centenar de muertes cada día. Los distritos de Taoro, Tegueste y Tacoronte —los mismos en los cuales se encontraban los núcleos principales de Bencomo— eran los más duramente castigados. Por vez primera los guanches so-

---

8 En el solar en que luego estuvo la ermita de Nuestra Señora de Gracia— y en el que hoy está el convento de las Oblatas—, fué entonado un «Te-Deum» en acción de gracias por la victoria.



## LA PRIMERA MISA EN TENERIFE

BAJO UNA GRAN TIENDA CUBIERTA DE RAMAS DE LAUREL...  
SE ERIGIO UN ALTAR ADORNADO DE FLORES SOBRE EL CUAL  
CELEBRO LA MISA EL CANONIGO ALONSO DE SANTAMARIAS...

*VIERA y CLAVIJO. Noticias de Historia General, etc.*

Cuadro pintado  
por Don Gumersindo Robayna,  
y perteneciente a sus herederos.  
Foto: A. Benítez



*La playa de Martiánez*

*casi tal como la vió el Adelantado Fernández de Lugo,  
al acercarse al valle de la Orotava.*

portaban esa plaga, mientras que los nuestros sabían de sobra de lo que se trataba. La titulada «landre» había cruzado Europa entera una porción de veces. Varias guerras habían quedado paralizadas a causa de la terrible peste<sup>9</sup>. El espanto que originaba era indescripible. Y, ahora, se repetía la tragedia: los tinerfeños se hallaban bajo el miedo motivado por la sorpresa, y los nuestros estaban agobiados por la amenaza del contagio<sup>10</sup>.

No obstante, Don Alonso decidió empezar.

A fin de enero de 1495, mandó buscar información: hizo llevar a cabo una operación de tipo semejante a las que luego hemos llamado «reconocimientos ofensivos».

De la historia escrita se deduce que —en dicha operación— los nuestros estaban a las órdenes de Gonzalo del Castillo; que el destacamento hispano-canario no pasaba de unos quinientos hombres; que, apostados en las Peñuelas, lo aguardaban cerca de mil doscientos tinerfeños; que éstos se hallaban dirigidos por el jefe de la zona de Tegueste; que los indígenas se lanzaron apresuradamente contra la vanguardia hispano-canaria sin darse cuenta de que los nuestros disponían de otra fuerza que cubría su retaguardia; que la caballería española funcionó debidamente; y que, a consecuencia del encuentro, el enemigo tuvo cerca de cien bajas, mientras que nosotros perdimos sólo diez o doce combatientes.

El resultado —por lo tanto— fué positivo. Mas Lugo no quiso aprovecharlo por temor a la epidemia. Había querido conocer únicamente el estado de fuerza de su enemigo; lo que logró en la dirección tomada, mas no en las otras direcciones. Por eso, acaso, aceptó enseguida la oferta presentada por una docena de oficiales y soldados, de razziar ganado en la zona de Anaga. La historia dice que ese núcleo de valientes penetró hacia Taganana, y que después de verse amenazado por cerca de doscientos anagueses, regresó a su base, victorioso y aclamado por los suyos<sup>11</sup>.

9 Un siglo atrás, Alfonso XI no pudo apoderarse del peñón de Gibraltar a causa de la misma enfermedad. Él mismo falleció de «landre», o peste bubónica.

10 Es, sin embargo, más que probable que la epidemia pasara al campo guanche a través del nuestro.

11 La pelea fué bastante dura. *Les hicieron rostro descargando sus mosquetes y ballestas con increíble estrago de los guanches. Inmediatamente se echaron so-*

Salvo las ovejas y las cabras que se trajeron, el resultado material fué parco. Pero, en cambio, la expedición —que dirigió Juan de Liarena— sirvió para levantar los ánimos extraordinariamente. Tuvo fama de aventura; y esa fama pasó a Las Palmas, y a todo el Archipiélago. Demostró de cierto, que el león no era tan fiero como algunos lo pintaban; y esto facilitó el reclutamiento de más soldados, en Canaria, en Lanzarote y en la Gomera. Los grandes señores de las citadas islas cooperaron. Los negociantes de Vegueta y de Sevilla dieron más dinero. Y Lope Hernández de la Guerra, soldado de Lugo, que se había batido brillantemente en Acentejo y en Peñuelas, vendió sus propiedades en dos mil doblas con las cuales compró armamento, harina, cebada y otros alimentos y enseres indispensables para no parar la guerra.

## Victoria en Acentejo

Los refuerzos indujeron al futuro Adelantado a realizar lo que pudiera titularse: tercera operación de sus campañas.

Hacia fines de diciembre (1495), se puso en marcha rápidamente para posesionarse de la zona en que había sido derrotado. Pasó el barranco de La Matanza, y destacó a Hernández de la Guerra para que reconociese el valle de Arautápala y le trajese información sobre las fuerzas enemigas. Pero, así como —entonces— el reconocimiento ofensivo de Las Palmas y la aventura de los que fueron titulados los «doce pares de la ocupación de Tenerife» habían demostrado que no existía peligro en acercarse a La Orotava, ahora, en cambio, la falta de noticias inducía a avanzar con cierto cuidado, en dirección a él.

Hernández de la Guerra llegó a tiempo. Supo que Bencomo se estaba desplazando para batirse nuevamente con los suyos. En vista de ello, se retiró de prisa y trajo a tiempo la noticia. Don

---

*bre los restantes espada en mano, con tal denuedo y ferocidad, que consternados los anagüeses, se retiraron por el valle abajo, dejando a Bencomo solo. Este príncipe se defendió contra los doce locos, hasta tanto que sintiéndose herido, se arrojó de un cerro muy alto, para no caer en manos de los vencedores. (VIERA. Tomado de Núñez de la Peña: Lib. I, cap. XV).*

Alonso desplegó. Sufrió de frente el choque. Rechazó a Bencomo. Le hizo muchas bajas, y le obligó a ceder, y a retirarse nuevamente a La Orotava.

En eso consistió la titulada «victoria de Acentejo». Victoria fué, en efecto; mas como siempre estuvo mal aprovechada. Nadie sabe por qué razón, siendo victoria, dió lugar a que el ejército de España se retirara nada menos que a su torre, asentada, como estaba, al otro lado de la montaña: en la zona que ya empezaba a titularse de Santa Cruz de Tenerife. No obstante, una razón había: los recursos se habían agotado, y era preciso reponerlos.

## Los Realejos

Esta vez, no fué tan fácil encontrar lo necesario para acabar la guerra. Hubo que ir a la Península, y suplicar a varios próceres; y hallar a un Duque de Medina Sidonia que, recordando relaciones de su abuelo, el Conde de Niebla, con los antiguos poseedores del Archipiélago Canario, regaló ochenta arrobas de aceite, treinta barriles de harina, veinticuatro fanegas de garbanzos y otros muchos alimentos y vituallas; todo ello indispensable para seguir luchando, y aun para no desmoronar la fuerza que Don Alonso había logrado concentrar.

La carga llegó a fines de mayo (1496), y el día 1 de julio empezó la cuarta operación de la conquista: tercera, de la segunda expedición.

La columna pasó por «La Esperanza», y bajó directamente al Acentejo.

Ningún historiador nos cuenta las impresiones del futuro Adelantado cuando caminaba por la senda de la costa, hacia su meta. No sabremos nunca si el Teide estaba libre en esa fecha, o aprisionado por las nubes; ni si el viento resonaba en los barrancos. Pero, lo probable es que fueran tantas las preocupaciones del General que no supiera él mismo qué pensaba en relación al panorama que los suyos trasponían. En plena guerra, los paisajes no se ven. No hay tiempo de mirarlos, ni interés alguno por gozar de su hermosura. Además, Fernández de Lugo estaba hastiado de contemplar el Teide. Cuando era alcaide —y jefe supremo— de la fortaleza de

Agaete (en Gran Canaria) y terminaba la jornada o el ataque se olvidaba, lo veía, con frecuencia, color de plomo, y... le parecía inalcanzable. Y, a los pocos años, en La Palma, aún admiraba su mole oscura y puntiaguda, aplastada contra un cielo matutino, que parecía una hoguera: una hoguera inmensa que las nubes transformaban al moverse y que el Sol vencía lentamente con sus rayos, que eran blancos, a fuerza de colores.

Al bajar a La Orotava, sintió un poco de emoción. Y esto puede asegurarse, aunque la historia no lo diga.

No halló a nadie.

Pasó el valle, y subió la cuesta. Estudió la posición de su adversario (en el «Realejo bajo»), y halló postura para sí al otro lado de una vaguada de pequeñas dimensiones (en el «Realejo Alto»). Desplegó su fuerza, y esperó. Mas cuando ya creía que el combate iba a romper, tuvo la sorpresa de ver unas banderas blancas enviadas por los menceyes para pedir la paz. Escuchó la oferta; y se limitó a exigir la entrega de los territorios pertenecientes al adversario, y la ayuda necesaria para conquistar la zona indomada. (Y eso, por supuesto, sin olvidar el vasallaje a los Reyes españoles y la adopción unánime de la religión de Cristo).

Bencomo y los menceyes aceptaron. Mas dicese que cuando aquél se fué a los suyos para comunicarles el resultado de su gestión, lo hizo pronunciando una oración que terminaba de este modo: *«Perdona, amada Patria. Perdona si no puedo ayudarte contra los extranjeros que te quieren subyugar...; y perdonad, sigoñes esforzados y menceyes valerosos... la resolución que un desdichado ha tenido que tomar»*<sup>12</sup>.

Fernández de Lugo permaneció en silencio hasta la vuelta de Bencomo. En cuanto le avisaron que éste repasaba el barranco que separa a ambos Realejos, se asomó a la puerta de su tienda, y, rodeado de su nobleza y de los que siempre estaban cerca de él, se detuvo. Pero, al percatarse de que los tinerfeños no estaban cerca, miró hacia el valle, y quedó admirado. Vió una zona espléndida, cubierta de árboles frondosos y de una vegetación exhuberante. La Orotava era más amplia que Arucas y que Tazacorte. Al cruzarla

12 VIANA. Canto 15.

no se había percatado de su hermosura. Permaneció callado, y pensativo. Adivinaba, acaso, la riqueza...: la triste suerte de los bosques de laureles, y de los grupos de palmeras. ¿Presentía otras cosechas: cañaverales, viñedos, plataneras?

Pasó muy poco tiempo. Y él oteaba todavía el horizonte cuando Bencomo se acercó. Alguien se lo dijo, y levantó la vista. El mencey llegaba con los suyos. Se acercó despacio. Le entregó sus manos, y le dijo estas palabras: *Hombre valeroso...; dando oído a cuanto nos propusimos desde el principio de esta lucha, queremos ser vasallos de los Señores Reyes de vuestra Patria...; queremos que ellos sucedan al gran Tinerfe, nuestro abuelo, en el dominio de esta tierra...; queremos ser cristianos. Pero, al mismo tiempo, os pedimos que jureis por lo más alto que ni nosotros, ni nuestros hijos, serán jamás esclavos...*<sup>13</sup>. Y Don Alonso pidió un misal, y prestó el sermón pedido.

En los Realejos, se celebraron fiestas. Hubo un inmenso regocijo.

No obstante, aún había que vencer a los diversos jefes que no se habían aliado con Bencomo: los que no habían aceptado la liga de Taoro. Contra ellos, partieron los menceyes sometidos, con pequeños núcleos de soldados españoles. La operación —la «limpieza de los montes», diríamos ahora— fué trabajosa. Pero, al fin cedieron los ya facciosos; y el 28 de septiembre de 1496, cerca de Icod, se concentraron los vencidos por el hambre, por la miseria y por sus propios compatriotas, y se entregaron —*sine conditio*— al primer «Gobernador de Tenerife».

---

13 VIANA. Canto 15.

## X

# Los conquistadores de Canarias

## La odiosa comparanza

Las comparaciones son odiosas. Lo sabe todo el mundo, y yo también lo sé. Pero, a pesar de ello, el que tiene que juzgar a más de una persona —y, a veces, el que lo hace por su gusto— compara despiadadamente, y, con frecuencia, desatinada e injustamente.

Comparando, es fácil enjuiciar. Y eso también lo sabe todo el mundo, y yo lo sé.

Pues bien, de entre Bethencourt «el grande», Don Juan Rejón, Pedro de Vera y Alonso de Lugo, me quedo con el último. Y, no he tenido que pensarlo. Era el mejor; el más completo. Abreu Galindo y Viera nos lo han dicho; y, respecto a los demás, no importa mucho lo que dicen. Núñez de la Peña se equivoca; Montero es anodino; Castillo es rebuscado, etc. Para saber, hay que llegarse a nuestro tiempo, y oír a Elías Serra, a Miguel Santiago, a Lorenzo Cáceres, a los Bonnet..., que trabajan esporádicamente con un fruto colosal. Bucean en la mar, y sacan perlas; o en la mina encuentran pepitas áureas de muchísimo valor.

Don Alonso Fernández de Lugo es, en efecto, el más completo facedor de la «Conquista». Sus virtudes militares —siquiera no perfectas— son superiores a las de Vera, de Juan Rejón y de Bethencourt «el grande». Tuvo menos perseverancia que Rejón, bastante menos energía que Vera, y mucha menos prosopopeya que el famoso Bethencourt; y, sin embargo, sobrepasa a todos en pujanza y en osadía.

Juan de Bethencourt se limitó a lo fácil. Se apoderó de lo sencillo; de lo indefenso casi casi. Fuera de Lanzarote y Fuerte-

ventura, las operaciones que ordenó, o que él mismo llevó a cabo, no pasaron de tanteos, o de «entradas» limitadas por la posible resistencia del contrario. Tuvo un auxiliar eficazísimo, y «le pasó la mano»<sup>1</sup>. Le encargó de lo difícil, mientras se iba... a pedir refuerzos. Y es que Bethencourt hubiera sido un gobernador espléndido de no hallarse tan atraído por su tierra feracísima, o de haber necesitado los recursos que las Canarias le ofrecieron. Pero, a pesar de todo, tuvo prestigio entre los suyos, y sigue teniéndolo en todo el Archipiélago.

Juan Rejón tuvo perseverancia, y fué tenaz. Basta recordar sus cuatro viajes a Canarias, para convencerse de ello. Fué emprendedor; pero pasó por la desgracia de no tener relieve, o, más que relieve, la categoría indispensable para dominar el mundo que pululaba cerca de él. Quiso «llegar»; pero en su camino se interpuso el deán Bermúdez, que, sin duda, tenía más «ambiente». Rejón era atrevido; pero los canarios sometidos admiraron más a Algaba que a su verdadero jefe. Tuvo mala suerte al encontrarse con Herrera y con Peraza, y poca fuerza frente a Vera. No dominó a su gente, porque su gente tenía una gran categoría, y, además, ayuda externa. Los reyes escucharon las denuncias, y la Iglesia se creyó perjudicada. Juan Rejón, a consecuencia de ello, no llegó a la altura necesaria para emanciparse de la Corte y del Obispo, y conquistar Canaria más aprisa que los varios que después la conquistaron.

Pedro de Vera logró Canaria; pero hay que reconocer que Fernández de Lugo y el guanarteme Tenesor cooperaron felizmente a su conquista. Fueron auxiliares que nunca se enfrentaron a su jefe; fueron, más que subordinados, lugartenientes muy seguros. A Pedro de Vera, se le achaca su dureza con los indígenas; mas, desgraciadamente, todos fueron duros —durísimos— con los canarios. Pedro de Vera tuvo, sin embargo, la rara habilidad de vestir su falta con sotana: exigió la conversión de un modo terminante, y, de este modo, fué indultado por España. Pedro de Vera, en fin, no tuvo que pensar: hizo la guerra con arreglo a unos principios militares cuya lectura le ofreció el terreno en que operaba.

---

1 Referencia al caballero *Gadifer de La Salle*.

Las Palmas y Agaete, eran sus únicos baluartes; y entre Las Palmas y Agaete se hallaba la región que los canarios pretendían conservar.

Cuarto y último, Don Alonso Fernández de Lugo. Combatió en Canaria; luchó en Africa, y conquistó La Palma y Tenerife: las dos islas que los otros esperaban conquistar... más adelante. Era valiente, y, más atrevido que sus tres antecesores. Le faltó perseverancia en los combates; pero la tuvo en cambio en sus campañas. Inspiró confianza a todos —subordinados y extraños— porque su arrogancia no pasaba de los límites precisos y su eficacia fué constante. Conocía Canarias previamente. No llegó de pronto, como Vera, como Rejón y como el propio Bethencourt, sino que ya había combatido duramente contra los guanches, cuando tomó en mano la conquista de La Palma. En Agaete *fué herido de varias pedradas, y perdió muchos criados, y pasó hambre con los que le ayudaron*<sup>2</sup>. Y, después de la derrota sufrida por los nuestros en Mar Pequeña, llegó, de vuelta, *herido de heridas en el cuerpo y en la cara*<sup>3</sup>.

Empero, volviendo a lo expresado anteriormente, insisto en que es odioso comparar. Creo más justo agradecer a Lugo, a Vera, a Rejón y a Bethencourt, la obra que hicieron; y renunciar a encumbrarlos a costa de ellos mismos.

## Juicio histórico

Los historiadores no comparan: critican a los cuatro por igual. Los juzgan duramente a causa de su comportamiento con los naturales del país. Recuerdan siempre la desastrosa «caza al hombre», y enjuician severamente las faltas espirituales. Quieren que los conquistadores sean perfectos caballeros en todos sus momentos. No admiten la tiranía del vencedor. Fueron severos. Y este modo de juzgar —o de pensar— nació casi después de la conquista; se extendió por la Península, y cundió por toda Europa.

Hay un artículo del Doctor Wölfel que se llama *La Curia romana y la Corona de España en la defensa de los aborígenes ca-*

---

2 *Fontes Rerum Canariarum*, III (La Laguna, 1949).

3 *Id. id.*

*narios*<sup>4</sup>, y este solo título es suficiente para hacer presente que ni aún la Iglesia se recataba en comentar desfavorablemente la actuación de Lugo, ni las de Vera y de Juan de Bethencourt. Y, por supuesto, estotra crítica pasó igualmente a una lejana periferia; invadió todos los centros; llegó a los pueblos, e influyó sobre la pluma de los grandes escritores.

Los ejemplos refutables —o al menos discutibles— son numerosos.

Se ha dicho mucho sobre el engaño que dió lugar a la prisión de Tanausú: jefe del distrito montañoso de La Palma. El hecho de que aquél muriera durante su viaje a España, ha sido causa de juicios muy severos. Se ha acusado a Lugo de cruel, y de no haber mantenido su promesa. Mas los que de ese modo opinan, se olvidan de que en la guerra todo sistema es bueno, en tanto que la paz no es cosa cierta. Si Fernández de Lugo no hubiese aprovechado la ocasión habida, es posible que Tanausú se hubiera impuesto con auxilio de la fuerza que su posición le aseguraba. Al fin y al cabo, Lugo disponía de poca gente, y sus reservas eran nulas. Necesitaba realizar un acto que aumentara su prestigio; y no se trataba de su persona, sino de Castilla y Aragón.

*Alonso de Lugo faltó a su palabra de honor atacando al bravo príncipe Tanausú, cuando éste venía desapercibido a conferenciar con él sobre las paces ofrecidas*<sup>5</sup>. Admite, por lo tanto, el propio José de Viera, que la paz estaba únicamente «ofrecida», mas aún no «concertada». De otra parte, él habla de una «palabra de honor» que puede ser de su cosecha, no sólo por el tiempo transcurrido, sino porque él mismo, en ciertos comentarios de su historia, asegura que no es posible creer a puño cerrado lo que dicen los cronistas.

No obstante, el resultado es firme. Tanausú desfalleció —y aún falleció— porque no soportaba la idea de ser esclavo. Fué valiente, y tuvo dignidad. Pero, no ha de olvidarse que era un vencido.

Refiriéndose al mencey de Gúímar que creyó oportuno ayudar a Fernández de Lugo, dice de él, Montero, en su «Historia Mi-

4 Publicado en «Anthropos» (Viena). Véase *Fontes Rerum Canariarum*, II. (La Laguna, 1949).

5 VIERA: Lib. 8, XIX.

litar de Canarias», que *fué traidor a su propia patria*, y crítica duramente su «cobarde resolución». Claro está que el buen Montero estuvo lejos —en tiempo, sobre todo— de las campañas tinerfeñas. De haber estado cerca, y de haber participado en ellas junto a Lugo, acaso hubiera comprendido que no era fácil para él —Añaterve el bueno— unirse con menceyes que desde el otro lado del paredón que corre de Este a Oeste —en Tenerife—, le exigían el deber de soportar —aislado— los inconvenientes resultantes de que la liga de Taoro se negara a combatir a nuestro Adelantado, al Sur de aquella divisoria. Y, con esto, no aseguro que Añaterve obrara con arreglo a su condición de guanche, sino, sólo, que no es fácil criticar desde muy lejos, y que, en la duda, yo prefiero dejar bien a los que cooperaron con el máximo entusiasmo a nuestra causa.

Más aún. Alguien ha llegado a asegurar que después de la «matanza de Acentejo», cuando los güimareños se llegaron hasta Añaza para ofrecer a Lugo medicinas y alimentos, éste los retuvo y los hizo prisioneros, y los vendió en España para sacar dinero para su próxima intentona<sup>6</sup>. Pero la expresión es tan absurda, que no cabe en cabeza humana. Fernández de Lugo necesitaba, en esa próxima intentona, la ayuda de los propios güimareños que —según la crónica— vendió; y, en estas condiciones, es muy probable que la acusación no sea justa.

## El negocio bélico

Muchas acusaciones fueron injustas. Mas no todas pueden ahora sentenciarse como tales.

Por otra parte, hay circunstancias que inducen a una cierta crítica porque el tiempo transcurrido ha originado un cambio de color en el cristal que ayuda a penetrar en otros siglos. Los conquistadores de Canarias estaban interesados en la labor que hacían. Se jugaban el dinero: un dinero que a veces no era suyo y que tenían que devolver.

---

6 MONTERO. (Nota al capítulo referente a la conquista de Tenerife).

El acuerdo establecido en Santa Fé entre los Reyes Católicos y Don Alonso de Lugo, para cederle en propiedad<sup>7</sup> la llamada «conquista de La Palma y Tenerife», es un contrato. En su primera parte concede a Lugo *determinados beneficios, como los quintos de cautivos canarios en la isla de La Palma y la mitad de los tomados en Tenerife y en Berbería*<sup>8</sup>; y aún fija que la mitad restante de esa última partida había de quedar a cuenta de los 700,000 maravedises que los Reyes le otorgaron. Y tan a las claras se establecen cláusulas para compensar los gastos iniciales, que el Doctor Wölfel —ya citado anteriormente— ha publicado hace poco un artículo llamado, con sarcasmo: *Alonso de Lugo y Compañía; Sociedad Comercial para la conquista de La Palma*.

A veces, empresas que no tenían relación con la contienda, ofrecían sus fondos y aún realizaban un trabajo que era ajeno al suyo. Se trataba simplemente de una inversión de capital. Y, en estas condiciones, no puede extrañarnos que Don Alonso vendiera sus posesiones de Ágaete en 3.000 doblas, y que las empleara en abastecerse para conquistar La Palma<sup>9</sup>. En cambio, hoy resulta inadmisibile el hecho de que los armadores genoveses que ayudaron con dinero, se comprometieran, igualmente, a reclutar soldados en España.

Y creo que basta el solo caso mencionado. Mas conviene hacer presente que se trata de un sencillo ejemplo, pues todas las campañas de Canarias empiezan de igual modo.

## Un comentario en propia defensa

Para juzgar a los conquistadores de Canarias —como a todo jefe que ejerce una misión impuesta por el suyo, por su Estado o por la Divina Providencia—, es preciso conocer el ambiente en que cada cual se mueve y la reacción de cada cual ante ese ambiente.

<sup>7</sup> *El Adelantado Don Alonso de Lugo, y su residencia*; por LEOPOLDO DE LA ROSA OLIVERA y ELÍAS SERRA RÁFOLS. *Fontes Rerum Canariarum*. La Laguna, 1949).

<sup>8</sup> «Investigación y Progreso» (Madrid, 1938).

<sup>9</sup> A más de vender su finca, empeñó sus hijos —según costumbre de su tiempo— a Doña Inés Peraza.

Y, para eso, es necesario conocer la situación particular de las jornadas, reconstituir cada combate exactamente, analizar la forma en que los desbordamientos se realizaron, estudiar la variación postbélica, y pesar las incidencias posteriores: desmanes de la masa, crímenes y robos del hombre aislado, y comportamiento del «huído» que anda por los montes prolongando el cautiverio de la tierra. Pero ocurre que la historia se hace sin tales requisitos. El que la escribe se olvida de que el alma tiene una modalidad que es solamente suya: está dominada por sí misma, y reacciona cuando quiere. En efecto, lo suyo es lógico en sentido espiritual. No es accesible. No es metafísico, siquiera. Es «natural», únicamente.

Es más, ocurre a veces que un hecho relacionado con la conquista de Canarias está descrito en forma diversa en varios libros, sin que ello dé lugar a juicios diferentes. En relación al propio Adelantado, Montero dice —refiriéndose a las postrimerías de la derrota sufrida por aquél al internarse en La Caldera —que *decidió retirarse de noche, dejando parte de sus fuerzas emboscadas*<sup>10</sup>; mientras que Millares asegura que volvió más tarde al sitio en que había de firmarse el acuerdo ya tomado, y que a causa del retraso del contrario, Lugo llegó a temer *una traición* y, en vista de ello, *dejó una parte de su fuerza en los alrededores del desfiladero, con orden de apoderarse de él en cuanto el adversario lo atravesara*<sup>11</sup>. Pero, a pesar de explicaciones tan diversas, los dos están de acuerdo en que Don Alonso «no cumplió lo prometido».

Es curioso que poquísimos autores justifiquen a los nuestros, y que su crítica se base en hechos que —a veces— no están perfectamente definidos.

Nosotros no fuimos tan espantosamente duros con los aborígenes como resulta de algunas frases malamente pergeñadas por aquellos escritores. De entre los numerosos documentos que los investigadores van hallando en nuestros días, a fuerza de buscar en los archivos extranjeros y españoles, merecen buena cita los referentes al propio personaje que llevó a cabo las conquistas de La Palma y de Tenerife, y que tomó una parte extraordinariamente activa en la pacificación de Gran Canaria. Y tales documentos se

10 *Historia Militar etc.* (Conquista de la Palma).

11 *Historia General, etc.* (Libro noveno, III).

han publicado recientemente<sup>12</sup> y contribuyen mucho a la formación de un juicio exacto sobre la idiosincrasia bélica de los diferentes jefes militares que dirigieron las operaciones de la conquista y sobre los merecimientos y responsabilidades de cada uno.

Nuestros jefes tuvieron buena ayuda. Don Fernando de Guarteme, en Gran Canaria; Juan de La Palma, en la isla de su nombre; Añaterve «el Bueno», en Tenerife... son ejemplos suficientes para demostrar que no fuimos tan crueles como la historia dice.

No obstante, es difícil afirmar. Nadie sabe exactamente qué pasó. El propio Viera se queja de las contradicciones de Núñez de la Peña y de Fray Juan de Abreu. *Ese modo de escribir la historia —agrega— no tiene ejemplo*<sup>13</sup>.

---

12 *El Adelantado, etc.* (Fontes Rerum Canariarum, III).

13 *VIERA: Lib. 8, XIX.*





*El roque de las Cañadas  
y, en el fondo, la cima del Teide*



*Pescadores Canarios*

por PEDRO DE GUEZALA

Hotel Mencey  
Santa Cruz de Tenerife

LAMINA 20

TERCERA PARTE

# LA SEGUNDA BRECHA

SIGLOS XVI AL XVIII

## XI

# Dos ventanas a la mar

1496-1600

## Explicación

La obra o el edificio que origina los dos huecos ha de ser —en nuestro caso— el cerco imaginario que rodea al Archipiélago o al conjunto constituido por los diferentes muros protectores de sus principales islas: simples cilindros de cal y canto, de barro o de cartón, engendrados por sendas verticales de escasa altura que se desplazan apoyándose en la traza de los acantilados y de las pocas playas existentes, hasta alcanzar sus posiciones de partida. Y en cuanto a las ventanas se refiere, la una dará a Poniente y la otra a Levante: a América y a Mauritania, respectivamente.

Pues bien, al asomarnos sucesivamente a esas ventanas, veremos lo que pasaba en las cercanías de Canarias cuando el Archipiélago empezaba a ser «España». A occidente, contemplaremos las airosas naves —naos y carabelas, o preciosos bergantines—, tal como salían hacia América o regresaban con su carga después de atravesar el océano; y, a oriente, seguiremos el esfuerzo realizado en África para compensar la mina en que los hombres se cazaban como fieras. Pero, antes de mirar los panoramas, parece lógico estudiar el interior del edificio. De este modo, sabremos lo ocurrido en las Canarias durante la gestión de sus primeros gobernadores y adelantados.

## Los menceyes en la Corte

En los Realejos, se levantó una iglesia; y en ella fueron bautizados los menceyes de los guanches. Pero, a pesar de la forzada

conversión, el prestigio de los antiguos reyezuelos continuaba en auge entre la escasa gente no sometida, y la presencia de ellos en Tenerife podía originar bastante cohesión y la consiguiente exteriorización de un relativo descontento, y obligar a castigar a los que se dejaran seducir; y, en vista de ello, Fernández de Lugo decidió llevar a los menceyes a la Corte a fin de presentarlos a los Reyes —según se hiciera con el guanarteme Don Fernando—, y ahí buscar el modo de evitar su vuelta a Tenerife<sup>1</sup>. Y, en efecto, se halló destino conveniente a cada uno en la Península o lejos de ella: algunos continuaron en Castilla, y otros fueron llevados a zonas exteriores, de influencia castellana o aragonesa; y, entre los últimos, se hallaba el benemérito Bencomo, que pasó en Venecia la última parte de su vida *causando admiración por su manera de vestir, su lengua, sus costumbres y de lo extraño de su figura*<sup>2</sup>.

El viaje dió lugar a grandes agasajos, destinados a festejar a Don Alonso y a encumbrar su obra. Por otra parte, el egregio visitante fué nombrado oficialmente «Justicia Mayor y Gobernador de las islas conquistadas», así como «Adelantado del Rey de España»<sup>3</sup>; título, este último, que había de transformarse en hereditario con motivo de las futuras operaciones de su poseedor en Mauritania. Canarias, pues, se convirtió, de momento, en feudo oficial de Alonso Fernandez de Lugo, con lo que las relaciones previamente establecidas con los Señores de la Gomera y Hierro, de Lanzarote y Fuerteventura, podían complicarse y originar desavenencias peli-

1 Lugo, acompañado de Francisco de Corbalán, Mateo Viña y Jerónimo de Valdés, fué a Castilla y presentó los nueve reyes vencidos a Sus Altezas, en Almazán, donde estaba la Corte, según las crónicas de la época, desde la Pascua Florida hasta mediado el mes de julio de 1496 (*Fontes Rerum Canariarum*, III Cap Seg.)

2 VIERA: Lib. 9, XXVII. (Tomado de la *Historia Eclesiástica* de Fabri).

3 Los títulos otorgados a Don Alonso Fernández de Lugo fueron los siguientes: «Adelantado de las islas de Canarias», «Gobernador Perpetuo de Tenerife y de La Palma», y «Capitán General de Berbería, desde el cabo Güer hasta el de Bojador». El título de «Adelantado» equivalía a los de Gobernador y Presidente de la Audiencia, y envolvía el mando de las fuerzas y la administración de la justicia civil y militar, en grado de apelación. Las cédulas del primer Adelantado comenzaban como sigue: «Yo, don Alonso Fernández de Lugo, Adelantado de Canaria e Gobernador de Tenerife e de San Miguel de La Palma...» (Tagoro. La Laguna, 1944).

grosas. Mas ya diremos luego de qué manera Don Alonso trató de soslayar la referida situación. De momento, presentamos solamente su actuación en Tenerife.

De regreso, Lugo puso en marcha la fundación de su nueva capital. Eligió la vega de Agüere, en la que había logrado su primera victoria contra los guanches. Trazó sus calles cerca de la laguna que existía entonces, en el semicírculo que tan firmemente la resguardaba de los vientos. El asentamiento elegido no estaba lejos del futuro puerto; era sano y ocupaba una situación privilegiada: dominaba los caminos. Sus alrededores, con el frondoso bosque y el tranquilo lago, ya desaparecido, contribuían al encanto de una villa en que Don Alonso puso su entusiasmo. En ella se instaló personalmente, apenas iniciado su proyecto. Nombró sus regidores; designó sus magistrados, y proyectó viviendas. Por último —o, acaso, lo primero— repartió las tierras inmediatas y las de casi todo Tenerife, y procuró que gente de otras islas y españoles de otras zonas acudieran a vivir en la ciudad naciente.

Desde San Cristóbal de La Laguna —o, abreviadamente, «La Laguna»— el Adelantado volvió la vista a lo demás.

Mediante un colaborador ilustre, llamado Pedro de Vergara, logró exenciones de alcabalas, y de «pechos y tributos», y que el real erario contribuyera con 50.000 maravedises a la construcción de las nuevas Casas Capitulares. Además —y con auxilio de otros varios empleados— obtuvo la facultad de pergeñar un código apropiado a las circunstancias en que la economía insular se desarrollaba. Impulsó la agricultura, y consiguió la cantidad de trigo necesaria para su gente, y aún mucho más; hasta el extremo de que los Reyes se vieron obligados a intervenir a fin de que una parte de ese trigo se vendiera<sup>4</sup>.

No obstante, Tenerife no se pobló tan rápidamente como Gran Canaria. La gente estaba recelosa. Sin duda había la impresión de

---

4 En el *Libro Rojo de Gran Canaria*, figura la copia de una «provisión» de Doña Juana de Castilla, fechada el 29 de Mayo de 1513, en Madrid, por la cual se ordena a los concejos, justicias, etc., de Tenerife y de La Palma que cuando estuviesen provistos de trigo, permitiesen a los vecinos de Gran Canaria adquirirlo por su precio corriente. (Las Palmas, 1947. Introducción y notas por PEDRO CÚLLEN DEL CASTILLO).

que la isla no estaba todavía pacificada. Sólo en 1502 acudió una masa de pobladores suficientemente grande para impulsar un poco su economía.

## El panorama de occidente

Según lo dicho anteriormente<sup>5</sup>, la posesión del Archipiélago Canario era indispensable para navegar hacia las tierras que bordeaban la zona ignota del Atlántico. Y a eso puédesse agregar incluso que la posesión de aquellas islas determinó la travesía de ese mar. Y no es que Canarias fuera una etapa indispensable para el viaje; es sólo —también se ha dicho— que los grandes navegantes de ese tiempo preferían no dejar a retaguardía una tierra inocuada.

Mas cualquiera fuera la razón, lo cierto es que Gran Canaria, Gomera y Hierro, permitieron a Colón suministrarse y aún reparar las averías de sus naves, antes de cruzar el mar inmenso. En su primera expedición (1492), el Almirante se detuvo en Gran Canaria y la Gomera: en aquélla, a fin de reparar una avería<sup>6</sup>, y, en ésta, para abastecerse de agua y de algunos víveres, o, según algunos, para cumplimentar a Doña Beatriz de Bobadilla<sup>7</sup>. Durante el segundo viaje, realizado en 1493, Colón se aproximó de nuevo a Gran Canaria; tocó luego en la Gomera, y recaló, por fin, en Hierro, antes de emprender la travesía. Para su tercera expedición, el Almirante salió de Sanlúcar a fin de Mayo de 1498; fondeó en la Made-

5 Segunda Parte, IV.

6 La Pinta, cuyo tímón se hallaba roto y cuyo casco necesitaba un recalafateado, hubo de arribar a Gran Canaria, al tiempo que la Santa María y la Niña se dirigían a la Gomera en busca de provisiones y de todo lo preciso para llevar a efecto la expedición. Luego, las tres naves se reunieron en Las Palmas o en las inmediaciones de la antigua torre de Gando. El 2 de Septiembre, pasaron otra vez por la Gomera; y el 6 pusieron proa al infinito.

7 Hay quien asegura que el Almirante recaló en la Gomera con el deseo expreso de homenajear a Doña Beatriz. *Era tincto in amore*, dice una carta escrita en Saona, a los 15 días de octubre de 1495, por un tal Miguel de Cuneo, marinero de la flota que realizó el segundo viaje a América, al hablar de las razones por las cuales el Almirante estuvo en La Gomera y visitó a su gran Señora. RÓMULO CUNEO VIDAL: *Cristóbal Colón, Genovés*. (Versión española de la Casa Maucci, Barcelona 1905).

ra y en la Gomera, y, con parte de su flota, en Cabo Verde. Por último, para su cuarto viaje, iniciado en Cádiz, en Mayo de 1502, el famoso descubridor tocó otra vez en la Canaria.

Y otro tanto podría decirse de los numerosos navegantes que durante los primeros lustros del siglo XVI, atravesaron el Océano. En 1502, Nicolás de Ovando sufrió una tempestad muy grande cuando cruzaba hacia América para encargarse del gobierno de la Española, y, a consecuencia de ella, perdió alguno de sus mejores bajeles con 150 soldados y tripulantes. Sus demás barcos se reunieron en la Gomera donde fueron reparados, y donde Ovando pudo adquirir una carabela en condiciones de reemplazar a la perdida, y contratar la gente necesaria para sustituir a los que habían naufragado. De igual modo, los 1.500 hombres de Pedrarias Dávila se detuvieron, dirigiéndose a Darién, en la Gomera. Y otro tanto hicieron las escuadras de Quintana (1504) y de Montejo (1524) y la de Soto (1538), cuando navegaban rumbo a las Antillas y a la Florida respectivamente. Y todos reclutaron mucha gente, a su paso por Canarias.

Poco a poco, el Archipiélago se convirtió en etapa casi obligada para las flotas que iban a América. Mas si esto tuvo ciertas ventajas, ofreció también inconvenientes: las naves que regresaban del Nuevo Mundo, cargadas de oro y pedrerías, fueron tentación de muchos hombres que tenían entusiasmo por la guerra y por la mar. Esas naves traían cochinilla, palos tintoreros, café, azúcar y tabaco, y, más tarde, plumas y tejidos mejicanos y lanas del Perú; y eso bastó para movilizar galeras y carracas, y para que las naos y las fustas de medio continente se mantuvieran a la espera de semejantes presas. Y, de este modo, el «corso» comenzó, y las fechorías se pudieron presenciar desde la ventana imaginaria que hemos supuesto abierta y dirigida hacia occidente.

A partir de ese momento, Canarias —por desgracia— volvió a su antigua «brecha».

## Enlaces matrimoniales

Después de pacificada la isla de Tenerife y de iniciada la construcción de La Laguna, don Alonso Fernández de Lugo se

vió en la precisión de dar carácter efectivo al mando titular que se le había concedido. Las nuevas divergencias entre Portugal y España inducían a concretar la situación establecida y a darle una ostentosa realidad; y nadie, a dicho efecto, se hallaba mejor situado ni reunía mejores condiciones que el ya célebre Gobernador de Palma y de Tenerife y primer Adelantado del Archipiélago.

No obstante, la «entrada» de éste no fué tan afortunada como correspondía a su fama. La historia cuenta que desembarcó no lejos del pueblo establecido en Tagaost<sup>8</sup>, con todo lo preciso para levantar un castillete de madera, capaz de un par de piezas; y que —iniciada su labor— se vió cercado por los indígenas durante más de quince días, con lo que tuvo muchas bajas y no pudo realizar su cometido.

Y, en vista de ello, puso proa a Tenerife.

En esta isla y en la Palma, Don Alonso ejercía un mando completo. Era un auténtico virrey del grupo que él había conquistado. Pero, en el resto del Archipiélago, sus poderes efectivos eran bastante limitados. En la Gomera y en Lanzarote, subsistía el Señorío de los Herrera, de los Peraza, de los Saavedra...; y en Gran Canaria, los Reyes se ocupaban personalmente de varias cuestiones concernientes al bienestar de los muchos inmigrantes que reforzaban —más que aprisa— el núcleo constituido por la población indígena y la aristocracia conquistadora.

Por lo tanto, la situación era precaria. Pero el Adelantado se proponía mejorarla.

Como perdiera a su primogénito Fernando en la expedición a Mauritania ya citada, concibió la idea de casar a Pedro, que era el segundo, con Doña Inés de Herrera, hija del malogrado Hernán Peraza y de Doña Beatriz de Bobadilla. A este efecto, se personó en San Sebastián de la Gomera, y fué recibido en el Castillo. Mas antes de lograr lo proyectado, entabló con la ilustre viuda que lo regía, una amistad que dió lugar a grandes murmuraciones, a desórdenes, a represalias, y a que Don Alonso se casara en segundas nupcias con la que había sido galanteada por

---

8 Fué nuestra factoría más importante en zona berberisca, y, luego, una de las mayores poblaciones de la región del Sus.

Don Fernando de Aragón, y que era, en esos días, Señora principal de la Gomera<sup>9</sup>.

El desposorio de Pedro tuvo lugar después. Mas, poco antes o más tarde, surgieron serias dificultades.

Del matrimonio anterior de Doña Beatriz había nacido, a más de Doña Inés, un varón que se llamaba Don Guillén. Pues bien, el señorío del Hierro y de la Gomera correspondía a este varón, tutelado, en ese tiempo, por su madre. Pero, al mismo tiempo, Sancho de Herrera, hermano de Fernán y tío por consiguiente del joven Guillén, era Señor de Lanzarote, y alegaba que habiéndose casado la madre en nuevas nupcias, la tutela del sobrino revertía plenamente sobre él mismo, y estaba decidido a defenderla contra los derechos que Don Alonso consideraba suyos en consecuencia de su unión con la tutora. Y esto originó desavenencias que fueron conllevándose hasta que el propio Don Guillén creyó estar en edad de ejercer la función gestora que le pertenecía por su herencia. Hubo negociaciones, y discusiones graves. Pero, ante la actitud del partido que llegó a formarse en pro del joven Conde de la Gomera —y a pesar de que los Reyes apoyaron la pretensión de su propio Adelantado—, Don Alonso renunció a su buen deseo, y, poniendo a Guillén en posesión del Señorío, regresó inmediatamente a La Laguna.

Algo más tarde, se concertó la boda de Guillén Peraza con una tal Doña María, hija de Pedro Suarez de Castilla, acaudalado jerezano que llevó unos dos millones de maravedises al matrimonio. Y, acaso a consecuencia de esta boda, el Don Pedro Suarez mencionado gestionó y obtuvo el cargo y título de Gobernador de Gran Canaria, sin que la historia nos refiera si el primer Adelantado se opuso o negoció la concesión del citado puesto. En todo caso, Don Alonso a la sazón tenía un prestigio grande, y no es probable que la carta real le sorprendiera. Hay que admitir, por tanto, que el nombramiento fué acogido a gusto por el que pretendía conseguir un poder extenso en el Archipiélago.

Luego, el desarrollo de Canaria y las continuas luchas de los Señores de las islas orientales contra los berberiscos, absorben casi todo el interés de este período.

---

9 La primera esposa del Adelantado fué Doña Beatriz de Fonseca.

Sin embargo, no es posible terminar este apartado sin decir que Don Alonso trabajó incesantemente hasta su muerte. Casó en terceras nupcias con cierta dama de la nueva reina Germaine de Foix, que se llamaba Doña Juana de Mesyères. Vió crecer rápidamente La Laguna, y falleció en el año 1525.

## Gran Canaria predomina

Al Gobernador Francisco de Maldonado, que quedó en Canaria cuando Fernández de Lugo se fué en busca de La Palma, sucede Alonso Fajardo (1495-97), y, a éste, Lope Sánchez de Valenzuela (1497-1502); y luego siguen: Antonio de Torres (1502), Antonio Escudero (1502-04), Lope de Sosa (1505-06) y Juan Ortiz de Zárate (1506-08); los unos, con nombramiento expreso de los Reyes, y, los otros, como jueces de residencia que ejercían provisionalmente las funciones de su propio residenciado.

Más tarde—y según lo dicho anteriormente—, Pedro Suárez de Castilla, consuegro de Beatriz de Bobadilla, fué nombrado Gobernador de Gran Canaria. Y, durante su mandato, hubo de habérselas con los piratas que empezaban a infestar los mares del Archipiélago. Mas este asunto corresponde a otro capítulo.

De momento, sólo pretendemos ofrecer una ligera idea de cómo fué desenvolviéndose Canaria, y de qué modo fué adquiriendo primacía sobre las otras islas. Acaso el hecho de que el propio Adelantado residiera en La Laguna, y ejerciera casi todos los poderes sobre La Palma y Tenerife, fuera motivo suficiente para que la isla de Gran Canaria —siendo una sola— estuviese mejor administrada que las dos antes citadas. No sólo disponía de un Gobernador independiente, sino que los reyes la atendían con la mayor solicitud. La ayudaron inclusive a resolver lo concerniente a su justicia. En 1526, fué constituido un Tribunal de Alzada o del Real Acuerdo, con carácter de Audiencia Territorial, para evitar los perjuicios ocasionados por la administración lejana. Es más: conscientes, los monarcas, de que la economía insular de Gran Canaria se reflejaba intensamente sobre la de las restantes islas, eligieron con cuidado a sus Gobernadores, procurando que reunieran las condiciones necesarias para ejercer debidamente su misión.

El segundo Adelantado no tuvo intervención en la administración isleña. Muerto Don Alonso, fueron nombrados jefes especiales para las islas de Tenerife y de La Palma. Por lo tanto, el «adelantamiento» de Pedro Fernández de Lugo y de sus varios sucesores tuvo carácter más honorífico que real y verdadero. Pedro de Lugo, casado con Doña Inés de Herrera, no dejó de sí grandes recuerdos. Algunos autores dicen que fué duro, y hasta cruel; lo deducen de ciertas cédulas dictadas en su tiempo, con arreglo a las cuales el rey tomó en su mano la protección de los canarios, contra Don Pedro y su mujer<sup>10</sup>. El asunto no está claro. Sólo es cierto que el segundo Adelantado no estaba en cómoda postura. Tres veces seguidas, fué residenciado por la Corte. Y, cansado de lucha —o a causa de su espíritu aventurero—, consiguió la autorización indispensable para marchar a América; y, a consecuencia de esto, Carlos V ordenó que, aún conservando el título de Adelantado de Canarias para sí mismo y para sus descendientes, no fuese Gobernador ni Justicia Mayor de las islas de Tenerife y de La Palma<sup>11</sup>.

En este tiempo aparecieron los primeros «Gobernadores Letrados», que fueron precursores de los «Gobernadores Militares de las islas» y de los «Capitanes Generales del Archipiélago». Fueron instituidos durante la gestión del tercer Adelantado—Alonso Luis Fernández de Lugo—cuya vida fué tan azarosa como la de su padre y antecesor<sup>12</sup>. Eran llamados «muy magníficos señores», y tenían a cargo suyo cuanto se hallaba relacionado con las leyes interiores, la labranza, el orden público, la construcción de fortalezas y la preparación y ejecución de las operaciones bélicas.

10 La real cédula expedida en 6 de agosto de 1526 decía que Su Majestad tomaba bajo su seguro amparo y defendimiento real a todas y cualquiera personas que pidiesen justicia contra el Adelantado Don Pedro de Lugo y Doña Inés de Herrera su mujer, sus hijos y parientes, criados y veladores, para que no les hieran, ni maten, ni lisen, ni prendan, ni les tomen sus bienes contra derecho...

11 Pedro de Lugo se internó en el río grande de la Magdalena, y descubrió minas de oro. Fundó la ciudad de Tenerife, y creó la posesión de Santa Marta. El nuevo reino de Granada, la conquista del territorio inmediato a Santa Fe y la fundación de San Miguel de la Palma, fueron obra de este Segundo Adelantado.

12 Nueva Córdoba, Nueva Sevilla y Nueva Tenerife, fueron fundadas o perfeccionadas por el Tercer Adelantado.

Durante su mandato, los señores de la Gomera y Hierro estuvieron «protegidos» por el Gobernador de Tenerife, y los de Lanzarote y Fuerteventura, por el de Gran Canaria, con lo que, en cierto modo, todas las islas revertían, en cuestiones de gobierno, hacia la Corona.

La mayor parte de las historias de Canarias dan importancia, en este período, a la actuación de los obispos y a la de los inquisidores. Pero, ésta es materia que se sale del propósito trazado al proyectar este trabajo. «Piraterías y asomadas a Berbería», son los extremos que interesan. Son casi simultáneas. Pero, las primeras se producen a causa de las segundas; y, por eso—y a fin de mantener el orden necesario para la debida presentación de los citados acontecimientos—, parece lógico posponer un poco lo referente a «piraterías», y exponer aquí—únicamente—lo relacionado con las «entradas» en la costa mauritana.

## Un vistazo a Oriente

Para saber lo que sucede en esa costa de África no estará de más aprovechar la otra ventana del murallón que hemos supuesto levantado alrededor de las Canarias.

Desde él presenciaremos lo ocurrido. Desde él, veremos lo siguiente:

En 1476, los barcos de Don Diego García de Herrera, Señor de Lanzarote y Fuerteventura, fondean cerca de Guader, en la desembocadura de un importante río. La gente salta a tierra, y es pronto levantada la pequeña fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña; y su guarnición queda a las órdenes de Alonso de Cabrera<sup>13</sup>. (Ya lo dijimos; pero es necesario concretar en esta parte).

<sup>13</sup> No es fácil poner en claro donde estaba la factoría de Santa Cruz de Mar Pequeña. A consecuencia del tratado de Wad-Rás, firmado en 1860, el Sultán de Marruecos cedió a Su Majestad Católica el territorio suficiente para la formación de un establecimiento pesquero como el que España tuvo allí en lo antiguo; y, para fijar la situación más probable de ese territorio, se nombró una comisión cuyos trabajos fueron infructuosos. Todo el mundo está de acuerdo en que los libros dicen que Santa Cruz de Mar Pequeña estaba entre los cabos Güer y Bojador, y cerca de Canarias, y sobre una corriente que era navegable hasta tres leguas

Las entradas en Berbería de la familia Herrera fueron notables. Don Diego levantó el famoso sitio en el que a poco más no cae Tenorio y su valerosa guarnición de lanzaroteños<sup>14</sup>. Pero a pesar de haberle visto las orejas al lobo, no cejó en sus pretensiones. Hizo otras correrías, y dejó sentado el mal criterio de seguir-las realizando; y, así, durante un siglo entero, la historia está repleta de los nombres de sus varios descendientes, siempre pendientes de hacer entradas en Río de Oro, y de llevarse innumerables prisioneros. Fernán Darías de Saavedra, nieto suyo; Gonzalo de Saavedra, su biznieto; y aún otro Fernando y otro Gonzalo de Saavedra, tataranietos suyos, hicieron tantas excursiones a la costa mauritana, que, a fuerza de ellas —dice Viera— los ciervos inundaron la Gomera, y varias compañías de berberiscos reforzaron la defensa de Lanzarote y Fuerteventura.

Por otra parte, los Gobernadores de Gran Canaria eran —simultáneamente— alcaides del Castillo de Guader o Santa Cruz de Mar Pequeña, y esto les daba derecho a represalias, a ampliar la zona protegida, a castigar a los que se negaban a seguir la norma establecida, y, de resultas, a robar caballos y a hacer cautivos que valían mucho más que esos caballos.

En resumen, las expediciones contra Mauritania parecían negocios emprendidos por los reyes o por los simples particulares. En la idea de propagar la fé cristiana, Roma autorizaba las «entradas»; y lo mismo hacían los monarcas españoles<sup>15</sup>. Los grandes

---

*de tierra adentro*; pero las dudas comienzan cuando se trata de establecer la situación exacta de la vieja factoría. Algunos la sitúan en Puerto Cansado; otros, en la desembocadura del Dra; otros, en fin, admiten la posibilidad de que estuviera en Villa Cisneros o en La Güera. Puerto Cansado es, en efecto, el único sitio próximo a Canarias en que hay vestigio de una superficie de agua navegable. De otra parte, el nombre de Guado o Guader—que se atribuye a Santa Cruz de Mar Pequeña—hace pensar en Ued-Der, o Dar, o Draa (y en efecto, hay ciertas ruinas de una posible fortaleza sobre la orilla izquierda del Uad-Draa). Pero, el hecho de que la factoría correspondiera al feudo de los antiguos «Capitanes Generales de la costa entre los cabos Güer y Bojador» la aleja mucho de las dos ubicaciones ya citadas.

14 Segunda Parte, V.

15 En Salamanca, en 2 de noviembre de 1505, fué firmada una provisión de la reina Doña Juana por la que hacía saber al Almirante Mayor de la mar, que para el servicio de Dios y el engrandecimiento de la fé católica, ella mandaba hacer guerra contra los moros y daba licencia y facultad a todos los vecinos y moradores de las islas Canarias para que pudieran saltar a dichos enemigos *allende*

personajes fletaban barcos y reclutaban hombres con los cuales compartían su negocio.

América orientaba, y Berbería estaba cerca.

Pero, un buen día se acabaron las «entradas» o «asomadas». Una de las veces que el Castillo de Guader fué rodeado por los moros, y que sus defensores—como en casos anteriores—acudieron a Gran Canaria en demanda de socorro, ocurrió que el Gobernador—Bernardino de Anaya, a la sazón—no pudo venir en auxilio de los sitiados, ni aún enviarles la más mínima ayuda: una epidemia peligrosa y persistente asolaba la zona más poblada de su dominio. Y esta vez cedió la guarnición; y, en adelante, no hubo base en que apoyar expediciones hacia el interior de Mauritania.

## Autos de fe

Entretanto, los habitantes de las diferentes islas consiguen adaptar su economía a las dificultades exteriores. Sabido es que al mismo tiempo que se realizaban «correrías» en Mauritania, las escuadras extranjeras pululaban por los mares de Canarias en busca de un botín barato. De una parte, las guerras habidas entre Carlos V y Francisco I integraban una buena excusa para el corso libre que ejercían los almirantes enemigos; y, por otra, los galeones que regresaban de la América Española constituían una presa fácil para los corsarios improvisados.

Canarias producía trigo y azúcar. El vino comenzaba, a la sazón. Pero, al Archipiélago le faltaban medios para adquirir lo más preciso para su propia vida. El comercio era difícil; y, en vista de ello, la Reina Doña Juana expidió una «provisión» autorizando la traída de caballos extranjeros y de monedas de oro y plata, desde la Península<sup>16</sup>.

---

*la mar desde el Río de Oro hacia la parte de la Meca, y contando desde dicho Río de Oro, abaxo hacia la parte de Guinea no puedan saltar. Y concedía las presas como premio, a reserva del quinto para la corona. (Libro Rojo de Gran Canaria. Las Palmas, 1947).*

<sup>16</sup> Esta provisión fué expedida en Valladolid, a 15 de Septiembre de 1550, a causa de los entorpecimientos puestos por el Juez de residencia de Sevilla. (Libro Rojo de Gran Canaria. Las Palmas, 1947).

Pero, eso no bastaba. Hacía falta más dinero, y se recurrió —para encontrarlo— a la contratación de esclavos. Tratábase, en efecto, de un capital que se adquiría a poco precio y que era francamente sano. Las autorizaciones se conseguían difícilmente, ya que era imposible abusar de la traída. No obstante, en 1576, la municipalidad de Las Palmas obtuvo una licencia para enviar a Indias mil esclavos traídos de Guinea, a condición de que el producto resultante de la venta se destinara a mejorar las fortificaciones de la Isleta y de los puertos más amenazados por los piratas<sup>17</sup>.

Simultáneamente, el Santo Oficio trabajaba. Al mismo tiempo que los grandes comerciantes realizaban la compra-venta de los negros, los tribunales preparaban autos de fé. Y éstos fueron numerosos; pero, entre ellos, produjo mayor escándalo el llevado a cabo el 22 de julio de 1587, que dió lugar al espectáculo de ser quemado vivo el inglés Jorge Gaspar, *porque no rezaba como los católicos y rechazaba el culto de las imágenes*<sup>18</sup>. Y estos autos duraron hasta fin de siglo, exponiendo a la vergüenza pública a numerosos flamencos, ingleses y moriscos, y a unos cuantos españoles y canarios que no cumplían sus deberes religiosos.

## Moros y moriscos

A pesar de la pérdida de Santa Cruz de Mar Pequeña, las incursiones continuaron. Lope de Mesa hizo varias correrías por su cuenta (1541). Su hijo Diego de Mesa fué capitán de un navío que llevó a Berbería al tercer Adelantado, Don Alonso Luis Fernández de Lugo. Poco después, Francisco y Juan Benítez armaron una carabela por su cuenta, y, logrando sorprender al alcaide de Tagaost, lo trajeron prisionero a Tenerife con 80 moros más. En fin, Alonso Pérez de Saavedra, hijo natural de Pedro Alonso de Saavedra, Señor de Fuerteventura, hizo una entrada aparatosa; pero fué cogido prisionero, y llevado a Fez donde murió.

---

<sup>17</sup> La venta había de realizarse a razón de 26 ducados por esclavo, y el importe de cada plazo había de remitirse a Canarias para las construcciones indicadas. (Cédula de Felipe II, expedida en Madrid a 4 de Diciembre de 1576. *Libro Rojo*, etc.).

<sup>18</sup> MILLARES. *Ob. cit.*; libro undécimo, VII.

Entretanto, Carlos V hizo saber que era preciso reconstituir la fortaleza y guarnición de Mar Pequeña; y, a consecuencia de ello, se organizaron más expediciones. En 1544, Pedro Fernández de Saavedra «el mozo», Señor de Lanzarote, quiso dar satisfacción a los deseos del Emperador, y, a dicho efecto, se propuso realizar una correría muy segura. Pensó en la defensiva basada en ofensiva previa; llegó hasta Tafetán que sorprendió y que saqueó bárbaramente; mas cuando regresaba se tropezó con los que venían a proteger la gran ciudad, y, en la refriega, cayó con muchos de los suyos. Su hermano, «el Mariscal», siguió las correrías; vengó a Pedro, pues hizo muchos prisioneros; pero, hombre ecuánime y prudente, les hizo donaciones, los incluyó en repartimientos, y organizó con ellos compañías de milicias que le prestaron buenos servicios contra los piratas. En 1567, el capitán Perdomo realizó otras correrías que fueron más prolíficas en bajas y en proezas que en resultados prácticos. A los dos años, Don Agustín de Herrera, primer Conde y Marqués de Lanzarote<sup>19</sup>, hijo y sucesor de Pedro Fernández de Saavedra «el mozo», llevó a cabo unas catorce expediciones contra los moros; y en una de ellas cautivó a un jefe notable por cuyo rescate le entregaron cincuenta esclavos.

Tanta correría dió lugar a grandes fortunas; mas dió lugar también a llenar de berberiscos las Canarias. Algunos fueron a parar a las islas principales, pero el núcleo mayor quedó en Fuerteventura y en Lanzarote. En febrero de 1594, el Consejo Supremo de la Inquisición ordenó que se hiciera un padrón completo de los moriscos de Canarias, del que resultó que había, a la sazón, unos 900 en total<sup>20</sup>. No obstante, informaciones posteriores ponen de relieve la existencia, en 1595, de unos 1.500 moriscos, hijos de moros y de ortodoxia muy sospechosa, que vivían en las islas de Lanzarote y Fuerteventura<sup>21</sup>. Los berberiscos de dichas islas eran utilizados en cuidar el ganado. Muchos se convertían al cristianismo, mas casi

---

19 «Marqués de Lanzarote». El primero que con este título nota Rivarola, es Don Agustín de Herrera y Roxas. (JOSÉ DE BERNI. *Ob. cit.*: Cap: XVI, que trata de los títulos de Castilla creados por el señor Don Felipe II).

20 ROBERT RICARD: *Los moriscos de Canarias en el siglo XVI*. (El Museo Canario; Sept. Dic. 1934).

21 ROBERT RICARD: *Art. cit.*



*Las Palmas, un balcón del siglo XVI*  
*Fotografía cedida por el Museo Canario*

LAMINA 21



*El Timanfaya (Isla de Lanzarote)  
Caliente aún, desde las erupciones de 1730-36*

LAMINA 22

Foto cedida por el  
Cabildo de Lanzarote

todos eran pobres. Numerosas moras se hacían prostitutas, o eran protegidas por ciertos personajes que no tardaban en redimir las de su esclavitud.

Tales berberiscos ocasionaban grandes molestias. Salvo los que formaban parte de las compañías de milicias y algunos otros bien situados, los demás eran tratados con desdén o vistos con recelo. Cuando los piratas de Mauritania empezaron a saquear el Archipiélago, cosa que ocurrió a partir de 1569, las denuncias de complicidad fueron constantes. Los intrusos, en efecto, guiaban a sus compatriotas y les descubrían los tesoros escondidos. No obstante, el servicio prestado por los leales y el escaso valor moral e intelectual de los restantes hizo que todos ellos fueran exceptuados, en 1609, de la expulsión general que decretó el Rey Felipe III.

## XII

# Drake y Van der Doest

1522-1600

### Piratas y corsarios

No estará de más encabezar este capítulo con una reseña extraordinariamente breve sobre corsarios y piratas. Su origen y su modo de operar —o de atacar—, ayudarán, sin duda, a comprender mejor las injusticias que el Archipiélago se ha visto en la precisión de soportar, y a apreciar debidamente la energía desarrollada por sus milicias y por las flotas españolas y privadas que han asegurado su libertad. (No ha de olvidarse que las Canarias han sufrido muchas agresiones de piratas y corsarios, y aún ataques realizados por escuadras de naciones que habían roto hostilidades con España. Han soportado innumerables embestidas, sobre la brecha en que han estado constantemente).

Y esto dicho, definamos. «Pirata» es quien actúa por su cuenta en busca de una nave que lleve carga interesante, y que la apresa, y la saquea libremente; y «buque pirata» es el mandado o gobernado por tan nefasto personaje. La piratería es cosa vieja; y los piratas se han movido siempre por los mares en que ha habido gran comercio. Piratería y bandidaje son acciones parecidas, por no decir iguales. Esta, terrestre, y naval, aquélla, dan lugar a duelos semejantes. Las partidas que asaltaban nuestras viejas diligencias cuando transitaban por las sierras andaluzas, y los núcleos armados que detenían a los viajeros que llegaban a los pueblos del Oeste americano, eran cosa idéntica a las tripulaciones de las galeras que los piratas empleaban para sus correrías marítimas.

La piratería ha estado siempre clasificada como un crimen, tanto en lo interior como en lo concerniente a relaciones exterior-

res o internacionales. En todo tiempo, el pirata ha sido visto —y aún tratado— como un sin-patria. Era juzgado por el país que lo cogía prisionero. Su actuación era difícil y aún arriesgada. Por eso, el aficionado al abordaje en alta mar o al desembarco destinado a apoderarse injustamente de la riqueza ajena, buscó, bastante pronto, la protección de algún país interesado en sus propias correrías; y, de este modo, aparecieron los «corsarios»; y muchos gobiernos o grandes personajes se aprovecharon de su existencia para conseguir, a un tiempo, fortuna y bienestar. No obstante, el corso encubría, a veces, una a modo de piratería nacional. No por hallarse protegido el operante, era más justa su operación de guerra. Fue preciso, pues, reglamentar; y se decidió que el verdadero corso comenzaría sólo cuando el agresor y su posible víctima pertenecieran a dos naciones que se hubiesen declarado la guerra. Y, a partir de ese momento, el corsario estuvo siempre sometido a las leyes del Estado que le hubiere concedido su patente.

En esta época —y aún en la siguiente— los oficios de pirata y de corsario no eran fáciles de hacer. A más de ser marino y experto navegante, aún hacía falta el brío de un intrépido soldado. Tan feroz y osada era la labor de que se trata, que pocos reunían las condiciones adecuadas para desempeñarla. El abordaje en alta mar y el duelo a cuchillo, eran cosa frecuente en la existencia de esa gente. No obstante, los mares se llenaron de corsarios y piratas. Al acabar el siglo XV y comenzar el XVI, los argelinos, los moros y los turcos, infestaban las costas del mar Mediterráneo y una parte interesante del Atlántico. Y las lecciones de los piratas orientales y africanos fueron copiadas por marineros europeos que, hartos ya de obedecer, encarrilaron su obsesión de guerra hacia aventuras personales.

Piratas y corsarios integraban un conjunto abigarrado. Su trabajo era cruel, aunque a veces elegante. El novelista nos ofrece ejemplos semihistóricos, en que los gestos del pirata o del corsario son los de un noble caballero. Thomas l'Agnelet enarbolaba la bandera nacional con entusiasmo<sup>1</sup>. Al tiempo que adornaba las vergas de su mesana con cabezas recién segadas, celebraba ruidosamente la victoria de su patria.

1 CLAUDE FARRERE: *Thomas l'Agnelet, Gentilhomme de fortune*. (París, 1912).

No obstante, es necesario distinguir. Hawkins, Frobisher y Cavendish, son presentados por los suyos como corsarios dignos de alabanza, pero los que fuimos sus desgraciadas víctimas, seguimos viéndolos como piratas que merecen el desprecio de la gente. Cada cual los juzga a su manera; mas fueren lo que fueren —piratas o corsarios— no puede negarse que eran seres de verdadero temple y de unas facultades envidiables.

El pirata, a veces, recibe, en premio a sus faenas, la consideración suprema de «almirante»; y en este caso estuvo Drake. En cambio, algunos almirantes han hecho alarde de parecer auténticos piratas. De Ruyter utilizaba como insignia, en su trinquete, una sencilla escoba destinada a recordar que barría del océano a todo buque no holandés.

Tan atrevidos fueron los piratas europeos que en sus correrías llegaron hasta América. De resultas, el simple comercio adquirió un carácter bélico. El oficio de marino mercante exigía un valor a toda prueba. Cuanto más ricos eran los cargamentos, era mayor el riesgo de la nave. Las galeras que venían de las Antillas tenían que estar siempre dispuestas a entablar combate con los piratas que esperaban la ocasión propicia. El océano estuvo lleno de corsarios; y éstos aumentaron cada día: el negocio era seguro, y, el peligro, discontinuo.

(Más lo triste es que hubo otros muchos enemigos, además de los piratas o corsarios. A medida que nuestras galeras cargaban más oro y plata en la Tierra Firme de América del Sur, ocurría, a veces, que el metal precioso se fingía perseguido y se refugiaba en sitios de los cuales no salía. Los banqueros holandeses, ingleses o franceses, lo acaparaban y lo expedían a sus naciones respectivas, sin que España consiguiera averiguar su paradero. El río andaba algo revuelto y los pescadores de oro hicieron su agosto. El comerciante hizo más daño que el pirata).

## El primer aldabonazo

España ha conseguido su apogeo. La regencia del Cardenal Cisneros ha concluído, y el Emperador Carlos I es dueño del Artois, de Flandes y de Luxemburgo; domina el Rosellón, Cerdeña,

Franco-condado, Génova, el Milanesado, Sicilia y Nápoles, Túnez, México, Florida y Tierra Firme; y se halla a punto de conquistar El Plata y el imperio de los Incas. Nuestras naves se deslizan suavemente por los diferentes mares hacia los confines de la Tierra conocida a la sazón, y faltan hombres para dominar el Mundo. Y, en estas circunstancias, el Archipiélago —antesala grande de casi toda América— empieza a tener dificultades, porque piratas y corsarios la amenazan diariamente y hacen su vida insostenible.

No es posible poner en claro si estos corsarios fueron impulsados por el rey de Francia —enemigo irreconciliable de nuestro Emperador—, o aquellos piratas se aprovecharon de la desavenencia para «llegarse» a las Canarias y lograr buenos botines; ni tampoco es fácil averiguar si esos piratas y estos corsarios tomaron el Archipiélago por meta o por simple etapa indispensable para apoderarse de las naves que regresaban con sus valiosos cargamentos del otro lado del Océano Atlántico. Sin duda hubo de todo; y lo cierto es que habían pasado muy pocos años desde que teníamos un pie en América, y desde que las Afortunadas servían de base accesoria para ampliar nuestra conquista, cuando las nacientes poblaciones de Las Palmas, de Arrecife, de Santa Cruz y Betancuria, se vieron sometidas a amenazas angustiosas o a invasiones turbulentas. España que abarcaba tanto, protegía torpemente sus Canarias; y las islas no podían entrayudarse porque todas necesitaban para sí lo que tenían: cada una se creía en postura más difícil que las otras. En fin, las ambiciones personales no contribuyeron a reducir las amenazas: cuantas más expediciones realizaban los Señores de Lanzarote y Fuerteventura sobre la improductiva Mauritania, más grande era el peligro de un intenso contra-ataque.

No obstante, la situación descrita se produjo lentamente. Las primeras piraterías fueron esporádicas.

Jean Fleury, en 1522, partió de Dieppe hacia los mares que cruzaban los navíos españoles. Las luchas —bélica y política— entre Francisco I y Carlos V, le sirvieron de excelente excusa. Fué el primero cuya acción repercutió sobre Canarias. Se apoderó, en efecto, de siete barcos nuestros que venían hacia el Sur, llevando a bordo varias familias que habían proyectado instalarse en el Archipiélago. El Gobernador de Gran Canaria, Suárez de Castilla, armó rápidamente cinco embarcaciones surtas en el Puerto de la Luz, y

liberó a los prisioneros; pero el corsario, de vacío, se topó con tres galeones que volvían de Méjico, y se apoderó de la recámara de Moctezuma y de más de 88 «castellanos», que Hernán Cortés enviaba a Carlos V<sup>2</sup>.

## La muralla se agrieta

La piratería se acentúa a mediados del siglo XV. No debe olvidarse que las Canarias se hallaban, simultáneamente, sobre el camino de América y sobre la ruta comercial entre Inglaterra y sus nuevos territorios del Antiguo Continente; ni que grandes compañías británicas se aprovechaban —para sus negocios— de los descubrimientos realizados sobre la costa de África; ni, en fin, que —a la sazón— la piratería empezaba a constituir una simple contrapartida a las medidas impopulares que tomaban los gobiernos. Y, basado en ello, era cosa natural que los sin-patria se agruparan, e hicieran lo posible para organizarse fuertemente.

Y, en efecto, en 1536 los corsarios franceses se reunieron por escuadras para sorprender las naves que regresaban de las Indias. En sus correrías, rebasaron las Antillas. A mediados de enero de 1537, cayeron, cerca de Lanzarote, sobre una flota de mercantes españoles que no estaba en condiciones de ofrecer la más pequeña resistencia y se apoderaron de cuanto había a bordo. Y, durante el mes siguiente, trataron de efectuar un golpe de mano contra La Palma; pero, a tiempo, las campanas tocaron a rebato y las lombardas dispararon, con lo cual calló la flota que iba a saquear la capital.

Al otro lustro, se produjeron agresiones de menor cuantía. Sería penoso relatarlas. Hubo muchas correrías, grandes alertas, algunos cañoneos, desembarcos fracasados y combates de alta

---

2 A más de la recámara de Moctezuma y de las barras de oro y plata, iban a bordo los quintos o derechos del Rey..., una esmeralda fina del tamaño de la palma de la mano..., una vajilla de oro labrada con aves y diversos animales..., cerbatanas de oro y plata... (ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Piraterías y Ataques Navales a las Islas Canarias*. Datos tomados de la Colección Muñoz: *Memoria de las joyas, plumajes y otras cosas enviadas al Emperador desde la Nueva España*).

mar, que originaron pérdidas bastante serias. Pero, las acciones importantes no empezaron hasta el año 1543.

En esa fecha, un francés llamado Juan Alonso, descendiente de españoles, pasó de la piratería de mar a la de tierra. Desembarcó en la Isleta, en plena noche, y cayó sobre el castillo de la Luz que estaba en construcción y mal guardado. Clavó una pieza de bronce, y se apoderó de tres bajeles que había en el puerto.

Hubo una pausa. Pero, en 1552 se renovó la lucha. El 19 de abril, entre seis y siete de la mañana, la flota canaria se avistó con los navíos del corsario Antonio Alfonso de Saintonge. Todos empesaron, y las trompetas sonaron en señal de alarma. Hubo abordaje, y la batalla duró bastantes horas. A mediodía se entregaron los franceses. Cinco fragatas fueron capturadas y traídas a Las Palmas, a remolque.

A los pocos meses, el mismo Saintonge atacó por sorpresa el puerto de Santa Cruz de Tenerife, en la intención de apoderarse de los barcos refugiados en él. Pero el primer disparo de la fortaleza produjo daños en la nave capitana y mató a su jefe, y la operación quedó paralizada.

En 1553, el navegante «Pie de palo» desembarcó en La Palma con 600 hombres<sup>3</sup>. Saqueó la capital, destruyó los grandes edificios y quemó el archivo; y había robado a mansalva lo suficiente para llenar las bodegas de sus bajeles, cuando los habitantes de la isla —rehechos de su primer asombro— le obligaron a marcharse; mas no sin antes haber logrado rescatar a varios prisioneros mediante el pago de 5.000 escudos. «Pie de palo» era más corsario que pirata: estaba patrocinado por el mismo rey de Francia.

Y todo eso ocurre durante la embajada extraordinaria del Conde de Egmont, que hacía la ceremonia de recostarse armado sobre la cama de la Reina María Tudor<sup>4</sup>, al pedir su blanca mano para el príncipe Felipe. Los corsarios, en efecto, eran franceses. Nuestras relaciones con Inglaterra no eran malas. Nadie pensaba todavía en la tristemente famosa «Armada Invencible».

---

3 François Le Clerc, «*Jambe de bois*».

4 ANTONIO MARICHALAR: *Julián Romero* (Madrid, 1952).

## Don Alvaro de Bazán

Las constantes piraterías indujeron a organizar la defensa del Archipiélago, o, al menos, a poner las diferentes islas en mano de persona que supiera rechazar debidamente a los agresores. Y fué entonces cuando los «gobernadores letrados» fueron sustituidos por los «capitanes gobernadores», tanto en Tenerife como en Gran Canaria. Mas como estos nuevos gobernadores seguían ocupándose en segundo término de las llamadas islas señoriales, volvió a ocurrir que los refuerzos llegaban siempre tarde a su destino; y los ataques a la Gomera, al Hierro, a Fuerteventura y a Lanzarote, quedaban, con frecuencia, impunes.

En la época del Gobernador Fajardo (1495-97), fué iniciada la primera fortaleza de la Isleta y en ella se instalaron dos cañones de avancarga<sup>5</sup>. En las otras islas sólo había —en ese tiempo— castillos anticuados, de piedra y barro casi todos, y fabricados a medida que la defensa táctica exigía su aparición. Muchos hablaban de mejorar los fuertes, pero faltaban medios para hacerlo. Cada ataque originaba la idea de realizar el esfuerzo indispensable para ponerse en condiciones de rechazar debidamente cualquier otro que pudiera producirse; pero el tiempo amortiguaba el miedo originado por la piratería primera, y el dinero conseguido se empleaba en cosas más urgentes para el bienestar de aquellos que, a pesar de todo, iban llegando al Archipiélago.

No bastó la iniciativa de los diversos regidores, gobernadores y grandes señores de las islas. Los propios reyes intervinieron. Por medio de una real cédula publicada en 1544, la isla de Tenerife fué autorizada a repartir por sisa hasta la cantidad de 5.000 ducados..., (a) invertir íntegramente en la construcción y reparación de fortalezas.<sup>6</sup> Y, con igual ayuda, nacieron; en Gran Canaria, dos

5 «La fortaleza principal de las Isletas, debió ser en su origen un pequeño fuerte de planta cuadrada con plataforma para que jugase la artillería, dominando los navíos que se guarecían a la sombra de sus muros». (ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Piraterías y ataques navales, etc.* Madrid, 1947-50).

6 RUMEU DE ARMAS: *Ob. cit.* (Tomo I, Capítulo III, II).

fuerzas o baluartes inmediatos a la caleta de San Diego, tres en la de Santa Catalina, uno en la ermita de San Telmo y otro al lado de Gando. Luego se tornó a las obras esporádicas, surgidas, poco a poco, sin orden ni concierto. En 1571, la torre de la Gomera es acondicionada para recibir algunas piezas de bronce que habían sido enviadas anteriormente. Y, en 1584, Felipe II destinó a La Palma al italiano Leonardo Torriani, que, por espacio de dos años, dirigió la construcción del muelle de Santa Cruz y trabajó en el proyecto de una torre más o menos historiada para la Caldereta<sup>7</sup>.

Torriani volvió a Canarias en 1587, y esta segunda vez permaneció seis años en el Archipiélago recogiendo datos y proyectando diferentes obras para defender las islas que lo integran. En conjunto, preparó un sistema de trincheras destinado a cerrar el paso a todo invasor que desembarcara en Santa Cruz; reconoció la zona norte de Tenerife; mejoró la torre de San Miguel en Garachico; volvió a la capital de nuestros días para ocuparse del Castillo de San Cristóbal y del aprovechamiento del agua de las montañas de Anaga; viajó a la Gran Canaria y en ella visitó la costa de la Isleta y casi toda la oriental, proyectó murallas, estudió la desembocadura del Guiniguada y aconsejó la construcción del Castillo de San Francisco. En fin, estuvo en la Gomera, Lanzarote y Fuerteventura; y, en la memoria que elevó al monarca, figuran sendos proyectos para la defensa de sus respectivos puertos y de sus capitales interiores.

El Cremonense —que era Torriani— sufrió no pocas vejaciones durante su interminable expedición. Pero, a más de haber rea-

---

7 En el capítulo II, se ha hecho referencia a este personaje. El profesor austríaco Dominik Josef Wölfel dió a conocer recientemente la labor llevada a cabo por el mismo, insertando, al efecto, en el *Bolletino dell'Istituto Storico e di Cultura dell'Arma del Genio*, del mes de junio de 1942, un artículo titulado *Leonardo Torriani e le fortificazione nelle Isole Canarie sul finire del 500*. En este artículo se divulgaba una parte interesante de la documentación hallada (por el profesor René Verneau) en la Biblioteca Universitaria de Coimbra; documentación que luego sirvió de base para llegar a conocer la obra desarrollada por el ingeniero mencionado y para divulgar varias tendencias poliorcéticas de la época tratada. (Por su parte, Verneau propaló su descubrimiento —según Rumeu de Armas— en un folleto llamado «*Rapport sur une mission scientifique dans l'Archipel Canarien*», que fué publicado en 1887.)

lizado o puesto en marcha algunas obras interesantes, no cabe duda que sus proyectos fueron útiles para el trabajo desarrollado por las diferentes comisiones que luego se nombraron con el fin de realizar las fortificaciones de Canarias.

Mas no vayamos tan aprisa. Digamos, antes de seguir, de qué manera y con qué tropas se guarnecieron tales fuertes, y qué otros hechos ocurrieron entretanto.

Ninguna historia alude a las milicias primitivas de Canarias. Rumeu admite, sin embargo, que el origen de ellas puede hallarse en el pequeño núcleo de gomeros que Hernán Peraza ofreció a Pedro de Vera para ayudar a conseguir la rendición de Gran Canaria, o bien en los «ejércitos» —columnas reducidas, por supuesto— que Diego de Herrera preparaba para sus correrías mauritanas<sup>8</sup>. No obstante, el mismo Rumeu de Armas no desdeña como origen de las guarniciones de los primeros fuertes, las órdenes dictadas por un personaje ilustre que se llamó Pedro Cerón, descendiente, al parecer, del Infante Juan Manuel, nieto, a su vez, de San Fernando. En efecto, Pedro Cerón desempeñó el mando militar de las Canarias hacia el 1550. Mejoró la fortaleza de la Isleta; construyó trincheras en las caletas y en los lugares de posible desembarco; alistó a los hombres útiles *llegando a reunir 1.800 infantes de pelea y un grupo crecido de caballeros*; los distribuyó en compañías y en escuadras; creó patentes de Capitanes y de Alféreces para los más idóneos, y organizó una compañía de caballería con la nobleza<sup>9</sup>.

Más aún: entre los años 1592 y 1596 fueron dictadas por los reyes varias órdenes concernientes a la mejora orgánica o al simple aumento de las milicias que ya tomaban parte en las operaciones o guarnecían los principales fuertes<sup>10</sup>.

Pero, la defensa de las islas no podía confiarse únicamente a unas cuantas compañías de milicianos. Era indispensable prevenir; y, para eso, hacían falta naves que vigilaran y se batieran en la mar. Y la Corona, agobiada por la insistencia de los corsarios, y

8 ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Ob. cit.* (Tomo I, capítulo IV).

9 RUMEU DE ARMAS: *Ob. cit.* (Tomo I, capítulo IV, III).

10 Real Provisión de 21 de enero de 1592, y Real Cédula de 25 de enero de 1598.

no sabiendo cómo remediar de prisa la situación creada, empezó por fomentar el propio corso, ofreciendo, a dicho efecto, a los corsarios, una parte muy importante de sus presas<sup>11</sup>.

Mas luego, ese corso no bastó. No se trataba sólo de proteger el Archipiélago, sino de asegurar el tráfico entre la Península y Canarias; y la armada real fué necesaria.

Don Diego de Bazán, hermano menor del héroe, fué enviado a las costas de Canarias después del desembarco y saqueo de Santa Cruz de La Palma llevado a cabo por el famoso «Pie de Palo» en julio de 1553<sup>12</sup>. Y, de otra parte, la navegación entre el Archipiélago y la Metrópoli quedó asegurada en 1555 por el Emperador Carlos I. A este efecto, una importante flota fué puesta bajo el mando de Don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, e hijo de Don Alvaro de Bazán «el viejo», señor del Viso y Capitán General de las galeras del Emperador. Esa escuadra llegó al puerto de La Luz en los primeros días de junio de 1555, y fué recibida con entusiasmo. No en vano era precursora de un período de sosiego y de reposo; sosiego que duró tanto como las correrías de Santa Cruz por las Canarias.

La flota mencionada realizó varias visitas al Archipiélago. Se batió de firme con los piratas y llevó a cabo operaciones de guerra muy importantes en la costa de Africa. Para éstas, se apoyó alternadamente en la Gomera y en Santa Cruz de Tenerife. Durante su labor, no hubo ataques venturosos, ni los piratas consiguieron su propósito. Las hazañas desgraciadas recomenzaron sólo cuando Don Alvaro de Bazán se fué a Lepanto, y a otros varios teatros importantes.

---

11 En 15 de mayo de 1528, se publica una «provisión» del Consejo de Don Carlos y Doña Juana, concediendo todas las presas tomadas al enemigo, y recordando la autorización ya dada por las Cortes de Toledo en 1525 a todos los vasallos de España para armar navíos contra los corsarios, percibiendo, en compensación, el quinto de las presas correspondientes a la Corona. (*Libro Rojo de Gran Canaria*; Las Palmas, 1947).

12 ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, en las Canarias*. («Revista de Historia»; enero-marzo de 1947).

## Nuevos ataques y amenazas

El paso atrás indispensable hacia los hechos ocurridos durante la construcción de las defensas rudimentarias que tuvo el Archipiélago, nos conduce inexorablemente a las piraterías reseñadas al explicar de qué manera la muralla de Canarias se agrietaba. Nos conduce, pues, a las andanzas de Le Clerc, desarrolladas, penosamente, cuando alboreaba la segunda parte del siglo XVI. Y esto coincide con la fecha interesante en que nuestra política europea tomaba un sesgo diferente; fecha en que se tuerce la amistad con Inglaterra, y mejora —en cambio— la que teníamos con la monarquía vecina.

Desde 1559, cambia, en absoluto, el decorado. María Tudor ha muerto y Felipe II se casa con Isabel de Valois, hija del rey de Francia. Ya se olvidan las derrotas que los franceses han sufrido en San Quintín (1557) y en Gravelinas (1558); y, a consecuencia de la paz de Cateau-Cambresis (1559), las conquistas se devuelven y aparece un nuevo frente. Los ingleses que operaban en las aguas de Canarias, pasan de piratas a corsarios. Tienen más categoría. Se tutean con los reyes. En cambio, los franceses que trabajaban a favor de Enrique II, ya operan por su cuenta; han perdido altura; han pasado a ser piratas.

En 1560, aparece, en efecto, el corsario Hawkins, que, en varias ocasiones, desembarcó en la isla Canaria, sin que, a veces, se enterara de ello el regidor interesado<sup>13</sup>. Y es que, de momento, él quería tomar el territorio mencionado como lugar de apoyo para sus grandes correrías por el Atlántico. Con él empieza la otra serie: la que ha de culminar en Drake, o acaso en Nelson.

Por otra parte, la fallida insistencia en África de los Señores de Lanzarote y Fuerteventura, originó una potente reacción indígena. Después de aniquilada Mar Pequeña, y de rechazados varios

---

13 Rumeu publica un dibujo de Williams, en el que aparece la casa fuerte que sirvió de guarida a Hawkins.

núcleos de españoles, y de haberse apoderado de mucha gente, los berberiscos empezaron a atacar las islas más inmediatas a su tierra, llevando la desgracia a las familias inocentes y originando pérdidas bastante graves.

Gonzalo de Saavedra repelió varios ataques. La potente situación de Santa María de Betancuría (en Fuerteventura), lo salvó de un gran desastre. Desde esa capital, y con auxilio de la gente que había cogido en expediciones anteriores y que conocía bien la táctica de las fuerzas berberiscas, envolvió distintas veces a los recién desembarcados, y los indujo a no insistir en sus proyectos. No obstante, los agresores encontraron en la costa lo suficiente para no irse de vacío a Mauritania.

En 1569, el propio sultán de Fez envió una columna contra Canarias. Mediado el mes de septiembre, nueve galeras, con 700 hombres que mandaba el emisario Calafat, aparecieron frente a Lanzarote. El Conde se defendió enérgicamente. Pidió auxilio a Gran Canaria. La Audiencia hizo un esfuerzo para ayudarle. Mas cuando los expedicionarios —a las órdenes del tercer Adelantado— llegaron a Arrecife, ya los berberiscos habían huído, llevándose de todo —incluso isleños— y habiendo saqueado la isla en todos sentidos durante más de 15 días.

Jacques de Sores, en 1570, cruzó diversas veces frente al Hierro, a la Gomera y a La Palma. Y tanto se movió entre ellas que al fin halló una nave portuguesa que iba al Brasil llevando a bordo unos cuarenta sacerdotes, jesuítas casi todos. El capitán pirata y los tripulantes, que eran hugonotes, no tardaron en vengarse de los que ellos creían ser la causa de una parte no pequeña de sus males. Mataron a los religiosos, y robaron cuanto había en la bodega. Perdonaron, luego, a los marinos. Y, seguidamente, Jacques de Sores, sin agua, ni casi subsistencias, recaló en San Sebastián de la Gomera, donde pudo abastecerse y donde fué invitado a una espléndida comida por el Señor de la isla, Don Diego Ayala y Rojas<sup>14</sup>.

---

14 El Papa Benedicto IV reconoce en 1742 el martirologio de los jesuítas. En la Parroquia del Salvador de Santa Cruz de La Palma, se conserva un cuadro anónimo en el que figuran 8 de ellos, con espadas a través del corazón, hachas y cuchillos en la cabeza, y manando sangre por todas sus heridas.

Y aún hubo más. En 1571, se produjeron agresiones de origen muy diverso. Williams Winter atacó la capital de Tenerife en abril, sin resultado alguno. Bartolomé Bayón, piloto lusitano al servicio de Inglaterra, estuvo en la Isleta y en Melenara durante los meses de junio y julio, y dejó tristísimos recuerdos. En agosto siguiente, el corsario Dogali cayó de pronto en Arrecife y le produjo graves daños. Y, por último, en septiembre de igual año, se presentó ante la Gomera, Jean de Capdeville, con siete naves francesas y una inglesa; desembarcó en San Sebastián con sus piratas, y saqueó a placer la villa. Entonces, el Conde y Señor de la isla, Don Diego Ayala y Rojas, hijo de Guillén Peraza, contraatacó briosamente, mas no lo suficientemente pronto para evitar desmanes y destrozos.

En 1581, los capitanes Le Testú y La Motte atacaron otra vez a Lanzarote, y se apoderaron de unos navíos españoles que se hallaban refugiados en el puerto. En febrero de 1583, la capital de La Gomera fué agredida por una división naval que destacó el «prior de Crato»; hubo un combate muy violento, pero escaso resultado práctico para los invasores. En 1586, Lanzarote —nuevamente— fué defendida contra los moros por los 250 hombres de que disponían Don Agustín de Herrera y su yerno y colaborador Don Gonzalo Argote de Molina<sup>15</sup>. Y casi al mismo tiempo, los ingleses saquearon el ingenio de los Ponte en Adeje, y desembarcaron varias veces en las inmediaciones de Maspalomas.

También en 1586, los piratas argelinos invadieron Lanzarote «la infeliz». Un tal Amurat, con siete galeras, atacó la fortaleza; se apoderó de ella, y, recorriendo la isla, la dejó más arruinada que en ocasiones anteriores.

En fin, los argelinos regresaron a Canarias en 1593. Tomaron tierra en Fuerteventura y arrasaron Betancuria, que, hasta esa fecha, había sido un refugio muy seguro en caso de agresión.

---

15 Argote de Molina, Señor de la Torre de Gíl de Olid y Provincial de la Santa Hermandad de Andalucía, era militar, poeta e historiador. Su carrera militar fué breve. Estuvo a las órdenes de Don Juan de Austria. Combatió a los moriscos granadinos, y, años después, apareció en Tegúise donde se celebró su boda con la hija del Marqués de Lanzarote.

## Drake, genio del corso

Francis Drake nació en 1545, de padre navegante y hacendado. Pasó toda su juventud en alta mar. Empezó sus correrías en 1570, protegido por varios mercaderes londinenses. Navegó mucho por el Atlántico. Realizó bastante bandidaje en las Antillas y en Tierra Firme. Entró en la bahía de Cádiz, y quemó veintiseis naves españolas. Y, en consecuencia de sus llamados éxitos, fué colmado de honores por su reina, y los ingleses lo elevaron a la categoría de héroe nacional.

Su viaje alrededor del mundo acabó de hacerlo célebre. Y, después de él, fué cuando se ocupó de las Canarias.

Drake apareció por Lanzarote en noviembre de 1585 sin realizar acción de guerra alguna. Surgió a los pocos días frente a Santa Cruz de La Palma. Una parte de su flota rodeó la isla y se detuvo en Tazacorte, a fin de retener en esa zona a un núcleo grande de defensores. Las naves principales bombardearon la capital, mas sin que eso originara daños importantes. Los cañones de la plaza contestaron al fuego del pirata, y esto fué suficiente para evitar el desembarco.

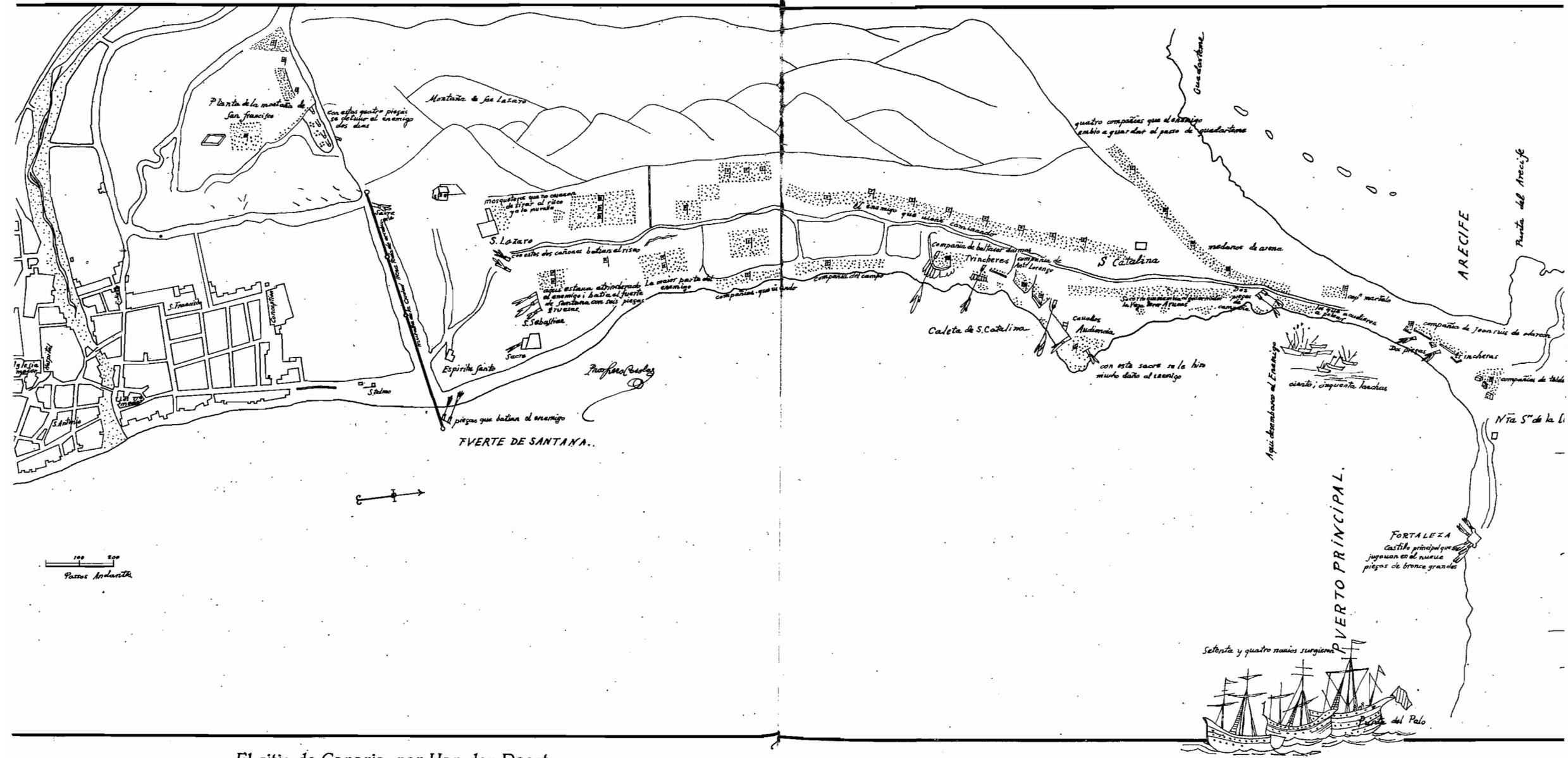
Estuvo luego en La Gomera donde las pocas piezas existentes dispararon igualmente contra sus barcos. Y, desde La Gomera, pasó a la Isla del Hierro en la que tomó tierra sin resistencia, aunque renunciando a subir hasta Valverde, no sólo a causa de la pendiente y de las malas condiciones del camino, sino porque la borrasca le impedía seguir anclado en el único y deficiente fondeadero que existía.

Seguidamente hubo una pausa; pero la sensación de que otra escuadra podía dar un golpe de mano, duró bastante tiempo. Hubo alarmas, pero no se trabajó lo suficiente. Fué necesario que la información se repitiera —y aún fuera segura— para que el día 6 de octubre de 1595, cuando los barcos del mismo Francis Drake se presentaban ante el Puerto de la Luz en Gran Canaria, estuvieran ya dispuestos los tercios de milicias, y guarnecidos los castillos, y defendidas las varias trincheras que los cubrían.

Además de mil hombres movilizados en Las Palmas y en los pueblos inmediatos, que se hallaban a las órdenes del gobernador



*Modelo de una nave utilizada por el Almirante Drake*



El sitio de Canaria, por Van der Doest  
 Dibujo semipanorámico de Próspero Cassola,  
 encontrado en los Archivos de la Universidad de Coimbra  
 y reproducido por Don Simón Benítez.

LAMINA 24 (DOBLE)

Planta del sitio de Canaria  
 Ita. //  
 Embiada de D.º de Canaria  
 en el año 1599

U. y t.  
 Leg.º 548.  
 1899



## LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

El Puerto de La Luz y el Confital  
Croquis del siglo XVII

Alvarado, Tenerife agregó otros cuatrocientos que mandaba Cabrera de Rojas.

El almirante británico acercó unos quince navíos, y largó las áncoras frente a la casa-fuerte de Santa Catalina; y, a guisa de «preparación» y «apoyo directo», batió la obra con sus cañones, al tiempo que unos quinientos hombres, en veintisiete botes, se dirigían hacia tierra. No es posible concretar si las fuerzas de Alvarado se hallaban ya instaladas cuando empezó el intenso cañoneo, o si a consecuencia de éste el Gobernador de Gran Canaria ordenó que se acercaran al castillo. Sin embargo, es evidente que en aquél instante había más de ochocientos milicianos con un par de piezas de campaña, atrincherados entre el fuerte y el litoral. Santa Catalina contestó al fuego enemigo, y la defensa exterior aniquiló a los pocos atacantes que llegaron a la costa. Y, de este modo, el intento quedó desbaratado: las veintisiete lanchas y unos cuatrocientos hombres del Almirante Drake se retiraron penosamente.

En 1593, la isla de Lanzarote volvió a ser invadida. Los moros desembarcaron en las inmediaciones de Arrecife. El arraez Jaban, con seiscientos hombres, puso a saco el pueblo y una parte de su zona. Se movió, impune, por la costa norte; y, harto ya de fechorías, se pasó a Fuerteventura, donde prosiguió su hazaña y se reembarcó tan sólo después de acuchillar a los doscientos hombres que habían sido enviados por el Marqués de Bedmar<sup>16</sup>, desde Las Palmas, para salvar al Señor de Saavedra.

A principios de 1596, hubo otra amenaza. Súpose que el Conde de Essex había destacado cincuenta velas hacia los mares inmediatos a Canarias. Después de su victoria sobre Cádiz, resultaba, dicha escuadra, francamente amenazadora. Faltaba, sin embargo, saber a dónde iba. Todas las islas se sintieron en peligro. Cada una pretendía que las otras la apoyaran; y esto originó desbarajuste, y fué difícil prepararse. Y —¿cómo no?— la víctima inicial fué Lanzarote. Las fuerzas navales de Cumberland anclaron ante la isla el día 13 de abril. Sin oposición, desembarcaron quinientos hombres que mandaba Berkley y que se dirigieron sobre Arrecife, abandonado por los isleños para asegurar sus propias vi-

---

16 Don Luis de la Cueva y Benavides, primer Capitán General de Canarias, del cual se tratará en el capítulo siguiente. (Tercera Parte, XIII).

das. De este modo, el invasor se pudo apoderar de cuanto quiso; y, esto realizado, emprendió el camino hacia su meta, que estaba allende el Océano Atlántico<sup>17</sup>.

## El Almirante Van der Doest

Las andanzas del Duque de Alba en Flandes habían dejado un triste sedimento. La ejecución de los Condes de Horn y de Egmont no había sido perdonada. La continua lucha sostenida por aquél primero, por Requeséns, por Don Juan de Austria y por Alejandro Farnesio, indujo a correrías contra España que se prolongaron hasta después de la abdicación parcial de Felipe II, y de que la Infanta Isabel Clara Eugenia se hiciera cargo del Gobierno de los Países Bajos.

Y, entre tales correrías, figura la catastrófica ofensiva de Van der Doest.

En mayo de 1599 el corsario holandés apareció ante La Gomera con una armada de noventa y nueve velas. Se llevó tres piezas de la torre<sup>18</sup> y una parte de los caudales depositados en ella. Saqueó San Sebastián, y se marchó con un botín cuantioso del que formaba parte la campana de la iglesia.

Se presentó después frente a Las Palmas. Sin duda los desembarcos en Lanzarote, realizados tan fácilmente, le indujeron a suponer que todo iría a medida de sus deseos. Mas como quiera que el intento del Almirante Drake había sido rechazado —y este éxito había envalentonado mucho a las milicias—, ocurrió que lejos de arredrarse, el gobernador Alvarado y su segundo Pamocha-

17 Aunque Berkley no permitió se hiciese daño alguno a los edificios, no omitió ninguna diligencia para aprisionar a aquellas personas cuya extremada agilidad, gallarda estatura y garbo en defenderse con el manejo de piedras y de lanzas, le habían hecho la más viva impresión. Señaladamente había quedado muy prendado de la admirable destreza con que cosiéndose contra el suelo al tiempo que se les apuntaba con las armas de fuego, se levantaban así que oían la descarga e incomodaban con sus chuzos y remolinos a los batallones. (VIERA: Libro décimo. X).

18 El almirante robó 3 culebrinas de bronce de a 36, 34 y 18 libras respectivamente. (Relación del Capitán y Sargento mayor de la plaza, Don Bartolomé Román de la Peña).

moso contuvieron la invasión y obligaron nuevamente al invasor a retirarse.

La escuadra de Pieter Van der Doest se componía de setenta y seis navíos y transportaba diez mil hombres. Se dirigía a las Indias; y, de paso, el Almirante creyó oportuno y fácil apoderarse de Canarias, que eran su llave. Se presentó —según lo dicho— ante el castillo de La Luz, a primera hora del 26 de junio. Rompió el fuego de sus piezas contra el fuerte, y lanzó unas ciento veinte lanchas hacia la costa.

El tiro terrestre desbarató la nave capitana. Pero, las cinco compañías de milicias, más once piezas de campaña que protegían la fortaleza, dejaron que los invasores se acercaran mucho a la costa antes de iniciar contra ellos su potente acción. Dos embarcaciones zozobraron, y las demás retrocedieron con muchas pérdidas.

La segunda ofensiva fué llevada contra Santa Catalina. El propio Van der Doest dirigió la operación. Se aproximó con la vanguardia; pero, cerca de tierra, tuvo que luchar personalmente con los milicianos de Canarias que arremetieron contra su falúa. De milagro, quedó ileso. Se puso al frente de la segunda ola de asalto que se componía de unos cuatro mil soldados. El fuego de la escuadra dejó, en ese momento, de batir el fuerte, y fué dirigido contra las fuerzas defensoras. El Gobernador Alvarado perdió su caballo y quedó herido; varios capitanes fueron muertos; las milicias empezaron a ceder, y los invasores llegaron a la orilla. En seguida organizaron el asalto a la fortaleza, que se hallaba defendida por ochenta milicianos. La flota comenzó a cañonearla, y produjo numerosas bajas. La guarnición cedió; y, al mismo tiempo, las fuerzas exteriores, mandadas por el Teniente Don Antonio Pamochamoso, se retiraron hacia el pueblo y el castillo de Santa Ana.

El 27 por la mañana, las milicias se habían hecho fuertes en dicho Santa Ana, en San Francisco y en la Mata. Entretanto, el enemigo había sacado la artillería de bronce del castillo de La Luz y la había instalado en las inmediaciones de San Lázaro y San Sebastián. El istmo y la Isleta quedaron aislados. Nuestras fuerzas se oponían solamente a los holandeses que avanzaban hacia el corazón de Gran Canaria. Santa Ana fué atacada con violencia. Mas quedó indefensa al agotar sus municiones; y, entonces, su comandante mandó tapar las aspilleras con colchones, y, cerrada bien la

puerta, arrojó la llave al enemigo. Pero, a pesar de todo, la defensa tuvo un límite, y ese enemigo rebasó la línea que cerraban los castillos.

Sin duda alguna, los holandeses penetraron por la muralla norte de la ciudad, cuya puerta de Triana constituía la única comunicación entre el puerto y la población; y seguidamente rebasaron la muralla sur, que era aún más rudimentaria que la norte. Se apoderaron de las obras, y llegaron hasta el Guiniguada. Torcieron, luego, hacia el oeste; y, en cinco columnas, emprendieron la subida al Lentiscal. Pero los nuestros, en contacto con sus vanguardias y observando siempre su penosa marcha, aprovecharon la primera coyuntura para sorprenderlos. El descanso de una columna sirvió de base para el contraataque. La hueste de Pamochamoso aprovechó la espesura para caer improvisadamente sobre los ballesteros que reposaban cerca de una fuente y sobre unos jinetes que llevaban —de seguro— *borgoñota*, *coselete* y *mangas de malla*<sup>19</sup> (según andaban todavía los de Flandes durante la olvidada euforia carlosquinteña). El éxito fué completo; los holandeses sufrieron muchas bajas y emprendieron el regreso más que aprisa<sup>20</sup>. Y así las otras columnas, dándose cuenta de que los españoles y canarios estaban casi a retaguardia suya, temieron por su suerte y también se retiraron. Por la noche, los fugitivos prendieron fuego a lo que hallaron a su paso. Las hordas trabajaron, y se agregaron a las mismas no pocos indeseables de Las Palmas. Muchos vencidos se pararon en los lugares donde se reunía lo peor de la ciudad naciente. Y la noche fué de espanto, y duró hasta la del alba en que los soldados y marineros enemigos reembarcaron en su flota, no sin llevarse por delante mucho vino y mucha azúcar, los cañones de los fuertes y las campanas de la Iglesia Catedral. Por nuestra parte, tuvimos treinta muertos, entre los cuales figuraba el digno gobernador Alvarado; y la capital perdió su preciosa Iglesia de San Francisco, su archivo y su Palacio Episcopal.

19 ANTONIO MARICHALAR: *Julián Romero* (Madrid, 1952).

20 El teniente Pamochamoso y la Real Audiencia dirigieron esta operación desde el poblado de Santa Brígida.

## Los Herrera y los Saavedra

No parece lógico cerrar el siglo XVI sin recordar que en relación a él, casi todos los historiadores conceden gran interés a las andanzas de la familia Lanzarote. El primer Conde y Marqués de dicho título, Don Agustín de Herrera, fué, en efecto, el que se apuntó el buen tanto de haber parado la invasión de Berkley en 1596, y eso a pesar de que este último llegó a Teguíse, la capital lejana y recogida en sitio apropiado para mantenerse libre de agresiones. Y dicho caballero es el que Viera<sup>21</sup> y varios otros encumbran más de lo debido por «sus liberalidades» y por tratarse de persona que pudo —según ellos— ser modelo para el futuro Don Quijote de la Mancha; y aún ha de agregarse que su aparatosa conquista de La Madera —para la cual aprovechó una coyuntura favorable— le proporcionó el sincero afecto y el agradecimiento del Rey Felipe II.

Pues bien, Don Agustín de Herrera casó, primero, con Doña Inés Benítez. No tuvo descendencia. Se enamoró, después, de una tal Doña Bernarda de Cabrera, mujer de un genovés ilustre que misteriosamente falleció. De estos amores, nacieron Doña Juana y Doña Constanza, que llevaron siempre el apellido de su padre, y que vivieron con su madre en el Castillo de Arrecife, como señoras principales y propietarias del valioso feudo. Doña Constanza contrajo matrimonio con Argote de Molina, citado anteriormente, y por ser «hija más cierta» fué legitimada por su padre. Doña Juana, entonces, se marchó a la isla de La Madera con su madre. Esta tomó el velo en Santa Clara; y aquélla se casó —muy aparatosamente— con cierto hidalgo mayoritario y perteneciente a una familia portuguesa de alto vuelo.

Doña Inés murió sin hijos, en 1588. Y el marqués, entonces, se desposó con Doña Mariana Manrique de la Vega, que le llevó diez mil ducados en dote<sup>22</sup>.

---

21 Libro décimo, XI y siguientes.

22 Doña Mariana tuvo un hijo en 1594 que, igualmente, se llamó Agustín de Herrera, y fué después Señor y Marqués de Lanzarote. Murió sin gloria ni pro-

A consecuencia de esta boda, las buenas relaciones entre el marqués de Lanzarote y su yerno Argote de Molina, se enfriaron mucho. Este último trató de apoderarse del gobierno civil y militar de Fuerteventura. Recurrió al efecto a la ayuda del Capitán General del Archipiélago, La Cueva y Benavides; y éste, con el pretexto de que los Saavedra no serían capaces de proteger debidamente su territorio contra una invasión de fuera, apoyó a Molina, y se llevó preso a Don Gonzalo de Saavedra por razones que saldrán más adelante a relucir<sup>23</sup>, y maltrató a los muchos que trataron de oponerse a lo dispuesto por él mismo. Y Argote de Molina hubiera sido el nuevo Señor de Fuerteventura, de no haber mediado la Corona, que ordenó a La Cueva *se abstudiese de apoyar las ambiciosas pretensiones de Molina y le hiciese retirar de aquella isla, dejando a la Casa de Saavedra en la pacífica posesion de que gozaba*<sup>24</sup>.

Y la intención que se ha tenido al detallar un poco la presente anécdota, no es otra que la de referir esta desavenencia, única en su género en la historia de Canarias. Jamás ha habido hostilidades entre dos islas diferentes. A lo más, desacuerdos casi platónicos. Y aunque no hubo en este caso una campaña regular, es evidente que la intervención del Marqués de Bedmar tuvo un carácter partidista y francamente opuesto a las tristes consecuencias de la lucha moral y política entre los Saavedra y los Herrera.

---

vecho en 1631, dejando su escasa fortuna a otro Agustín de Herrera, tercer Marqués de Lanzarote, y sin haber desenredado la madeja resultante de infinitas controversias originadas por sus parientes, los Señores de Fuerteventura y los Condes de la Gomera; controversias en las que participaron las diferentes casas que se creían con derecho a alguno de los citados títulos: la de Ayala, por una parte, y la de Infantado y Lerma, por la otra.

23 Tercera Parte, XIII.

24 VIERA: Libro décimo, XV.

## XIII

# Los Capitanes Generales

1589-1706

### Resumen previo

Este capítulo se ocupa de los primeros Capitanes Generales. Se refiere, concretamente, a Don Luis de la Cueva, cuyo mando constituyó un desgraciado ensayo, y a los que le siguieron durante el siglo XVII. Y no puede chocar que sean tales figuras las que le proporcionan título, porque la desavenencia que hubo en ese siglo entre los citados Capitanes o Comandantes Generales de Canarias y las demás autoridades del Archipiélago fueron suficientemente graves para destacarse sobre todo lo demás.

Por otra parte, nuestra historia es bélica ante todo; y ya que las invasiones merman durante el citado siglo, no está de más anteponerles personajes militares.

### El Marqués de Bedmar

Don Luis de la Cueva y Benavides, Marqués de Bedmar, fué nombrado Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Canarias, en 1589. Llegó a Las Palmas en plena primavera. El regente Pedro López de Aldaya cesó en el ejercicio de su misión; y los «capitanes gobernadores» de Tenerife y Gran Canaria, Melchor Morales y Tomás de Cangas, adoptaron el sencillo título de «corregidores y capitanes a guerra» de sus respectivos grupos.

En las islas principales el recién nombrado Capitán General de Canarias fué acogido con bastante prevención, y en las meno-

res fué recibido con muchísimo disgusto. Los Señores de las últimas temían que sus funciones propias sufrieran bastante merma, y que esta merma redundara en perjuicio de sus derechos privativos y hereditarios; y; en vista de eso, estaban dispuestos a hacer lo posible para impedir lo que ellos calificaban de «intolerable intromisión». Se mantuvieron sobre aviso, y observaron los primeros movimientos y decisiones del nuevo Jefe. Acataron los nombramientos destinados a dar a cada isla un «Comandante de las Fuerzas Militares», y soportaron con paciencia la idea de que Lanzarote y Fuerteventura tuviesen un solo Jefe encargado de coordinar sus dos acciones; y encajaron de hecho tan peligrosa decisión, porque, simultáneamente, fueron nombrados «Segundos Jefes» de cada una de esas islas los mismos capitanes que ejercían anteriormente las funciones de «Primero y solo Jefe». Pero, cuando llegó el momento de realizar operaciones, la situación inconfortable se convirtió en insostenible. El Capitán General de Canarias no halló un ambiente favorable, ni aún en las ocasiones en que acudía con sus tropas en defensa de los que estaban amenazados de muerte por los intrusos. Los Saavedra sobre todo, arriesgaron su propia hacienda y los intereses de la Patria en beneficio de su fuero.

Mediaba el año 1590, cuando una fragata inglesa largó sus áncoras a poco menos de una milla de Puerto Cabras. La tripulación desembarcó, y se desmandó inmediatamente. Empezaron los saqueos y los robos. Los pocos milicianos disponibles se unieron a los hombres de Saavedra con el fin de rechazar al adversario. Pero, empezado el contra-ataque, aquél dejó en plena estacada al «Gobernador Segundo Jefe» de la isla, con lo que éste se encontró en una situación algo apurada y de la cual salió con bien a consecuencia del esfuerzo de su gente. Todo concluyó en forma debida, pero la conducta de Fernando de Saavedra disgustó muy seriamente al General La Cueva y Benavides. Y mayor disgusto aún le originó la expedición a Berbería organizada algo más tarde por Don Gonzalo de Saavedra —hijo de Fernando—, contra el parecer del Rey y el de su emisario en las Canarias; y este alarde no tuvo más objeto que el de hacer ostentación de independencia: ostentación que fué notoria, y tomó una forma inadmisibile. En efecto, el de Saavedra rompió en varios pedazos el documento en que el monarca le prohibía la reiteración de tales actos, y... *lo metió por*

taco en un cañón<sup>1</sup> que disparó, y salió de nuevo en dirección a Berbería. Cogió unos treinta moros, y perdió no poca gente. La jugada quedó en «tablas»; pero Don Gonzalo consiguió lo que quería: imponer su voluntad a la autoridad nombrada por el Rey. Fué arrestado por La Cueva; mas Don Fernando obtuvo su perdón, y aún logró que se ordenase al General que reintegrase a los Saavedra el mando señorial y militar de Majorata y de Jandía.

En estas condiciones, la situación se atirantaba. Una intervención de los de fuera podía originar una postura peligrosa. Y, en efecto, el hecho se produjo. Ha sido relatado en el capítulo anterior. Se trata de la invasión del año 1593 que dió lugar a la infructuosa intervención de los doscientos hombres enviados por Don Luís, que no pudieron ayudar a los Saavedra por caer en manos de los propios moros que ellos pretendían exterminar<sup>2</sup>.

Este caso dió lugar a más protestas; y, ante ellas, el monarca se decidió a restablecer la situación antigua, y ordenó a Don Luís de la Cueva y Benavides que cesara en las funciones que ejercía.

## Andía Irrarázabal

Durante los primeros años del siglo XVII, los berberiscos realizaron varios intentos de invasión, fallidos, unos, y, de escaso interés, los otros. Lanzarote y Fuerteventura fueron sus metas principales.

Parecía, en efecto, que las operaciones de los moros languidecían, cuando, el primero de mayo de 1617, apareció delante de Arrecife una flota de sesenta barcos, trayendo a bordo un pequeño ejército compuesto de soldados turcos y mauritanos. Subieron a Teguisse que fué saqueada y presa de las llamas. Siguieron luego al valle de Haría, en busca de los habitantes que se habían escondido en la cueva interminable que rebasa dicha zona. Bloquearon la salida y esperaron. Pero, al cabo de algún tiempo, descubrieron que los refugiados recibían subsistencias por una entrada que ellos desconocían. La cerraron igualmente; y obligaron a los nuestros a

---

1 MONTERO: *Ob. cit.* (Tomo I).

2 *Canarias en la Brecha*, XII.

rendirse. Novecientos hombres y mujeres cayeron en poder del invasor, y fueron reducidos a una triste esclavitud.

Realizada su cruel hazaña, los moros y los turcos se fueron a otra isla. Saquearon la capital de La Gomera, dismantelaron su famosa torre, destruyeron las principales casas y quemaron los archivos; y por último hicieron excursiones tierra adentro para llevarse algunos prisioneros.

Por otra parte —y poco después de las citadas incursiones— Tazacorte fué bloqueada infructuosamente por los turcos; y aún anduvieron a la zaga varios núcleos de piratas argelinos que no se decidieron a efectuar un desembarco.

Después, hubo nuevas agresiones.

Era imposible continuar de esa manera. Y, a consecuencia de ello, y de tan inconfortable situación del Archipiélago, el Conde-Duque de Olivares decidió ponerlo bajo los auspicios de un personaje que atendiese a su defensa, tomando en mano todo cuanto estuviese conectado con las fortificaciones, el armamento, los víveres y los recursos de todo género. No quiso llamarlo «Capitán General de Canarias», a causa de los disgustos habidos durante la estancia del primero. Lo llamó, tan sólo, «Veedor y Reformador de la Guerra»; y designó para este cargo a Don Francisco González de Andía e Irarrázabal<sup>3</sup>, que había contribuído eficazmente a la expulsión de los moriscos, en España.

Andía Irarrázabal llegó a Las Palmas a fin de julio de 1625. Fué recibido malamente. En virtud de su presencia, las atribuciones de las antiguas autoridades y de la Audiencia quedaban reducidas; y, por añadidura, la naturaleza de su cargo le obligaba a conceder a la defensa una importancia superior a la que deseaban otorgarle los propios que habían sufrido tan violentísimos ataques de piratas y corsarios. Y es que los malos ratos se olvidaban enseguida, y las fortificaciones se construían con cierto detrimento del bienestar individual.

Don Francisco de Andía inspeccionó severamente las milicias de Canarias. En uso de las facultades que tenía conferidas, dejó cesantes a varios maestros de campo y a numerosos capitanes y

---

3 Comendador de Aguilarejo y Caballero de Santiago.

oficiales. Nombró un «fortificador» de cada isla, y dictó varios proyectos encaminados a reforzar las obras ya existentes. Estuvo cerca de cuatro años en Las Palmas, y logró captar la simpatía de los que tan a mal tomaron su nombramiento. Pasó a Tenerife, y cesó en el cargo. Fué despedido con afecto en el Puerto de la Cruz; y su nombre estaba ya casi olvidado, cuando al cabo de dos meses apareció entre la Gomera y el Hierro la carabela en que había embarcado. El barco fué hallado sin gente, con la arboladura destrozada, manchas de sangre en la cubierta, y los papeles en desorden. Se practicaron diligencias; se dió cuenta del hallazgo a la Península, y se hicieron averiguaciones de todo género para poner en claro si Andía Irrarázabal había muerto o se hallaba detenido en otro lado. Pasó algún tiempo, y se desesperaba ya de conocer la suerte del ilustre jefe, cuando un buen día llegó a Madrid el interesado. Había sido capturado por los moros, y luego, rescatado por un judío que se apiadó de su desgracia o aceptó dinero por tan buen servicio.

## El patriotismo de Canarias

Como consecuencia del informe presentado a la Corona por Don Francisco González de Andía, el cargo de Capitán General del Archipiélago adquirió un carácter definitivo. La Audiencia protestó, y protestaron innumerables Ayuntamientos cuyas atribuciones quedaban reducidas a consecuencia de los poderes que se daban al Supremo Jefe de Canarias. No obstante, el Gobierno —ya instalado en el Madrid actual— se mantuvo extraordinariamente firme. Los antiguos gobernadores fueron reemplazados por corregidores; siendo designados, para Tenerife, Don Jerónimo Boquín, Sargento Mayor y Caballero de Santiago, y, para Gran Canaria, el Capitán Diego de Oviedo. Poco después —en 1629—, fué nombrado Capitán General interino y Presidente de la Audiencia, el Capitán y Sargento Mayor Don Juan de Rivera y Zambrana. Y, desde entonces, con atribuciones cada vez más reducidas, los Capitanes Generales de las Islas Canarias se han sucedido hasta nuestros días.

El mando de Rivera fué tranquilo. No hubo disturbios. Tampoco hubo agresiones.

En Europa, seguía el intento de pacificación de los Países Bajos, y esta lucha vino a complicarse con la titulada «Guerra de los Treinta Años», cuyo interés fué suficiente para retener a los holandeses que tanto deseaban desquitarse del fracaso de Van der Doest. Por otra parte, el desembarco realizado por los ingleses cerca de Cádiz, mediante el cual se apoderaron de la torre del Puntal, dió lugar a expediciones contra las costas de Inglaterra que retuvieron igualmente a los marinos británicos. Y, sin duda, tales hechos cooperaron a la ausencia de piratas europeos en las cercanías de Canarias.

En ese tiempo, no hubo más peligro que el de Berbería. Mauritania seguía hostil, pero sus fuerzas tampoco amenazaron a Lanzarote ni a Fuerteventura durante el mando de Rivera. Este no tuvo más adversario efectivo que el corregidor Don Diego de Alvarado, que no pudiendo acostumbrarse a obedecer, fué multado varias veces, como así también lo fueron los que siguiendo sus consejos originaron disensiones con la Superioridad.

A Don Juan de Rivera, sucedió Don Iñigo de Brizuela, que estuvo en Canarias desde 1634 hasta fin de 1638, fecha en que falleció. Nada digno de mención se puede señalar en relación a su mandato, si no es lo referente a sus continuas desavenencias con los corregidores y ayuntamientos. Unos y otros insistieron en Madrid sobre la necesidad de volver al sistema antiguo. Pero el Conde-Duque de Olivares, Jefe del Estado, por dejación del Rey Felipe IV, se negó de un modo terminante a suprimir el nuevo régimen del Archipiélago Feliz.

La negativa originó disturbios. El sucesor accidental del General Brizuela estuvo sometido a un proceso que le formaron los Oidores. Los alcaldes lo arrestaron, y le pusieron centinelas. Las campanas repicaron, y las milicias fueron movilizadas para tratar de restablecer la autoridad del verdadero Jefe.

En 1638 llegó a Las Palmas Don Luis Fernández de Córdoba y Arce. Era el quinto Comandante Militar de las Canarias. Durante su mando, los resentimientos políticos siguieron. Pero, a pesar de todo, lo más interesante de su tiempo fué la odisea que él soportó directamente. Inspeccionaba sus diferentes islas, y se hallaba en

Garachico, dispuesto a navegar hacia La Palma, cuando una fragata, al parecer napolitana, le ofreció pasaje a bordo en condiciones francamente ventajosas. Fernández de Córdoba aceptó, mas pudo pronto darse cuenta de que el navío tomaba un rumbo muy diverso al convenido. Los holandeses, tripulantes encubiertos, amenazaron pronto al General. Lo hicieron prisionero, y lo condujeron a Amsterdam. Pero, una vez desembarcado, el Gobierno de los Países Bajos le ofreció todo género de excusas, y depuso al Comandante de la nave. Don Luis Fernández de Córdoba fué traído a Lanzarote, y se trasladó enseguida al puerto de La Orotava, en el que fué acogido con verdadera simpatía, y conducido en triunfo a La Laguna<sup>4</sup>.

Reintegrado a su puesto, el General Fernández de Córdoba tuvo que hacer frente a una crujía de importancia extraordinaria. La sublevación de Portugal, basada, casi exclusivamente, en nuestra decadencia, originó, en muy breve plazo, la independencia de la nación vecina. Los españoles se marcharon, y el Duque de Braganza fué elevado al trono. La noticia circuló rápidamente, y llegó enseguida a las colonias. Dos bajeles recorrieron Cabo Verde y la Madera, y lograron fácilmente que ambos archipiélagos se unieran al movimiento separatista. Varios militares castellanos fueron expulsados de Funchal; y se fueron a Arrecife, donde la noticia originó mucha zozobra.

Tan rápida y violenta división de la Península podía tener repercusiones en Canarias. Podía incluso motivar operaciones en los otros archipiélagos del Atlántico Oriental. Es más, los soldados españoles que llegaron a Lanzarote procedentes de la Madera, hablaron de posibles expediciones destinadas a realizar el viejo sueño del reino portugués —la anexión de las Canarias—, que igualmente lo era de las islas que habían seguido el movimiento lusitano.

Se hicieron intimaciones. Pero, lejos de aceptarlas, Canarias se mantuvo extraordinariamente fiel a España. No hubo expediciones militares; mas de haber habido alguna, el resultado hubiera

---

4 *Le salió al encuentro media ciudad. Encendiéronse aquella noche luminarias, hubo mojigangas y mascaradas, en que se distinguieron los principales caballeros... Los mercaderes y gremios de artesanos tomaron por su cuenta la segunda noche...* (VIERA: Libro décimocuarto, XI).

sido semejante al de las muchas anteriores. El posible jefe lusitano habría seguido la desdichada suerte de los Drake y de los Van der Doest.

Y, no sólo estaba el Archipiélago dispuesto a rechazar toda intrusión de fuerzas portuguesas, sino que incluso contribuyó a los gastos originados por los desórdenes, enviando, como donativo, una suma equivalente a cien mil ducados; y además comunicó la noticia de haber sido apresado un navío holandés cuyos cañones ya se estaban repartiendo entre los fuertes que protegían las islas.

## La malvasía y la paz interna

A Fernández de Córdoba, sucedió Don Pedro Carrillo de Guzmán (1644-1650), que tuvo dificultades políticas y presenció el gran aluvión que cegó el puerto de Garachico, y aún asistió a la imponente erupción de Tigalato, en la isla de La Palma, que cubrió de lava el manantial de Fuencaliente y asoló toda la zona circundante.

El Capitán General siguiente fué Don Alfonso Dávila y Guzmán (1650-1659), cuya prudencia evitó serios conflictos. Durante su mandato apareció una ley de levas que resultaba ser algo abusiva para los habitantes del Archipiélago. Varios alcaldes protestaron de ella, y procuraron que el Jefe Supremo del Archipiélago no la cumpliera. Este, por supuesto, se negó a la pretensión de los ayuntamientos. La gente, en vista de ello, «se fué al monte» para «hacer vida de guanche» y eludir en esta forma el compromiso. Vióse, entonces, Don Alfonso, en la precisión de acudir a la fuerza militar para obligar a los canarios a cumplir con sus deberes. Pero lo hizo con el tacto suficiente para evitar las consecuencias que una violenta acción hubiera acarreado.

Simultáneamente, los vinos originaron otro conflicto. Para exportar en grande, era indispensable ser amigo de Inglaterra, y esto equivalía a hacer la vista gorda cuando llegaban los piratas. Pero, los pequeños cosecheros preferían evitar las piraterías, aún a costa de no hacer exportaciones. Y, como quiera que ambas orientaciones eran opuestas e incompatibles, surgieron desavenencias que fueron de muy difícil solución. Dióse, en efecto, el caso

curiosísimo de que a pesar de las constantes agresiones, los Capitanes Generales protegían a los ingleses en lo que estaba concertado con el comercio en grande de la malvasía, mientras que la Audiencia y el pueblo soberano ayudaban solamente a los pequeños vendedores. Hubo discordias. Todos se quejaron. Y nadie sabía, en la Península, a qué carta convenía más quedarse.

Pero, el gobierno adoptó la pauta preconizada por los ayuntamientos. A consecuencia de la situación creada, el Capitán General del Archipiélago recibió la orden de embargar todos los bienes pertenecientes a los súbditos británicos, buques incluidos. Mas, como es lógico, la ejecución de lo mandado hizo pensar en posibilidades de una importante represalia, y en la necesidad de tener que rechazar otra invasión. Y Don Alfonso Dávila se hizo cargo de ésto inmediatamente. Pidió armamento a España, y satisfizo su importe con arreglo a como a la sazón se hacían las cuentas militares. Modificó la organización de las milicias; aumentó los Tercios, y varió el despliegue de las fuerzas. Impulsó las obras del castiello de San Felipe en la Gomera, y proyectó una fortaleza en La Laguna, junto al risco de San Roque. En fin, se preocupó de sus graneros y repuestos, distribuyéndolos debidamente y protegiéndolos contra las agresiones enemigas.

## Ingleses y holandeses

A mediados del siglo XVII, nuestra marina continuaba en decadencia. Felipe IV y su gran Ministro se ocupaban solamente de la paz. Alguno ha dicho que se hallaban sumergidos en la más «pomposa inercia»<sup>5</sup>.

Pero, éntretanto, las Provincias holandesas —definitivamente liberadas por el tratado de Wetsfalia (1648) —e Inglaterra— impulsada enormemente por el brioso Cromwell (1649-1658)—, efectuaban, mano a mano, una carrera insuperable.

La Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fundada en 1602, era propietaria, a mediados de siglo, de un verdadero impe-

---

5 GUIZOT (FRANÇOIS PIERRE): *République d'Angleterre et la vie d'Olivier Cromwell*. (Paris, 1871).

rio asiático. El Cabo de Buena Esperanza era prácticamente suyo, así como Ceylán y la costa del Malabar. Había establecido en Batavia su centro más importante, y, desde esa isla, lanzaba sus tentáculos comerciales hacia China y el Japón. Y, simultáneamente, la Compañía de las Indias Occidentales disponía ya de ochocientos barcos, mercantes y militares, que, en ese tiempo, se hallaban más impulsados en la guerra de corso contra Portugal que en la llevada a cabo contra España.

En cuanto a Inglaterra, la famosa «Acta de Navegación» aparecida al poco tiempo de la conquista de Jamaica (1655), ordenaba que las importaciones se realizaran en barcos ingleses o en barcos pertenecientes al país que producía los frutos o las mercancías compradas; y, como Gran Bretaña procuraba negociar con sus colonias solamente, sucedió que la marina inglesa se vió en la posibilidad —y hasta en la obligación— de crecer aprisa, e ilimitadamente.

De este modo, el tráfico aumentaba. Inglaterra y Francia tenían colonias numerosas, y fomentaban su marina en todo lo posible. Luis XIV, influido por Colbert, autorizó a los nobles a colocar sus capitales en navíos y en empresas comerciales, sin otra condición que la de no vender al por menor. En Inglaterra, la nobleza se dió a sí misma la mencionada autorización; y otro tanto pasó en Holanda. Allí, el gobierno representativo no se atrevía a humillar a los Señores, y aquí el republicano se inmiscuía poquísimamente en asuntos de ese género. Y así el comercio progresaba, y todos tenían dinero suficiente para crear sendas marinas militares.

Era la época de los «brulotes», equivalentes, a la sazón, a los actuales «destructores». Dichos barcos se precipitaban sobre los navíos contrarios con el fin de producir su incendio. Se distinguían por los ganchos de los cuales se colgaban los arpeos de abordaje. El brulote iba cargado de combustible, y se colocaba a barlovento del núcleo enemigo. Solía incendiarse y dejarse a la deriva para desconcertar a dicho núcleo. Dió buenos resultados. Y, aunque su empleo en alta mar imponía una marcha lenta, el hecho positivo es que las flotas de ese tiempo constituían un peligro de importancia para todos los neutrales.

Felipe IV se hace eco del peligro. En 1656, manifiesta por escrito al Conde de La Gomera, Don Gaspar de Ayala y Rojas, que



*El drago crece lentamente  
y sus hojas son iguales todo el año.*



*Junto a cada planta, surge el «hijo» que ha de reemplazarla cuando la fruta sea cortada y el viejo tronco pase a la gañanía.*

a causa de la lucha que ha estallado contra Inglaterra, la situación es angustiosa, y que, en vista de ello, es necesario restaurar los fuertes que se encuentren en deficientes condiciones, y construir algunos otros. Y, poco después, el Capitán General del Archipiélago recibe planos para las fortificaciones que más conviene realizar.

Por su parte, Don Alfonso Dávila insiste en las medidas ya iniciadas para que un ataque no sorprenda a las Canarias. Moviliza tropas; refuerza los castillos; instruye contingentes, y dicta las órdenes precisas para que el enemigo sea rechazado violentamente.

Pero, la agresión fué diferente a la esperada.

Un buen día del año 1657, una flota española ancló en el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Regresaba de México, mandada por Don Diego de Egües, con un importante cargamento de oro y plata. Mas como entonces las noticias se deslizaban por el Atlántico mejor y casi tan aprisa como en tiempos ulteriores, tuvieron pronto soplo de este viaje la mayoría de los almirantes que vigilaban el océano.

Por su parte, Don Diego de Egües también sabía no poco de las andanzas de casi todos los marinos que estaban navegando por el mundo. Sabía, en efecto —a fines de febrero—, que el Almirante Blake se hallaba cerca de la costa portuguesa amenazando seriamente; y comprendió el peligro que corría. No obstante, salió una buena tarde; pero las noticias recibidas por conducto de los navíos que bajaban, le indujeron a volver. Y, cuando regresó, desembarcó su gente y su tesoro; puso la primera a disposición de los gobernadores de Canarias, y escondió el segundo en lugar seguro. Y lo hizo todo justo a tiempo, ya que el 13 de abril llegó la escuadra inglesa con más de treinta velas, y desplegó de modo que la brisa le ayudara a aproximarse poco a poco, y así poder tomar las disposiciones precisas para posesionarse de los bienes que su almirante suponía en las bodegas de las naves españolas.

El cañoneo empezó en seguida, y duró tres horas. Egües no se entregó. Lejos de eso, dió señal de no importarle los destrozos ocasionados en su nave capitana; y, eso viendo, el británico ordenó que se abordara a nuestra flota. Pero, entonces, *ejecutando lo dispuesto por la corte, se pegaron fuego a sí propios todos nuestros barcos. Muchos enemigos ya habían empezado la abordada con sus lanchas, y perecieron, y con ellos muchos españoles... Infundía terror*

aquella escena trágica, en la que se perdieron tantas vidas y tantos buques<sup>6</sup>.

En tierra, el castillo de Paso Alto fué duramente batido por la artillería naval, y sufrió mucho porque las balas daban en el risco y desencajaban muchas piedras<sup>7</sup>. Pero, a pesar de todo, el almirante Blake no consiguió desembarcar, y, menos aún apoderarse de la preciosa carga traída a bordo de la escuadra que mandaba Don Diego de Egües.

Entre los milicianos de Canarias, hubo comportamientos dignos de mención. Un tal Bartolomé Benítez se instaló en el huerto de los Melones con una compañía de milicianos, y, desde ahí, con su fuego, varó una lancha inglesa que se acercaba, y, arrojándose al agua con los suyos, mató a los tripulantes de esa lancha y la sacó después a tierra con las armas que traía. De otra parte, una mujer llamada Hipólita Cibo Sopranis se negó a abandonar el fuerte y cooperó al municionamiento de su batería con un entusiasmo parecido al de Agustina de Aragón. Y otros muchos casos serían dignos de esta breve relación, si hubiera lugar y tiempo para inscribirlos.

Por ambos lados, la acción fué enaltecida. El almirante británico fué obsequiado por el Parlamento de Londres con una sortija que tenía un brillante valorado en 500 libras esterlinas; y la isla de Tenerife recibió como presente —para otra defensa— treinta piezas de bronce, cincuenta quintales de balas y ochenta más de pólvora, con las más rendidas gracias por el esfuerzo realizado con sus milicias<sup>8</sup>.

Por su parte, Don Alfonso Dávila fué recompensado por su triunfo sobre Blake con la prolongación de su mandato, y aprovechó los años disponibles para ofrecer a la Corona mayores beneficios de Canarias. Un anterior impuesto, llamado del «uno por ciento», que había originado serios disgustos, proporcionó esta vez 80.000 ducados que se enviaron a Madrid para «ayudar» a los esfuerzos realizados contra los franceses, los ingleses, los catalanes y los propios portugueses.

6 VIERA: Libro décimocuarto, XXVII. De otra parte, este mismo autor relata los comentarios de un cronista llamado Fray Andrés de Valcebrero, el cual traía unos «colibrís embalsamados» cuya pérdida equipara casi casi a la de los navíos que se quemaron.

7 VIERA: Libro décimocuarto, XXVIII.

8 VIERA: id., id.

A Dávila, sustituyó Don Sebastián Hurtado y Corcuera (1659), que falleció a los pocos días; y, para suceder a este último, fué designado, con carácter interino, Don Tomás de Nava y Grimón.

A este siguió, oficialmente, Don Jerónimo de Benavente (1661), que reclutó un tercio canario para el Ejército de Extremadura, y fué depuesto, algo más tarde, por desacatar una real orden. En efecto, la Corona pidió gente para los Países Bajos (1663) y quiso enajenar grandes parcelas en beneficio de su real erario. Pero tanto abuso originó protestas y fué preciso obrar con cierto tiento. Benavente tuvo dificultades. La historia habla de escenas muy violentas; y, consecuencia de ellas, fueron: el citado cese del General y su reemplazo interino por el Obispo de la Diócesis, Dr. Fray Juan de Toledo (1665).

Fué nombrado, luego, Don Gabriel Laso de la Vega, Conde de Puertollano (1666), que tuvo otros disgustos con la Audiencia por auxiliar el monopolio de una sociedad de cosecheros de malvasía, así como a causa de la forma en que negoció las cédulas concedidas por Felipe IV a los oficiales de milicias; y estos disgustos dieron lugar a que recibiese la orden de residir en Gran Canaria como presidente nato que era del Tribunal Supremo de Justicia, y de no apartarse de esa isla sino en caso de invasión de alguna otra o de serle así ordenado por la Corona. Durante el mandato de Puertollano, se inició una leva de 2.000 hombres para Flandes; y esa leva estuvo a cargo de Don Pedro Ponte y Llarena, regidor de Tenerife, maestro de campo de la infantería española y antiguo gobernador de Gante<sup>9</sup>.

## Otro intento fracasado

La paz de los Pirineos, firmada en 1659, dió fin político—y ficticio— a nuestra contienda con Luis XVI. Francia, entonces, seguía la traza fijada por el Cardenal de Richelieu. Quería unirse con Holanda, no sólo a fin de asegurar su preponderancia sobre la Casa de Austria, sino para establecer un frente marítimo de cierta impor-

---

9 El Ayuntamiento de Tenerife sufragó los fletes de transporte de los setecientos hombres que integraron dicho tercio, hasta Sanlúcar de Barrameda.

tancia contra Inglaterra. Y la meta fué alcanzada fácilmente: holandeses y británicos se odiaban. Se odiaban tanto que las hostilidades reempezaron en seguida. Los primeros encuentros se verificaron en la costa de Africa. No obstante, el combate de Lowestoft (cerca de Norfolk, en 1665), el de los Cuatro días (en el Canal de la Mancha, en 1666) y el habido ante North Foreland (poco después del anterior), fueron sus principales episodios. El centro de las operaciones se acercaba al norte. Era más fácil cortar el tronco de las comunicaciones marítimas, que buscar éxitos parciales por las ramas. Y, de este modo, los piratas se alejaron de Canarias; se alejaron, por lo menos, los ingleses y holandeses.

Las operaciones se olvidaron.

En 1670, Puertollano fué relevado por el General de Artillería Don Francisco de Guzmán. Este no aceptó, y fué sustituido por Don Juan de Balboa y Mogrobejo, que había sido gobernador de la «Española».

Balboa se instaló inmediatamente en La Laguna, donde el comercio de los vinos requería su presencia. La historia no nos dice si la Real Orden destinada a Puertollano había sido o no había sido revocada. Tampoco sabemos si la disposición tenía carácter personal o impersonal. Sabemos solamente que hallándose Balboa en Tenerife (1676), apareció en Las Palmas una flota francesa, mandada por el Conde d'Estrées y compuesta de unos quince o veinte navíos. Muy solapadamente, las tripulaciones dejaron que varios canarios se acercaran a las naves y se apoderaron de ellos. Sólo entonces se descubrió la verdadera nacionalidad de los marinos, y como quiera que a la sazón manteníamos relaciones poco cordiales con los franceses, el corregidor de Gran Canaria movilizó la gente disponible, y obligó a la flota a retirarse.

A Balboa, siguió Velasco (1677). A éste, Don Félix Nieto de Silva, Conde de Guaro (1680). Luego fué nombrado Don Francisco Barona (1685). Después, el Conde de Eril (1689); y, en fin, Don Pedro Ponte y Llena, Conde del Palmar y primer canario que ejerce el mando supremo del Archipiélago (1697-1701)<sup>10</sup>. Mas ninguno de

---

10 Pedro de Ponte fué nombrado Capitán General después de prestar grandes servicios a la Corona en Panamá y en Extremadura, y de recibir —en justo

esta serie dió motivo a cita extraordinaria. El comercio británico tuvo más importancia, durante sus mandatos, que los asuntos militares.

## Fin del siglo XVII

La guerra naval entre Inglaterra y Holanda recomienza en 1762, participando Francia con aquélla. De Ruiter, holandés, se percata claramente de que su flota es inferior a la británica; pero, con la habilidad correspondiente a su condición de buen marino, rehuye los encuentros que pueden serle desfavorables, y acepta sólo Texel y Solebay, que cierran este ciclo sin graves pérdidas para su escuadra.

Y Canarias, de este modo, tiene un descanso merecido.

---

premio— el condado de Palmar, para él, sus herederos y sucesores, con las expresiones más honoríficas. (VIERA: Libro décimoquinto, IV).



## XIV

# Nuevas amenazas

1700-1791

## La dinastía se muere

Cuando acababa el siglo XVII, la situación de España era angustiosa. No tenía escuadra, ni políticos, ni administradores que merecieran la gratitud del pueblo o de la propia aristocracia. *Las fuerzas morales y materiales de la nación iban de tumbo en tumbo, a la deriva y sin amarre*<sup>1</sup>. La caída se acentuaba. El rey Carlos II no tenía herederos; y todos los países —amigos y enemigos de otro tiempo— pensaban sólo en desmembrarnos y en apoderarse de lo mejor o de la porción más rica de nuestra decadente Patria; y, a ese efecto, concertaron en secreto la autorepartición de los dominios españoles.

Canarias sufrió la suerte de todo lo demás. Por el tratado que se firmó en La Haya el 2 de octubre de 1698, entre Inglaterra, Holanda y Francia, el Archipiélago fué asignado al Príncipe José Leopoldo de Baviera, nieto de la Infanta Margarita, hija, a su vez, de Don Felipe IV. Y, más tarde, por el de Londres, concertado el año 1700, cuando murió el citado príncipe, quedó entregado *de jure* al Archiduque Carlos de Austria, hijo segundo del emperador Leopoldo. Pero, nada de esto se sabía. Al menos, otras cuestiones menos serias preocupaban hondamente a los canarios. Las constantes diferencias entre autoridades militares y civiles, eran la base fundamental de toda controversia pública. El Presidente de la Real Audiencia —o sea el propio Capitán o Comandante General del Archipiélago— tomaba con frecuencia el título abreviado de «Presidente de

---

1 LUCIANO DE TAXONERA: *Felipe V, fundador de una dinastía y dos veces rey de España*. (Barcelona, 1942).

Canarias»; y esto originaba más disgustos. Y no es fácil, por supuesto, poner en claro de qué parte estaba el derecho o la razón. Ha de hacerse presente, sin embargo, que la mayoría de los historiadores acogen con extraordinario descontento a los Capitanes Generales. Parecen como unirse entusiásticamente a los ayuntamientos y a las autoridades que a la sazón luchaban contra los jefes militares —so pretexto de que su acción era superflua, mas con el verdadero fin de emanciparse de unos personajes que se hallaban directamente conectados con la Corona—; y, con esa orientación, vemos de qué modo Viera y Clavijo, Montero, Millares y varios otros, no se limitan a recordar la ausencia de la Suprema Autoridad del Archipiélago en el momento de una agresión, sino que manifiestan una alegría malsana al señalar un hecho cuya reversión historiológica no puede reportar un beneficio interesante. Es más, los propios autores que unen su protesta a la de aquellos municipios, son los primeros en presentar no pocas excepciones a la regla que ellos mismos establecen, con lo que acaban por respetar únicamente algunos casos especiales, que sirven —contrariamente a lo fijado por el refrán— para demostrar que su enunciado es completamente falso.

Confieso no saber relacionar los comentarios con los hechos ocurridos. En efecto, considero muy difícil explicar —o simplemente comprender— por qué razón la Corte ordenaba con frecuencia a los Capitanes Generales la permanencia en Gran Canaria junto a una Audiencia que ellos mismos presidían y que les daba la autoridad que originaba el descontento general del Archipiélago. De otra parte, el hecho de que Don Agustín de Robles se hallase fuera de Tenerife cuando Genings atacó (en 1706), parece incompatible con oponerse a que Valhermoso permaneciera en dicha isla cuando, en 1725, se hallaba más amenazada que las otras por los ingleses.

Y, en esta situación, conviene, en lo posible, concretar. No es posible comerciar con la conciencia, ni atender al hombre que antepone su interés al del Estado. Cuando se forma parte o se pertenece de hecho a tal Estado, el prestigio propio ha de basarse en algo superior al comentario público. En el citado caso, ha de arriesgarse precisamente lo que arriesgaron varios hombres de ese tiempo, que antepusieron su deber al compromiso autorizado de

unos amigos a quienes complacer equivalía a adquirir no poca paz en que apoyar la vida.

## La guerra de Sucesión

El Archipiélago Canario, consecuente consigo mismo, obedeció al monarca fallecido, El testamento de Carlos II, abierto en Madrid a las pocas horas de su muerte<sup>2</sup>, llamaba al trono al hijo segundo del titulado Delfín de Francia, Duque de Anjou; y, a consecuencia de ello —y sin discusión alguna—, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria decidieron en seguida festejar el advenimiento del nuevo rey.

El primer Capitán General de Felipe V fué Don Miguel González de Otazo, que sucedió a Ponte y Llarena en 1701. Con su llegada se produjeron manifestaciones de júbilo que fueron tanto más dignas de aprecio, cuanto que, de una parte, la sequía causaba estragos importantes en las islas principales y traía hambre y miseria a Lanzarote y a Fuerteventura, y, de otra, la fiebre amarilla aparecía en el puerto de Santa Cruz de Tenerife y los volcanes despertaban repentinamente<sup>3</sup>.

La guerra entre los partidarios de Felipe V y los del Archiduque de Austria que hubiera reinado con el nombre de Carlos III, no originó en Canarias la menor perturbación. Al fin y al cabo, los ingleses y holandeses habían sido siempre peores enemigos del Archipiélago que los franceses. No había por qué no obedecer al rey difunto; y además, la autoridad borbónica se hallaba bien representada en Gran Canaria. Así, pues, durante el período en que la guerra asoló a España, Canarias se mantuvo siempre fiel a Don Felipe. Llegó incluso a festejar su boda con la Princesa María Luisa de Saboya, para la cual el propio rey había pedido un *cuantioso y pronto donativo*<sup>4</sup>. No se inmutó por la llegada del pretendiente a

---

2 1 de diciembre de 1700.

3 En diciembre de 1704 se abrió la tierra en la degollada del Albérchigo, cerca de Güímar, y en febrero de 1705 se produjo la erupción cuyos ramales terminaron en Arafo y en la Candelaria.

4 VIERA: Libro décimoquinto, XI.

Portugal, ni por el acto realizado por Inglaterra en Gibraltar. Siguió las alternativas de la guerra con paciencia, sin variar de idea un solo instante. Ni el «vómito negro» que trajeron los barcos de Cuba en 1701, ni la erupción del Teide que asoló el lugar de Garachico en 1706<sup>5</sup>, turbaron la presencia de ánimo del Archipiélago Canario que, lejos de variar, ofreció nuevos regalos y dió validez al famoso arbitrio «del uno por ciento» cuya recaudación había proporcionado serios disgustos en ocasiones anteriores.

Es más, cuando se conoció en Canarias la entrada de las tropas inglesas y portuguesas en Madrid —hecho ocurrido el 25 de junio de 1706—, el Capitán General *pidió licencia para servir doce años más con el arbitrio del uno por ciento*<sup>6</sup>; y esta propuesta, aceptada por la Corona en 19 de enero de 1707, fué acógida en el Archipiélago, si no con entusiasmo, al menos con afecto y cierto grado de patriotismo.

## El almirante Genings

Cuanto queda dicho pone claramente de relieve que los canarios no vacilaron en sacrificarlo todo por el Rey Felipe V de Borbón. Mas por si fuera poco lo expresado, aún cabe reforzar los argumentos con la narración de la intentona dirigida por el almirante Genings.

Corría el año 1706. Los partidarios del Archiduque se habían apoderado de Cataluña y de Valencia, y conquistado malamente Gibraltar, y aún habían agredido a Cádiz y a otras varias poblaciones españolas, cuando se propusieron dar un golpe de mano al Archipiélago Canario en la esperanza de someterlo a su política. El encargo fué confiado al personaje ya citado, de la marina inglesa. Pero, ignorantes, sus propios jefes, del resultado conseguible, se limitaron a ordenarle que tanteara un desembarco, a fin de

5 En mayo de 1706, surgió una corriente que partió del contrafuerte que domina a Garachico, invadió una parte muy importante de la población y relleno completamente una hermosa rada que era a la sazón la más importante de la costa norte de Tenerife.

6 VIERA: Libro décimoquinto, XIII.

—luego— tomar la orientación más oportuna. Los acontecimientos iniciales le ayudarían a forjar las decisiones ulteriores. Su buen criterio bastaría para conquistar el Archipiélago, o darle sólo un buen aviso.

Y, en efecto, el 5 de noviembre, cuando el Sol bajaba, los vigías de Anaga dieron cuenta de que se veían algunas velas sobre el horizonte, en la dirección de España. Sonaron los tambores, y las milicias fueron llamadas; y, así, cuando pudo verse claro, al otro día, que diez o doce barcos se acercaban pausadamente a Santa Cruz de Tenerife, ya acudían los oficiales a los fuertes y los caminos se llenaban de soldados, y la algazara demostraba que la acción iba a empezar con entusiasmo.

Cerca de cuatro mil hombres se concentraron junto al puerto y en los diferentes fuertes y castillos. Y otros muchos se quedaron en las inmediaciones de La Laguna, preparados, varios núcleos, a defenderla tenazmente, y dispuestos, los restantes, a bajar a Santa Cruz en poco tiempo.

El fuerte principal de San Cristóbal rompió el fuego sin aviso, contra la flota. Lo hizo en cuanto se dió cuenta de que los barcos eran ingleses, y de que no venían a cosa buena. Y, roto ese fuego, el castillo de San Juan y varias otras fortalezas, siguieron el ejemplo ya ofrecido. Los ingleses contestaron, y echaron al agua unas treinta y siete lanchas, y las llenaron de hombres que parecían dispuestos a efectuar un desembarco. Pero el esfuerzo iniciado fué completamente estéril. La defensa estuvo alerta; y, en vista de ello, las naves se callaron, y llamaron a sí a los que bogaban hacia la orilla.

Y parecía que todo estaba terminado, cuando, a media tarde, se aproximó un esquife con bandera blanca. Un «capitán de mar» salió a su encuentro, y se hizo cargo de una carta que el Almirante Genings dirigía al Comandante Militar de Tenerife. Y esa carta, entregada a Don Gregorio Samartín que dirigía la defensa, y leída en junta de guerra —en el propio castillo de San Cristóbal—, daba cuenta de los acontecimientos de la contienda habida entre Felipe V y el Archiduque Carlos, y, repleta de confianza, acababa de este modo: *no puedo dejar de asegurarle que la mayor parte del Reino y de los dominios españoles se hallan bajo la tutela de su Majestad Católica el Rey Carlos III, y que los franceses serán terminantemente expul-*

sados de España en poco tiempo. *Y yo vengo a prometer que todos los que se sometan seguirán en sus empleos y en los puestos que ahora gozan.*

Los oyentes protestaron. Ni uno sólo puso en duda la respuesta. Las fuerzas canarias habían ofrecido fidelidad absoluta a Felipe V, y estaban dispuestas a cumplir lo prometido. *Aquí sabemos y estamos bien satisfechos de que las gloriosas armas de nuestro Rey y Señor Don Felipe están muy ventajosas, fué lo primero que entre todos aprobaron; y agregaron luego lo siguiente: de seguro sus enemigos serán arrojados de los reinos de Castilla; y aunque así no sea, los habitantes de Canarias se conservarán en el cumplimiento de su obligación de fidelísimos vasallos de Su Majestad Católica Felipe V, que Dios prospere.*

Y eso leído, el Almirante Genings abandonó las aguas de Canarias. Los vigías le siguieron hasta que las velas se perdieron detrás del horizonte. Dieron aviso de ello, y la calma renació en los corazones. La oferta del Archiduque y la agresión de Genings habían sido dignamente rechazadas. Pero, a pesar de todo, la milicia permaneció en sus puestos, y los ayuntamientos le enviaron el sustento necesario.

En estas condiciones, parece innecesario asegurar que la victoria de Almansa, lograda el 25 de abril de 1707, fué celebrada con entusiasmo. Vino a turbarla únicamente otra nueva desavenencia habida entre el Capitán General del Archipiélago, Don Agustín de Robles, y la Audiencia de Canaria, apoyada por sus propios regidores y por los ayuntamientos de las islas principales. Y como esta desavenencia derivaba de que aquella autoridad había pedido al rey Felipe la concesión de antiguos privilegios, precisamente cuando una brillante operación se había desarrollado sin fuero alguno y con éxito rotundo, no resultó muy fácil conseguir la paz ansiada entre los jefes comarcales y el representante del monarca; y, de resultas, *la reducción del pie de tercio a regimiento, la formación de coroneles, la distribución de nuevas cédulas y alguna otra mejora que afectaba al futuro ejército canario, fueron relegadas hasta cuando las costumbres impusieran lo que no exigía el miedo a la agresión*<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> A raíz de las disposiciones de Don Agustín de Robles, que fueron protestadas por la Audiencia y anuladas por el Rey, se publicó un edicto con «nuevas

## Los primeros regimientos

Guillermo III tuvo en mano los Gobiernos de Inglaterra y de los Países Bajos, simultáneamente. Y esto duró hasta el año 1713, en que se firmó la paz de Utrecht<sup>8</sup>.

Hubo, pues, un tiempo en que las deficientes relaciones entre Holanda y Gran Bretaña parecían olvidadas. La variación de dinastía y el atavismo histórico aseguraban nuestra buena armonía con el rey de Francia y contribuían a una pauta que, si bien en la Península podía sernos favorable, perjudicaba intensamente al Archipiélago. Para éste todo lo que fuera estar en guerra con el País cuya marina era bastante más potente que todas las demás, daba lugar a una postura incómoda: a un recrudescimiento de las eternas amenazas que pesaban sobre los habitantes de Canarias, y a un contrapeso innecesario en su balance comercial.

A primera vista, parece que estas cuestiones no son a propósito para aludir a ellas en un libro de historia bélica. Pero, en la época de que se trata en este capítulo, la fabricación y venta de los vinos de malvasía se hallaba tan directamente relacionada con la vida de Canarias, que hoy resulta poco menos que imposible desligarlas de las operaciones militares. El Capitán General del Archipiélago tenía a su cargo lo concerniente a dichas operaciones. Las milicias se movilizaban a consecuencia de una orden que emanaba de su propia autoridad; y, como es lógico, la inmediata consecuencia de esa orden era el pago de los haberes y el abastecimiento de las fuerzas movilizadas; pago irrealizable sin dinero, sin comercio, sin vender la malvasía, que era producto principal de Tenerife; pago irrealizable, por consiguiente, cuando se estaba en lucha contra Inglaterra. Se trataba pues de un círculo vicioso. En tiempo de guerra, la

---

instrucciones para el gobierno de los Capitanes Generales», en el que se decía que aquella misma Audiencia *daría cuenta al Consejo en caso de contravención de lo dispuesto por su Majestad Católica.*

8 La paz de Utrecht (1713) originó un intenso recrudescimiento de la piratería. En las Indias Occidentales la navegación volvió a sufrir intensamente. El bandillaje de alta mar llegó a estar reglamentado. «Providencia», en las Bahamas, fué capital de una población pirata contra la cual actuó con éxito el almirante británico Woods Rogers.

movilización era indispensable; pero a fin de realizarla hacía falta tener paz. Y todos buscaron la manera de zafarse de semejante círculo vicioso: la buscaron hasta el día en que los Capitanes Generales acudieron a las corporaciones civiles en demanda de la suma indispensable para contrarrestar la pérdida causada por la paralización del comercio.

Mas esto coincidía con otro asunto. La Corona pedía dinero, y su directo representante proponía un arbitrio sobre las pipas de vino que salían de Canarias; y esto —a su vez— disgustaba a los pequeños vendedores (que veían subir los precios), y a los Ayuntamientos (que tenían que adelantar bastantes fondos). El Jefe, entonces, buscaba paliativos: el arbitrio del uno por ciento resurgía periódicamente, y de este modo los canarios pagaban ellos mismos a las fuerzas destinadas a proteger sus islas contra el agresor, y la Corona, agradecida, no imponía más impuestos.

De resultas, se discutió bastante sobre si las islas se hallaban obligadas a fortificarse y a rechazar las agresiones con sus propios medios. El fondo constituido a base del famoso impuesto del uno por ciento podía ser considerado isleño o perteneciente al real erario. Cada uno lo situaba en el platillo que administraba, y demostraba claramente que era suyo, y que el de enfrente no podía manejarlo. Los Comandantes Generales protegían las razones del monarca, mientras que los regidores y los cabildos alegaban que los contribuyentes eran los verdaderos dueños de la suma recaudada.

Un nuevo derecho de entrada sobre las importaciones de la isla de Hierro, dió lugar, en febrero de 1718, a una sublevación bastante seria. Otras de igual tipo se produjeron, a los pocos meses, en Las Palmas, en La Laguna y en La Orotava. En fin, en junio de 1720, tuvo lugar otro estallido en Santa Cruz de Tenerife, para el cual sirvió de excusa la detención de una mujer de mal vivir. Pero, esta vez la represión fué dura: doce amotinados murieron en la horca y fueron colgados de las troneras del castillo de San Cristóbal.

No obstante, la defensa prosperó.

En 1718, se reglamentó el comercio de Canarias con las Indias Occidentales; y, al producirse este hecho, se estipuló que Tenerife —la más interesada, por sus vinos— entregaría 2.000 ducados al año para sus propias fortificaciones.

Entre los años 20 y 30 del siglo XVIII, fueron organizadas varias unidades de nueva planta. En 1721, fué creado el Regimiento Provincial de Canarias. Poco después fué autorizado el reclutamiento de 400 hombres para el Regimiento de Marina. En 1722, se repitió una leva semejante. En 1727, llegó de la Península Don Hipólito Caraveo de Grimaldy con real permiso para constituir un nuevo regimiento; y, en el curso de 1730 fueron levantados 700 hombres más para el servicio de la marina militar. Y, de todas estas unidades o núcleos importantes, algunos fueron destinados a la defensa de Canarias, y otros tomaron parte en las diferentes guerras que sostuvo el Rey Felipe V; y muy especialmente se distinguieron ciertos destacamentos en la conquista y toma de Orán, llevada a cabo en 1732.

## El marqués de Valhermoso

Don Lorenzo Fernández de Villavicencio y Cárdenas, Marqués de Valhermoso, es el primer Capitán General de Canarias que aparece como «teniente general de los reales ejércitos».

Tuvo el mando de las tropas y «el manejo de la Intendencia del Archipiélago»<sup>9</sup>.

A su llegada, en febrero de 1723. *encontró las milicias faltas de instrucción y disciplina*<sup>10</sup>; y, en vista de ello, reclamó la presencia de un cuerpo de instructores. Mas como quiera que estas comisiones eran costosas y habían de ser pagadas por el Cabildo, éste quiso enviar un diputado que suplicase al Rey que no nombrara de momento tropa ni instructor alguno; y a eso Valhermoso respondió negando el pasaporte necesario para que el referido diputado realizara el viaje hasta Madrid. *Y ésta fué la primera ofensa inferida al orgulloso Ayuntamiento de Tenerife, y que éste ya no olvidaría*<sup>11</sup>.

A partir de ese momento, el Marqués de Valhermoso desarrolló una enérgica campaña destinada a reducir los privilegios especiales del Ayuntamiento de La Laguna. Y, en esto, los desacuerdos

9 VIERA: Libro décimoquinto, XXXV.

10 RUMEU DE ARMAS: Tomo III, Cap. XXXVI, I.

11 Id., id.

recomenzaron, y las relaciones con los Cabildos se agriaron más de lo preciso.

Viera nos ofrece una perfecta explicación de lo ocurrido.

*El 31 de agosto entra Valhermoso en la sala capitular, y propone el mal estado de las fortificaciones de la isla, la urgencia de repararlas... Condesciende el cabildo en contribuir para lo más indispensable, reservándose no obstante el derecho de acudir al Soberano a fin de que no se hiciese más dura la obligación, y demostrando de cargo de quiénes era la conservación de las fortificaciones de la Orotava y de Garachico. Insta por dinero el capitán general; habla el cabildo que no tiene caudales existentes ni aún para pensiones precisas; ceden los regidores el corto fondo de sus salarios, y representan porque los 2.000 pesos situados desde 1682 sobre el uno por ciento... no se destinan sino en las fortificaciones de Santa Cruz<sup>12</sup>.*

De otra parte, el mismo Viera se queja de que Valhermoso hiciera que los milicianos le sirvieran de criados..., y resucitara el escándalo de las cédulas de preeminencia<sup>13</sup>. Dice, en fin, que a pesar de la discusión habida en La Laguna en 1723, el Comandante General no cesó un punto de hacer gastos exorbitantes en las fortificaciones, ni de girar libramientos contra el cabildo, que ni podía, ni quería, ni quizás debía pagarlos<sup>14</sup>.

Pero, a pesar de todo, Valhermoso no cejó. Se echó sobre las rentas de los propios con aire de ejecución militar. Embargaba los granos existentes; los hacía vender a bajo precio, y apremiaba a los mayordomos de la ciudad; y ésta hubo de hacer bancarrota y sufrir concurso de acreedores<sup>15</sup>.

Esto, al menos, dice Viera. Mas no dice, en cambio, que el Cabildo de Tenerife intervenía en los nombramientos militares, reforzaba el Ejército, establecía los planes de defensa y ejercía en resumen casi todas las funciones que han correspondido siempre a los jefes naturales de las fuerzas. Y, en estas condiciones, la continua pugna entre autoridades militares y civiles era muy difícil de solucionar. El litigio era constante, y los arreglos eran malos. Na-

12 VIERA: Libro décimoquinto, XLIII.

13 VIERA: id., id.

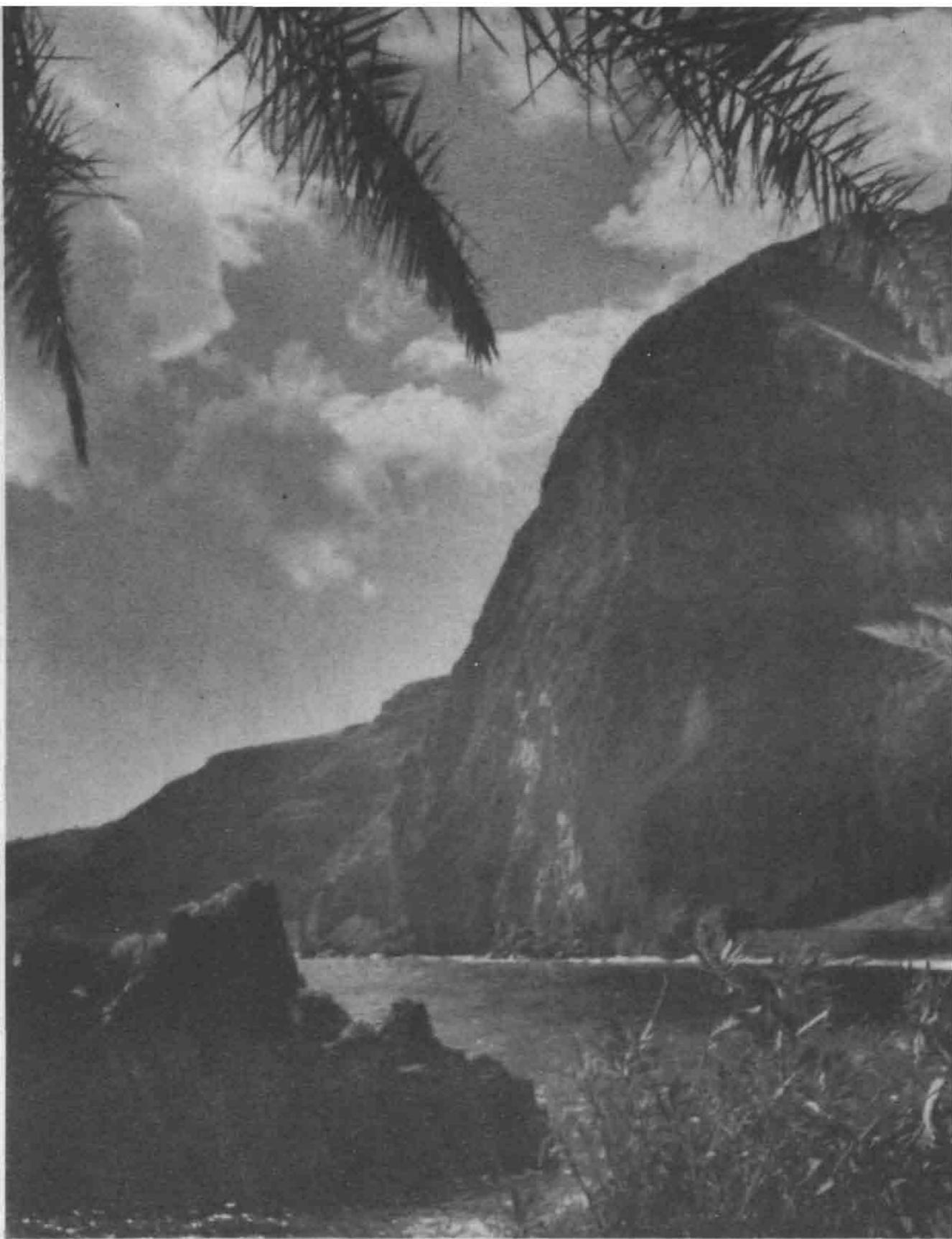
14 VIERA: Libro décimoquinto, XXXVI.

15 VIERA: id., id.

# ISLA DE LA PALMA

Fotos: Cabrera Alonso

*El risco de la Concepción*



*Vistas del Puerto y  
Trajes palmeros*



## SANTA CRUZ DE LA PALMA

Fotos: Cebrián Alonso

*El Paseo Marítimo, con sus  
típicos edificios de estilo isleño.*



*La Parroquia de El Salvador  
Portada principal*

die quería pagar. Los defensores de Cabildos y Ayuntamientos se quejaban de que la Corte era muy parca y sus concesiones demasiado limitadas; pero a esto cabe contestar diciendo que el erario estaba agotado a consecuencia de las continuas luchas que España sostenía en todas partes.

En su táctica obstruccionista contra el Marqués de Valhermoso, el *Cabildo de Tenerife* no se limitó a denunciar los atropellos y abusos señalados, sino que inundó los tribunales con pleitos y reclamaciones de toda índole, y aún arrastró a diversos regidores a seguirle en el ejemplo como simples particulares<sup>16</sup>.

Sin duda Valhermoso abusó de sus poderes. No es posible defender sus tergiversaciones referentes a la moneda falsa<sup>17</sup>, ni la forma en que dirigió el trato con Inglaterra<sup>18</sup>; asuntos, ambos, en los que impuso la exclusiva voluntad de conseguir los mayores beneficios para el Estado, a costa de la satisfacción particular de todos los canarios.

Fué un patriota; pero su mandato fué acogido con reservas. Durante el mismo, no hubo muchas agresiones. Canarias conoció una era de paz. Su único drama fué debido al volcán de Yaiza, que estalló en septiembre de 1730 y originó el imponente mar de lava que todavía cubre un sector de Lanzarote muy importante<sup>19</sup>.

## Otra guerra y nuevas agresiones

En 1740, falleció Carlos VI de Austria: el que había empezado en España a llamarse Carlos III. El Imperio, entonces, pasó a ma-

16 RUMEU DE ARMAS: Tomo 3, Cap. XXXV, 4.

17 Prohibió el uso corriente de la moneda reglamentaria, e impuso el de alguna otra que ya estaba dada por inútil en España.

18 Los vendedores de malvasia concertaban su negocio en forma directa con los comerciantes ingleses, y Valhermoso lo prohibió.

19 En realidad hubo numerosas erupciones. Una amplia serie de cráteres, que cubrían un semicírculo de diez kilómetros de longitud, arrojaron lava durante más de seis años (1730-37). Al mismo tiempo que los arroyos incandescentes bajaban de la titulada «montaña de fuego», se produjo en la ensenada de Janubio una explosión que dió lugar a un hervidero colosal y a la formación de un gran islote de peñascos que poco a poco se unió a la costa.

nos de su hija predilecta —la célebre María Teresa—, en contra de las pretensiones del Elector de Baviera.

Durante ese mismo año, subió al trono de Prusia el príncipe que había de recibir el sobrenombre de Federico el Grande; y éste, desde un principio, se enfrentó con Austria, dispuesto a apoderarse de Silesia. Y, en estas condiciones, Inglaterra, cuyo monarca era simultáneamente Elector de Hannover, se vió en la obligación de hacer frente a una situación neutral que más tenía de intervención en pro de Baviera que de abstención en la contienda.

Con todo eso, la situación terrestre se complicó muchísimo. Las relaciones entre Francia, Holanda y Gran Bretaña, se enturbiaron más de la cuenta. Hubo dudas; mas la tercera despejó la incógnita e intervino francamente a favor de la Emperatriz María Teresa. Recomenzó la eterna lucha entre Inglaterra y Francia, y hubo combates navales en que nosotros participamos con los franceses; y Canarias volvió a quedarse sola —en pleno Atlántico— amenazada por la poderosa dueña de los mares. Y las agresiones reempezaron.

En octubre de 1740, los majoreros rechazaron la ofensiva de un aventurero británico que había tomado tierra en Tarajalejo. En 1741, hubo otros episodios militares de menor enjundia: capturas de navíos enemigos, cañoneos de fuertes secundarios, combates entre barcos desconocidos, etc. A principios de 1743, los gomeros desbarataron la agresión del comodoro Windon, que se presentó en el puerto de San Sebastián con tres buques de guerra e hizo todo lo posible por desembarcar. A los pocos meses, Tzacorte soportó las arbitrariedades del mismo Windon, y Gran Canaria fué severamente amenazada por su escuadra. La Orotava y Los Cristianos (en Tenerife) sufrieron sendas agresiones en 1744, y Agaete y Nieves (en Gran Canaria) pasaron malos días en 1745. El toque de a rebato y las llamadas de milicias eran cosa ya corriente en casi todas las Canarias. En cada sitio, la amenaza comenzaba de igual modo. Todos conocían su obligación. Las dudas empezaban solamente cuando el invasor estaba cerca de la costa: nadie sabía si defender la parte suya o concentrarse con las fuerzas inmediatas. Pero, en esa época, todo acababa sin contratiempo serio. El adversario pretendía siempre lograr un resultado práctico sin que su enemigo despertara. (No ha de olvidarse que los navíos que

operaban contra Canarias no tenían más base que el Atlántico, ni más refugio que el facilitado por la distancia).

La guerra terminó en 1748 con el tratado de Aix-la-Chapelle, firmado entre Inglaterra, Francia y Holanda. La segunda había quedado prácticamente sin marina, y con su erario exhausto. Gran Bretaña, en cambio, había aprensado tantos buques españoles y franceses como ella misma había perdido; y conviene recordar que a iguales cifras le correspondía, en proporción, una pérdida inferior a la de sus rivales<sup>20</sup>.

### Años de calma

La guerra de los siete años en Europa (1756-63) coincidió con un poder incontrastable de Inglaterra sobre todos los océanos de la Tierra. Las victorias de Hawke por una parte, y las de Watsen y Boscawen por la otra, resonaron mucho por el mundo; resonaron hasta que Rodney primero, y luego Hood, y más tarde Nelson, adquirieron celebridad.

Mas no vayamos tan aprisa.

En 1761, nuestro Rey Carlos III firmó el llamado Pacto de Familia con Luis XV. Se trataba de una alianza ofensivo-defensiva, de resultas de la cual, al sublevarse América del Norte contra Inglaterra y decidirse Francia a proteger la emancipación de aquélla, España se vió envuelta en otra guerra.

Inglaterra y Francia se batieron varios años. Pero, afortunadamente, sus intereses estaban cerca de América y de las Indias Orientales; y, de resultas, el Archipiélago tuvo otros años de relativa calma.

### Dificultades comerciales

En 1762, nuestro Gobierno dispuso que los barcos de Inglaterra que entrasen en puertos canarios fuesen embargados, y remitido a la Península el grano que trajeran. Mas no disponiéndose de

---

<sup>20</sup> Las presas de Inglaterra representaban más de dos millones de libras esterlinas. (A. T. MAHAN: *The Influence of Sea Power upon History*. Londres, 1889).

suficientes medios para efectuar el citado envío y hallándose el Archipiélago falto de trigo y de otros víveres, las autoridades hicieron lo posible por quedarse con el que hubiera en los diferentes puertos de Canarias; y, no solamente consiguieron su propósito, sino que aún fueron autorizadas por la Corte para adquirir directamente nuevas subsistencias con dinero del tesoro, ajustando sus contratos a lo reglamentario y realizando sus transportes en la forma más conveniente para el mejor servicio de las islas.

El Capitán General del Archipiélago —a la sazón Don Juan de Urbina— tuvo buena intervención en la materia. Mas, como era lógico, a pesar de resolverse de momento el problema referente a la subsistencia de los habitantes de Canarias, ocurrió que el miedo a otro período de malas relaciones con los ingleses despertó cierto recelo contra la persona que —en cierto modo— soslayaba los designios de la Corte. Todos los remedios eran malos, pero alguno se imponía. Como en tiempos anteriores —y en otros muy recientes— los intereses de las diferentes islas se hallaban —y se hallan todavía— en cierto modo contrapuestos con los de la Península. Mejor dicho, esta última se dejaba arrastrar por un sentimentalismo político, incompatible con los intereses de los canarios. Cada vez que España se ha enfrentado con los ingleses, ha dejado a su Archipiélago en incómoda postura.

La Corona se hizo eco de una parte mínima de las disensiones entre los jefes militares y los Cabildos. Comprendía que el tributo de San Telmo, los derechos de palmeo, los de reconocimiento de carenas y los de visitas y extranjerías, originaban gastos superiores a los que merecían quienes tanto aportaban con su trabajo y su comercio. Sabía también que no era fácil desligarse de las constantes renovaciones y variaciones de todos los impuestos, ya que los comerciantes de Canarias no eran responsables del contrabando realizado en las Indias Occidentales. Se daba cuenta, en fin, aquella Corte, de la lucha que existía entre el comercio de Sevilla y los emisarios de las islas. Y, dispuesta a contrarrestar el mal efecto producido por la excesiva autoridad de sus propios Comandantes Militares, el Rey Carlos III ordenó en 1766 *que hubiese en cada Ayuntamiento «diputados y personeros del común»*<sup>21</sup>. Pero, la

21 MILLARES: (Libro décimocuarto, I).

solución fué mala, o deficiente por lo menos. El Capitán General de Canarias tuvo que elegir entre la asonada actual y la futura, o, inversamente dicho, entre el abastecimiento del Archipiélago y los intereses comerciales; y el dilema no era bueno para nadie.

Entretanto, el General Bernardy Gómez salió adelante con ventaja. Mantuvo buenas relaciones, y consiguió lo necesario sin disgustos. Muy diverso, en cambio, fué el mandato del Mariscal de Campo Miguel López y Fernández de Heredia que llegó a Canarias cuando empezaba el segundo trimestre de 1768. Con arreglo a las costumbres establecidas en ese tiempo, el Capitán General del Archipiélago fué hospedado varios días en el Castillo de San Cristóbal donde fué cumplimentado por el Cabildo. Pero, a diferencia de lo ordenado, el referido jefe permaneció en la fortaleza algo más tiempo que el debido. No visitó el país ni subió a la capital de La Laguna, sino después de haber tomado varias medidas y de haber estado más de un año en las Canarias. Tuvo disgustos con el Corregidor de Tenerife y «capitán a guerra» Don Agustín del Castillo. Cooperó con interés a favor del comercio libre con América, que fué logrado en noviembre de 1762. Mas luego tropezó con mucha gente: arrestó en el castillo de Paso Alto al marqués de Villanueva del Prado, ex-diputado en el Parlamento de la Corte, y confinó en Icod al vizconde del Buen Paso, antiguo y prestigioso coronel de regimiento. Socorrió a los pobres de Tenerife y Gran Canaria, y ayudó sencillamente a los de Lanzarote y Fuerteventura; pero, a pesar de todo, el resultado de su gestión fué deficiente. Durante ella —y contra su parecer— fué instituido el cargo de Segundo Comandante de las Fuerzas de Canarias, y esto produjo nuevas fricciones.

El Segundo Comandante General del Archipiélago, nombrado en 1771, ejercía simultáneamente la Inspección de las Milicias de Canarias. Tenía a su cargo la organización de las milicias referidas, y el deber de amoldar esa organización a la de los regimientos peninsulares. Estaba autorizado para crear las unidades que fuesen necesarias para defender el Archipiélago, sin otra condición que

---

22 Entre los regimientos organizados —o enviados a Canarias— se destacó muchísimo el llamado «de América» que actuó brillantemente en varias guerras de su tiempo.

la de colocar al frente de ellas a Coroneles y a Capitanes pertenecientes a familias de la nobleza isleña<sup>23</sup>. Levantó el padrón de Tenerife, y procedió seguidamente a alistar los mozos disponibles.

Los regimientos se compusieron de un número variable de compañías. Cada tercio tuvo un efectivo mínimo de unos 500 individuos, y muy pocos rebasaron los 2000. Y, a ese efecto, se consideraba miliciano a todo natural de cada isla, *siempre que no fuera negro, mulato, arriero o molinero*; y, de este modo, las fuerzas defensivas de Gran Canaria y de Tenerife ascendieron, aproximada y respectivamente, a 4000 y 6000 hombres. Por otra parte, la Palma disponía de un regimiento de 3000 plazas combatientes; y las islas señoriales o menores tenían sendas unidades de menor plantilla aún. Había milicias a caballo compuestas de vecinos ricos y hacendados; y se organizaron compañías de milicias artilleras que estaban destinadas a reforzar las baterías de los castillos en caso de llamada.

Don Miguel López fué reemplazado en 1774 por el Mariscal de Campo Don Eugenio Fernández de Alvarado, caballero de Santiago, antiguo Comandante Militar de Orán y futuro Marqués de los Tabalosos. Personaje bondadoso, y a la par enérgico. Pero, tuvo la desgracia de que en su tiempo se recrudeciera la mala inteligencia con los ingleses. España se había propuesto solucionar lo del Peñón de Gibraltar. La espina le dolía, y las circunstancias parecían favorables. El acuerdo fué tomado, y las operaciones comenzaron en 1778. Las famosas baterías flotantes fueron armadas, y remolcadas hasta el sitio calculado para que su efecto fuera absoluto; pero la bala roja de Inglaterra bastó para incendiarlas, y, de resultas, el asalto fracasó, y las operaciones quedaron reducidas a un tercer sitio de la plaza que duró unos cuantos años y no produjo el resultado apetecido. Y, durante el referido sitio, Canarias —otra vez— se encontró en mala postura. Sufrió más agresiones. Los corsarios británicos se desquitaban de nuestro esfuerzo en la Península. En 1779 desembarcaron en Jandía y se apoderaron de muchísimo ganado, y en 1780 apresaron un buque en La Palma cuyo cargamento era muy valioso. Y estas acciones repercutieron en las islas principales. *Fué el tiempo de las vivas asonadas de la guerra contra la Gran Bretaña*<sup>23</sup>.

---

23 VIERA: *Ob. cit.* Libro XV.

## Un acuerdo razonable

Cuenta la historia que en diciembre de 1784 fueron abandonados en el pequeño entrante de Naos de la isla del Hierro unos treinta hombres y mujeres, al parecer enfermos y hambrientos; y que temerosos los isleños de que se tratara de un núcleo pestilenciado acudieron a la solución de exterminarlos mediante un fuego de mosquete llevado a cabo desde lo alto de los cortados que bordean la playa. De tan bárbara acción —cuyos detalles no conviene recordar— resultaron ser culpables el gobernador de la isla y varios oficiales que se hallaban a sus órdenes. Conducidos a Las Palmas, fueron juzgados y debidamente castigados.

El asunto causó mucha amargura; y, si aquí se expone —o se recuerda—, es tan sólo a causa de su origen. El nerviosismo producido por las constantes agresiones realizadas por los corsarios de Inglaterra, hizo posible un hecho que en modo alguno se hubiera verificado en condiciones diferentes. Nadie, en efecto, se halla dispuesto a asegurar que las noticias circuladas en los primeros momentos no se hallaban conectadas con la posibilidad de una emboscada. Sin duda los silbidos de los herreños que miraban a los naufragos, no fueron contestados; y bien pudo —en esta forma— cundir el miedo muy de prisa. Nadie nos habla de la tensión moral en que vivían los canarios.

En todo caso, la posición del Archipiélago era insostenible; y en otros sitios, ocurría lo mismo. La situación de los pueblos pacíficos resultaba insoportable; y fué insoportable hasta que a fines del siglo XVIII, el corso comenzó a ser condenado. Fué calificado de acción injusta: insuficientemente legalizada. Los gobiernos se hicieron eco de la idea; y, por vez primera, en 1785, con motivo de la ruptura de relaciones entre Prusia y Norteamérica, se publicó una declaración de guerra en que ambas partes se comprometieron a no entregar «patentes» para el corso.

## XV

# Nelson

1797

### Situación internacional

Europa entera está pendiente de la revolución francesa. Luis XVI ha sido guillotinado el 21 de enero de 1793, y el ruido originado por su cabeza cuando cae sobre las tablas de la frágil armadura, resuena en todas partes. Gran Bretaña ha retirado su embajada, y, a los pocos días, se halla en guerra con los franceses. La situación de España es semejante; y la lucha se concentra sobre Tolón y alrededor de Córcega.

De momento, el Atlántico está en paz. Las preocupaciones interiores son demasiado grandes para pensar en operaciones lejanas. Los barcos aprovechan su autonomía para innumerables idas y venidas, que se hallan destinadas a vigilar algunos puertos, a proteger convoyes o a apoderarse de una base indispensable para mantener en auge la potencia de la flota.

Pero, las presiones pueden más que el sentimiento. España cambia de rumbo relativamente pronto. El 19 de agosto de 1796, firma un acuerdo con el Directorio de Francia en virtud del cual una cualquiera de ambas potencias que pida auxilio recibirá de la otra 15 navíos armados y tripulados y 10 fragatas o corbetas en iguales condiciones, antes de tres meses. El tratado se ratifica el 12 de septiembre, y a los cuatro días Inglaterra decreta el embargo de cuantas naves españolas estén fondeadas o amarradas en puertos británicos; y nosotros contestamos, el 5 de octubre, con la declaración de guerra. Todo queda, por lo tanto, como en tiempos anteriores. Pero, esta vez no existen los lazos familiares que indujeron a otras campañas. Nos enfrentamos con los reyes de Inglate-

rra, y nos aliamos con la nación que ha hecho desaparecer la monarquía que nos impuso la dinastía reinante.

En ese momento, la escuadra española está al completo. Tiene 76 navíos de línea, 41 fragatas y 183 corbetas, bergantines y otros buques secundarios. Lángara zarpa de Cádiz con algunas divisiones, y se dirige al Mediterráneo. Se enfrenta con el Almirante Jervis, sucesor de Hood. Córcega es abandonada por los ingleses; y, en febrero de 1797, tiene lugar la triste batalla de cabo San Vicente, a consecuencia de la cual nuestro Vicealmirante Córdoba y algunos capitanes de navío son destituidos de sus mandos respectivos.

### Atavismos de la «Royal Navy»

Entre los que fueron felicitados por el almirante Jervis a bordo del famoso Victory, se hallaba Horacio Nelson. Su odisea era conocida. Capitán de navío, a las órdenes de Hood, había mandado el Agamennón. Con él estuvo en diferentes puertos del Mediterráneo, capturó unos cuantos barcos, patrulló infinitas veces y desempeñó una misión en Nápoles que le ofreció la buena ocasión de ser presentado en la Corte y de conocer a Lady Hamilton. Estuvo en Cádiz, y asistió a una «corrida» que le agradó bastante poco. Se portó brillantemente en el asedio de Bastiá; y en Calvi quedó tuerto a consecuencia de un balazo (1794). Conferenció con sus diversos jefes; y, mandando el «Captain», participó en la concentración que fue ordenada en consecuencia de nuestra declaración de guerra.

Después de San Vicente, asciende a comodoro, y es nombrado jefe de la «división azul», cuyos barcos se desparraman por la cuenca occidental del Mare Nostrum. Y, desesperado casi, Nelson busca una solución contraria al ostracismo. El corso ya no existe, pero la captura de presas ha llegado a ser una verdadera obsesión de casi todos los marinos. Horacio Nelson no es codicioso, pero las noticias que le llegan de Canarias van a ayudarle a saciar su actividad. Pide ser enviado al Archipiélago. Varios autores admiten que la expedición tuvo por objeto saquear algunos barcos del virrey de Nueva España que se habían refugiado en Santa Cruz de Tenerife; pero otros muchos aseguran que se trataba simplemente de apoderarse de un par de galeones que habían salido de Filipinas

varios días antes y que llegarían pronto al referido puerto. En todo caso, lo cierto es que Lord Jervis —ya titulado «el Conde de San Vicente»— autorizó la expedición, y dejó que Nelson eligiera las naves y algunos oficiales para llevarla a cabo<sup>1</sup>.

La elección fué rápida, y la preciosa escuadra se reunió. El comodoro Nelson arrumbó hacia las Canarias a bordo del navío «Theseus». Delante iban en línea de fila extraordinariamente abierta, las fragatas «Seahorse», «Esmerald» y «Terpsicore»; y al «Theseus» seguían los navíos «Zealous», «Leander» y «Culloden». En fin, se hallaban cerca de él, una bombardera y el aviso (o escampía) «Fox». En conjunto, nueve barcos, dotados con 393 cañones y llevando a bordo una columna de desembarco de unos 2.000 hombres que mandaba Sir Thomas Troubridge.

## Tenerife y su defensa

Santa Cruz de Tenerife está en la orilla, y sobre mar abierta (sin ensenada, sin bahía). Tiene por fondo una muralla (la «Cuesta» que sube a La Laguna), y por guardaflancos varios parapetos y otros tantos fosos infranqueables (barrancos pedregosos y estribaciones de basalto) que emanan de la altura y que bajan hasta el agua. Al Este las cotas son mayores que al Oeste, y son mucho más agrestes. Aquella parte es escarpada: los acantilados son verticales. A media milla de la costa, el fondo es superior a 80 metros. Hay que acercarse mucho para anclar; y aún ha de recordarse que las baterías de los fuertes y los vientos de levante pueden impedir la operación.

El Castillo de San Cristóbal —ya desaparecido— se hallaba en plena población, cerca del agua y cerca del solo muelle que existía en 1797<sup>2</sup>. Paso Alto se encontraba —y sigue estando— a unos dos kilómetros al Este del primero<sup>3</sup>. Y éstos eran los ba-

1 BROWN: *The Life of Horacio, Lord Nelson*. Cap. IV).

2 Dicho muelle era el principio del actual «dique del Sur», o sea la parte en que se hallan instaladas —actualmente— las casetas de la Aduana y las oficinas del Cabildo.

3 En el extremo S. E. de Santa Cruz, en las inmediaciones del Club Náutico.

luartes principales. Sus fuegos no se cruzaban, pero en cambio estaban enlazados por las baterías o fuertes intermedios de San Miguel, Santa Teresa, Santiago, el Muelle, San Pedro y San Antonio. El artillado era modesto<sup>4</sup>; pero, en el momento de la acción, disponía del personal y de las municiones indispensables para la defensa. En suma, la artillería de Santa Cruz se hallaba en condiciones de «prohibir» la utilización del fondeadero originado por su muelle; y, de este modo, el posible atacante se veía obligado a mantenerse bajo el viento sin anclar, o a refugiarse un poco lejos de la plaza.

Por último, las fuerzas que guarnecían la referida plaza cuando Nelson navegaba hacia Canarias, eran, según los datos oficiales, 247 hombres del Batallón de Infantería de Canarias, 110 del de Cazadores Provinciales, 60 de los Banderines fijos de Cuba y la Habana, y 387 artilleros (de los que sólo 47 formaban parte de las tropas veteranas). No obstante, acudieron enseguida 380 hombres de los Regimientos de Milicias de La Laguna y de La Orotava, 245 rozadores de La Laguna, 110 franceses que mandaba el Capitán de Fragata Picnic<sup>5</sup>, y unos 200 voluntarios de última hora.

En conjunto, había lo suficiente para impedir un desembarco; siempre y cuando, por supuesto, no se fuera sorprendido o el enemigo no tuviera mucha fuerza<sup>6</sup>.

Pero, no se temía una agresión. Y la temía menos que nadie, el Mariscal de Campo, Don Juan Antonio Gutiérrez de Otero y Santayana, que era entonces Comandante General del Archipiélago, y que desde San Cristóbal —donde estaba su residencia—,

4 Si se prescinde de Paso Alto, que tenía 12 cañones y 2 morteros, y de San Cristóbal que tenía 10 cañones, puede casi asegurarse que el artillado de los otros 14 fuertes o baterías que guarnecían la plaza, era modesto o casi nulo: 14 cañones en San Andrés, 4 en Alturas de Paso Alto, 4 en San Miguel, 3 en Santa Teresa, 4 en Santiago, 3 en Pilar, 8 en San Antonio, 5 en San Pedro, 7 en Muelle, 7 en Concepción, 3 en San Telmó, 14 en San Francisco, 4 en San Juan y 2 en Las Cruces.

5 Estos franceses habían sido apresados por los ingleses y canjeados por nosotros. Se portaron bien en los primeros días, pero fallaron poco antes de producirse la capitulación de Nelson.

6 Las biografías de Nelson aseguran que la guarnición de Santa Cruz de Tenerife, en el momento del ataque, ascendía a 8.000 hombres. Pero la documentación hallada pone de relieve que no era muy superior a los 1.500.

veía entrar las naves que llegaban de muy lejos, o contemplaba las que estaban junto al muelle, o fondeadas a levante, o más afuera.

## El 22 de Julio

El Almirante poseía casi todos estos datos.

Durante la travesía había distribuido ya las órdenes precisas para sorprender y apoderarse de la Plaza. Troubridge, Comandante del Culloden, había de aproximarse con las fragatas a la zona no batida por la defensa, y desembarcar rápidamente en Bufadero o Valle Seco. Entonces, los navíos inundarían de proyectiles la ciudad, y, de este modo, facilitarían el avance de las fuerzas recién desembarcadas. Y él, en fin —Horacio Nelson—, completaría la ocupación con las reservas.

Pero, entró el «levante». La marejada y el viento fuerte dificultaron las operaciones. *A media noche las fragatas se hallaban a tres millas del lugar de desembarco..., y amaneció cuando ancoraban a cerca de una milla de la costa... La columna tomó tierra hacia las 9... Los navíos trataron de acercarse..., mas no lograron alcanzar el fondeadero...* En vista de ello, los cuatrocientos hombres desembarcados no se movieron. Establecieron un cañón en Ramonal, e hicieron fuego con el mismo hacia la «Altura» que domina la ciudad y la batería de Paso Alto<sup>7</sup>. Mas viendo que no lograban su propósito o sintiéndose cercados, regresaron a la playa en que termina el Valle Seco y reembarcaron en sus lanchas.

Entretanto, el General Gutiérrez, al ver que el enemigo se instalaba en Ramonal, destacó varias partidas hacia la citada «Altura» y las reforzó con tres compañías de Cazadores Provinciales y cuatro piezas de campaña; y, simultáneamente —y con el fin de evitar que los de Ramonal pudieran internarse tierra adentro—, el mismo General dispuso que algunas unidades de milicias laguneras rodearan todo el alto de la sierra y bajasen hacia donde se encontraban los ingleses, a fin de defender los desfiladeros que ellos tendrían que atravesar para invadir la isla. Y, en efecto, no

---

7 MAHAN (CAPTAIN A. T.): *The Life of Nelson* (Cap. V).

había anochecido aún cuando las fuerzas canarias se hallaban en sus puestos de combate, dispuestas a evitar toda incursión. Y esto, sin duda, fué lo que indujo a los ingleses a marcharse.

Nelson no abandonó el proyecto. Mas como el viento persistía y los navíos no podían acercarse al litoral, se estuvo navegando casi todo el 23 y el 24.

## Zozobra e indecisión

Las andanzas realizadas por la flota inglesa durante los citados días 23 y 24, fueron interpretadas torpemente. Los vigías señalaron la llegada de los navíos en forma debida; pero al verlos dirigirse hacia Poniente y acercarse a la pequeña playa de la Candelaria y a la que se halla en la desembocadura del Barranco Hondo, anunciaron un probable desembarco en dicha parte; y, ante eso, fué desplazado el Regimiento de Infantería de Gúímar, y fueron movilizadas algunas piezas de campaña que estaban en los depósitos de aquella población. Mas todo resultó completamente innecesario porque después de varias idas y venidas, los barcos acabaron demorando hacia Levante; y, al atardecer, el 24, se vió como ancoraban los navíos en la zona en que lo hicieron las fragatas el día de su llegada, al tiempo que éstas se instalaban algo más cerca de la plaza.

Y una vez observada la disposición tomada por los barcos enemigos, todos comprendieron que no iba a producirse un nuevo ataque combinado, sino que esta vez sería sencillo y violentísimo; y, en vista de ello, las guarniciones de los fuertes se reforzaron, los depósitos de víveres se desplazaron y los hospitales de campaña se ubicaron en los sitios más convenientes para atender a los heridos resultantes de los probables hechos de armas.

Los artilleros guarnecieron los castillos, cargaron sus piezas y esperaron al pie de ellas con las mechas encendidas. En la plaza principal de Santa Cruz<sup>8</sup>, fué apostado el Batallón de Cazadores Provinciales; junto al muelle, una partida de pilotos y otra de mili-

---

8 Plaza de la Pila (hoy, de la Candelaria).

cianos de La Orotava; en la playa de las Carnicerías<sup>9</sup>, setenta hombres pertenecientes a los banderines de Cuba y de La Habana; cerca del Hospital de los Desamparados<sup>10</sup>, una partida de marineros con dos cañones; en la plaza de San Telmo<sup>11</sup>, el Batallón de Infantería de Canarias; entre San Telmo y el Garitón<sup>12</sup>, el Regimiento de Milicias de La Laguna; entre los Castillos de Paso Alto y San Miguel, 80 franceses a las órdenes del Teniente Faust; en la «Altura», cincuenta y tantos hombres del antes citado Batallón de Infantería de Canarias y algunos rozadores de La Laguna, y, por último, en el Castillo de San Cristóbal, el Cuartel General y Estado Mayor de la defensa, con 60 Cazadores Provinciales y un núcleo de «sirvientes» para las piezas.

Y, todos alertados, esperaron con paciencia y con angustia.

## A bordo de la «Sea Horse»

Veinticuatro de julio, a las seis y media de la tarde.

Las rachas de viento son calientes, y molestan. La nave cabecea, y el bauprés se mueve acompasado por las olas.

Nelson está a la vista. Algunas órdenes circulan, y las pitadas consiguientes originan movimiento. No se forma. No hay honores; pero los diferentes jefes de la «Sea Horse» acuden a la escala. Desde tierra, estribor está a la vista. Mas nadie piensa que el Almirante pueda entrar en la fragata por el otro portalón. Todo está previsto para que la recepción se verifique muy de prisa. Y, en efecto, los cumplidos son ligeros, y los dos recién llegados se encaminan en seguida con Freemantle —comandante de la nave— hacia la cámara de popa.

Una señora espera. Freemantle se había casado recientemente, y pensaba ir a Londres con su mujer cuando recibió la orden de

---

9 Se llamaba Plaza de las Carnicerías, el sector correspondiente al antiguo matadero, hoy reemplazado por la «Central Eléctrica» de Santa Cruz de Tenerife. Estaba situada a unos 600 metros al Oeste de «La Caleta».

10 El Hospital de los Desamparados se hallaba en el solar hoy ocupado por el «provincial».

11 Al Oeste del Barranco de los Santos, cerca del litoral.

12 Construcción inmediata al cuerpo de guardia de San Telmo.

incorporarse a la Escuadra Azul de Horacio Nelson. Freemantle era un gran amigo de éste. Se profesaban mutua confianza, y querían hablar de lo inmediato. Pero la presencia de la dama indujo —de momento— a un tema que no era el que a los dos preocupaba.

Misses Freemantle oye hablar de Córcega y de Nápoles. Está contenta de recordar los días felices, que originaron su matrimonio. Escucha atenta. Aprende cosas de un período que ha vivido, sin llegar a conocerlo. Ambos amigos, en efecto, estuvieron extremadamente explícitos. Dijeron más que de costumbre sobre lo viejo durante el rato que estuvieron en la Cámara.

Pero, eso duró bastante poco. El mayordomo se asomó, y los cuatro protagonistas de la breve escena subieron a cubierta. La mesa estaba puesta en la toldilla, a sotavento de la mesana y de un aparejo atravesado. Había poco sitio. Una carena fina y afilada no deja espacio para mucho.

El viento había situado a la fragata en la dirección más conveniente para divisar la tierra; y, una vez que Santa Cruz de Tenerife quedó a la vista, no cabe duda que sin querer se discutió sobre la costa y sobre la formación en que las lanchas se moverían. Nelson dió a conocer su idea sobre aquella costa: idea formada a fuerza de observarla todo el día con su pequeño catalejo, y de repetir frases que no se borrarían de su mente. Habla, de seguro, como después escribe. Dijo, en efecto: *a siete u ocho millas a N. E. de Tenerife, hay un pequeño valle con varias casas de pescadores*<sup>13</sup>. *El lugar está defendido por una torre de 30 pies de altura, con dos cañones. Dos millas más hacia Poniente hay otro valle, donde ancló mi división a un tiro largo del fuerte principal de Santa Cruz. Pero se me dijo que los cañones de ese fuerte se hallaban instalados en la altura para prohibir el fondeadero más cercano*<sup>14</sup>. *Y, en estas condiciones, mi orden para el desembarco por sorpresa está encauzada hacia la playa que hay entre la ciudad y el fuerte establecido a su Nordeste*<sup>15</sup>, y tiene por objeto apoderarme de ese fuerte a fin de ase-

13 Sin duda alguna, San Andrés.

14 De una carta al Almirante Lord Keith, escrita poco después del ataque a Santa Cruz de Tenerife y publicada por *The Illustrated London News* del 5 de mayo de 1951.

15 Castillo de Paso Alto.



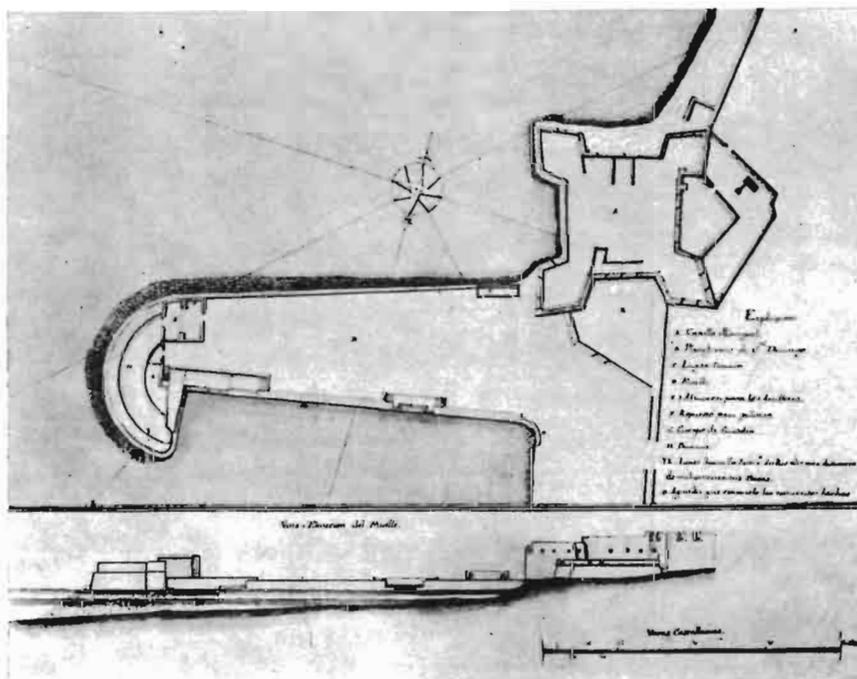
«El Tigre»

Cañón de bronce que hizo fuego durante la agresión de Nelson,  
y al que tantos atribuyen la grave herida que el Almirante recibió.





*Convento de Santo Domingo  
en el que Troubrigde se refugió con su columna, y estuvo a punto  
de caer en nuestro poder. (Cap. XI).*



*El muelle de Santa Cruz de Tenerife, en 1787*

*Fortaleza de San Cristóbal (hacia la derecha),  
y batería del muelle (en el saliente).*

gurar el fondeadero de mis naves<sup>16</sup>. Y, esto repetido, expuso ciertas variaciones tácticas sobre la forma de efectuar la operación, que fueron discutidas y apoyadas en común.

Y, no hubo tiempo para más. Horacio Nelson dijo una frase amable, y ordenó que su canoa se acercara a la fragata.

Los tres jefes embarcaron. Y la dama estuvo un rato viendo cómo doce marineros con chaquetas azuladas y curtidos por el aire, bogaban preciosamente contra una mar que no cedía. Por instinto, acudió a la faltriquera y sacó un pañuelo. Y, con la mano sobre el hombro de un «midshipman», cruzó hasta la escotilla.

## La embestida

Dadas las nueve, se acercó a la costa una fragata inglesa y la bombardera. Esta última disparó violentamente: arrojó unas cuarenta bombas contra el Castillo de Paso Alto, sin colocar en su interior más que una sola. Paso Alto y San Miguel hicieron fuego, y rechazaron la agresión.

Silencio. Algunos cañonazos que se pierden, y más silencio. La oscuridad es completa. El viento sigue, y la mar insiste.

A pesar de todo, la embestida se verifica a media noche. Veintinueve lanchas, con setecientos hombres, empiezan a bogar. Delante de ellas, el cutter «Fox» que lleva ciento ochenta marineros; y, a retaguardia, un navío capturado en alta mar, con cerca de noventa, y la canoa del Almirante<sup>17</sup>. Troubridge manda la fuerza, y los capitanes de navío Hood y Miller están subordinados a él.

Varias embarcaciones llegan a medio tiro de la costa sin que la alarma haya sonado. Mas, de repente, se oye un cañonazo y retumban las campanas de todas las iglesias, y enseguida empieza el fuego de los fuertes, y los navíos responden. El «Fox» recibe un impacto, y se hunde con su gente. Bastantes lanchas se desorientan a causa del estruendo y de los constantes claroscurios originados por los disparos. Algunas solamente se aproximan a su meta, y entre ellas la de Nelson. La tropa desembarca; entra en el fuerte

16 De la misma carta ya citada.

17 HECTOR BRAVETTA: *Nelson* (Cap. V).

más inmediato, y clava sus dos piezas. Pero, el fuego de mosquete es más potente que esa tropa, y la detiene. El Almirante recibe un tiro, que le destroza el codo. Es llevado a una lancha próxima; y la retirada empieza.

Al pasar, algunos naufragos de la escampavía son recogidos. Algunos solamente, pues los demás no están.

La vuelta es lúgubre. Cierta carta de un marinero que acompañaba siempre a Nelson, dice que éste embarcó en el «Theseus» hacia las dos de la mañana, con el brazo espantosamente herido<sup>18</sup>. Y los cronistas cuentan que él mismo hizo amputárselo.

## El comandante del «Culloden»

Troubridge, con otra oleada, se perdió en la noche oscura. Varias de sus lanchas se estrellaron contra los escollos<sup>19</sup>, pero él llegó en su bote a la Caleta<sup>20</sup>. Desembarcó sin resistencia, y se dirigió en seguida a San Cristóbal. Atacó el rastrillo, pero la tropa que estaba a las órdenes del Capitán Benítez de Lugo le obligó a cejar en su propósito.

Al retirarse, con varias bajas, los de Troubridge encontraron a otro núcleo también desembarcado sin resistencia en el llamado «barranquillo del Aceite»<sup>21</sup>. Y todos juntos siguieron por la calle de las Tiendas<sup>22</sup>, hacia la Plaza Principal.

Desde esa Plaza, Troubridge envió un Sargento a parlamentar con el Jefe de la defensa, o acaso a llevar una carta que fué escrita por el Almirante Nelson cuando navegaba hacia Canarias. Dos paisanos fueron obligados a acompañar al parlamentario, que, por respuesta, fué detenido en San Cristóbal.

De otra parte, los de Hood, desembarcados en Carnicerías, arrollaron fácilmente a los cubanos que defendían dicho punto; y

18 Carta del *midshipman* Hoste, recogida por HECTOR BRAVETTA: *Nelson* (Cap. V).

19 BRAVETTA: *Id.*, *id.*

20 A 200 metros a poniente del muelle Sur.

21 Hoy cubierto por la calle de Imeldo Serís (antigua del Barranquillo).

22 La calle Verde, actual.

los de Miller, que tampoco hallaron resistencia en la desembocadura del Barranco de los Santos<sup>23</sup>, se reunieron pronto con los primeros. Pero, al poco tiempo, concentrado el núcleo más importante de Infantería de Canarias —que seguía en la plaza de San Telmo— con la partida de marinos que guarnecía el Hospital de los Desamparados; y enterados ambos de lo acaecido —por los cubanos que llegaban de la playa—, atacaron bríosamente a los ingleses, les hicieron varios muertos y treinta prisioneros, y les obligaron a retirarse, por las calles de la Noria y de Santo Domingo, hasta la plaza de este nombre<sup>24</sup>

## Día 25

Al amanecer, el General Gutiérrez destacó al Teniente Sierra en busca de noticias; y, si hemos de creer la información proporcionada por los cronistas e historiadores de la acción, este oficial cumplió su cometido en forma brillantísima. Intervino en dos encuentros, hizo cuatro prisioneros, reconoció la orilla y estableció contacto con varios núcleos españoles, y, en consecuencia de su misión, comunicó a su Jefe que el Regimiento de Milicias y el Batallón de Canarias seguían intactos, y que si bien la batería del Muelle parecía clavada, era evidente que las otras continuaban en buen estado y con gente en condiciones de reiniciar el fuego en cuanto hiciera falta.

Por su parte, el General Gutiérrez quiso confirmar la información de Sierra. Llegó hasta el muelle. Pudo comprobar que muchos fugitivos se movían por su cuenta, y apostó un par de patrullas que en poco tiempo hicieron cuarenta y cuatro prisioneros.

Desde ahí mismo —casi seguro—, Gutiérrez dictó las instrucciones necesarias para el empleo de las fuerzas disponibles. Ordenó al Batallón de Canarias y al Regimiento de Milicias que se instalaran en las avenidas que iban al muelle y a la fortaleza de San Cristóbal, por si el enemigo iniciaba un nuevo desembarco. Pero,

---

23 El actual, que cruza Santa Cruz de norte a sur.

24 Comprendía la plaza de Santo Domingo actual y acaso parte de la llamada de Isla de la Madera.

cuando el segundo, sin darse cuenta del peligro, penetró en Santo Domingo, hacia su meta, recibió una descarga que mató a su Jefe y a un miliciano. Los españoles reaccionaron. Troubridge se refugió de prisa en el convento, y desde sus ventanas mantuvo el tiro que había iniciado fuera.

A partir de ese momento, la postura inglesa resultó bastante falsa. Desde el convento de Santo Domingo, Troubridge intentó parlamentar. Pidió auxilio al Padre Prior. Quiso que éste fuera de su parte a ver al General Gutiérrez, para comunicarle que él —Sir Thomas Troubridge— ofrecía retirarse con todos los honores de la guerra, a condición de recibir el contenido de las naves pertenecientes a la compañía de Filipinas.

Gutiérrez no aceptó las condiciones. Es más, dispuso que acudieran nuevas fuerzas a la plaza de Santo Domingo, para cercar a los ingleses y obligarles a rendirse.

Pasa un tiempo, y nadie se mueve. Mas lo triste —y lo curioso— es que en estas condiciones acabara Troubridge por enviar a Samuel Hood a San Cristóbal, con la misión de concertar una capitulación que fuese digna de Inglaterra, y que en la entrevista se accediera a que *las tropas de su Majestad Británica se reembarcaran con sus armas, a cambio de que la flota no disparara contra la plaza, ni contra pueblo alguno de Canarias*<sup>25</sup>.

Ambas partes firmaron el convenio, y mientras se oían todavía cañonazos intercambiados entre los navíos de Nelson y el fuerte de San Andrés, los ingleses abandonaron el convento y se dirigieron hacia el muelle, pasando por la Plaza Principal de Santa Cruz en la que estaban desplegadas nuestras fuerzas.

Los prisioneros fueron devueltos. Nosotros facilitamos las lanchas necesarias para el reembarque de los vencidos, y distribuimos un refresco.

Y, sin duda en ese instante, Nelson desconocía aún los términos del acuerdo establecido. De seguro, no esperaba un resultado semejante. No podía concebirlo, porque no era concebible.

---

<sup>25</sup> El documento firmado por Samuel Hood, se halla archivado. Una copia de la traducción legalizada por notario, está en el despacho del Capitán General de Canarias.

## Cartas incoherentes y juicios temerarios

Cuando tuvo la noticia, Nelson escribió a Gutiérrez la siguiente carta:

*No puedo abandonar esta isla sin dar a Vuestra Excelencia las más sinceras gracias por su bondadosa atención para conmigo y por la humanidad con que trató a los heridos que tuvo a su cuidado, así como por su generosidad con todos los hombres que desembarcaron en Tenerife. Lo que no dejaré de hacer presente a mi soberano; y espero que en lo sucesivo tendré el honor de ofrecirme como su obediente y humilde servidor<sup>26</sup>: Horacio Nelson. Y a esto seguía una post data en que decía: Suplico a Vuestra Excelencia se digne honrarme aceptando un queso y una barrica de cerveza inglesa, que adjunto envío.*

Gutiérrez dió las gracias por medio de otra carta extraordinariamente atenta; y aún hizo constar en ella que le sería de mucha satisfacción poder tratar personalmente a un sujeto de tan dignas y recomendables prendas... como las de Horacio Nelson.

Ambas cartas están fechadas en 26 de julio de 1797. Son extrañas, e incluso incoherentes. Delatan claramente la alegría de ambos jefes: la de Horacio Nelson, cuyas fuerzas no salieron mal paradas del encuentro, y la de Antonio Gutiérrez, que se encontraba exento de la amenaza que pesaba sobre su espalda. Pero, no dan a conocer el íntimo sentir de los firmantes —general y comodoro— cuando se hallaron libres de preocupaciones bélicas.

El Almirante, sin duda alguna, se desesperaba de su herida y de su regreso a bordo. Estaba convencido que él no hubiera concentrado sus fuerzas, ni autorizado su entrada en el convento; y estaba seguro de que, habiendo patrullado serenamente y amenazado de cerca San Cristóbal, Gutiérrez habría cedido a su demanda, y él —Horacio Nelson— continuaría en Santa Cruz de Tenerife.

El General, en cambio, pensaba de otro modo. «El Almirante perdió su brazo, y bien perdido estaba». No se trataba en la mente de Gutiérrez de saber qué hubiera sucedido en otro caso. Se trata-

---

<sup>26</sup> Respeto en forma terminante la copia de la traducción legalizada en que se basa mi trabajo, que se halla unida al documento antes citado.

ba sólo de averiguar de qué manera se habrían desarrollado los hechos si en vez de haber cedido a la demanda —o casi imposición— británica, él se hubiera obstinado en oponerse a lo ofrecido, y luego establecido. Se trataba simplemente de poner en claro si de ese modo y en ese instante, Troubridge, con su gente, seguirían haciendo fuego en Santo Domingo, o habrían capitulado sin condiciones.

Pero, todo eso es fantasía. Lo que meditaron por la noche —Horacio Nelson y el General Gutiérrez— lo sabe Dios únicamente. No es posible averiguarlo. Sólo es posible comentar *a posteriori*, tratando de situarse en el ambiente que la crónica presenta.

En relación a lo sabido, es evidente que todo «se pasó» como otras veces. El enemigo llegó dispuesto a dar un «golpe de mano», y a retirarse dignamente si éste fallaba. Mas, como en tantas ocasiones anteriores, el golpe falló porque hallándose las guardias prevenidas y dispuestas —siquiera algunas— a defender los puestos principales, la acción de ese enemigo fué difícil; cuando puso el pie en la tierra, se vió en la obligación de combatir, y, esto, precisamente, es lo que no se pretendía. Y, desde la hora —o el instante— en que la sorpresa terminó, o en que la ofensiva pasó a la categoría de un ataque en toda regla, ocurrió que la agresión perdió interés. Su culminación iba a ser extraordinariamente cara; y, la retaguardia estaba demasiado lejos para «encajar» una derrota.

No obstante, en este caso, algo variaba. En efecto, falló el primer ataque; y, sin embargo, Nelson organizó el segundo, a sabiendas de que los fuertes estaban en condiciones de hacer fuego y de que él mismo había proporcionado muchas horas suplementarias a las milicias canarias para acabar su concentración. Pero, Nelson —personalmente— no estaba en igual caso que sus propios antecesores. Quería una presa; y, sin embargo, él no era un simple corsario. La presa había sido una sencilla excusa para destacarse de la flota y operar independiente. Su ambición era distinta, y era insaciable. Estaba acuciada por la gloria de Rodney, y por la de Hood, y hasta por la de Jervis. Quería ser más que ellos, y empequeñecerlos. El fin de su labor no coincidía con la Patria. En efecto, por su carrera solamente —o por su prestigio—, estuvo obligado a reiterar la acción, y a ponerse al frente de su fuerza, y a recibir la

herida que le obligó a no dirigir la última fase de su injustísima ofensiva.

Mas dentro de esto —o sea, aún admitiendo como firme lo expresado—, Nelson confió en apoderarse de la batería del Muelle, y en acercar entonces sus navíos, y en dominar violentamente a su enemigo. No trataba ya de sorprender; mas, fuera de sorpresa, él deseaba lograr lo más posible con poco esfuerzo relativo. Se acordaba de Alejandro, y quería que su presencia bastara para impulsar a los que estaban cerca de él, y conseguir la base que le hubiera dado fácilmente lo demás. No está escrito en ningún libro que la expresión «golpe de mano» exija una sorpresa terminante; y, sin duda, Nelson lo sabía.

Pero, a pesar de todo, fué derrotado. Tuvo 220 muertos y 130 heridos y desaparecidos, mientras que nosotros sólo sufrimos 64 bajas en total<sup>27</sup>.

Fuó la única derrota de su vida, y Tenerife puede enorgullecerse de ella.

---

27 La diferencia de bajas y la consiguiente importancia de nuestra victoria, se hizo aún más patente en lo referente a la oficialidad: los ingleses tuvieron siete muertos y cinco heridos, al tiempo que nosotros sólo sufrimos dos y cuatro, respectivamente.

CUARTA PARTE

# COMPAS DE ESPERA

EL SIGLO XIX

## XVI

# Las Juntas

1798-1842

### Tertulias aristocráticas

Cuando el siglo XVII terminaba, el Archipiélago Canario seguía sumido en la más completa incomunicación con todo el resto de la tierra. Algo se aprendía en Tenerife de lo que pasaba en la Península y en otros países más lejanos y extranjeros, a causa del comercio que entraba y que salía por el Puerto de la Cruz y Santa Cruz, y porque a veces el Comandante General enviaba un emisario a España con el fin de recabar noticias u órdenes concretas referentes a las guerras o a la política a seguir en consecuencia de las mismas. Pero, estas noticias llegaban siempre tarde, y pasaban a Las Palmas y a otras capitales a través de los tamices elegidos para cada uno de los sitios en cuestión.

La inexistencia —en ese tiempo— de toda burguesía o clase media acomodada es cosa cierta, y este fenómeno era más notorio aún en Gran Canaria que en Tenerife. Los designios del Archipiélago se hallaban en manos de los frailes y de los aristócratas. Había muchísimos conventos; y en las capitales, los personajes se reunían periódicamente para hablar de política y tratar de lo divino y de lo humano, y comentar las nuevas más recientes, y discutir los últimos inventos, y criticar —seguramente— a los que se iban más temprano que los otros. En La Laguna, la tertulia más importante se congregaba en casa del popular Marqués de Villanueva del Prado, y, en Las Palmas, la principal era sin duda alguna la invitada por el hacendado Conde de la Vega Grande. Viera y Clavijo acudía a aquélla. Y formaban parte de una y otra los jefes

militares que mandaban los diversos regimientos de milicias; y, de resultas, lo castrense interesaba a casi todos.

Santa Cruz de Tenerife estaba guarnecida, a la sazón, por las unidades que la habían defendido contra Nelson: cazadores de Canarias, que destacaban por su uniforme blanco, la solapa verde y los cabos encarnados; granaderos provinciales que llevaban chaquetilla oscura y pantalones claros, y la brigada de artilleros que seguía usando el uniforme azul marino de los tiempos anteriores<sup>1</sup>. En Las Palmas había menos gente: los fuertes no se hallaban defendidos; pero, en cambio, los infantes-milicianos se presentaban más a punto que los de Tenerife. En resumen, no había lo suficiente; y Madrid se preocupaba. En 1798 llegaron los regimientos de infantería de América y de Ultonia, a las órdenes del Mariscal de Campo, Marqués de Casa-Cagigal<sup>2</sup>. Con eso la relativa intranquilidad bajó bastante en La Laguna; pero aumentó en Las Palmas.

La paz de Amiens, firmada en 1802, hizo olvidar el nombre de Horacio Nelson. Mas, después de Nelson, Bonaparte había surgido. Sus combates fueron notables: Montenotte, Millesimo, Puente de Arcole, Rívoli..., eran nombres que se oían diariamente. El eco de las victorias napoleónicas resonaba misteriosamente en las reuniones de Canarias. Cada cual se preguntaba cuál sería la suerte de un Estado que había pasado violentamente de una revolución interna a una serie de éxitos insuperables.

Pero, al fin y al cabo, los franceses no eran nuestros enemigos; y, de resultas, los antes citados regimientos de América y de Ultonia fueron reintegrados a la Península. Y entonces, Casa-Cagigal se halló cesante; mas *ganado por el clima bonancible de las islas y acaso por las granjerías o negocios montados desde su cargo*<sup>3</sup>, optó por aspirar a la vacante de Segundo Cabo de la Capitanía de Canarias, en la esperanza de ser nombrado pronto Comandante General. Y, en efecto, eso ocurrió el año siguiente. Desde 1803, Don Fernando Cagigal es Jefe Militar del Archipiélago, y es ayudado —en su labor— por una «tenencia de Rey», para cuya dirección

1 PRUDENCIO MORALES: *Hace un siglo, 1808-1809*. (El Marqués de Casa-Cagigal, II).

2 Don Fernando Cagigal de la Vega y Mac Swing, Marqués de Casa-Cagigal.

3 ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Las Juntas de Canarias*. (La Laguna, 1948).

fué designado el Coronel Don Carlos O'Donnell<sup>4</sup>. (Y dáse el caso —no recomendable— de que ambos militares llegaron a ser íntimos, y de que a consecuencia de ello el Comandante General no daba un paso sin antes escuchar el parecer de su indispensable amigo).

Y todo eso —y mucho más— se comentaba con fruición en los palacios de Vegueta y de la calle principal de La Laguna. Se comentaba en cómodos sillones, al pie de viejos cuadros y cornucopias historiadas, y tomando malvasía de otros años no peores.

## La Junta Suprema y el Cabildo Permanente

Había tenido ya lugar la brillantísima reacción del pueblo madrileño y el sacrificio muy glorioso de Daoiz y de Velarde<sup>5</sup>; y, sin embargo, los canarios desconocían el motín habido anteriormente en Aranjuez<sup>6</sup>, e ignoraban también que el Rey Don Carlos IV hubiese abdicado en favor de su hijo primogénito Fernando VII. En toda la Península se aclamaba a este segundo, cuando en Las Palmas y en La Laguna se cavilaba solamente sobre las futuras consecuencias de la invasión de España por las fuerzas de Napoleón I.

La consternación fué grande. Pero aún fué mayor la originada —poco después— por el arribo de una goleta portadora de instrucciones para el sometimiento a un nuevo rey llamado José I; goleta que llegó a la hora en que no eran conocidos aún los hechos acaecidos en Bayona, y que habían originado la renuncia del ya citado Fernando VII y su retiro voluntario a Valencey<sup>7</sup>.

Se hacían cábalas. Se discutían soluciones; y no se había encontrado la buena, cuando, a los ocho días del arribo de la nave ya citada, llegó otro barco a Santa Cruz de Tenerife, trayendo a bordo

---

4 Don Carlos O'Donnell y Anethan, Teniente de Rey en las Islas Canarias. Tiene el empleo de Capitán, y está «graduado de Coronel» por los méritos contraídos en varios sitios y batallas de la campaña del Rosellón.

5 Dos de Mayo de 1808.

6 Diez y siete de marzo de 1808.

7 La goleta «Mosca», llegó a Las Palmas el 25 de Junio de 1808, mandada por el oficial de marina Don Mariano de Isasvíribil y Azcárate. Fué despachada en la ría del Adour, e hizo viaje —al parecer— sin detenerse en la Península.

la comisión enviada por una titulada «Junta Suprema»<sup>8</sup>, que, al parecer, tenía el encargo de unir a los canarios a la causa nacional<sup>9</sup>.

Esta vez, en cambio, hubo una gran satisfacción. A más de que la orientación establecida satisfacía a todo el mundo, originaba —de otra parte— un perfecto acuerdo de casi todo el pueblo, de las autoridades, de los próceres y del ejército, con Sevilla (lugar en que la Junta se había establecido), y con las conciencias respectivas. Y, en vista de ese acuerdo, el Capitán General del Archipiélago convocó a todo el Cabildo tinerfeño a fin de que éste designara el presidente y los vocales de la «Junta Suprema de Canarias», que había de constituirse con arreglo a las disposiciones de la «Junta de Sevilla».

Al igual que en la Península, unos cuantos se mantuvieron fieles a la memoria de Carlos IV y de Godoy. Otros se conformaron con las recomendaciones del mismo Rey Don Carlos y de Fernando VII, que se referían al acatamiento de la triste situación creada por Napoleón; y los más, en fin —patriotas y dispuestos a evitar que España cayera en el oprobio—, organizaron el movimiento que había de crear las Juntas Provinciales y constituir las tropas y guerrillas destinadas a liberar la Patria. Pero, a pesar de todo, recomenzaron los disgustos, porque la Junta había sido nombrada arbitrariamente. El Cabildo mencionado no tenía poderes suficientes —o no tuvo la imparcialidad precisa— para elegir una «asamblea canaria». Mejor dicho, eligió una «junta lagunera», sin representantes a propósito para ser considerada ecuaníme y ser aceptada gustosamente por las otras islas. De otra parte, la Junta y el Cabildo absorbieron demasiadas facultades. Lo que no habían logrado los Comandantes Generales en otros tiempos anteriores, lo consiguieron asambleas constituídas por sí solas; y esto dió lugar a controversias y a una grave situación política. No en vano la situación de España era angustiosa; y no en vano las disposiciones creadoras de las Juntas eran de origen revolucionario.

La «Junta Suprema de Canarias» instalada en La Laguna, se arrogó las atribuciones de la Audiencia y del propio Jefe Militar

8 «Junta Suprema de España y de América»

9 Esta nave llegó a Canarias el día 8 de Julio de 1808.

del Archipiélago<sup>10</sup>. Cagigal fué detenido y procesado. Un emisario pasó a Las Palmas a fin de apoderarse del regente de la Audiencia y del Fiscal, tachados, ambos, de afrancesados. Pero, entonces, Gran Canaria se ofendió: su Cabildo fué reunido, y se mantuvo en asamblea permanente; y, a partir de ese momento, no admitió sino su propia autoridad<sup>11</sup>.

Entretanto, Napoleón tenía en la Península un Ejército de más de cien mil hombres, que avanzaba hacia diversas capitales. Hubo encuentros en Valencia, en Zaragoza, en Córdoba; y todo estaba en mala postura cuando el General Castaños derrotó cumplidamente al General Dupont en la célebre batalla de Bailén<sup>12</sup>. A consecuencia de esa victoria, los franceses levantaron el sitio de Zaragoza, se encerraron en Barcelona y evacuaron Portugal. Hubo optimismo, y de ese optimismo participó Canarias. La Patria en peligro fué escuchada, y muchos quisieron auxiliarla con hombres y dinero. Se abrieron suscripciones. Santa Cruz de Tenerife organizó un Batallón expedicionario. Las Palmas hizo otro tanto. Pero, a pesar de todo, la rivalidad eterna entre Tenerife y Gran Canaria siguió causando serios disgustos. Las juntas patrióticas no fueron obedecidas. Es más, como ellas no obedecían a las autoridades provinciales, el pueblo soberano actuó con cierta independencia. Hubo repartimientos de la tierra, y distribución de otra riqueza. El movimiento revolucionario tuvo más importancia en Gran Canaria que en Tenerife. La villa de Teror fué su foco principal.

Y los desórdenes siguieron hasta que el 6 de julio de 1809, la Junta de Sevilla disolvió las de Canarias. Los poderes de la Audiencia y del Capitán General nombrado por el Rey, fueron restablecidos; y restablecidas fueron las personas que habían ejercido previamente la regencia de los citados puestos.

## O'Donnell y Casa-Cagigal

Cuando el rey «Botella» entró en España, las relaciones entre Casa-Cagigal y O'Donnell eran peores que medianas.

10 Once de Julio de 1808.

11 Primero de Septiembre de 1808.

12 Diecinueve de Julio de 1808.

Dichas relaciones —tan excelentes al principio— se agriaron por un asunto ajeno a la presente historia. Cuando la goleta «Mosca» llegó a Las Palmas, faltaba sólo hallar una razón para estallarlas. Y la goleta misma —o mejor dicho, la manera de acatar lo referido por su jefe, o la sinrazón de semejante acatamiento— bastó para crear esa razón primera.

Todos sabían que las órdenes venían de Bayona, y que el Rey de España había sido realmente destronado. Todos sabían, además, que la goleta continuaba hacia el Oeste a fin de realizar en las Américas una misión idéntica a la desempeñada en Gran Canaria; y, en tales condiciones, no había —por supuesto— más que una solución: apresar la nave y procesar al oficial que la mandaba. Mas ni el Coronel Verdugo —«comandante de las armas» en Las Palmas—, ni Cagigal —jefe absoluto de las fuerzas militares— eligieron tal camino. Bien al contrario: aceptaron órdenes que no estaban de acuerdo con sus principios, y dejaron que la nave siguiera viaje a Buenos Aires.

Cagigal decía: *Bonaparte ha cometido una gran infamia; pero no hay remedio, y es necesario ceder ante la suerte y reconocer su fuerza*<sup>13</sup>; y cuando contestaba a las consultas que le dirigía O'Donnell, repetía, siempre, que *procedería del modo que fuese más conveniente al servicio y gloria del monarca y al bien de los isleños*<sup>14</sup>. Pero, entretanto, O'Donnell «se movía», como ya se había movido anteriormente. Había organizado, en efecto, una procesión que estuvo destinada a entronizar a Fernando VII y a confirmar la declaración de guerra a Napoleón I, y que tuvo lugar el 10 de mayo. Y, aunque esa procesión fué realizada cuando aún no habían llegado las órdenes del nuevo rey José —y aunque O'Donnell no hizo nada cuando la «Mosca» llegó a Las Palmas—, no cabe duda que el citado Coronel aprovechó las vacilaciones de Casa-Cagigal para caer sobre él violentamente, y desacreditarlo ante Canarias.

En este caso —y en otros posteriores—, O'Donnell hizo el juego de fiarse de las noticias no oficiales —aunque sí seguras— que traían los barcos peninsulares; mientras que el Marqués de

13 MORALES: *Hace un siglo* (La Memoria de Cabral, VI)

14 Id., id.

Exc<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup>

Mi S.<sup>mo</sup>. En medio del concierto universal de aclamaciones y enhorabuena que V. E. recoge con debida merecida, expreso se haga algun lugar la voz del excel. Gobernador del Obispado, y antiguo historiador de estas Yslas, que habiendo apreciado siempre las prendas que en la persona de V. E. conucian, tiene hoy la impendable satisfaccion de verlas tan gloriosamente laureadas, con la completa victoria que ha sabido obtener de los orgullosos enemigos de la corona, con crédito inmenso de los Reales de Santa Cruz, honor de Tenerife, y dación de las coronas y varallos del Rey.

N<sup>ro</sup> S<sup>or</sup> que y propongá la vida de V. E. m. a  
Ciudad de Canaria 29 de Julio de 1797.

Exc<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup>

D. L. M. de V. E.  
de mar. cap. gen. y Cavall.  
J. de Viera y Clavijo

Exc<sup>mo</sup> S.<sup>or</sup> D. Antonio Gutiérrez.

Felicitación escrita por el insigne historiador Don José de Viera y Clavijo, y dirigida al Capitán General de Canarias Don Antonio Gutiérrez en ocasión de su victoria sobre Nelson.



*Casa y pinar de Santa Cristina*

*edificada en el término municipal de Moya (Gran Canaria) por el Capitán General Don Francisco Tomás Morales, nacido en la isla, con la dote que le otorgó Fernando VII, como indemnización por los devengos no percibidos en Venezuela durante la batalla de Maracaibo y las operaciones consiguientes a la misma.*

Casa-Cagigal optaba por esperar confirmaciones que tardaron en llegar más de la cuenta. De este modo las relaciones se complicaron, y la controversia trascendió bastante más de lo preciso. O'Donnell trató al Marqués de Casa-Cagigal de afrancesado, y aún de cobarde; y el tono de su crítica subía a medida que el hombre de la calle le ayudaba. Y todos los canarios hubieran acogido con entusiasmo la orientación expuesta por O'Donnell, de no haber aparecido un «manifiesto», mal amañado por un abate portugués<sup>15</sup>, según el cual, por una parte, el Marqués de Cagigal estaba aborrecido de la mayor parte de los isleños por su insaciable codicia y por las violencias que practicaba con el fin de hacer dinero<sup>16</sup>, y, por otra, O'Donnell pretendía posesionarse del Archipiélago para venderlo a Gran Bretaña<sup>17</sup>.

En efecto, O'Donnell se portó bastante mal. El no era responsable; pero los historiadores demuestran que estuvo detrás de la cortina y que ésta pesaba lo suficientemente poco para haberla descornado a tiempo en vez de organizar después el movimiento sedicioso que llevó al procesamiento de Casa-Cagigal y a su propio encumbramiento militar<sup>18</sup>.

Se tardó muchísimo en ponerlo todo en claro. Pasó un año antes de que apareciera el decreto disponiendo el cese del General O'Donnell, que por entonces ya desempeñaba el cargo de Comandante General del Archipiélago<sup>19</sup>.

15 El abate se llamaba Miguel Cabral de Noroña. Era un antiguo capellán de nuestro regimiento de Ultonia, y, sin duda, un personaje no recomendable. Unos lo tratan de «experto leguleyo», y otros lo apostrofán de «travieso fraile». Al fin de su carrera, fué encarcelado y procesado en Cádiz.

16 El «manifiesto» de Cabral aún agregaba: *El Real Servicio era para él una especulación mercantil. Dar empleos al que más le gratificaba...; consentir la importación de los géneros y efectos prohibidos mediante el interés correspondiente...; tales eran los defectos con que se mancillaba el Comandante General y por los cuales se había hecho odioso a todos estos pueblos.* RUMEU DE ARMAS: «La Junta Suprema de Canarias» Cap. I.

17 RUMEU DE ARMAS: Ob. cit., id.

18 No discutimos el patriotismo de O'Donnell ni su devoción al legítimo Rey Fernando VII; pero estos elevados sentimientos no debieron encubrir sus torpes maniobras para alzarse con el mando militar de la región (o, mas bien, contra ese mando). RUMEU DE ARMAS: «La Junta Suprema de Canarias» (Cap. III).

19 A los pocos meses —y en el mismo boletín— aparece el ascenso simultáneo a Teniente General de los Mariscales de Campo Don Carlos O'Donnell y Don Fernando Cagigal.

Y aquí termina el cuento. Los personajes en cuestión quedaron olvidados. Casa-Cagigal<sup>20</sup> y O'Donnell<sup>21</sup> anduvieron por España sin el prestigio necesario para merecer un comentario personal. Y en el presente caso lo han tenido —o les ha correspondido—, por estar ligados directamente con los hechos fundamentales de esta breve narración.

## Pugilato pro-capital

La Junta General y el Cabildo permanente de Las Palmas, a los que se hizo referencia al comenzar este capítulo, se llevaron a matar con entusiasmo. La causa patriótica imperaba; pero los rencores fueron desenmascarados por las equivocaciones políticas. Las razones de justicia no bastaron para camuflar competiciones, y la lucha en pro de constituirse en capital del Archipiélago originó serios disgustos. Las Palmas, La Laguna y Santa Cruz de Tenerife se consideraban con derecho preferente para ejercer la regencia de todas las Canarias. La Audiencia, el Obispado y el Mando Castrense eran los pilares que sostenían su deseo. «Justicia», «aristocracia» y «riqueza comercial», eran «significados» de los mambretes que aparecían en cabeza de sus demandas respectivas; y, simultáneamente, eran, dichas expresiones, el *leit motiv* de los discursos que los diputados del Archipiélago pronunciaban en las grandes asambleas de la mitad primera del siglo XIX.

Pero, Madrid no decretaba. El asunto de la capitalidad era tan delicado que los organismos peninsulares no se atrevían a darle solución. Dichos organismos pretendían perennemente que las islas resolvieran el conflicto que ellas mismas habían promovido. A todo trance, la Corte quería evitar disgustos prematuros e innecesarios; y —con igual deseo— cada vez que La Laguna, Santa Cruz

20 El Marqués de Casa-Cagigal murió en Barcelona en Octubre de 1824, a los 71 años de edad. Y, para escarnio de sus dudas e incertidumbres, los honores póstumos le fueron rendidos por un regimiento francés de guarnición en la ciudad.

21 El último cargo desempeñado por Don Carlos de O'Donnell fué el de «Inspector y Coronel del Real Cuerpo de Artillería». Murió en Madrid, a los 57 años de edad, en la calle de Hortaleza número 1 (febrero de 1830).

de Tenerife o Las Palmas de Gran Canaria insistían en sus derechos, el Parlamento requería más informes, y ordenaba que estos informes fueran pergeñados por los propios solicitantes.

Sólo a fuerza de esperar, los campos fueron deslindándose. La Laguna perdió terreno, porque su censo no aumentaba. Las Palmas quedó atrás, porque su puerto no se hallaba terminado. Y, de este modo, cierto día —el 27 de enero de 1822— se decretó que Santa Cruz de Tenerife sería la capital del Archipiélago.

Al mismo tiempo se dispuso que el territorio nacional se dividiera en trece regiones militares, regidas por Capitanes Generales. De este modo —y a partir de ese momento—, el Jefe Militar del Archipiélago que había sido casi siempre titulado «el Comandante General», fué elevado al rango citado anteriormente.

## Los hijos de San Luis

A partir de la batalla de Arapiles<sup>22</sup>, los franceses se batieron en retirada. Durante el año 13 repasaron la frontera; e, inmediatamente, las tan cacareadas Cortes de Cádiz se trasladaron a Madrid para esperar al Rey Fernando «el Deseado». Éste, en efecto, cruzó los Pirineos al empezar el año 14<sup>23</sup>. Pasó por Cataluña en pleno triunfo. Fué recibido en todas partes con entusiasmo extraordinario. Y ese entusiasmo alcanzó a los propios absolutistas de Canarias, que exteriorizaron su alegría con manifestaciones de bastante enjundia y persiguieron duramente a los vencidos.

La paz quedó restablecida. Al menos, quedó restablecida hasta el momento en que los derrotados políticos pudieron actuar sin miedo a ser llamados «antipatriotas». Mas conviene recordar— a este propósito— que al movimiento revolucionario estallado en Caracas el año 1810, había seguido el de Buenos Aires, y que este movimiento de Buenos Aires se había extendido al resto de nuestros virreinos americanos; y que, de resultas, España tornaba a su independencia al mismo tiempo que La Plata, Nueva Granada,

---

22 Ganada el 22 de julio de 1812.

23 El día 23 de febrero.

Nueva Castilla y México, se obstinaban en lograr la suya. Y es que la ocasión era propicia. Los mismos que habían aprendido a batirse contra los franceses, se batieron luego contra la madre patria, y lentamente consiguieron sus deseos. La situación, por tanto, era muy crítica. Pero, las Canarias se unieron de todo corazón a la Corona para ayudarla a cruzar el vado. Los motines que hubo en Santa Cruz fueron copia de los peninsulares. Canarias no se «alzó», sin que se «alzara» previamente la Península.

El día 1 de enero de 1820, el ejército encargado de realizar un último esfuerzo en la tierra americana se hallaba concentrado en las cercanías de Cádiz para embarcar; y este ejército, a las órdenes de Riego, se sublevó de pronto y proclamó la constitución de 1812. El movimiento repercutió de prisa en casi toda España, y dió lugar a una enconada persecución que fué dirigida contra los personajes de la previa situación política. Hubo «exaltados» y «moderados»; y, con los primeros, votaron los diputados americanos que aún había, decididos, de este modo, a relajar aún más la disciplina del ejército y a lograr la independencia que buscaban.

Según costumbre, la revolución no se conoció en Canarias hasta un bimestre después de comenzada. Cuando llegó la nueva, La Buría, Capitán General del Archipiélago, hizo jurar la ya citada constitución de 1812. En Santa Cruz de Tenerife, y, seguidamente, en Las Palmas de Gran Canaria, hubo motines y festejos, luminarias y pedradas; y todo esto fué utilizado en beneficio del interés político de las islas principales. El mantenimiento de una provincia única, regida por la Audiencia y el Comandante General del Archipiélago, integraba, como siempre, la ambición de Tenerife; mientras que la división en dos provincias empezaba a constituir el ideal —restringido, por supuesto— de Gran Canaria.

La situación política fué triste, y la económica también. La Monarquía estuvo a punto de caer; y todo anduvo malamente hasta que el Duque de Angulema entró en España, cruzando el Bidasoa, con los «cien mil hijos de San Luis»<sup>24</sup>. La invasión de la Península fué rápida, y repercutió en Canarias casi enseguida. España entera acogió, esta vez, a los franceses, como libertadores. Cuando

---

24 El 7 de abril de 1223.

los «gabachos» verificaban su aparatosa entrada en las capitales de provincia, el trabajo estaba consumado. Los combates fueron sólo simple fórmula. El último se dió para ocupar el Trocadero. El ejército invasor no realizó su entrada en Cádiz. Todos sabían que no se embarcaría; y, sin embargo, los pueblos de Teror, de Firgas y de Arucas, se alzaron pronto; y cuando, en noviembre del año 23, Don José Uriarte, nombrado jefe militar del Archipiélago, tomó tierra en Santa Cruz de Tenerife, con instrucciones terminantes para implantar el nuevo régimen, ya todo estaba preparado, como antes lo estuviera en la Península.

## Carlismo y anticarlismo

Después de las primeras juntas, hubo unos años de relativa calma. El fuego parecía extinguido. Mas los métodos violentos —el fusilamiento de Torrijos<sup>25</sup> y los de algunos otros entusiastas de la solución perdida— hicieron que la brasa continuara y diera lugar a un nuevo incendio, que, esta vez, tomó la forma de una sangrienta lucha que dió principio en las provincias vascongadas.

La guerra carlista no se extendió a Canarias; pero, ocurrió lo mismo que otras veces: las discusiones concernientes a simpatías por los unos y los otros, por la Reyna niña o el pretendiente a la Corona, por las ideas liberales o el absolutismo, por la Constitución de 1812 o los principios radicales..., produjeron graves disgustos, y aún desórdenes; y los desórdenes sirvieron para exteriorizar las pretensiones de los grupos encastillados en Santa Cruz de Tenerife y en Las Palmas.

El 25 de agosto de 1836 se restableció en el Archipiélago la tantas veces nombrada «constitución del año 12»; y, con esto, la situación de Santa Cruz de Tenerife quedó bastante normalizada. El ambiente revolucionario se apagó ligeramente. Mas como quiera que su foco estaba en el deseo de protesta contra toda autoridad peninsular que mantuviera lo contrario a la ambición isleña, se produjeron choques y disidencias, y se enconó la lucha entre las islas principales.

---

25 Once de Diciembre de 1831.

El abrazo de Vergara no acabó de remediar la posición penosa de Canarias. Los mayorazgos fueron abolidos; los bienes del clero, desamortizados, y otros acuerdos se tomaron con protesta de los unos y alegría de los otros; y estas protestas y alegrías aumentaron con la llegada de las órdenes resultantes del levantamiento de Espartero. De momento, Gran Canaria obedeció; y, a este efecto, organizó una junta —con carácter de «Suprema Junta Canaria»—, que estaba destinada a aplicar lo nuevo y a aprovechar la situación para lograr su fuero. Mas Tenerife, no segura del resultado acogido tan favorablemente en Gran Canaria —o celosa de sus grandes intereses— organizó otra junta que se opuso a la anterior, y dió los gritos necesarios para establecer la situación más conveniente. Y el desorden empezaba cuando la Real Orden de 9 de enero de 1841 lo dejó todo como estaba y disolvió las juntas de Canarias.

La regencia de Espartero fué proclamada en Santa Cruz de Tenerife y en Las Palmas, en mayo y junio de ese año respectivamente; y el progresismo fué soportado gracias a la actuación del Mariscal de Campo Don Luis Araoz, que, a más del Mando militar, desempeñó interinamente el mando político del Archipiélago.

## XVII

# Pronunciamientos y Epidemias

1843-1900

### Transformación de las milicias

En 1844, la organización de las fuerzas sufre algunas variaciones<sup>1</sup>. Al aumentar un poco las guarniciones destacadas de la Península —o sea la llamada entonces «tropa reglada»—, los regimientos canarios se convierten en batallones. Son constituidos ocho «ligeros» de infantería (con ocho compañías cada uno), y dos secciones de igual arma (con dos y cinco, respectivamente); y es mantenido el viejo núcleo formado por unos 1.100 artilleros y destinado a guarnecer los fuertes. Y todas estas unidades son distribuidas en proporción al censo de las diferentes islas<sup>2</sup>.

Mas, pronto, los propios batallones disminuyen. De ocho, quedan seis en pocos años; siquiera compensada, semejante reducción, por un ligero aumento en las secciones<sup>3</sup>.

Y siguen otras disminuciones. El conjunto mengua paulatinamente; mengua hasta el momento en que —en fin— desaparece. Las

---

1 La «Real Declaración de Milicias» de 30 de mayo de 1767, es una de las disposiciones más antiguas de carácter general que se han llegado a publicar sobre los servicios del Ejército Canario. Pero, las variaciones fundamentales —a que el texto se refiere— corresponden al 22 de abril de 1844.

2 En Tenerife, tres batallones (La Laguna, Orotava y Garachico); en Gran Canaria, dos (Las Palmas y Guía); en La Palma, el sexto; en Lanzarote, el séptimo, y, en Fuerteventura, el octavo. La sección de La Gomera, con cinco compañías; y la del Hierro con dos únicamente.

3 Batallones de La Laguna 1, Orotava 2, Palmas 3, Guía 4, Palma 5 y Lanzarote 6; y secciones de Abona y de las islas de Fuerteventura, Hierro y La Gomera.

unidades insulares son reemplazadas —poco a poco— por unidades nacionales, si bien alimentadas con reclutas naturales de Canarias. Pero, según ocurre siempre, los cabildos —a partir de ese momento— se preocupan de la suerte de su tierra, y se acuerdan de reforzar las tropas con obras y defensas que multipliquen los efectos conseguibles con las armas. Lo hacen con sentimiento patrio; mas no sin dar lugar a ciertas protestas y a motines, que, en La Orotava —por ejemplo—, son provocados por los dueños de las viñas.

Altos y bajos, se producen. Algunas variaciones sin envidia, son decretadas. Mas todo sigue —más o menos— en forma parecida hasta que en el año 1886 son disueltas las milicias, y reemplazadas por el «ejército territorial» del Archipiélago<sup>4</sup>. Los oficiales de las antiguas reservas son autorizados a «pasarse» a dicho ejército; y los contingentes provinciales son volcados a él. Su organización es semejante a la adoptada en toda España; y su conjunto queda integrado por: dos batallones de cazadores en activo<sup>5</sup> y seis en reserva<sup>6</sup>, un batallón de plaza de artillería, una batería de montaña, una sección de caballería, una compañía de ingenieros y otra de «guardia civil».

Y esta nueva organización subsiste hasta comenzado el siglo XX. A partir de ese momento, las variaciones son iguales y se producen en Canarias, en Baleares y en la Península, simultáneamente.

## Repercusiones políticas

Los jalones anteriores —de la historia orgánica del ejército canario— coincidieron, a menudo, con los hechos principales de la

4 La orden circular de 10 de febrero (C. L. 44) abarca todo lo referente al ejército territorial. En cambio, el *Reglamento para el ingreso, servicio y permanencia de los oficiales de la reserva territorial de Canarias* no fué publicado hasta el mes de octubre de 1907. (Se exigió entonces a los oficiales que hubiesen de entrar en dicha «reserva», la posesión de algunos bienes libres de gravamen y la certificación de haber aprobado ciertas asignaturas del bachillerato).

5 Tenerife y Gran Canaria.

6 Laguna, Orotava, Palma, Gomera, Guía y Lanzarote.

historia política del Archipiélago; y cuando no hubo coincidencia hubo al menos, razón o resultado, de una parte o de la otra.

El pronunciamiento de 1843 ofreció una oportunidad propicia para reconstituir las antiguas Juntas de Tenerife y Gran Canaria. Pero, esta vez, la cosa política estuvo algo más seria. La gente de Gran Canaria se negó rotundamente a escuchar la voz de Tenerife, hasta el extremo de que cuando apareció en Las Palmas el guardacostas que se hallaba a disposición del Comandante General, con la orden conminatoria para disolver la Junta, ésta respondió con un motín intenso y reforzando por su cuenta las guarniciones de los fuertes.

Las Palmas insistía en separarse de Santa Cruz de Tenerife. Luchó para ello con la máxima energía. Sus diputados efectuaron una labor ingente; y, al fin, lograron su deseo: la «división» fué conseguida<sup>7</sup>. Las islas quedaron agrupadas como lo están en nuestros días. Los «subgobiernos» de ambos núcleos empezaron a corresponder directamente con los diversos Ministerios; y, a ese efecto, fueron creadas «diputaciones provinciales», «delegaciones de hacienda» y «juntas de sanidad». Y, casi al mismo tiempo: el Ministerio de la Guerra instituyó un «gobierno militar» para el grupo de islas orientales, y el de Fomento declaró «de interés público» la construcción del puerto de Las Palmas.

La Ley de Bravo Murillo acababa de conceder a Canarias la libertad de exportación e importación<sup>8</sup>. De resultas, los productos de la tierra se convirtieron en divisas, y se empezó a comprar con ellas lo que esa tierra no ofrecía. Gran Canaria, especialmente, trabajó con entusiasmo; tanto, que los frutos de su campo acapararon los mercados. Las Palmas se agrandó, y su puerto fué impulsado; y esto representó otro beneficio y, sobre todo, un peso más en la balanza de la contienda inacabable entre Canaria y Tenerife.

Pero, la dicha fué cortísima: duró dos años solamente<sup>9</sup>. Al cabo de ese tiempo, Canarias volvió a ser una provincia con su capital en Santa Cruz de Tenerife. Y lo peor no fué la citada variación, sino sus consecuencias: las obras del puerto de La Luz fue-

7 Real Decreto de 17 de marzo de 1852.

8 Once de julio de 1852.

9 El anterior decreto fué anulado en 3 de marzo de 1854.

ron paralizadas por los mismos encargados de poner en práctica el nuevo Real Decreto. Y, como siempre, la política sirvió de base para exteriorizar el descontento: cuando a consecuencia del encuentro de Vicálvaro y del célebre «manifiesto de Manzanares»<sup>10</sup>, el General Ortega —entonces Capitán General del Archipiélago— se puso al frente de la junta tinerfeña para acatar el pronunciamiento, Las Palmas nombró otra junta que negó toda obediencia a la de Santa Cruz; y, como la prensa estaba a tono y en todo su apogeo, la guerra periodística fué dura y estuvo encarrilada hacia los respectivos intereses de las islas principales.

En 1858, hubo una segunda división<sup>11</sup>. Mas tampoco duró mucho en este caso la victoria de Las Palmas.

Pasó un decenio; y en octubre de 1868, tuvo lugar el alzamiento contra los Borbones. En Santa Cruz de Tenerife, el Capitán General Talledo intentó ponerse al frente de la junta constituida y dirigirla, pero la guarnición no quiso adherirse al movimiento; y, por supuesto, en cuanto Gran Canaria tuvo noticia de lo ocurrido, organizó su propia junta, expulsó a los padres jesuitas, indultó a los presos políticos y derogó las leyes que restringían las libertades públicas. Pero, estos pequeños parlamentos fueron disueltos relativamente pronto por el gobierno madrileño.

Los Generales acusados de rebeldía fueron desterrados de la Península. Vinieron a Las Palmas, donde gozaron de suficiente libertad. Al cabo de unos meses, el Duque de la Torre, López Domínguez y Serrano Bedoya pasaron a Tenerife, mientras que Dulce y Caballero de Rodas permanecieron en Canaria; y en ambas islas se mantuvieron los citados grupos hasta embarcar en dirección a Cádiz, y alzarse abiertamente contra Doña Isabel II.

La batalla de Alcolea motivó la huída de la Reina<sup>12</sup>. Siguió el gobierno provisional y la regencia de Serrano (1869). Fué proclamado Don Amadeo de Saboya (1870). Este cayó, y fué declarada la república (1873); y esta declaración dió origen a manifestaciones entusiastas en todo el Archipiélago: hubo enramadas, salvas y banquetes populares, tanto en Santa Cruz como en Las Palmas.

10 Treinta de junio y 7 de julio de 1854, respectivamente.

11 Real Decreto de 27 de enero.

12 Respectivamente, el 24 y el 27 de septiembre de 1868.

Seguidamente, sobrevino el «golpe de Pavía»<sup>13</sup>. Según lo acostumbrado, el hecho se conoció en Canarias algo tarde. Lo mismo que en la Península, fueron desarmados los voluntarios, y recogido su armamento. La reacción fué rápida, y el ambiente estuvo pronto a punto de acoger con entusiasmo la restauración que el General Martínez de Campos proclamó en las cercanías de Sagunto<sup>14</sup>.

Y, a partir de ese momento, la paz política reina en Canarias. Reina, al menos, en la forma; ya que en el fondo la lucha sigue, y es implacable: tan implacable como suave y generosa.

## El cólera y la fiebre

En nuestro caso, las epidemias se hallan igualmente relacionadas con la historia del Archipiélago. No es que ellas dieran lugar a guerras o a profundas variaciones en la organización castrense de Canarias. No: daban lugar únicamente a motines. Pero los motines originaban desórdenes políticos; y, en toda España, la milicia y la política han andado siempre bastante conectadas entre sí.

Pues bien, cuando Napoleón seguía en la Península, los «correos» trajeron de Cádiz la «fiebre amarilla» que duró dos años<sup>15</sup> y originó mucha desgracia. Los artículos de primera necesidad subieron más de lo debido. Los campesinos se alimentaron con raíces y con hierbas. Y aún estaba el Archipiélago sometido a esa miseria cuando se produjeron los desórdenes organizados por la «Constitución» recientemente promulgada en Cádiz<sup>16</sup>.

Hubo luego brotes no importantes. El primero serio fué el de 1838. En esa fecha, la fiebre amarilla dió lugar a más desorden. Las Palmas quedó aislada, por ser el foco principal de la epidemia. La Audiencia y el Obispado se trasladaron a la vecina villa de Telde. El puerto fué cerrado, y el comercio y las pesquerías se paralizaron. La gente tuvo miedo, y el miedo originó otro motín. Los cordones sanitarios fueron rotos por la chusma, y el tráfico pasó vio-

---

13 Tres de enero de 1874.

14 Treinta de diciembre de 1874.

15 1810-12.

16 Diecinueve de marzo de 1812.

lentamente. Y las autoridades tinerfeñas andaban meditando de qué modo reprimir tanta violencia, cuando, al empezar el año 1839, se dió por terminada la epidemia.

No obstante, la fiebre aparecía de vez en cuando. En 1847 fué tan intensa que originó la incomunicación con medio mundo; y, ésta, a su vez, produjo el descontento resultante de la paralización de los negocios comerciales. Canarias, en efecto, quedó sin relaciones con España y con América. Es más, las islas se «temían»: cada una de ellas quería evitar un intempestivo recrudecimiento de la terrible enfermedad. Y, las Palmas se olvidaba un poco de la fiebre y recogía los beneficios correspondientes a sus magníficos productos —la cochinilla especialmente—, cuando, de pronto, surgió un nuevo padecimiento, que daba la impresión de contagiarse, y que resultó llamarse «cólera». En pocas horas, la epidemia se extendió espantosamente. Cada día fallecían más de cien personas. Los médicos no acudían, porque el tiempo les faltaba. Se abrieron zanjas para los muertos. Se soltó a los presos. Se acudió a la tropa. Tafira y Telde sufrieron más que el resto de los pueblos. Mas como entró la enfermedad, se fué también. A los dos meses, se dejó de hablar de cólera, y se hablaba sólo de los huérfanos, de la miseria y del trabajo necesario para levantar de nuevo lo perdido en Gran Canaria.

En agosto de 1862 hubo otra aparición en Tenerife. La fiebre amarilla invadió de pronto la capital, pero a tiempo se logró incomunicarla con el resto de la isla y con todas las demás<sup>17</sup>.

En fin, la última infección colérica se produjo en 1893. Tuvo lugar en Tenerife, y fallecieron cerca de 400 hombres y mujeres.

## Incomunicaciones

Las comunicaciones con la Península eran deficientes. La correspondencia llegaba en un velero a Santa Cruz, dos veces cada mes; y aún tardaba luego varios días en ser llevada a Gran Canaria y a las cinco islas menores. Pero esto era lo normal, y muy pocos se quejaban.

---

17 Murieron de ese brote unos 500 hombres y mujeres.

En cambio, las epidemias daban lugar a incomunicaciones que producían dificultades comerciales, y las consecuencias de ellas fueron algo parecidas a las que hubiera producido una contienda como jamás ha habido a lo largo de los siglos cuya historia se resume en este brevísimo compendio. Todo, por lo tanto, ha originado peligro. Pero, la gente que ha habitado el Archipiélago ha sabido siempre sobrellevar la angustia originada por los desastres que ha sufrido, con patriotismo y con paciencia.

## Canarias y la mar

Las incomunicaciones mencionadas en el apartado que precede eran debidas a la escasez de medios disponibles y a la costumbre inveterada de no enlazar debidamente las Canarias con la Península española. En efecto, las principales comunicaciones establecidas se debían al hecho de que el Archipiélago se hallaba sobre el camino de América. Las Palmas y La Gomera fueron siempre buena etapa: permitían a los barcos abastecerse de agua y de todo lo preciso para seguir su largo viaje. Pero, las aplicaciones marítimas del vapor dieron lugar a una variación de ruta de los navíos trasatlánticos. Las travesías se acortaron, y resultó menos precisa una parada. La escuadra de Cervera fué directamente a Cuba sin pasar por las Canarias. A la sazón, el Archipiélago tampoco era necesario para el viaje a Filipinas; y, si alguna vez los barcos daban la vuelta al Africa, era porque las cláusulas de Suez prohibían el paso de los beligerantes por el Canal. Y, de resultas, Canarias perdió un poco su condición de escala indispensable<sup>18</sup>.

Fué necesario, entonces, intensificar los pocos servicios destinados exclusivamente a unir Canarias con España. Fué preciso dar satisfacción a un Archipiélago que ya no se decía «ser de España», sino «ser España misma». Y, a este efecto, resultaba indis-

---

18 En 1865 se estableció un servicio de vapores entre España y las Antillas, con escala en Santa Cruz de Tenerife. Esta escala fué suprimida en 1868, y restablecida en Las Palmas en 1881. (Mas con esto se quiere solamente señalar el hecho de que la escala ya era sólo consecuencia de un deseo, y no de una situación creada por la simple realización del viaje a América).

pensable establecer un puente, no de barcas, sino de barcos en cadena y en condiciones de evitar la larga espera hasta el momento de la marcha. Pero, ni entonces, ni ahora mismo, se ha logrado resolver ese problema.

Y esto es sólo parte de lo referente a las relaciones de las Canarias con la mar que las rodea. Esta mar es, en efecto, la zona que permite combatir a aquellas islas; y, al mismo tiempo, es la barrera que las separa de los pueblos con los cuales no conservan excelentes relaciones. Por lo tanto, el Archipiélago ha de saber utilizar aquella mar. Ha de saberse defender, a través de ella; y, a ese efecto —y esto es lo más difícil—, ha de poseer los medios necesarios para llevar a cabo esa defensa. Y esos medios, por supuesto, han de ser muy numerosos: cuanto más se acortan las distancias —el tiempo en recorrerlas— en época de paz, más se alargan —o más se dificultan, y más angustian— en época de guerra.

A fin del siglo XIX, los litorales se protegían con numerosos barcos y baterías de costa. Éstas estaban fijas en los principales puertos y en las grandes bases navales; y aquéllos permanecían en condiciones de moverse para acudir al sitio amenazado. Pero, aún suponiendo que en la época tratada hubiésemos dispuesto para Canarias de una flota semejante a la británica, las naves españolas se hubiesen visto obligadas a tener que soportar encuentros muy violentos, porque la mar abierta hacia todos los cuadrantes no se presta —no se prestaba en ese tiempo no remoto— a continuas correrías destinadas a ejercer la exploración indispensable para estar en condiciones de «salirse» de los puertos con los núcleos principales, antes de encajar el bombardeo. Y, esa escuadra, indispensable para evitar las agresiones enemigas, hubiera estado en mala postura, sin ensenadas, sin bahías, adosada —en los centros principales— contra los paredones de las islas.

La mar se domina solamente mediante una batalla: una sola, que es siempre decisiva. Pero en la mar se tarda más que en tierra —se tardaba más entonces— en dar esa batalla; y, por eso, a fin del siglo XIX, se hubiera tardado bastante en llegar a dominar aquella mar. Y, sin embargo, el dominio de la misma resultaba indispensable para proteger las Islas Canarias.

No dominada —desde el Archipiélago o desde la Península—, la mar canaria se prestaba a toda clase de actuaciones. De no que-

rerse aventurar contra la costa, o contra una escuadra protegida por las baterías costeras de aquel tiempo, aún podía el adversario, con su flota, bloquear las islas o bloquear siquiera sus principales puertos. El bloqueo es consecuencia del dominio de la mar. En 1778, no logramos el bloqueo de Gibraltar, ni apoderarnos de la plaza — y, a consecuencia de ello, los convoyes de Rodney y de Hood llegaron a la bahía de Algeciras sin tropiezo alguno—, porque no supimos desde Cádiz, contener esos convoyes. Y bueno es que a los cien años no hayamos tenido que ensayar la operación inversa: evitar el bloqueo del Archipiélago canario.

## Comentario final

En 1820, el Barón de Jomini aseguraba que no debía tolerarse la expansión ilimitada del poder naval de una nación inalcanzable desde tierra<sup>19</sup>. Pero, el solo modo de impedir ese poder, es hallarse en posesión de una flota en condiciones de cambiar la orientación de la balanza; y la existencia de Canarias ha bastado siempre para que España necesite esa potente flota.

Y esto que no pasaba de admisible cuando aquel ilustre historiador hacía pensar en ello, se convierte en evidente a fin de siglo. Es más, en 1898, Inglaterra seguía potente, y los barcos se blindaban. Comenzaba ya la lucha entre el torpedo y la coraza, y nacía otra segunda entre el cañón y esa coraza. Mas, desgraciadamente, la renovación de nuestra escasa flota hubiera dado lugar a un cuantiosísimo dispendio; y así nos vimos obligados a dejar que el Archipiélago siguiera un poco más sobre su eterna brecha.

---

19 GENERAL BARON DE JOMINI: *Histoire des Guerres de la Révolution Française*. (París, 1820).



### *Atardecer*

*La nave escuela y las varias lanchas que están en primer término, dan relieve antiguo a esta reciente fotografía del muelle de ribera de Santa Cruz de Tenerife.*

LAMINA 35

Foto: A. Benítez



*El Santísimo Cristo de La Laguna*

*De los esbeltos atrios del templo Catedral  
sale solemnemente la imagen venerada...*

Juan Martí y M. Ocampo

LAMINA 36

Foto: A. García

QUINTA PARTE

# LA VIGILIA

SIGLO XX

## XVIII

# La primera Guerra Mundial

1901-1935

### Empieza el siglo XX

El Almirante Auphin clasifica en «nulo» el match habido entre la estrategia marítima de Gran Bretaña y la política continental de la revolución francesa<sup>1</sup>.

Tiene razón; mas tan sólo razón intrínseca. Hubo match únicamente en la cabeza de los panegiristas de la marina y de las fuerzas militares, porque en realidad el ejército y la flota de las naciones combatientes se entreaudaban mutuamente, sin acordarse —en tanto que luchaban— de su posible supremacía. Inglaterra fabricaba grandes navíos sin pensar en la tierra firme, y Napoleón organizaba numerosas divisiones porque le hacían falta independientemente de la fuerza conseguida por la marina inglesa.

Inglaterra tuvo siempre una escuadra poderosa. No obstante, ha recurrido con frecuencia a una coalición continental. Con su dominio naval ha estado continuamente en condiciones de mantenerse a salvo de un ataque, y aún de cooperar a una ofensiva. Mas no ha podido realizar esa ofensiva sin alianzas; y, sin embargo, más que aprovecharse de sus coaliciones continentales para dominar la tierra, eran sus aliados los que utilizaban la supremacía de Gran Bretaña sobre el océano para asegurar sus propios éxitos terrestres.

Lógicamente, Inglaterra utilizó siempre su flota en tiempo de paz, para evitar la guerra, y, en época de guerra, para no morir

---

1 *Les Grimaces de l'Histoire*. (Paris, 1951).

de hambre. La flota inglesa estuvo siempre destinada a obligar a las demás a respetar los mares: a asegurar en todo tiempo el movimiento de sus naves comerciales. Pero, al imponer el tráfico destinado a alimentar la isla británica, aquella flota molestaba a los restantes: detenía a los barcos extranjeros, imponía permisos especiales, se hacía respetar en todas partes y obligaba a los neutrales a tener que soportar sus propios usos y costumbres. Y, en estas circunstancias —en pleno Atlántico, y coaccionadas por las disposiciones que dictaba el Almirantazgo de Inglaterra—, la situación de nuestras Islas Afortunadas era bastante incómoda.

El «dreadnought» surca los mares desde fin del siglo XIX; y cuatro acorazados de ese tipo, protegidos por varias flotillas de torpederos y destructores, forman la división naval: unidad potente por excelencia, y en condiciones de enfrentarse con todas las demás. En fin, la flota británica se compone de unas cuantas divisiones semejantes. Y, ante esa fuerza, tan solamente el hecho de habernos mantenido en buena armonía con los ingleses, facilitó la vida canaria.

Durante la guerra anglo-boer, nuestro Archipiélago, situado sobre la línea británica de comunicaciones marítimas, pasó casi inadvertido. De haber tenido España deficientes relaciones con Inglaterra, sus bases peninsulares le hubieran servido acaso para dificultar la marcha de los barcos que llevaban tropas y abastecimientos para el ejército de operaciones de África del Sur; pero en semejante situación las islas Canarias hubieran estado en mala postura, indefendidas, sin escuadra y con escaso número de baterías de costa. Trátase, en efecto, de los años cumbre de la artillería primaria y de la época de las mayores preocupaciones sobre la precisión del tiro; época del llamado «disparo afortunado», suficiente, por sí solo, para atravesar la coraza y hundir el acorazado; época —finalmente— en que las baterías de costa se consideraban bastante potentes para protegerse y proteger la plaza defendida, y en que su misión era el duelo a muerte con la artillería de los grandes buques de combate. Y en ese tiempo, nuestro sistema Ordóñez y unas cuantas piezas Krupp eran los medios integrantes del sistema defensivo.

Se hizo un esfuerzo grande. Mas no el que merecía el Archipiélago.

## La guerra

La lucha naval empieza sin otra preocupación que la potencia de los cañones enemigos. Mas precisamente cuando se habla de una artillería extraordinariamente potente y de corazas con dureza y espesores suficientes para contrarrestar la fuerza viva remanente de los grandes proyectiles de 40, Lord Fisher lanza al mundo la idea de que «la velocidad es un arma», originando así cierto retraso en la evolución de las escuadras. Los «Hood» son proyectados, y el primero queda a flote durante la contienda. Ya entonces ha surgido la necesidad de lograr una defensa que contrarreste el efecto de una inmensa masa de agua lanzada contra los fondos por la explosión posible de un torpedo; y, esto, por supuesto, origina mayor peso de la nave. El Hood es gigantesco, y no es bastante acorazado. No sirve para el fin que lo hizo proyectar.

Lord Jellicoe nos dice —luego— que *la Flota sólo existe para alcanzar una victoria*. Pero añade que *no es tan fácil forzar a una armada inferior en número a aceptar una batalla*<sup>2</sup>. Y, de ahí, la «flota en potencia» que fué aceptada como «flota victoriosa», porque, al fin y al cabo, *si la victoria fué completa, esto fué consecuencia de la silenciosa presión del Poder Naval*<sup>3</sup>. Durante la contienda, no hubo, en efecto, más que tres batallas que merecieran los honores de ese nombre: la habida cerca de las islas Coronel, la del Dogger Bank y el encuentro de Jutlandia. Y todas demostraron que la artillería y la velocidad se debían sacrificar ante la protección.

Pero, lo que importó a nuestro Archipiélago no fué la lucha básica entre las escuadras enemigas, sino la guerra en pro y en contra del comercio. Para ella, resurgieron los corsarios. Mas no se trata en este caso de naves que se mueven libremente, sino de barcos submarinos y de superficie que pertenecían a la flota y actuaban con arreglo a las órdenes que emanaban de sus respectivos mandos. La acción de los corsarios alemanes fué portentosa. La policía de los mares se empezó efectuando con los cruceros auxi-

---

2 SIR JOHN R. JELICOE: *La Gran Flota Británica*. (Cap. II).

3 Id., id. (Cap. III, V).

liares: barcos mercantes, abastecidos de uno o dos cañones y que trataban de pasar inadvertidos en virtud de su silueta comercial. Los Möwe, los Wolf, los Seeadler..., fueron los primeros de la guerra. Alguno atravesó todo el Atlántico, llegó al Pacífico y regresó incólume a Alemania<sup>4</sup>. Y, ante eso —y ante los submarinos que ejercieron semejante cometido—, todo era insuficiente. Hasta los acorazados ingleses fueron destacados para proteger convoyes cada vez que los cruceros enemigos andaban persiguiéndolos; y, contra los submarinos, surgieron los diferentes buques-trampa y varios métodos para cazarlos.

La mar entera pertenecía a los combatientes. Una travesía cualquiera desde Canarias o desde nuestros puertos africanos era más que suficiente para darse cuenta del control de los ingleses y del dominio que ejercían sobre el mar. Pocas noches transcurrían sin que el pasajero que estuviera disfrutando de la calma o contemplando la borrasca, no se viera sorprendido por una mole negra que se aproximaba majestuosamente y que no encendía luz alguna hasta hallarse casi encima de la nave perseguida o vigilada.

Por ende, el Archipiélago se hallaba a gran distancia. Y, así como los valles tienden a estrecharse cuando el enemigo puede estar en sus laderas, así los viajes son más largos en la mar cuando hay peligro de hundimiento; y los barcos extranjeros no llegaban a los puertos de Canarias, y el comercio se paró<sup>5</sup>. Los plataneros

4 El Möwe llevó a cabo dos amplios cruceros por el Océano Atlántico, y regresó otras tantas veces a su base. El Wolf estuvo fuera quince meses, y operó algún tiempo en los mares australianos.

5 El abastecimiento de carbón integra un dato interesante para conocer la paralización sufrida por el comercio de Canarias. En lo referente al puerto de Las Palmas, los suministros fueron los siguientes:

1913	828.400	toneladas
1914	636.500	»
1915	299.200	»
1916	249.200	»
1917	26.000	»
1918	6.200	»
1919	218.200	»
1920	298.000	»
1921	287.700	»

(Ha de observarse que los suministros de post-guerra son inferiores a los de ante-guerra, y esto se debe a que en aquel período da comienzo el empleo de la nafta).

enviaban su fruta a la Península, con detrimento de la venta; y los agricultores en general tuvieron miedo a una crisis de peligrosas consecuencias. Pero, felizmente, la guerra concluyó sin que Alemania consiguiera paralizar el tráfico en los mares.

## Consecuencias inmediatas

El armisticio se firma en tierra: se concierta en un coche-comedor de vía férrea, adaptado a las circunstancias. Foch ocupa el puesto principal. La sesión es breve. Weygand da cuenta de las bases, y todo el mundo asiente. El silencio de los representantes alemanes equivale a un «sí» rotundo.

La paz vuelve a la mar. Sólo alguna mina que la corriente arrastra da lugar a una desgracia inesperada. Pero, Canarias está lejos de las zonas en que hubo «campos minados»; y ninguno de sus puertos fué protegido —y menos, defendido— con armas submarinas.

En el mes de abril de 1919, quedó abolida la «Gran Flota». Sus mejores naves pasaron a la «Escuadra del Atlántico», que es organizada con 14 acorazados y cruceros de combate, con cinco porta-aviones y con ocho flotillas de cruceros ligeros, submarinos y destructores; mientras que las Escuadras del Mediterráneo y de la Metrópoli<sup>6</sup> son constituídas con seis acorazados cada una, y prácticamente sin porta-aviones.

Seguidamente, Gran Bretaña declina el puesto de «reina de los mares». La conferencia de 1921, celebrada en Londres, origina la paridad naval entre Inglaterra y los Estados Unidos<sup>7</sup>. Y, poco después, el tratado de Washington fija las cantidades que ambas deben adoptar<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> La «Home Fleet»

<sup>7</sup> Esta conferencia conduce al compromiso de no rebasar los desplazamientos de 35.000 toneladas; ni la suma de 500.000 y 80.000 toneladas en total, al construir, respectivamente, acorazados y porta-aviones.

<sup>8</sup> El tratado firmado en Washington el 6 de Febrero de 1922, da carácter definitivo a las cifras anteriores y establece la siguiente proporción de topes globales para las cinco grandes potencias: Gran Bretaña 5, Estados Unidos 5, Japón 3, Italia 1'5 y Francia 1'5,

No obstante, la flota inglesa de 1927 difiere poco de igual flota en 1913; y *si en ello hubo pecado* —según Bywater<sup>9</sup>, *también pecaron otros*: los Estados Unidos y el Japón. Y es que los aviones no desempeñaron un papel intenso en las operaciones navales de la Primera Guerra. Sólo exploraron. El «douhetismo», en ese tiempo, no estaba preparado: estaba incubándose.

Los viajes aéreos a través del Océano empiezan sólo después de la contienda. Gago Coutinho y Sacadura Cabral, oficiales de la marina portuguesa, con hidroplano Fairey, despegan de Lisboa en marzo de 1922. Pasan por Canarias. Amanan junto al puerto de La Luz, que resulta ser pequeño; y, avistando Tenerife y su volcán, se alejan hacia Cabo Verde.

De Pinedo, el Comandante Franco, Nunguesser y Colli, Barberán y Collar..., sientan luego los jalones de la aviación independiente. Demuestran que la mar es accesible por el aire, y abren caminos a la fuerza aeronaval.

Pero, entretanto, los países pobres ya no pueden competir. Se limitan a construir pequeñas naves para su defensa. La «*poussière navale*» es adoptada por los que no disponen de los medios suficientes para construir acorazados y porta-aviones.

## La protección y la defensa de Canarias

En tales condiciones, nadie aspira a una defensa de Canarias que esté basada en el «dominio de la mar». Ni siquiera se pretende la posibilidad de reaccionar violentamente. Se trata casi casi de una defensa palmo a palmo. Se trata sólo de modernizar un poco los medios empleados al rechazar a Drake, a Van der Doest y al propio Nelson.

Se da el nombre de «Canarias» a uno de los cruceros fabricados en la Península a consecuencia del proyecto de una futura escuadra; se construyen varias baterías de tiro rápido para defender los puertos del Archipiélago; se acondicionan sendos aeródromos en las islas principales, y se reorganizan varias veces las diversas guarniciones.

---

9 *Navies and Nations* (Cap. II).

En 1918 —el año mismo de la paz—, se publica una «ley de bases»<sup>10</sup> que deroga lo establecido por la anterior disposición de 1904<sup>11</sup> y fija definitivamente los principios de la organización actual: un Regimiento de Infantería y un núcleo de Artillería de Costa en cada isla mayor, y un Batallón o Compañía en cada una de las menores<sup>12</sup>. Y por esa misma ley se crea la «escala de complemento del ejército», y se autoriza a los jefes y oficiales de la «reserva territorial del Archipiélago» a incorporarse a dicha escala.

En fin, la dictadura de Primo de Rivera, impulsa algunas construcciones y contribuye a las defensas militares<sup>13</sup>. En cambio, la República da lugar a un abandono cuyas consecuencias nos pudieron ser fatales<sup>14</sup>.

---

10 Veintinueve de junio (C. L. 169).

11 La llamada «reforma de Linares» —citada anteriormente— fué publicada en 20 de agosto de 1904. Dicha Ley había originado la creación de dos regimientos de infantería en Tenerife y otros dos en Gran Canaria, una comandancia de artillería en cada isla, otras tantas comandancias de ingenieros, dos escuadrones de caballería y los servicios necesarios. La Palma, Hierro-Gomera, Lanzarote y Fuerteventura, se guarnecen, a su vez, con sendos batallones.

12 En Tenerife: un regimiento de infantería con dos batallones activos, dos escuadrones de caballería, una comandancia de artillería, una compañía de zapadores, otra de telégrafos, dos secciones de intendencia y dos más de sanidad. En Gran Canaria, la misma organización e igual número de unidades. En la Palma, dos compañías. En Gomera y Hierro, una compañía; y, en Lanzarote y Fuerteventura, sendos batallones con una sola compañía en activo.

13 Septiembre de 1923 a enero de 1929.

14 Abril de 1931 a julio de 1936.

## XIX

# La segunda Guerra Mundial

1936-1945

### Preludio hispánico

Un accidente desgraciado obliga al Comandante Militar del Archipiélago a trasladarse rápidamente a Gran Canaria. El General de División Don Francisco Franco Bahamonde, que a la sazón desempeñaba el referido cargo, sale de Santa Cruz de Tenerife en el correo marítimo del 16 de Julio de 1936 y desembarca al día siguiente en el muelle principal del Puerto de La Luz<sup>1</sup>.

El entierro de Balmes —Gobernador Militar de la provincia de Las Palmas— se verifica el 17, a mediodía. Y, aunque muchos creen que el General en Jefe regresará en seguida a Santa Cruz, según costumbre suya en relación a cuantos actos presidía o fuerzas revistaba cuando se desplazaba de una a otra isla, ocurre que esta vez no comunica orden alguna. Sigue todo el día en Las Palmas, y el 18 —hacia las once y treinta— embarca en un remolcador que lo conduce a Gando, en cuyo «campo» se halla un aeroplano llegado de Londres<sup>2</sup> y dispuesto para llevar al futuro Generalísimo a Casablanca y a Marruecos<sup>3</sup>.

La llegada al aerodromo de Tetuán —donde Franco toma el mando de las tropas nacionales que han dado la voz de alarma en el Llano de Ketama— es divulgada por todo el Archipiélago poco

---

1 El futuro Jefe del Estado hizo el viaje en compañía de su esposa y de su hija, en el vapor «Viera y Clavijo».

2 Se trataba de un Fairey C. Ltd., matrícula J-Acyr, pilotado por Mr. C. W. H. Bebb, y que había sido enviado por mediación —entre varios otros— del malogrado aviador y autogirista Juan de la Cierva.

3 El General Franco embarcó en el avión con su Ayudante Franco Salgado, Mr. Bebb y el Teniente Villalobos de aviación.

después que las noticias radiografiadas por el Gobierno de la República sobre las medidas ya tomadas para sofocar el movimiento de las guarniciones de casi toda España. La proclama remitida circuló rápidamente; y, a consecuencia de ella, como en el año 1700 y en el 1808, los habitantes de Canarias se levantan como un solo hombre para defender la Patria amenazada por una serie de principios inadmisibles.

El 6 de octubre de 1936, embarca, en el puerto de Las Palmas, la primera fuerza destinada a intervenir en la contienda: una Bandera de Milicias. Y luego siguen varios núcleos militares que salen de los puertos de Santa Cruz de Tenerife y de La Luz, y van directamente a la Península a fin de incorporarse a las columnas ya constituidas, o bien van a Marruecos para ser organizados en debida forma antes de continuar su viaje al frente. En diciembre del 36, en julio y agosto del 37, en octubre y en noviembre de ese año, en enero y mayo del 38, en junio y agosto del mismo, en los siguientes meses de noviembre y diciembre, y en febrero del 39, embarcaron, cada vez, los efectivos necesarios para un regimiento en pie de guerra. Y todo esto sin contar las constantes expediciones de menor enjundia que se hallaban destinadas a formar unidades poco importantes o a cubrir las bajas de las que estaban combatiendo.

En resumen, cerca de sesenta mil canarios acuden a la guerra: un verdadero ejército.

Hay innumerables voluntarios, que —junto a los soldados de reemplazo— sirven con un brío extraordinario. Ni el frío de la montaña, ni los rigores del verano, ni las marchas, ni el fuego del combate, arredran a los hombres que han abandonado sus respectivas islas por vez primera en la existencia, y para quienes Tenerife, Gran Canaria, La Palma, Lanzarote..., es lo único en el mundo que merece un gran esfuerzo: la sola cosa coincidente con la definición de Patria.

Y, a más de no arredrar a tales hombres, aún les ofrece la ocasión de regresar con sus banderas adornadas por seis Medallas colectivas —de San Fernando y Militares—, y con cerca de mil bajas en la interminable cuenta cuyas gloriosas páginas figuran adosadas a los muros de los preciosos templos canarienses.

Pero, mientras combaten los canarios en Teruel y en Cataluña, en el frente de Madrid y en el de Córdoba, su Archipiélago so-

porta las consecuencias de la guerra. Faltan brazos en el campo, y no entran barcos en los puertos. La «refinería» de Santa Cruz de Tenerife, instalada en 1930, suministra en 1937 y 38, la quinta parte que en 1936 y 39<sup>4</sup>. No hay divisas suficientes para comprar lo necesario; el «crudo» ya no llega; la gente viaja poco, y el comercio es reducido<sup>5</sup>. Y en tanto que la lucha se prolonga, unos densos nubarrones se acumulan sobre el sitio en que la mar desaparece. Se trama algo tremendo, allá en el fondo. Los que nos ayudan —o ayudan a los otros—, utilizan nuestra guerra como una inmensa «escuela práctica». Aprenden a aplicar sus propios medios de combate: a desplegar con nuevas armas, a concentrar el tiro, a bombardear espacios reducidos, a contener los carros, a defender los puertos...; aprenden —en resumen— a hacer la guerra, y entretanto se preparan con sigilo a comenzarla. Y estos preparativos —los de marina y aire, sobre todo— afectan a Canarias profundamente.

## Los grandes preparativos

En 1925, las dos grandes marinas tienen fuerzas parecidas. Pero, a partir de 1938, América se despega francamente de Inglaterra<sup>6</sup>.

En el ambiente de cada una, las discusiones son prolijas. Las argumentaciones de los diversos estrategas en pro y en contra de

4 Como consecuencia de la guerra de liberación, el suministro de la Refinería de CEPESA en Tenerife, baja de

	282.600 toneladas	en 1936,
a	67.600	» en 1937,
y a	51.500	» en 1938;
	para subir, después, a	
	294.600 toneladas	en 1939.

5 Durante nuestra lucha, los barcos nacionales y extranjeros suministrados en Tenerife, fueron los siguientes:

141 y 391	respectivamente,	en 1936;
39 y 113	»	en 1937;
53 y 80	»	en 1938, y
105 y 334	»	en 1939.

6 Por ley de 17 de mayo de 1938, el Congreso americano aprueba la construcción de 3 nuevos buques de línea, 2 porta-aviones, 9 cruceros, 23 destructores y 9 submarinos; y por otra de 14 de Junio de 1940, el mismo Congreso pone en

los sistemas que más convienen para asegurar la continuidad de las comunicaciones marítimas, están basadas, de una parte, en su propio entusiasmo por tal o cual medio de transporte o elemento de combate, y, de otra, en la presentación de sumas que cada cual maneja a su gusto y que se hallan pocas veces pergeñadas claramente. Es evidente que el empleo de 500 submarinos o de 5.000 aviones es suficiente para anular —neutralizar al menos— una flota acorazada; mas también es cierto que esta sola flota bien mandada y protegida es siempre más potente que aquella fuerza aérea o submarina. «Potencia» es una cosa, y «efecto» es otra diferente. La potencia es indispensable para hablar, y el efecto es necesario para ganar la guerra. Pero, los grandes estusiastas de los sistemas especiales se olvidan de ello fácilmente.

En cuanto a submarinos se refiere, no estará de más tener presente que después de firmadas las diferentes paces de la Primera Guerra —Versalles, Trianon, Saint Germain y Neuilly—<sup>7</sup>, se tuvo la pretensión de suprimir aquellas naves. Se acudió, para ello, a la «Sociedad de Naciones» que estaba en pleno auge. Pero el único efecto fué impedir su construcción en Alemania.

Y pasaron varios años hasta que en junio de 1935, Inglaterra encajó la idea de que el Tercer Reich pudiera disponer de una flota no superior en tonelaje al treinta y tres por ciento de la británica; y, aprovechando esta interesante concesión, los alemanes consiguieron la casi paridad naval en submarinos. Y desde eso, no perdieron tiempo: durante los últimos meses del año referido, pusieron 30 quillas de «Unterseeboote»<sup>8</sup>.

## La ofensiva atlántica

La Guerra Grande dió principio en agosto de 1939, en los días en que España entera empezaba a reponerse de la sangría ocasionada por su larga lucha interna.

---

marcha la fabricación de 4 porta-aviones, 9 cruceros y 16 submarinos. En fin, otra tercera ley de 9 de septiembre del citado año de 1940, decreta aproximadamente la construcción del doble de lo estatuido por las dos leyes anteriores.

<sup>7</sup> Entre los Aliados y Alemania, Hungría, Austria y Bulgaria, respectivamente.

<sup>8</sup> Veintidós de 250 toneladas, seis de 500 y dos de 712.

Cuando estallaron las hostilidades, el desequilibrio de las fuerzas navales de Alemania y de Inglaterra era absoluto. En superficie, puede calcularse que la relación equivalía a un quinto<sup>9</sup>; y esta cifra difería únicamente para los submarinos, ya que —a causa de lo dicho en el apartado precedente—, se produjo una ventaja interesante a favor de la marina hitleriana<sup>10</sup>.

En esas condiciones tuvo lugar el despliegue general de los corsarios alemanes, cuyo objeto consistía en impedir —o siquiera dificultar— el tráfico naval de los aliados. El orden de batalla fué semejante al de la Primera Guerra; y las incidencias fueron bastante parecidas. Así como en 1914-16 los navíos auxiliares anduvieron por los mares apuntándose proezas formidables, así en 1939-40, el Komet dió la vuelta al viejo mundo, el Kórmoran hundió un barco australiano en las cercanías de Malaca, y el Atlántic —primero en la salida— estuvo 655 días seguidos en la mar y echó a pique unas ciento cuarenta y dos mil toneladas de todo género, antes de ser destruído. Y, en fin, de igual manera, los acorazados de bolsillo hicieron guerra de corso: el titulado «núcleo K» de los ingleses buscaba al Graaf Spee en el golfo de Guinea cuando estaba ya en el Indico<sup>11</sup>.

Luego, la ofensiva crece en amplitud y en fuerza. En 1941, el Aire participa con violencia y logra varios éxitos. En 1942, aumenta el número de unidades disponibles y los submarinos arremeten duramente contra los convoyes casi en medio del Atlántico. Bien dirigidos por los aviones, los referidos submarinos están en condiciones de maniobrar y de acercarse debidamente a los transportes. De otra parte, surgen los «submarinos-base», y se emplean remolques para aumentar la autonomía de las naves combatien-

9 Alemania entró en la guerra con dos acorazados de 35.000 toneladas, dos cruceros de 26.000, tres acorazados de bolsillo (13.000) y un par de porta-aviones de 19.250. Al tiempo que Inglaterra disponía de los quince acorazados que toleró el acuerdo de Londres y había puesto ya las quillas de los primeros King George; y tenía, de otra parte: ocho porta-aviones navegando (10.800 a 22.600 toneladas) y seis en astilleros (de 23.000), doce cruceros navegando y más de treinta en construcción.

10 Alemania tenía 87 submarinos, e Inglaterra 66.

11 Un acorazado (*Renown*), un porta-aviones (*Ark Royal*) y cuatro destructores.

tes. En 1943, se produce el «ataque en masa»<sup>12</sup> destinado a desbaratar las formaciones y a hundir por separado sus diferentes núcleos. En 1944, en fin, se empieza a utilizar el «snorkel»<sup>13</sup> y así consigue el submarino mantenerse cerca de superficie sin ser localizado por los «radares» que hacen su aparición en dicho tiempo.

## El tráfico y la policía de los mares

Ante el despliegue submarino y superficial de los germanos, Inglaterra se vió obligada a reaccionar intensamente.

En las inmediaciones de los puertos utilizó las minas, las baterías de costa, los hidros y las lanchas torpederas. Pero, todos estos medios no bastaron: aún fué necesario defenderse de los corsarios —de superficie y submarinos— que pululaban fuera: en pleno Atlántico. Y estos corsarios obligaron —según lo dicho— a reunir las naves comerciales en convoyes semejantes a los de la Primera Guerra; y, para defenderlos, no teniendo suficientes barcos, Gran Bretaña se resignó a efectuar el canje de varias bases navales y aéreas avanzadas por 50 destructores de 1.100 toneladas y 23 años de edad.

Al año de guerra, el destructor cedió su puesto a la «corbeta»<sup>14</sup>, que era capaz de cruzar el Océano Atlántico y tenía una pieza de calibre suficiente para batir a un submarino en superficie. Mas como esa nave no soportaba bien los temporales, fué reemplazada pronto por la «fragata»<sup>15</sup>, mayor y mejor dotada que la citada anteriormente, y en condiciones de atender a su defensa contra aeronaves; y, cuando las fragatas no bastaron, la marina inglesa recurrió a los cruceros ligeros. Pero, ante eso, surgió un nuevo peligro: el de los cruceros más pesados. Y así la lucha orgánica llegó a tener una importancia extraordinaria. Fué necesario defenderse de aquellos cruceros con otros más veloces, más potentes y más pe-

---

12 El titulado *Wolf pack*.

13 Periscopio de relativa longitud y envuelto en un tubo refractario a las ondas electromagnéticas de los «radares».

14 Serie *Castle*, de 900 toneladas y con 17 nudos de velocidad.

15 Tipo *Essington*, con 1.300 toneladas y 20 nudos.



*Iglesia de La Orotava*



*Teror (Gran Canaria)*

*Basilica de Nuestra Señora del Pino*

sados que los corsarios; y fué indispensable aumentar aprisa el tonelaje de las naves encargadas de la defensa de los convoyes que cruzaban los grandes mares. Todo era insuficiente. Recién efectuado el ataque a Tarento<sup>16</sup>, el Almirante Cunningham se hallaba en mala postura para asegurar las comunicaciones aeronavales de Malta con las fuerzas de Grecia y las de Siria; y, sin embargo, estuvo obligado a enviar una nave de línea para cooperar a la persecución de los acorazados alemanes de bolsillo<sup>17</sup>. De otra parte, el «Von Tirpitz» que desplazaba unas 35.000 toneladas, y acababa de intervenir brillantemente contra los convoyes que pasaban sobre Noruega, obligó a nuevas acciones en que intervinieron otras naves de combate. En fin, los encuentros llamados «Mar de Coral» y «Midway» —en el Pacífico— fueron batallas cuyo objeto consistía en impedir o asegurar el desembarco de un convoy.

No obstante, la superioridad naval anglo-sajona hizo posible el tráfico entre Inglaterra y los Estados Unidos. Y, de otra parte, los convoyes dirigidos a la U. R. S. S. iban desde Islandia hasta Murmansk, protegidos por la «Home Fleet»; y, cuando no llevaban suficiente ayuda, subían hasta cerca de la isla de los Osos para alejarse del peligro de las naves alemanas de pequeño tonelaje que vigilaban las costas de Escandinavia.

Y tales operaciones, realizadas en diferentes mares, originaban una sensación de inestabilidad y de gran peligro para todas las islas diseminadas por el mundo.

## La acción aérea

Durante esta Segunda Guerra, las naves dedicadas a transporte se exponen más a fondo que en la Primera. Pero ha de tenerse en cuenta que los hechos y circunstancias en que se internan dichas naves mar afuera —o mar adentro, según ellas—, no se pueden comparar con los de la época anterior. La antigua plaza sitiada se arriesgaba definitivamente, pero el hecho de perderla era

16 Once de noviembre de 1941.

17 Lützow y Sheer.

un incidente aislado. Sólo se convertía en estratégico si dicha pérdida equivalía a una interrupción —más o menos definitiva— de las comunicaciones. A la sazón, era indispensable mantener esas comunicaciones constantemente abiertas. La incomunicación con la retaguardia equivalía a una gran derrota. Pero, a partir del final de la Primera Guerra y durante la Segunda, la Fuerza del Aire ofrece otro camino: la lucha se halla a veces destinada a una reapertura esporádica de comunicaciones aéreas o aerosuperficiales que se han cerrado automáticamente. El puente se levanta por sí solo, y hay que bajarlo cada vez que es necesario.

Sin embargo, ocurre que entre los años 1939 y 45, los aviones aún no tienen la autonomía necesaria para operar en los grandes mares y regresar después al aeródromo. Necesitan bases próximas al teatro de la lucha; mas como quiera que en la época tratada es imposible conocer ese teatro previamente, o —aún conociéndolo— suele ocurrir que su distancia a la base aérea es mayor que el radio de acción de esos aviones, resulta necesario recurrir a bases móviles, y, a este efecto, los porta-aviones crecen, y los principales astilleros se dedican afanosamente a la construcción y botadura de los modelos más recientes<sup>18</sup>. Y, a partir de ese momento, los citados porta-aviones —al menos auxiliares o improvisados—, forman parte de todos los convoyes. (Los que cruzaban de Gibraltar a Malta llegaron a tener una división de tres o cuatro porta-aviones que navegaban a vanguardia —en línea de fila— y que a su vez se hallaban protegidos por sendas flotillas de fragatas).

Y esto no es todo. A medida que los aeroplanos van teniendo más potencia y mayor autonomía, aumenta en proporción la envergadura de las misiones que desempeñan sin desplazar su base. Al año de guerra, el bombardero actúa contra la flota sin intervención naval alguna. En 1941, el Eje no dispone de suficientes barcos para compensar el desastre sufrido por los italianos en la bahía de Tarento; y, en vista de ello, los alemanes se deciden a enviar aviones de bombardeo a fin de que se muevan —y operen— por su cuenta. Y, en efecto, los famosos Stuka intervienen contra los con-

---

18 A partir de 1941, América transforma 10 cruceros en porta-aviones, y construye los 13 Essex de 25.000 toneladas y los 3 Midway de 42.000.

voyes, y luego en el combate de Matapán. Averían un porta-aviones, y dificultan las relaciones de Malta con todo el litoral mediterráneo.

En fin, el avión coopera al desembarco. La isla de Pantelaria sufre ciento cuarenta ataques aéreos antes de ser tomada<sup>19</sup>. Frente a Sicilia, los aliados pierden 290 aparatos a causa de la reacción germana. En el Pacífico, Guadalcanal, la isla de Bugainville<sup>20</sup>, las Gilbert<sup>21</sup>, Tinián (en las Marianas)<sup>22</sup> y Leite (en Filipinas)<sup>23</sup>, caen a fuerza de bombardeos realizados por diferentes fuerzas del Aire y Mar americanas.

## El Archipiélago en su brecha

El tonelaje hundido por los alemanes mediante submarinos alcanza su apogeo en julio de 1942, y decrece luego lentamente; el torpedeado con buques de superficie aumenta más aprisa, pero desaparece íntegramente a partir de aquella fecha; en fin, el destruído desde el aire sufre constantes variaciones entre septiembre de 1939 y mayo del 45. Pero, una idea de conjunto más completa puede darse recordando que de los 38 millones de toneladas de la marina mercante que perdieron los Aliados en la contienda, el 60 por ciento fué echado a pique por submarinos, el 31 por aviación, el 6 por naves de alta mar y el 3 por lanchas torpederas.

Esto origina una zozobra continuada. Los germanos son nuestros amigos, pero sus marinos se equivocan. Nadie está tranquilo. Parece que la superficie pertenece a los ingleses, mientras que la parte más profunda es alemana. Y no se sabe donde se halla el límite; se sabe únicamente que los beligerantes se han apoderado del agua, y que a la fuerza exigen los movimientos necesarios para llevar a cabo las infinitas inspecciones originadas por el miedo que ellos sienten a sus respectivos adversarios.

La exteriorización patente del control británico se halla en la obligación de estar provisto, en alta mar, de un documento accredi-

---

19 Junio de 1943.

20 15 a 20 de junio de 1944.

21 30 y 31 de enero de 1944.

22 24 de junio de 1944

23 De 9 de diciembre del 44, a 4 de febrero siguiente.

## CANARIAS EN LA BRECHA

tativo del pasaje y de la carga llevada a bordo; documento visado por el cónsul de Inglaterra del puerto de salida y sin el cual la nave no beligerante puede verse conducida a base inglesa para su revisión, y aún a pasar por la vergüenza de tener que descargar algún pasaje o ciertas mercancías sospechosas.

Y, sin libertad en los mares, Canarias estuvo cerca de la ruina.

Las variaciones de suministros —naves suministradas por la refinería de Santa Cruz de Tenerife— durante la Segunda Guerra Mundial, ofrecen buena idea del tráfico habido en ese tiempo y de las dificultades que el Archipiélago sufrió. Los barcos abastecidos de petróleo en aquel puerto fueron, en efecto, los siguientes:

105 nacionales y 334 extranjeros, en 1939;
270 » 172 » 1940;
344 » 31 » 1941;
205 » 0 » 1942;
246 » 0 » 1943;
227 » 0 » 1944;
228 » 0 » 1945;
350 » 176 » 1946;
811 » 478 » 1947 <sup>24</sup> .

Ya en el año 1940, Hitler expresó a Serrano Súñer, a la sazón nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, la idea de que era nece-

---

24 Lo dicho se confirma con las cantidades de petróleo que entraron en Las Palmas durante los años de la Segunda Guerra y los siguientes e inmediatos:

1940	154.600 toneladas
1941	16.500 »
1942	46.700 »
1943	20.700 »
1944	13.300 »
1945	33.800 »
1946	369.500 »
1947	697.200 »
1948	948.300 »

Y, en relación a esta nota, parece innecesario decir que casi todo lo importado por Gran Canaria está dedicado a abastecer las naves que hicieron escala en su Puerto de La Luz.

sario proteger debidamente el Archipiélago Canario. Mas cuando luego pasó a los hechos y quiso ayudarnos a lograr ese propósito, no actuó en la forma que hubiera sido lógica. Se limitó a ofrecernos un material completamente inútil en sus propias costas; y si nosotros lo aceptamos fué sólo para aumentar —siquiera un poco— la posibilidad de asegurar la integridad del territorio contra todo el que quisiera mancillarlo.

En mayo de 1941, el Presidente Roosevelt declaró públicamente que las Azores se *hallaban incluidas en la esfera de los intereses norteamericanos*; y eso lo dijo cuando Norteamérica no había entrado aún en la contienda. Entonces, no se hablaba todavía de Canarias. Se habló más tarde, y se habló en forma no halagüeña. La campaña de prensa llevada a cabo por Inglaterra y los Estados Unidos contra España fué tan absurda que nada más hubieran dicho los periódicos de Londres y de Wáshington si nos hubiésemos aliado francamente con el Eje. Llegó a escribirse que los barcos españoles emitían mensajes radiotelegráficos a fin de que éstos fueran retransmitidos por los aliados, que, de este modo, delataban su ubicación a los submarinos alemanes; y aún circuló la noticia de que estos submarinos disponían de algunas bases en Canarias y en los puertos peninsulares. Pero, nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores salió al paso a esta patraña recordando de qué modo en la pasada guerra (1914-18) otros submarinos más antiguos habían llegado a América sin apoyarse para nada en nuestra Península o en el Archipiélago Canario.

Al poco tiempo —en julio de igual año—, un periódico llamado «España Libre» que se publicaba en Nueva York, anunció que los Archipiélagos del Este Atlántico —las Azores, Cabo Verde y Las Canarias— iban a ser ocupados por los ingleses o por los americanos a fin de que no pudieran ser utilizados por el Eje<sup>25</sup>; pero los Estados Unidos desmintieron la noticia e hicieron saber a nuestro Ministro de Asuntos Exteriores que no se hacían responsables de esa noticia. No obstante, José María Doussinague, que ocupaba, a la sazón, un importante cargo en el citado Centro, asegura que en la entrevista habida en agosto de 1941, entre Winston Chur-

---

25 Berlín-Roma.

chill y el Presidente Roosevelt, se habló con insistencia de Canarias, incluyendo al Archipiélago en la zona que ambos consideraban necesaria para su posible acción contra la costa de África<sup>26</sup>; con lo que, en fin, resulta no sencillo dilucidar si las Canarias estuvieron sobre el tapete bélico de los aliados, cuando los Estados Unidos no habían entrado aún en la contienda.

Las Azores y las Canarias hubieran sido extraordinariamente útiles a cualquiera de los dos beligerantes. Hubieran servido a Alemania para establecer etapas y centros de abastecimiento para su guerra de corso, y, a Gran Bretaña y Norteamérica, para intensificar su campaña antisubmarina. A aquélla, le hubieran permitido cooperar con mejores bases a la defensa aeronaval; y, a éstos, no tener que utilizar una comunicación interminable para proveer de todo a sus principales núcleos.

Durante la Primera Guerra Mundial, la travesía del Atlántico estuvo siempre amenazada por los submarinos alemanes, pero el desembarco de los americanos en Europa no ofreció dificultades. Llegaban a un país amigo, y que además los esperaba ansiosamente. Pero, el problema equivalente en la Segunda Guerra no era el mismo. Francia estaba semi-invadida cuando los Estados Unidos empezaron a luchar; y los norteamericanos no sabían a qué carta les convenía más jugar en relación a las colonias y a los protectorados franceses. Tanto si los Estados Unidos se decidían a desembarcar en nuestros puertos peninsulares para impedir el paso de Alemania por España y la reconquista del Peñón de Gibraltar, como si ellos mismos resolvían ir a Casablanca o a sus cercanías para proteger directamente la costa meridional del Mar Mediterráneo, era siempre seguro que la operación se realizaría en son de guerra y con auxilio de la fuerza; y, para eso, cada cual pensaba que era lógico emplear una base próxima a la costa, que, según la solución que se adoptara, podía estar en Canarias o en Las Azores.

En 1942 y 43, la conquista de Canarias —o, al menos, la de los puertos necesarios para servir de etapa hacia la costa de África—, no era, para América, un problema demasiado agudo. Sus fuerzas

---

26 *España tenía razón. 1939-45.*

aeronavales tenían ya mucha práctica en cuestión de desembarcos militares. Los Archipiélagos del Pacífico iban siendo conquistados lentamente. La ocupación de Nueva Guinea y de otras muchas islas de su propia zona, había sido una excelente cátedra para efectuar acciones parecidas en otros mares más o menos alejados. Los norteamericanos se hallaban incluso acostumbrados a dominar de cada tierra lo más indispensable para su empleo en relación a desembarcos ulteriores; y, aunque el caso de Canarias no se puede comparar al de las Marshall o al de las Carolinas, no cabe duda que la operación atlántica se hubiera intentado con arreglo a principios semejantes a los aplicados en Oceanía<sup>27</sup>. Pero, si bien los principales puertos de Canarias hubieran constituido bases de importancia para el ataque a Mogador o a Casablanca, es evidente que la lucha necesaria para mantenerse firmes en aquellos puertos hubiera dado lugar a una situación insostenible. De otra parte, los aeródromos de las islas son deficientes. Sus fondeaderos son escasos. Sus recursos, incompletos. Y, en estas condiciones, sólo convenía un desembarco asegurado; y, seguro por seguro, lo era más el proyectado sobre la costa de Marruecos.

De otra parte, Inglaterra quería evitar desavenencias con nosotros a fin de que prohibiéramos el paso de las fuerzas alemanas a través de la Península; y, en esta situación, no quería efectuar un desembarco en Las Canarias. Sabía perfectamente que una vez llevada a cabo dicha acción, se hubiera producido la amenaza a Gibraltar; y, a consecuencia de esto, el esfuerzo realizado previamente habría sido perjudicial. Y, conforme con lo dicho, el Embajador J. W. Hayes aseguró constantemente al Conde de Jordana<sup>28</sup> que la integridad de nuestro territorio sería respetada en tanto que nosotros no nos uniéramos al Eje<sup>29</sup>.

Y, en efecto, eso pasó.

27 En 1942, nuestro Gobierno llegó a estar convencido de que el ataque a las islas Canarias era inminente. (DOUSSINAGUE: *Ob. cit.*)

28 A la sazón, nuestro Ministro de Asuntos Exteriores.

29 *War Mission in Spain* (Nueva York, 1946).

## Situación actual

1945-53

## Consideraciones militares

No es solamente porque un país sea dueño del mar que puede permitirse el lujo de tomar o dejar la parte de guerra que más le plazca, sino que para eso le es aún indispensable estar aislado de esa guerra y de todas las posibles invasiones por un simple estrecho o una zona marítima: es necesario que sea una isla<sup>1</sup>. Y esto —según Auphin— se aplica sólo a Gran Bretaña<sup>2</sup>; se aplica, pues, a la nación cuya potencia aeronaval influye más directamente sobre los mares en los cuales se han formado las Canarias.

Pero, este último factor —«influencia sobre el mar», o sobre las naves que lo surquen, o aeronaves que se encuentren más arriba— es directamente proporcional a la potencia aeronaval que se ha citado. Ésta, por lo tanto, viene a ser un coeficiente aumentativo de la forma en que se ejerce la acción directa de las fuerzas militares; pero, a su vez, esta acción es algo así como la incógnita de una Tercera Guerra cuyo estallido hay que impedir a todo trance. En efecto, se habla mucho de si en ella se hará uso de la nueva bomba atómica; mas nadie hace presente que esa guerra cuando estalle será como una bomba de mayores dimensiones y de potencia superior a todo cuanto —reunido— se fabrica en Norteamérica.

Ahora bien, aquella incógnita —que es Guerra— será función, en cierto modo, de su propio coeficiente. La manera de luchar dependerá forzosamente de las armas disponibles. Surge, pues, una

---

1 FRANCIS BACON. Cita de AUPHIN.

2 ALMIRANTE AUPHIN: *Les Grimaces de l'Histoire*. (París, 1951).

imprevista interrogante sobre los medios más convenientes para la contienda venidera. Mas como quiera que es imposible contestar a la pregunta y preparar la lucha con arreglo a como va a desarrollarse, no queda más remedio que poner buena intención y procurar que el mazo dé en el clavo a la primera. Y, a este fin, es necesario mirar un poco hacia el pasado: trazar la curva histórica, y prolongarla con arreglo a cuanto diga —o aconseje— el buen sentido.

Sin embargo, el resultado exige caminar sin excesiva prisa.

Durante el breve período que medió entre las dos Luchas Mundiales, se habló a menudo de la destrucción en masa destinada a evitar la guerra misma. Pero al empezar las hostilidades de la Segunda, nadie se atrevió a realizar excesivos daños encarrilados hacia un blanco diferente al de las guerras anteriores. Las destrucciones se consideraban demasiado crueles, y aún exentas de razón. No figuraban en los reglamentos militares ni en los manuales bélicos; y, en su consecuencia, parecían ilógicas. Los grandes «directores de operaciones» sentían la impresión de haber participado en una conferencia misteriosa —una Haya mágica— destinada a impedir los bombardeos sistemáticos. Hubo, pues, indecisión. Y, por supuesto, la duda —o el litigio— originó una viva discusión entre los convencidos de que el Aire bastaría para ganar la Guerra y los que aseguraban que al fin y al cabo las fuerzas de superficie soportarían el peso de la lucha, si bien abastecidas con los medios aéreos indispensables para explorar la zona adversaria y reforzar —o aún reemplazar de lleno— la artillería de los ejércitos antiguos; y la citada discusión fué violentísima, y dió lugar a nuevas dudas en los cerebros que habían de decidir sobre la importancia y proporciones de los diversos apartados de cada presupuesto nacional.

Lógicamente, las soluciones fueron varias. Cada cual expuso y defendió la que más se ajustaba a su propio caso y circunstancias personales; y las naciones se amoldaron a sus respectivas situaciones económicas y geobélicas. Inglaterra aceptó la idea de que la Fuerza Aérea se encargara —casi sola— de rechazar las agresiones enemigas. Alemania comprendió que su ejército iba a sentirse completamente inútil sin ayuda aérea, y que a fin de que esta ayuda fuera eficaz sería preciso aplicarle —o concederle—

todos los medios que la industria pudiera producir en poco tiempo. Francia finalmente —desmoralizada por su política izquierdosa y apatriótica—, anduvo divagando entre toda clase de principios y acabó por verse desprovista de los medios necesarios.

Cuando empezó la lucha, las discusiones, por supuesto, se avivaron. Pero, esta vez, la controversia no tenía solamente por objeto hallar la buena orientación para las fuerzas propias —en pleno desarrollo—, sino también el de poner en claro los errores cometidos previamente y sus consecuencias para el éxito alcanzado o las derrotas encajadas. Se estaba entonces en plena angustia; y, de resultas, los comentarios fueron cuerdos: Alemania echó de menos una potentísima aviación independiente, e Inglaterra sintió que su Marina y su Ejército se hallaban casi desamparados. Mas cada cual se dió perfecta cuenta de que lo hecho estaba bien, y de que la falta no era consecuencia de un error, sino de la imposibilidad de abarcarlo todo con la fuerza necesaria.

Más adelante, el esfuerzo realizado fué colosal. En Normandía, las masas empleadas fueron ingentes; y, sin embargo, aún hubo discusiones sobre la mejor manera de utilizar los varios millares de aviones que tomaron parte en el desembarco y en la ruptura de las líneas sucesivas. Los panegiristas del Aire pretendieron otra vez que todo hacía falta y aún era imprescindible para destruir los centros de retaguardia e impedir la concentración de los refuerzos enemigos; y los demás pidieron que la Fuerza Aérea se limitara a cooperar con las de tierra y a facilitar el avance de las Grandes Unidades aerosuperficiales.

Y, mientras esto ocurría en Francia, los Archipiélagos del Pacífico se iban convirtiendo en gigantescos porta-aviones cuyo conjunto representaba la cintura de aeródromos que —de seguro— habían de originar el gran colapso japonés. Y, en efecto, lo originaron. Los primeros doce mil aviones que llegaron y las dos primeras bombas nucleares que estallaron fueron suficientes para que el Míkado —siguiendo la pauta establecida en el jiu-jitsu— diera las palmadas reglamentarias para evitar el hundimiento definitivo e innecesario de su glorioso Dai-Nihón.

Sin duda, la continuidad de la acción aérea es de un efecto decisivo. Pero, a medida que las operaciones tienen más envergadura, ese mecanismo exige una renovación de medios que no es

siempre conseguible. Los entusiastas de la estrategia basada en la exclusiva preponderancia de la Fuerza Aérea, aseguran que Hitler no ganó la batalla de Inglaterra por disponer tan sólo de unidades tácticas, o sea de una aviación organizada con el fin de participar directamente con el Ejército y la Marina, en las grandes operaciones de superficie. Pero olvidan, aquellos partidarios de la doctrina nueva, que Hitler —Göring, mejor dicho— pudo hacer no poco más de cuanto hizo con su prestigiosa Fuerza Aérea; se olvidan —en efecto— de lo mucho que tardaron los germanos en desencadenar su ofensiva sobre Londres; se olvidan de que unas cuantas agresiones más hubieran sido suficientes para conseguir el colapso de la capital de Gran Bretaña; se olvidan de que la distancia entre Londres y Berlín no era bastante grande para exigir aviones que pudieran transportar enormes cargas a través de grandes mares, y se olvidan —finalmente— de que una cosa es utilizar una «fuerza estratégica del Aire», y otra diferente es la posibilidad de situar de prisa una «fuerza táctica del Aire» en el lugar más conveniente para cooperar al mantenimiento de una guerra que no se acaba porque todo el mundo quiere no perderla.

En marzo de 1944, tuvieron lugar los primeros bombardeos contra las instalaciones petrolíferas de Leune. Al principio parecía irremediable la desaparición del objetivo. Mas, aumentando en pocos días, de cincuenta a cerca de quinientos, el número de cañones de 88 destinados a la defensa, se pudo contrarrestar el efecto de las fuerzas aéreas de Inglaterra y de los Estados Unidos.

Golpes iguales originan resultados progresivos; pero estos golpes han de aplicarse contra objetivos materiales. Según Seversky los ataques aéreos llevados a cabo contra seres dotados de raciocinio y movilidad son menos eficaces que los emprendidos contra la riqueza inerte<sup>3</sup>. El se refiere, sin embargo, a un adversario que sólo cifra su victoria en los diversos medios disponibles. Parte de un ejemplo que, para muchos, se convierte en lo contrario: en un simple caso particular. Parte —en fin— de que la embestida sólo puede realizarse por el aire, y con el Aire.

---

3 ALEJANDRO P. DE SEVERSKY: *El Poder Aéreo, clave de la supervivencia* (Edición Española, Buenos Aires 1951).

Pero, nuestra situación es diferente: la distancia es un factor interesante, y la energía defensiva puede ser independiente de los medios de agresión. Es una situación que da lugar a cierta nueva duda; y esta nueva duda oscila entre liberar las comunicaciones marítimas con sólo dominar el aire, o aceptar una simple supremacía aeronaval sobre los mares. Y aún entra en litigio —en nuestro caso— una simple supremacía aerosuperficial o aérea, dirigida y mantenida desde las mayores bases terrestres.

## El comercio de Canarias

Lo expuesto no es ajeno a las Canarias. Por el contrario, cada frase referida al estudiar —o analizar— la situación presente y las consecuencias estratégicas de la Segunda Guerra Mundial, está relacionada con las referidas islas.

La manera de ofender o defender el Archipiélago dependerá lógicamente de los varios elementos disponibles; y no ha de olvidarse que las armas se transportan por el aire o por la mar, o por la superficie de la tierra. Por lo tanto, la lucha en que Canarias se puede ver envuelta será una consecuencia de los diversos medios aéreos y marítimos utilizables y de las comunicaciones disponibles.

Ahora bien, la cantidad de medios necesarios para una guerra va en aumento continuado. En la Primera, las batallas no rompían —o tardaban mucho en comenzar, o luego se paraban— a consecuencia del consumo previsible o inacabable de proyectiles artilleros. En la Segunda, eran las campañas las que no empezaban oportunamente o se paralizaban antes de verse coronadas por el éxito, porque los carros de combate y los aviones se agotaban prematuramente. Y, ahora, la Tercera —en su conjunto— no se inicia porque no hay economía suficiente para construir las armas y los medios necesarios para hacerla. (Presenciamos, en efecto, el espectáculo de Churchill, yendo a América, en 1952, y regresando satisfecho porque ha obtenido un millón de toneladas de acero y de chatarra para su industria bélica).

Y, si es tan grande la cantidad de material indispensable para hacer la guerra, no cabe duda que será preciso transportarlo con

los medios que más rindan. Un puente de aviones semejante al de Berlín<sup>4</sup>, o un simple camionaje aéreo como el de Norteamérica a Corea<sup>5</sup>, serán sólo utilizados en los casos esporádicos en que las cargas o las circunstancias de momento lo permitan.

De ahora en adelante, nada bastará. A pesar de la intensificación del tráfico y de los transportes aéreos, aumentarán también el tráfico y los transportes por vía marítima. La autarquía ha fracasado. La importación de materias primas y no primas es cada vez más importante, y la exportación es indispensable para sostener el ritmo acelerado de la anterior. Los transportes mismos originan movimiento: dan lugar a más importación y exportación. Basta asomarse a la bahía de Algeciras y contar los petroleros que entran y salen diariamente, o contemplar el muelle de Santa Cruz de Tenerife, abarrotado siempre de naves que llegan con los diferentes «crudos» destinados a la refinería<sup>6</sup>, o adquieren combustible para seguir su viaje o para alimentar los puertos peninsulares y africanos. De este modo, será fácil darse cuenta de la importancia que ahora tiene el tráfico marítimo.

Un ejemplo es suficiente:

— el movimiento de petróleo habido durante el año último<sup>7</sup> en Santa Cruz de Tenerife, rebasa el millón y medio de toneladas<sup>8</sup>;

— el número de buques suministrados por la refinería en dicho último año, se acerca mucho a 2.500<sup>9</sup>; y, finalmente,

— en igual período, han entrado en Tenerife unos 115 petroleros nacionales y 100 extranjeros; y, de otra parte, 18 petroleros españoles y 90 americanos, británicos, noruegos y paname-

4 1948-50.

5 1950-51.

6 Refinería de la C. E. P. S. A. («Compañía Española de Petróleos, Sociedad Anónima»), que recibe «crudos» de las Américas Central y Meridional, y proporciona al año más de un millón de toneladas de gasolina, keroseno, gas-oil, diesel-oil, fuel-oil, asfalto, lubricantes y materias primas para otras industrias.

7 1952.

8 La progresión es rápida. El tonelaje asciende, entre 1930 y 1952, de 27.000 a 1.508.000.

9 Entre 1930 y 1952, estos buques pasan de dos a 2.330

ños, han cargado combustibles en los depósitos instalados en Las Palmas<sup>10</sup>.

Y, por supuesto, la producción de combustible intensifica el tráfico. En 1952, entran en Santa Cruz de Tenerife: unos 20 barcos dedicados a turismo, más de 1.200 acondicionados para pasaje y carga, 1.300 de carga general, 500 preparados para fruta, y, según lo dicho anteriormente, más de 200 petroleros. Y, durante ese tiempo, pasan otros tantos por el puerto de La Luz.

Es lógico. La producción de plátanos y tomates del Archipiélago aumenta sin cesar: se acerca aceleradamente al medio millón de toneladas<sup>11</sup>. De otra parte, las islas exportan discretas cantidades de tabaco, aceite de ricino y algodón; producen vino, patatas y boniatos, café y caña de azúcar, hortalizas, naranjas, melocotones, aguacates, guayabos y toda clase de otras frutas europeas y americanas; fabrican varios abonos, y ácidos clorhídrico y sulfúrico; aprovechan su famoso *pinus canariensis*, el haya, la sabina y el cedro, para construcción de muebles y de empaques; y, en fin, la pesca da lugar a más industrias<sup>12</sup>. Y esto sólo por ahora, ya que está a la vista el aprovechamiento de la piedra pómez y de las puzolanas que hay en las cañadas próximas al Teide, el de los minerales de titanio de la zona de Arucas, el de las aguas medicinales de Gran Canaria, y el de los mármoles de Fuerteventura; pendiente, cada cosa, de mayores medios de transporte.

10 Las instalaciones de Gran Canaria pertenecen a la Compañía Petrolífera Española «Shell», a la «Texas Co. S. A. E.», a la «Cory Brothers Cc. Limited» y a la «Standard Oil Company de España, S. A.».

11 La exportación habida en 1952, es, en toneladas, la siguiente:

	<u>PLATANOS</u>	<u>TOMATES</u>	<u>PATATAS</u>	<u>VARIOS</u>	<u>TOTALES</u>
TENERIFE . . . .	112.848	61.798	9.834	739	185.219
GRAN CANARIA . .	90.737	89.753	6.771	1.265	188.526
TOTALES .	203.585	151.551	16.605	2.004	373.745

Y, según parece, la de 1953 es bastante superior.

12 Cuando la Segunda Guerra terminó, unas diez mil familias canarias vivían de la actividad pesquera: muchas de Lanzarote, pero la mayoría de Gran Canaria. Los famosos bancos pesqueros de la costa africana han dado siempre mucho juego. La provincia de Las Palmas exportó, en 1945, unas treinta y seis mil toneladas de pescado, y la de Tenerife entre siete y ocho mil.

## La economía

Por supuesto, los productos mencionados van a parar a medio mundo. Los lleva la corriente a quien los quiere o a quien se halla en condiciones de adquirirlos a precio suficientemente bajo en relación a su negocio o a sus más urgentes necesidades. Dan lugar a cauces más o menos anchos y profundos: a surcos en la mar que van abriendo los «fruteros» cuando van a Londres, a Liverpool, a Oslo y aún a Helsinki. El plátano y el tomate —según se ha dicho— es la carga principal de esos fruteros. Aquél ha reemplazado sus «huacales»<sup>13</sup> por el «kraft»<sup>14</sup>; y estotro se encajona en los «seretos»<sup>15</sup>. Ambos pasan —a ese efecto— por los «empaquetados»<sup>16</sup>, y luego van a los camiones, y después al muelle, y por último a la bodega de la nave que va a seguir el surco ya descrito.

En la venta, el Estado participa. Le preocupa y le interesa dicha venta; le interesa porque se considera con derecho a una parte alícuota de la ganancia —a las divisas que le son indispensables para el bien de toda España—; y le preocupa —sencillamente— porque está obligado a compensar el grano que las islas no producen por hallarse en lo posible dedicadas a las frutas más solicitadas fuera de España.

Pero el agricultor canario hace valer su capital y su trabajo. Recuerda los «sorrivos» efectuados para allanar un suelo abarrotado de lava, y las pérdidas sufridas por la riada y por el viento. Gasta el agua disponible entre tomate y platanera, por ser, estos productos, los que vende a mejor precio. Dice que está obligado a cultivarlos porque el agua está muy cara<sup>17</sup>. Asegura que al produ-

13 Jaulas de madera, antiguamente utilizadas.

14 Papel especial, cuyo resultado es excelente.

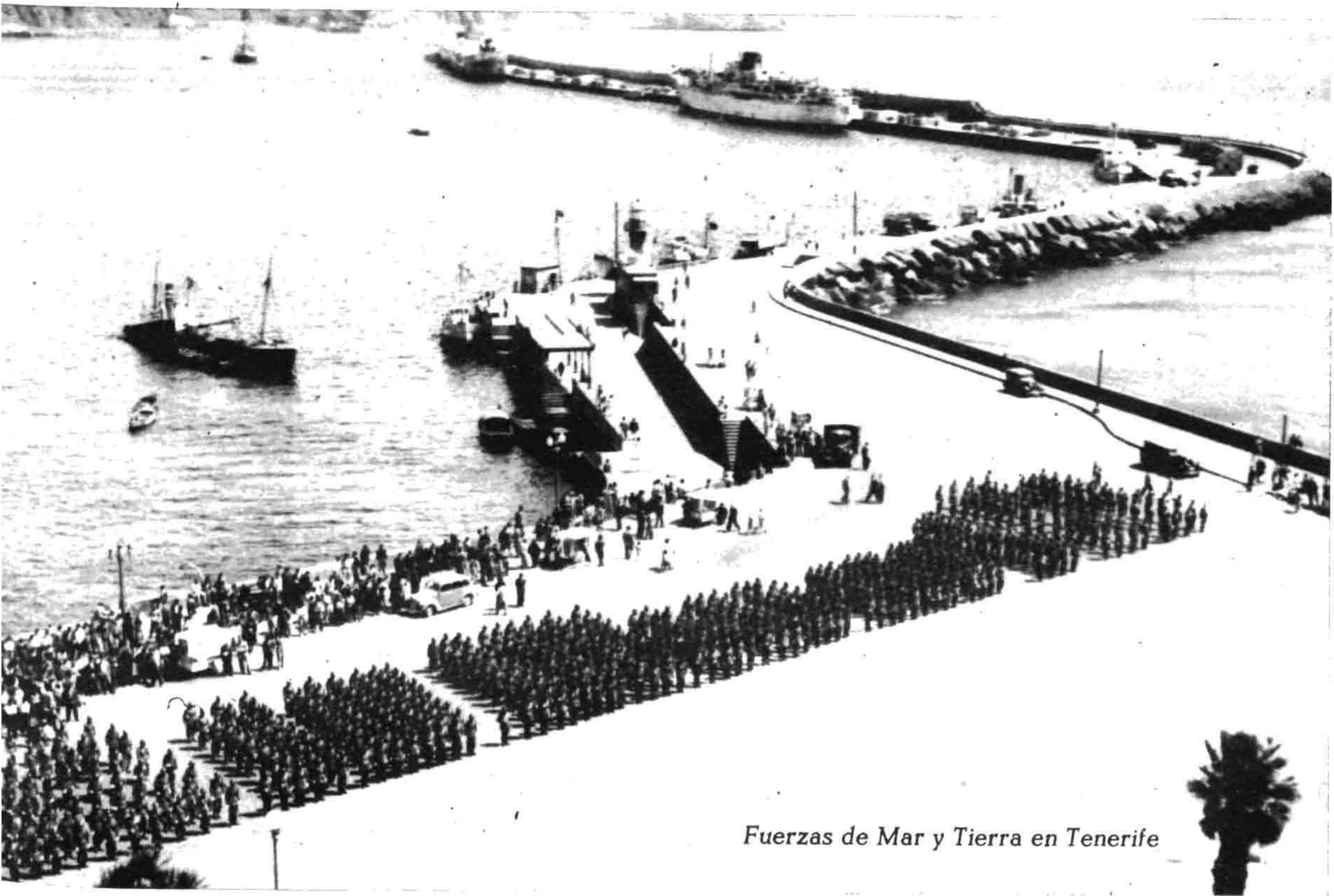
15 Nombre de las actuales cajas de madera para el tomate. En cambio, la «sereta» antigua era un envase de forma cilíndrica hecha con varillaje de caña que se empleaba para exportar los higos del Hierro y el carbón de La Palma y de La Gomera.

16 Caseríos en los cuales se llevan a cabo las operaciones de pesado, distribución y empaquetado.

17 El agua necesaria para una hectárea de plátanos cuesta, aproximadamente, 5.000 pesetas al año.



Foto: Garriga

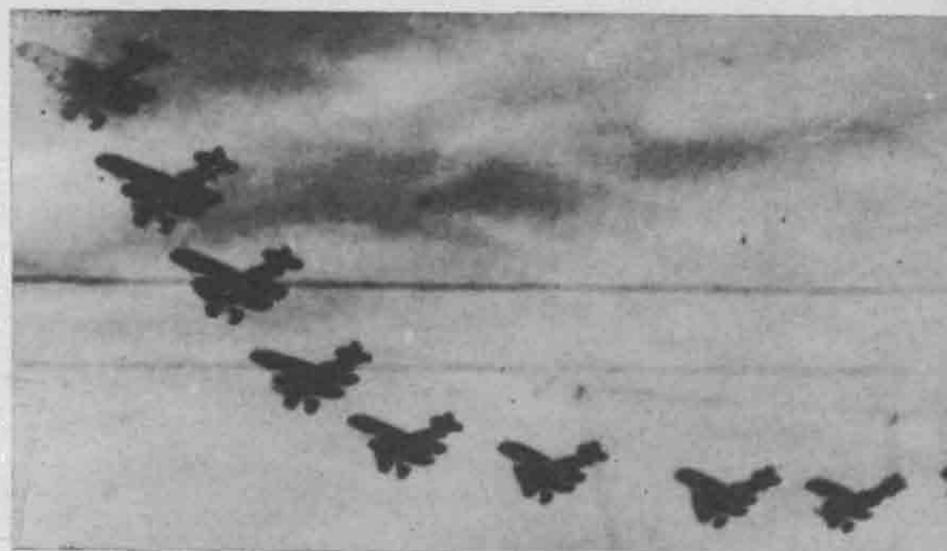


Fuerzas de Mar y Tierra en Tenerife

Foto: A. Benítez

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

PROTECCION AEREA  
DEL ARCHIPIELAGO



*Cielo hispánico*



*Una plataforma en el desierto  
Villa Cisneros*

LAMINA 40

Foto: *Aviación Militar*

cir el trigo y el maíz indispensable para el consumo isleño, no tendría las divisas necesarias para la adquisición de otros productos y efectos perentorios; y que el Estado —en vista de ello— debe darle el grano que reemplace al que él no puede —o no debe— producir. Y, entretanto, la transacción resulta de ceder divisas al Estado a cambio de que éste se preocupe del sustento de los canarios.

El regadío y los transportes son —por lo tanto— los factores fundamentales de la economía actual del Archipiélago. Progresan ambos lentamente. El agua va llegando hacia las zonas cultivables, y el camionaje aumenta cada día; y, en fin, ya hemos visto que los barcos acuden a los puertos de Canarias en cantidades alarmantes para las Juntas de Obras y los Comandantes de Marina de sus respectivas islas<sup>18</sup>.

Y, en estas condiciones, la riqueza va en aumento.

No obstante, los economistas quieren más. Consideran que no basta la autoridad que tienen los actuales delegados del Ministerio de Comercio para conceder directamente las licencias que hacen falta para mantener a flote la situación presente; desean que el «puerto franco» no se limite a la exención de pago de aranceles, sino que ese concepto se amplíe a una completa libertad de exportación e importación; dicen, finalmente, que el exceso de coste de las importaciones sobre las ganancias conseguidas con las exportaciones debe atribuirse en parte al hecho de no poder enviar al extranjero —cada vez que así convenga— todos los tomates y racimos plataneros que el Archipiélago produce. Y lo aseguran todo con argumentos casi indiscutibles.

18 El tonelaje que ha entrado en el Puerto de Las Palmas últimamente, se refleja en el siguiente cuadro:

1946	969.500
1947	697.200
1948	948.300
1949	1.108.900
1950	1.158.000
1951	1.055.600

Datos ofrecidos por la «Junta de Obras del Puerto» de Las Palmas de Gran Canaria.

Pero, a cuanto queda expuesto, los técnicos estatales responden explicando que semejante libertad obligaría a la Administración Central a importar nuevos productos destinados a compensar los sustituidos por los frutos productores de divisas; y que, entonces, Canarias dejaría de ser sumando; lo serían otras zonas o regiones, con detrimento de la suma. Y el argumento al cual recurre la Administración del Estado para demostrar que la razón le asiste, radica siempre alrededor de las subsistencias exteriores que absorbe el Archipiélago. Durante el año 1952, Canarias ha importado, en efecto, unas 5.000 toneladas de subsistencias peninsulares y unas 300.000 del extranjero<sup>19</sup>.

### Intensificación y mantenimiento de las comunicaciones

Toda esa masa en movimiento exige numerosas líneas de motonaves; que, en época de paz, se multiplican sin cesar. De resultas, el Archipiélago está enlazado con medio mundo; y este hecho se produce por la valía de sus productos y la energía de los canarios.

Pues bien, si el Archipiélago está enlazado con medio mundo —tan enlazado o más aún (en proporción) que con la España peninsular— es natural que las comunicaciones entre la Península y Canarias hayan de ser más firmes aún que todas las restantes. Ya

19 Concretamente, las cantidades que han entrado en el solo puerto de Santa Cruz de Tenerife, durante el año 1952, son las siguientes:

	25.000		toneladas de trigo,
	140.000	* * *	maíz,
	196	* * *	azúcar,
	2.089	* * *	garbanzos,
	8.157	* * *	patatas de siembra y
	104	* * *	patatas de consumo;
todo ello del extranjero. Y			
	91		toneladas de harina,
	2.990	* * *	azúcar,
	135	* * *	chocolate y
	114	* * *	galletas;

de la Península. (Datos facilitados por la Administración Principal de los Puertos Francos de Santa Cruz de Tenerife).

se han dado a conocer las vicisitudes por las cuales pasarían aquellas primeras comunicaciones —líneas de transporte marítimo— si una guerra comenzara; y también se ha dicho que las segundas —en caso de conflicto— sufrirían perturbaciones graves. Y sólo falta añadir que en vista de eso la defensa debe poseer la fuerza militar indispensable —aérea y aeronaval— para evitar que los beligerantes interpongan una barrera entre las zonas en cuestión.

La guerra, sin duda alguna, reduciría muchísimo las comunicaciones existentes. Las reduciría en bloque, y en forma sistemática. Por lo tanto, cuanto más heterogéneas y diferentes sean, menor será seguramente el perjuicio ocasionado. Pero, ante todo es necesario que las comunicaciones sean continuas, y que puedan reemplazarse unas a otras.

En época de paz, Canarias necesita enlace diario con Madrid. El servicio aéreo entre Gando y Los Rodeos, a un extremo, y el aeródromo de Barajas, al opuesto, debe ser intenso. Debe funcionar como un tranvía, a fin de desterrar la preocupación horaria y evitar la pérdida de tiempo correspondiente a una larga espera. De Madrid a Canarias debe tardarse sólo el tiempo necesario para acudir al aeródromo, trasladarse por el aire y marchar en auto al punto-meta. Hay que anular las horas muertas consiguientes a no haber aviones cada día, o plazas suficientes en los que salen. Y esto, por supuesto, no ha de afectar en nada al actual servicio marítimo, del cual puede decirse casi otro tanto: un sólo barco semanal para ambas islas es relativamente poco, y sería necesario duplicar los viajes.

Pero, así como entre la Península y Canarias las comunicaciones aéreas deben prevalecer sobre las marítimas —en todo cuanto se refiere a correspondencia y a pasajeros—, así en el interior del Archipiélago el marítimo es fundamental y casi suficiente para todo. Tenerife y Gran Canaria necesitan —a más de sus aviones— correo diario entre sus principales puertos; y, de igual manera, Santa Cruz ha de tenerlo con La Palma, el Hierro y La Gomera, y Las Palmas, con Arrecife y Puerto Cabras<sup>20</sup>.

---

20 Dada la situación de los principales aeródromos de Canarias, es evidente que los hidroaviones resolverían los transportes interinsulares mucho mejor que los aparatos terrestres. Y otro tanto puede asegurarse en relación a los modernos helicópteros.

Esto realizado, la duración del viaje entre la capital de España y el rincón más apartado del Archipiélago no excedería a una jornada; la prensa y el correo llegarían a cada pueblo sin los retrasos que ahora sufren, y el tráfico ligero se llevaría a cabo en forma debida y razonable. Pero, si en época de paz es necesario y relativamente fácil conseguir la citada intensificación de las comunicaciones aéreas y marítimas, ocurre, en cambio, que su importancia y mantenimiento en época de guerra sirven de base a un asunto bélico de interés inusitado. En tiempo normal, los servicios de transporte nacionales —o nacionalizados— se pueden reemplazar con otros emanados de unos contratos más o menos onerosos, pero cuando el enemigo está acechando con intención de echar a pique a toda nave que se arriesgue por la ruta elegida para abastecer a su adversario, no es tan fácil encontrar la compañía o la nación dispuesta a aventurarse en dicha empresa. En todo caso, es preciso movilizar las fuerzas necesarias para impedir la prohibición de los servicios anteriores. Se trata de realizar la operación que pudiera denominarse la «contraprohibición» de los servicios de transportes. Se trata de impedir que el enemigo lleve a cabo entre Cádiz —o el estrecho de Gibraltar, o aún la costa en general de la Península— y los puertos principales de Canarias, una guerra de corso parecida a la descrita en los capítulos primeros de esta Quinta Parte<sup>21</sup>. Y, teniendo en cuenta que —más que desde América o desde el mar del Norte— lo lógico es que la prohibición de los transportes ordinarios se lleve a cabo desde Casablanca, las Azores o el estrecho de Algeciras, se llegará a la conclusión irrefutable de que el solo modo de asegurar la referida contraprohibición consiste en instalar en los extremos de la línea dos cabeceras aeronavales que se hallen dedicadas exclusivamente a impedir las agresiones contra el tráfico; y, por supuesto, las referidas cabeceras solamente necesitan los elementos indispensables para montar la protección directa de los convoyes o, a lo sumo, rechazar las ofensivas de pequeña envergadura. En efecto, lo referente a las mayores formaría parte del conjunto necesario para defender el litoral peninsular y el de Canarias.

---

21 Capítulos XVIII y XIX, que tratan de las dos Guerras Mundiales.

Y falta sólo mencionar el cabotaje. Pero, es obvio que los transportes correspondientes quedarían automáticamente aseguradas en función de las diversas previsiones que se acaban de citar.

## Protección del Archipiélago

A más de cuanto queda expuesto sobre el mantenimiento de los servicios de transporte aeronavales, aún será preciso —en caso de guerra— poner el Archipiélago a salvo de una invasión: a salvo, en primer lugar, de un golpe de mano. Y esto no se puede improvisar: hay que trazar un plan, y aprovecharlo; y hay que disponer de lo preciso para ponerlo en práctica.

La teoría es fácil. Lo primero, por supuesto, es proteger los puntos vulnerables; y, a este fin, hay que empezar por definirlos. Pero, en nuestro caso, la cuestión no ofrece duda. Los puertos y aeropuertos de Tenerife y Gran Canaria, serían los cuatro objetivos principales de una agresión del enemigo. Los puertos —como tales y por las múltiples instalaciones que se hallan cerca de ellos— tendrían que defenderse con aviones preparados a rechazar el bombardeo aéreo y a impedir la espera de una escuadra en las inmediaciones de Canarias; con submarinos y lanchas torpederas destinadas a cooperar a la segunda acción antes citada, y, en fin, con minas, artillería de costa y fuerzas terrestres de todo género en condiciones de evitar los desembarcos. Los aeródromos se defenderían con su propia guarnición, con una proporción de artillería antiaérea tan importante como la necesaria para los puertos, y con su misma aviación de caza. Y parece inútil añadir que tales elementos servirían solamente para contrarrestar el ataque propiamente dicho. No bastarían para evitarlo. Los aerodromos del Archipiélago no tienen capacidad ni condiciones a propósito para encajar la fuerza aérea destinada a impedir una agresión. Haría falta más; y —eso admitido—, las grandes unidades de bombardeo —sin acomodo en las Canarias— se verían obligadas a instalarse fuera de ellas.

Veamos donde.

En busca de aeródromos, el terreno ofrece, de Oeste a Este, cada vez mejores o mayores posibilidades. En las islas occidentales,

es punto menos que imposible «fabricar» —según el término canario— un aeródromo militar. En las centrales, hay ciertos lugares que ya han sido aprovechados: están en servicio los aeropuertos de Gando (en Gran Canaria) y de Los Rodeos (en Tenerife) —este último, expuesto, siempre, a los cierres obligados por la neblina y por las nubes que se agarran con frecuencia a las alturas de Canarias—, y aún existen varios proyectos más de poca enjundia. En las islas orientales, se llega fácilmente al aeródromo improvisado; pero, a pesar de todo, el problema no es sencillo porque el suelo que no rinde suele ser el menos apropiado para una instalación aérea. Para una buena solución resulta necesario desplazarse un poco más hacia Levante: hay que llegar al Continente: a Ifni y al Sáhara, donde se puede, prácticamente, aterrizar en todas partes.

A primera vista, el remedio es atrevido. Parece que se trata de un asunto que no guarda una estricta relación con la defensa de Canarias. Pero ha de recordarse que el Archipiélago y el Africa Española forman casi un núcleo indivisible. Geobéricamente, constituyen una zona. Importa poco su diferente valor agrícola. Importa sólo su distancia y las compensaciones aerosuperficiales de sus diferentes partes. Importa principalmente el hecho de que la aviación de bombardeo no cabe en Las Canarias, y sin embargo tiene todo el sitio necesario en un continente que está de Lanzarote a una distancia no muy superior a la que hay entre dos islas cualesquiera, inmediatas entre sí.

Y, puesto que el desierto reúne las condiciones necesarias para ser empleado como una gigantesca base de aeroplanos, queda solamente por dilucidar lo referente a las circunstancias en que sus grandes unidades actuarían.

Canarias puede ser amenazada por el Aire desde Marruecos o desde Mauritania, o por una escuadra de poderosos porta-aviones. En los dos primeros casos, no sería difícil interrumpir la marcha de las fuerzas enemigas: el A. O. E.<sup>22</sup> se encuentra casi en medio de la ruta que tendrían que seguir las referidas fuerzas. Pero, en el último, el problema no sería tan sencillo: la escuadra de porta-aviones se colocaría en la posición más conveniente para efectuar el bombardeo sin peligro.

---

22 Africa Occidental Española.

Ahora bien, si suponemos que el Archipiélago y el Africa Occidental Española están abastecidos con una red completa de radares y que las unidades explorantes están equitativamente repartidas entre las islas y el continente, es evidente que las propias fuerzas tardaran muy poco en tener conocimiento de todas las maniobras que realice el enemigo, tanto con su escuadra como con sus aeroplanos. Y, si recordamos que el Archipiélago no tiene más que un fondeadero en condiciones de encajar toda una flota, y que los vientos de Canarias son traidores, no cabe duda que —ante aquellas circunstancias— la postura de un adversario que está a la espera de una ocasión propicia para efectuar una agresión a un puerto o a un aeropuerto isleño, será bastante inconfortable; y aún lo será más si en los diferentes aeródromos de las islas principales y orientales hay aparatos de combate y caza suficientes para hostigar en serio al enemigo, en espera de que lleguen los grandes bombarderos instalados en Ifni, en Sagüia el Hamra y en Río de Oro.

### La posición de espera

La grandiosa plataforma en que están los bombarderos que van a realizar el contra-ataque, es muchísimo mayor que el Archipiélago: superior a media España<sup>23</sup>. Es un porta-aviones fijo cuya forma se parece a un aeroplano gigantesco, sin cola y sin fuselaje. Su envergadura es colosal, y su fondo es casi nulo. Desde la postura en que se encuentra acaso sea oportuno y conveniente el símil de un aguilucho enorme: la cabeza en Villa Bens y el pico hacia la mar; el extremo de sus mayores timoneras en Asmara, y las patas afirmadas en Tantán y un poco a mediodía del Aaiún.

Me parece verlo en posición de espera, como dispuesto a levantar el vuelo sin demora. Junto a los ojos, se hallan la receptora y la central de mando del Archipiélago Canario. El jefe aguarda. Está vigilante. Su despacho —en el cerebro— está ligado a la red

---

<sup>23</sup> La superficie aproximada de Ifni asciende a 1.500 kilómetros cuadrados, y la del A. O. E. —casi inmediata a la anterior— a unos 300.000. España entera, con ambos archipiélagos, tiene unos 505.000 kilómetros cuadrados.

de información y a los diferentes mandos subordinados. Hay un plano inmenso, ante su mesa de trabajo; y varias luces que dan a conocer las posiciones de las fuerzas que amenazan.

Las alas son extensas. La que se halla al norte cubre la antigua zona meridional del Protectorado marroquí y abarca el territorio de Ifni; y la otra sigue el litoral hasta alcanzar Villa Cisneros, pasando por la zona fosfatera y por la punta de Bojador. Los regimientos o brigadas ocupan los actuales aeródromos y otros varios campos que han sido pertrechados para el caso. No se ven. Están cubiertos por las alas del águila gigante, que son las explosiones en el aire de los cañones que protegen el conjunto.

Cuando el humo se disipe, el vuelo empezará.

Mas dejemos esta parte en la neblina, y confiemos en que el hecho no hará falta.

Y aquí termina mi relato, y acaba el libro.

Acaso el salto realizado sobre el ancho foso que separa el período histórico de un futuro muy dudoso, haya sido extremadamente osado; y acaso la quimera haya coronado falsamente la realidad pasada.

Pero..., esto no se puede asegurar.

# APÉNDICES

## A

### Obras Consultadas y algunas notas sobre las mismas

ABREU GALINDO (Fray Juan).

*Historia de la Conquista de las Siete Islas de Gran Canaria, escrita por el Reverendo Padre Fray Juan..., del Orden del Patriarca San Francisco. Santa Cruz de Tenerife, 1848.*

Es la primera edición que se ha publicado. Por eso, Viera y Clavijo, Montero y tantos otros, hablan siempre del manuscrito, y nó de libro alguno.

La Biblioteca Maffiotte del Museo Canario tiene un ejemplar de esa edición, encuadernado con otras varias obras referentes al Archipiélago Canario.

ALVAREZ DELGADO (Juan).

*Excavaciones Arqueológicas en Tenerife.*

Número 14 de la Colección de «Informes y Memorias» de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas (Ministerio de Educación Nacional).

La Memoria en cuestión corresponde al Plan Nacional 1944-45.

ANÓNIMO.

*Crónica del Matritense.*

Hallada por el Dr. Millares Carló en la Biblioteca Nacional de Madrid. Escrita al parecer entre 1542 y 1545<sup>1</sup>.

ANÓNIMO.

*Relación circunstanciada de la defensa que hizo la Plaza de Santa Cruz de Tenerife, invadida por una escuadra inglesa. Madrid, 1798.*

Folleto citado por el Teniente de Estado Mayor Don Sebastián Ramos Serrano, y escrito —al parecer— por el Teniente Coronel Don José de Monteverde, Gobernador que fué, durante la agresión, del Castillo de San Cristóbal de Santa Cruz de Tenerife.

ANÓNIMO LAGUNENSE.

*Conquista de la Isla de Gran Canaria, hecha por mandato de los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel. Por el capitán Don Juan Rejón y el Governador Rodrigo de Vera, con el Alferes Mayor Alonso Jaimes de Sotomayor.*

Extracto de un códice hallado en la Biblioteca Provincial de La Laguna y publicado en 1933 en las *Fontes Rerum Canariarum* del «Instituto de Estudios Canarios» de la Universidad de La Laguna, por Don Buenaventura Bonnet y Don Elías Serra Ráfols.

Atribuída a *Jaimez de Sotomayor*; y escrita, al parecer, entre 1551 y 1554<sup>2</sup>.

AUTORES IGNORADOS.

Dice Wölfel que *Torriani* fué seguramente uno de los pocos que utilizaron fuentes desconocidas de los demás... Debió

---

1 Véanse los comentarios de «El Museo Canario». (Septiembre-Diciembre, 1935).

2 Véase el artículo de «El Museo Canario» antes citado (nota 1).

(sin duda) utilizar una fuente que en todo caso fué de primera calidad y cuya pérdida tenemos que lamentar porque con seguridad contenía más de lo que nos da Torriani... Cuarenta años después de Torriani, otro autor, Abreu Galindo, debe haber empleado la misma fuente o una variante de ella... ¿Cual es esta fuente? Sólo podemos hacer conjeturas. Por mi parte —insiste Wölfel— pienso en el cronista Alonso de Palencia.

AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA.

*Libro rojo de Gran Canaria. Gran Libro de Provisiones y Reales Cédulas.* Las Palmas, 1947.

Introducción, notas y transcripción por Pedro Cullen del Castillo, Archivero del Ayuntamiento.  
Tirada corta y bien presentada.

\* \* \*

BALLESTEROS BERETTA (Antonio).

*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.* Versión española, publicada en Barcelona, 1945.

BENÍTEZ PADILLA (Simón).

*La Obra científica de Uiera y Clavijo.* Santa Cruz de Tenerife, 1952.

Publicación de «Goya Ediciones».

BERIN Y CATALA (José de).

*Creación, antigüedad y privilegios de los Títulos de Castilla.* (Valencia, 1769).

BONNET Y REVERÓN (Buenaventura).

*Las Canarias y la conquista franco-normanda. Juan de Bethencourt.* La Laguna, 1944.

BONNET Y REVERÓN (Buenaventura).

*Las Canarias y los primeros exploradores del Atlántico.* Separata de los números 57 y 58 de la «Revista de Historia» (enero-junio, 1942).

BONTIER (Fr. Pedro) y LE VERRIER (Juan).

Estos dos cronistas del propio Juan de Bethencourt hicieron un manuscrito sobre el Descubrimiento y la Conquista de Canarias. Dicho manuscrito dió lugar a diferentes ediciones cuya disparidad ha originado serias controversias.

Sobre este asunto, una interesante nota de Miguel Santiago<sup>3</sup> dice lo siguiente: *Es sabido que lo mismo la edición de BERGERON de 1930 («Histoire de la première découverte et conquête des Canaries...»), que la de MAJOR de 1872 («The Canarian, or book of the Conquest and conversion of the Canarians...») y la de GRAVIER de 1874 («Le Canarien. Livre de la Conquête et conversion des Canaries, 1402-1422») —estas dos últimas, según el ms. arreglado por Jean U de Bethencourt hacia 1482-1495, llamado hoy de Madame de Mont Ruffet, y siendo la de BERGERON una alteración más de ese ms. de hacia 1482-1495, hecha en 1625 por Galien de Bethencourt —desfiguran los hechos y falsean (siguiendo el llamado ms. de Madame de Mont Ruffet) la actuación de los personajes principales, atribuyendo a Bethencourt lo que ejecutó Gadifer de la Salle, verdadero actor hasta 1404, período que historia Pierre BOUTIER, así como luego de 1404 a 1407 lo narra Jean LE VERRIER, una vez retirados a Francia Gadifer y BOUTIER, siendo LE VERRIER más parcial hacia Bethencourt que lo fué BOUTIER. A fines del siglo XU, hacia 1482-1495, Jean U de Bethen-*

---

3 CASTILLO: *Descripción histórica, etc.* (Vol. I, B, libro I, b. Nota de Santiago).

*court*, sobrino del conquistador Jean IV, fundió los dos manuscritos de BOUTIER y LE VERRIER, pero falseándolos descaradamente, relegando a Gadifer de la Salle a un segundo plano, siendo así que en un principio fué el que más trabajó por la conquista, mientras Bethencourt estaba en Sevilla. Luego en 1625 Galien de Bethencourt, otro descendiente del conquistador, alteró aún más los primitivos mss., que retocados y pulidos por BERGERON salieron a la luz en 1629-1630, en edición afortunada e incontrovertida hasta 1872-1873 (MAJOR y GRAVIER). Pero en 1896, MARGRY, al publicar el ms. de BOUTIER (1402-1406) (descubierto por WARNER en 1890), pone en su verdadero punto la labor de Gadifer. Véase sobre esto los trabajos de MARGRY, MAFFIOTTE, BONNET y del que escribe esta nota.

BONTIER (Fr. Pedro) y LE VERRIER (Juan).

*Historia del Primer Descubrimiento y Conquista de las Canarias, principiada en el año 1402, por el Sr. Juan de Bethencourt, Chambelán del Rey Carlos VI. Escrita en el mismo tiempo por Fr. Pedro Bontier, religioso de San Francisco, y Juan Le Verrier, presbítero: capellanes domésticos de dicho Sr. de Bethencourt. Dada a la luz por el Sr. Galeno de Bethencourt, consejero del Rey en el Parlamento de Rouen. Traducida de la edición hecha en París el año 1630. por D. Pedro M. Ramírez. (Santa Cruz de Tenerife, 1847),*

Un ejemplar de esta edición se halla encuadernado con otros varios trabajos de poco volumen, en el Museo Canario de Las Palmas. Se trata de una de las pocas ediciones referentes a la labor original de Bontier y de Le Verrier. Ofrece la particularidad de citar el nombre de ambos autores. Según manifiesta el traductor en su prólogo personal, existía ya una traducción anterior, llevada a cabo por el Capitán Servan Grave; pero a causa de ciertos errores hallados en ésta, D. Pedro M. Ramírez se decidió a realizar la traducción directa del original, a pesar de las dificultades de un francés hablado cuatro siglos antes.

BONTIER (Fray Pedro) y LE VERRIER (Juan).

*The Canarian, or Book of the Conquest and Conversion of the Canarians, in the year 1492, by Messire Jean de Bethencourt. Composed by Pierre Bontier (Monk) and Jean Le Verrier (Priest). Translated and edicted, with notes and a Introduction by Richard Henry MAJOR, F. S. A., etc. Londres, 1872.*

El traductor presenta una segunda portada, que es la original reproducida, y en la que taxativamente dice: *Le Canarien. Libre de la conquete et conversion faicte des Canariens a la foy et Religion catholique, apostolique et romaine, en l'an 1402: par Messire Jean de Bethencourt, chevalier, gentilhomme cauchois, Seigneur du lieu de Bethencourt, Riville, Gourrel, Chastelain de Grainville le Temturiere, Baron de Saint Martin le Gaillard, Conseiller et Chambellan ordinaire des Roys Charles V et VI. Composé par Pierre Bontier, moyne de Saint Jouyn de Marnes, et Jean Le Verrier, pres-tre. Serviteurs du dit de Bethencourt.*

BRAVETTA (Héctor)

*Nelson.* Barcelona, 1943.

Versión española de G. de Luaces.

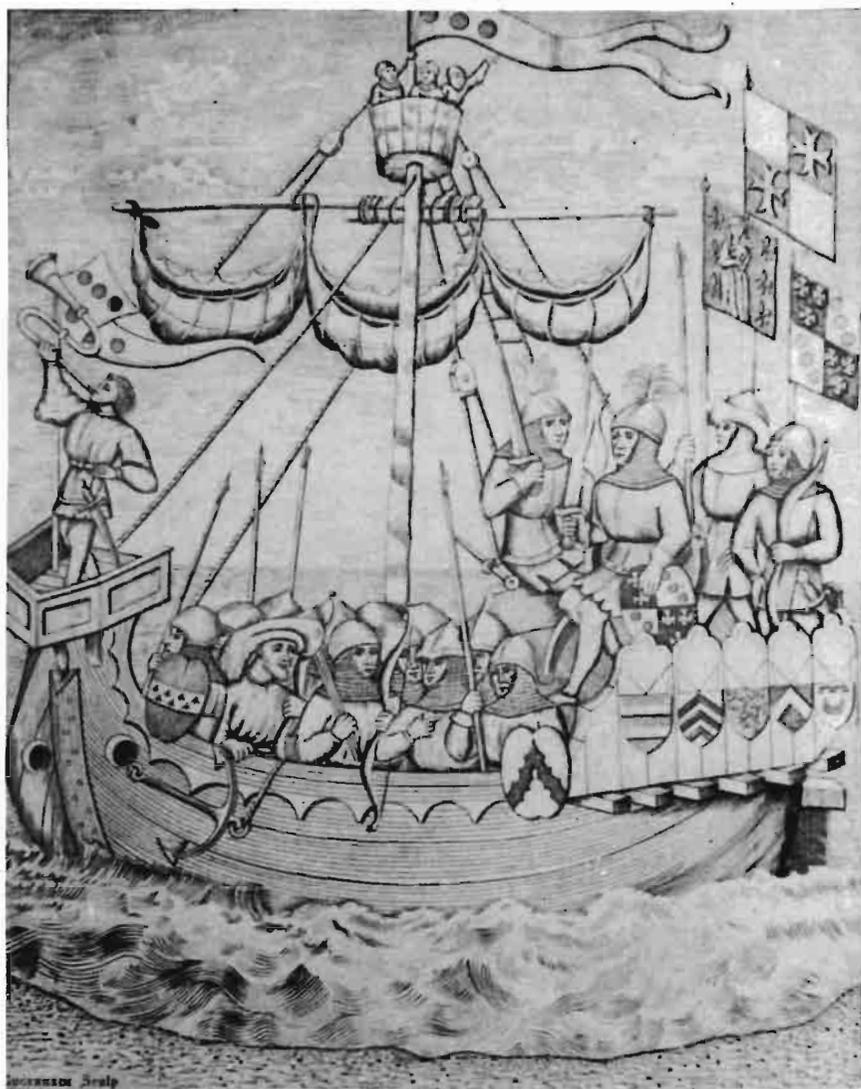
BROWNE (G. Lathon).

*The Life of Horatio, Lord Nelson.* Londres, 1854.

Obra basada exclusivamente en la correspondencia y en los despachos oficiales del Almirante Nelson.

BYWATER (Héctor C.)

*Navies and Nations.* Londres, 1927.



CABALLEROS NORMANDOS, HACIA CANARIAS

Miniatura del código denominado «LE CANARIEN»,  
que se conserva en el British Museum de Londres.

Firmado: Gugenheim Sculp. (Siglo XV)



*Cubierta de la primera edición del «Relato y Descripción de Gran Canaria y de Gomera, con la conquista y retirada de los mismos, por Michel Iootens van Heede».*

La obra se refiere a las agresiones del Almirante Pieter van der Doest, y fué publicada en Rotterdam durante el año 1599.

Reproducida por la Revista de Historia  
(La Laguna, 1.953).

CADAMOSTO (Aloisio de).

Algunos historiadores citan un trabajo suyo, escrito en 1455, en ocasión de una visita realizada al Hierro y a la Gomera, por orden del príncipe Don Enrique de Portugal.

CASA-CAGIGAL (Marqués de).

*Fábulas y romanceros militares.* Barcelona, 1817.

Obrita cuyo interés radica solamente en dar a conocer la escasa capacidad poética o literaria del que fué Comandante General de las Islas Canarias entre los años 1803 y 1809.

Hay un ejemplar en la biblioteca de Don Antonio Ruiz (Puerto de la Cruz, Tenerife).

CASTILLO (Don Pedro Agustín del). Alférez Mayor de Gran Canaria.

*Descripción Histórica y Geográfica de las Islas Canarias.*

Obra terminada y agotada en 1737. La presente edición abarca tres volúmenes. Se halla acompañada de un estudio bio-bibliográfico y de infinidad de notas de Don Miguel Santiago. Ha sido publicada por el «Gabinete Literario» de Las Palmas, en 1947-52.

CULLEN DEL CASTILLO (Pedro).

Véase: Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

CHIL Y NARANJO (Gregorio).

*Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias.* Las Palmas, 1899.

Obra en tres volúmenes, que ha proporcionado mucha celebridad a su autor.

\* \* \*

DARIAS Y PADRÓN (Dacio V.)

*Breve resumen de la Historia de Canarias.* La Laguna, 1934.

DARIAS Y PADRÓN (Dacio V.)

*Noticias generales históricas sobre la Isla de Hierro.* La Laguna, 1929.

DOUSSINAGUE (José María).

*España tenía razón.* Madrid, 1947.

DOUSSINAGUE (José María).

*La Política Internacional de Fernando el Católico.* Madrid, 1944.

En este libro aparecen, por vez primera publicadas, las «Capitulaciones» sobre la ocupación de Berbería, entre los Reyes Católicos y Don Alonso Fernández de Lugo.

DUGOUR (José Désiré).

*Apuntes para la historia de Santa Cruz de Tenerife.* Santa Cruz de Tenerife, 1875.

Hay un ejemplar en la biblioteca del Casino de la capital citada.

\* \* \*

ESPINOSA (Fray Alonso de).

*Historia de Nuestra Señora de la Candelaria.* Ediciones Goya, 1952.

La primera copia apareció en Sevilla, en el año de 1594, con la siguiente portada: «*Del Origen y Milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Candelaria, que apareció en la Isla de Tenerife; con la descripción de esta Isla. Compuesta por el Padre Fray Alonso de Espinosa, de la Orden de Predicadores, y Predicador de ella.*»

\* \* \*

FITCHETT (W. H.)

*Nelson and his Captains.* Londres, 1906.

\* \* \*

GARCÍA (Padre Alonso).

*Historia Natural y Moral de las Islas Canarias.* Escrita a fin del siglo XVI.

Citada por Viera y Clavijo, como formando parte de la Biblioteca del Padre Felipe de Alegambe.

GLAS (Jorge).

*Historia del Descubrimiento y Conquista de las Islas Canarias.* Londres, 1764.

Este libro causó disgusto en el Archipiélago. Y, según Viera y Clavijo, el disgusto fué motivado por tratarse de una casi traducción de la historia del Padre Fray Juan Abreu Galindo. El autor fué encarcelado en Tenerife. A su regreso a Londres, la tripulación del barco inglés en que viajaba, se sublevó. Jorge Glas fué muerto, y arrojado al agua con su mujer y con su hija. (Pero, este hecho no guarda relación alguna con la publicación del libro).

GÓMEZ ESCUDERO (Pedro).

Crónica manuscrita.

En relación a ella, dice Elías Serra, comentando —en Tagoro— la labor de Wölfel: *De Gómez Escudero, o mejor de la crónica bautizada con su nombre, sólo existe en realidad una versión, al parecer de manos de Marín y Cubas en los folios 45 r. a 82 v. (?) del código en poder de Don Fernando del Castillo, de Las Palmas, estudiado por Millares Cubas. Llamando A a aquella, Millares Torres hizo sacar la B (que es la I-D-14 del Museo Canario), y de ésta procede, al parecer, la edición de Galdar 1936, B'. Otra copia de A, que llamaremos C, hizo Francisco J. de León en 1874, perdida, y de ella viene la C' de Juan Padilla, en el Museo Canario, y creemos (que también) la C'', impresa en el Museo Canario (en) 1901. Tanto C como B tiene supresiones y alteraciones arbitrarias en los últimos capítulos... No existe por tanto una copia auténtica.*

Con el título de *Una crónica primitiva de la Conquista de Gran Canaria*, aparece un estudio comparativo de éste y otros varios documentos históricos, en el número de enero-abril de 1935, de *El Museo Canario*.

GRAVIER (Gabriel).

*Le Canarien. Livre de la Conquête et conversion des Canaries (1402-1422), par Jean de Béthencourt, Gentilhomme cauchois. Publié d'après le manuscrit original, avec introduction et notes par G. G., etc. Rouen, 1874.*

Un volumen in cuarto, con 258 páginas. En el Museo Canario de Las Palmas, hay un ejemplar de la edición original dedicado a *Monsieur Agustín Millares, l'illustre auteur de l'Histoire de la Grande Canarie*, en diciembre de 1874.

GUERRA Y PEÑA (Lope Antonio).

*Memorias que escribe Don Lope Antonio de la Guerra i Peña, vezino de la M. N. i L. Ciudad de San Cristoval de La Laguna de la Isla de Tenerife, una de las Canarias.*

Refiérense en ellas los sucesos políticos y militares de dicha isla con todos los demás hechos que al Autor le han parecido dignos de notar para llegar al conocimiento del estado de la Isla por los años 1760, en que da principio a estas Memorias; y son publicadas en la revista «El Museo Canario», a partir de enero de 1948, después de convenientemente comentadas y anotadas por Don Simón Benítez.

\* \* \*

HEEDE.

Véase Van Heede.

\* \* \*

JELICOE, VIZCONDE DE SCAPA (Lord John R.).

*La Gran Flota Británica. Versión española; Barcelona, 1920.*

JIMÉNEZ SÁNCHEZ (Sebastián).

*Excavaciones arqueológicas en Gran Canaria. Madrid, 1946.*

Número 11 de la colección «Impresos y Memorias», de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (Ministerio de Educación).

La Memoria en cuestión corresponde al Plan Nacional de 1942, 43 y 44.

\* \* \*

KNOX LAUGHTON (John).

*Nelson*. Londres, 1895.

\* \* \*

LUENGO (Francisco Alonso).

*Las Islas Canarias*. Madrid, 1947.

Estudio comercial y económico del Archipiélago Canario, con un prólogo de Manuel Fuentes Iraicozqui. Publicado por los «Servicios Comerciales del Estado».

\* \* \*

MAHAN (Captain A. T.)

*The Influence of Sea Power upon History*. Londres, 1889.

Obra clásica y de consulta, que fué de intensa actualidad y que ahora tiene interés histórico.

MAHAN (Captain A. T.)

*The Life of Nelson. The Embodiment of the Sea Power of Great Britain*. Londres, 1897.

MANRIQUE (Antonio M.)

*Blake, o la Guerrilla de Caramuel*. Santa Cruz de Tenerife, sin fecha.

Forma parte de la serie «Episodios Regionales», de la colección «Biblioteca Canaria».

MARGRY (Pierre).

*La Conquête et les Conquérrants des Isles Canaries. Nouvelles recherches sur Jean IV de Béthencourt et Gadifer de la Salle. Le vrait Manuscrit du Canarien, par P. M. Paris, 1896.*

El prólogo de este libro estudia los orígenes de las familias, y compara el manuscrito original de Maciot (1402-06) y la ampliación llevada a cabo por Pedro Bergeron, y, en fin, el desarrollo de las operaciones que condujeron a la conquista. Este prólogo abarca 128 páginas *in quarto*. El texto o adaptación del manuscrito de Jean V de Bethencourt viene a ser una segunda parte del trabajo y comprende 188 páginas. No habla, en títulos ni en portadas, de Bontier y Le Verrier. Estos nombres aparecen solamente al empezar el texto, en el que dice: «*nous frère Pierre Bontier, moyne de Saint Jouyn de Marnes, et nous Jehan le Verrier, prestre, Chapellains et Serviteurs des chevaliers desus només*». Este texto ofrece la particularidad de ser adaptación del verdadero original.

MARÍN Y CUBAS (Tomás Arias).

*Historia de las Siete Islas de Canaria. Origen, descubrimiento y conquista.*

Escrita en 1687. El manuscrito se halla en poder del Señor Conde de la Vega Grande. El Museo Canario posee una reproducción en micro-film.

Hay una copia reordenada en 1694, que está en la biblioteca Maffiotte del Museo Canario; y existe otra copia antigua en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife.

Esta última empezó a reproducirse en la revista «El Museo Canario»; pero el trabajo no acabó, y están agotados los once números en que la historia en cuestión fué publicada.

MILLARES TORRES (Agustín).

*Historia de la Gran Canaria*. Las Palmas, 1860-61.

Dos volúmenes *in quarto*, con 848 páginas en total.

MILLARES TORRES (Agustín), MILLARES CARLÓ (Agustín) y FLEITAS SANTANA (Antonio).

*Historia General de las Islas Canarias*. La Habana, 1945.

Con un epílogo de TOMÁS FELIPE CAMACHO.

MONTERO (Juan).

*Historia Militar de Canarias, desde la conquista hasta nuestros días*, por el primer comandante graduado, capitán del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, Don Juan Montero. Santa Cruz de Tenerife, 1847.

Su redacción es deficiente; pero este libro tiene el interés de ser único en su género. Quedan sólo algunos ejemplares de su primer tomo en bibliotecas especiales: Universidad de La Laguna, Museo Canario de Las Palmas, etc. El segundo no llegó a ser publicado.

MORALES (Prudencio).

*Hace un siglo*, 1808-1809. Las Palmas, 1909.

Libro basado en el «Cuadro Histórico de las Islas Canarias ó noticias generales de su estado y acaecimientos más memorables durante los cuatro años de 1809 a 1812», que escribió Don José Álvarez Rixó y que no fué publicado; y también basado en las *memorias inéditas* del Padre Miguel Cabral de Noroño.

## APÉNDICES

---

Varios autores clasifican la obra de Morales en la categoría de simple «novela histórica». Su redacción es deficiente y su estilo es partidista.

\* \* \*

NUÑEZ DE LA PEÑA (Juan).

*Conquista y antigüedades de las Islas de la Gran Canaria y su descripción, con muchas advertencias de sus privilegios, conquistadores, pobladores y otros particulares de la muy poderosa Isla de Thenerife. Dirigido a la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Candelaria; y compuesto por el Licenciado Don Juan Núñez de la Peña, natural de dicha Isla de Thenerife, en la ciudad de La Laguna. Año 1676.*

Obra citada con mucha frecuencia por Viera y Clavijo, así como por la mayoría de los historiadores de Canarias. Según aquél, este libro nos da la *historia insípida de los archivos del Ayuntamiento de Tenerife, envuelta en muchos anacronismos, errores y equivocaciones*; y, sin embargo, el propio Viera dice que esos defectos están sobradamente compensados por las noticias que el trabajo proporciona, y que sin él estarían acaso ya olvidadas<sup>4</sup>.

\* \* \*

OSSUNA VAN DEN HEEDE (M. de).

*Los Adelantados de Canarias. La Laguna, 1941.*

Esta obra hace referencia al famoso «Proceso de Canaria», archivado en Simancas y referente a las irregularidades cometidas por Don Alonso Fernández de Lugo durante la conquista de La Palma y de Tenerife.

---

4 VIERA Y CLAVIJO: *Ob. cit.*, prólogo del autor.

\* \* \*

PALENCIA (Alonso de).

*Crónica ignorada.*

Véase el epígrafe: «Autores desconocidos».

PEDREIRA TALBÓ (Leopoldo).

*La derrota de Nelson en Santa Cruz de Tenerife.* Santa Cruz de Tenerife, 1950.

Folleto en dieciseisavo, de 118 páginas.

PÉREZ DE AYALA (José).

*Las Antiguas Ordenanzas de la Isla de Tenerife. Notas y documentos para la historia de los municipios canarios.* La Laguna de Tenerife, 1935.

Publicada por el Instituto de Estudios Canarios de la Universidad de La Laguna.

\* \* \*

RAMOS SERRANO (Sebastián).

*Ataque a la plaza de Santa Cruz de Tenerife, por la escuadra británica mandado por Sir Horacio Nelson, en 1797.*

Memoria escrita en 1886. El original se halla archivado en la Capitanía General de Canarias.

RODRIGUEZ MOURE (José).

*Juicio crítico del historiador de Canarias Don José de Viera y Clavijo, Arcediano de Fuerteventura.* La Laguna, 1912.

ROMERO ZERPA (Antonio).

*Descubrimiento y conquista de las Islas de Gran Canaria.*

Trabajo en seis volúmenes, escrita a fin del siglo XVIII. Cinco extraviados, y uno en poder del Marqués de Aciacázar.

ROSA OLIVERA (Leopoldo de la) y SERRA RAFOLS (Elías).

*El Adelantado Don Alonso de Lugo y su residencia por Lope de Sosa.* La Laguna, 1949.

Trabajo muy interesante. Ha sido publicada en las «Fon-tes Rerum Canariarum». Integra su fascículo III.

RUMEU DE ARMAS (Antonio).

*La Junta Suprema de Canarias.* La Laguna, 1948.

Prólogo a la obra del mismo título del Doctor Don Buenaventura Bonnet y Reverón. Folleto de 150 páginas, publicado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife.

Exposición ecuaníme, y redacción muy clara.

RUMEU DE ARMAS (Antonio).

*Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias.* Madrid, 1947-50.

Obra magna, en cinco volúmenes, publicada por el Instituto de Investigaciones Científicas. Tiene mucha documentación y profusión de láminas y autógrafos.

SAN ROMÁN (Conde de).

*Prontuario, mandado observar por el Conde de San Román, Inspector de las Milicias provinciales de la Península y de Mallorca. Madrid, 1825.*

Hay un ejemplar en el archivo de la Capitanía General de Canarias (Santa Cruz de Tenerife).

SEDEÑO (Antonio de).

Crónica manuscrita que, al parecer, llevaba el siguiente título: *Breve resumen e historia muy verdadera de la conquista de Canarias, escrita por A. de S., natural de Toledo y uno de los conquistadores que vinieron con Juan Rejón.*

Con referencia a esta crónica, Elías Serra Ráfols hace los siguientes comentarios: *De Sedeño hay hasta tres versiones: A, en los folios 1 r.-17 r. del código Castillo (citado en Gómez Escudero); B, del siglo XVIII, también en poder de Castillo; y C, texto perdido, del Canónigo Cervantes, primera mitad del mismo siglo... De A, deriva A', copia de Francisco de León (hecha) en 1874, de paradero ignorado; de ésta, A'', por Juan Padilla, en 1876, en El Museo Canario (III-A-7); y de ésta, A''', publicada en la revista de igual nombre, en 1901. De B, deriva B', por Millares Torres, 1879 (I-D-13 del Museo), y B'' (según parece impresa en Gáldar en 1936). De C, hizo una copia C', Juan Padilla, para el Museo Canario, de la que procede C'', de mano del Dr. García Ortega, que nos la comunicó. No hay, pues, edición de C, y las de A y B son incontroladas. Todavía hay que advertir que Chil cita pasajes de estas crónicas que no parecen coincidir con ninguna versión conocida<sup>5</sup>.*

SERRA RAFOLS (Elías)

*Las crónicas de Gran Canaria. La Laguna, 1944.*

---

5 «Tagoro» I: Comentarios sobre el trabajo realizado por Leonardo Torriani.

Se trata de unos simples comentarios que forman parte de un trabajo sobre los estudios realizados por el profesor Dominik Wölfel, que fué publicado en el precioso y único número de la revista «Tagoro».

SEVERSKY (Alejandro P. de).

*El Poder Aéreo, clave de la supervivencia.* Edición española, publicada en Buenos Aires, (1951).

\* \* \*

TORRIANI (Leonardo).

*Descripción e Historia de las Islas Canarias.*

Manuscrito pergeñado en Las Palmas, entre 1590 y 1592. Una copia del mismo apareció en la Universidad de Coimbra a fines del siglo XIX con la siguiente carátula: «*Alla Maestà del Re Catolico. Descrittione et Historia del Regno de l'Isole Canarie, già dette le Fortunate, con il parere delle loro fortificationi. Di Leonardo Torriani, cremonese*»; y esta copia fué dado a conocer por el profesor austriaco Dominik Josef Wölfel en un trabajo titulado *Die Kanarischen Inseln und Ihre Urbewohner* (Leipzig, 1940).

El original fué entregado a S. M. el Rey Don Felipe II, en 1592.

\* \* \*

VALERA (mosén Diego de).

*La Crónica de los Reyes Católicos.* Madrid, 1927.

Emilio Hardisson y Pizarroso, en *Fontes Rerum Canariarum* II (La Laguna, 1935), dice lo siguiente: *En 1927, la Revista de Filología Española, del Centro de Estudios Históricos de Madrid, editó la «Crónica de los Reyes Católicos», de Mosén Diego de Valera, precedida de un erudito estudio de M. Carriago. Dicha Crónica, hasta entonces inédita, con-*

tiene un capítulo —el XXXVII— dedicado a la conquista de la Isla de Gran Canaria.

VAN HEEDE (Michael Ioosten).

*Relato y descripción de las Islas Gran Canaria y Gomera, juntamente con la conquista y retirada de las mismas.* (Primera edición en Rotterdam, 1599).

La traducción que ha servido de base para los datos utilizados en «Canarias en la Brecha», aparece en el número 97 de la «Revista de Historia» de La Laguna, con el título de «El ataque de Van der Does a Las Palmas en 1599».

VERRIER (Juan le).

Véase BONTIER (Fray Pedro).

VIANA (Antonio de).

*Antigüedades de las Islas Afortunadas. Conquista de Tenerife y aparición de la Santa Imagen de Candelaria.* Anterior a 1676.

Poemas. La última edición apareció en 1905. Fué publicada en La Laguna.

VIERA Y CLAVIJO (José de).

*Noticias de la Historia General de las Islas Canarias.* Madrid, 1772-83.

José de Viera y Clavijo, miembro de la Real Academia de la Historia, presbítero, naturalista, químico y poeta. Es el más completo historiador del Archipiélago. Su obra se halla dividida en cuatro tomos y diecisiete libros. Contiene —según su propio autor—: la descripción geográfica de todas las islas; una idea del origen, carácter, usos y costumbres de sus antiguos habitantes, y de los descubrimientos y conquistas que sobre ellas hicieron los europeos, y de su gobier-

no eclesiástico, político y militar, y del establecimiento y sucesión de su primera nobleza, de sus varones ilustres (por dignidades, empleos, armas, letras y santidad, y de sus fábricas y producciones naturales y comercio; con los principales sucesos de los últimos siglos». Es una obra bien escrita y basada en mucha erudición. Parece hecha sinceramente. En ella, el análisis es muy profundo y la síntesis es limitada. La última edición ha sido publicada en Santa Cruz de Tenerife en 1952.

Además de la citada «Historia», el abate Viera publicó trabajos de otro tipo. Dió una orientación moderna a las predicaciones. Presidió la célebre tertulia del Marqués de Villanueva del Prado, en La Laguna. Viajó bastante por España y por Europa. Fué discutido por sus contemporáneos; pero el tiempo lo ha situado a la altura que merece, y que siempre ha merecido.

\* \* \*

WILKINSON (Clennell).

*Cómo perdió Nelson un brazo en Tenerife.* Santa Cruz de Tenerife, sin fecha.

De la serie «Vidas Extraordinarias», de la colección «Biblioteca Canaria». Folleto traducido del inglés, por F. Villaverde.

WÖLFEL (Dr. Dominik J.)

*Die Kanarischen Inseln und Ihre Urbewohner.* Leipzig, 1940.

Según Elías Serra Ráfols, se trata de un amplio volumen que contiene el manuscrito inédito de Torriani, acompañado de traducción alemana y de numerosas notas en que se tocan diversos temas históricos. Acaba con tres apéndices: el primero etnológico y arqueológico, el segundo lingüístico y el tercero epigráfico.

# CONQVISTA:

Y

## ANTIGVEDADES

DE LAS ISLAS DE LA GRAN CANARIA,

Y SV DESCRIPCION.

CON MVCHAS ADVERTENCIAS,

de sus Priuilegios, Conquistadores, Pobladores,

y otras particularidades en la muy poderosa

Isla de Thenerife.

DIRIGIDO A LA MILAGROSA IMAGEN

de nuestra Señora de Candelaria.

COMPVESTO POR EL LICENCIADO DON IVAN

Núñez de la Peña, natural de la dicha Isla de Thenerife en la

Ciudad de la Laguna.

Año



1676.

CON PRIVILEGIO. En Madrid: En la IMPRENTA REAL.

A costa de Florian Anisson, Mercader de Libros.

*Cubierta de La Conquista y Antigüedades de las Islas de  
Gran Canaria, por Núñez de la Peña.*

RELACION CIRCUNSTANCIADA  
DE LA DEFENSA  
QUE HIZO LA PLAZA  
DE SANTA CRUZ  
DE TENERIFE,  
INVADIDA  
POR UNA ESQUADRA INGLESA,  
AL MANDO  
DEL CONTRA-ALMIRANTE  
*HORACIO NELSON,*  
LA MADRUGADA DEL 25 DE JULIO  
DE 1797.

*Primera página de la Memoria atribuida al  
Teniente Coronel Don José de Monteverde,  
que fué Gobernador del Castillo de San  
Cristóbal en ocasión de la agresión de  
Nelson.*



MADRID MDCCCXCVIIL

ALLA MAESTA DEL RE CATOLICO

*DESCRITTIONE ET HISTORIA DEL REGNO DELISOLE  
CANARIE GIA DETTE LE FORTVNATE CON IL PARERE  
DELLE LORO FORTIFICATIONI*

DI LEONARDO TORRIANI

CREMONESE



*Cubierta de la Descripción e Historia de las  
Islas Canarias, por Leonardo Torriani.*

LAMINA 44

## B

# Señoríos de Canarias

## Cronologías

### LOS TETRARCAS<sup>1</sup>

- 1.—JUAN DE BETHENCOURT (1402-06).

Véanse los capítulos IV y X.

- 2.—MACIOT DE BETHENCOURT (1406-18).

Véanse los capítulos IV y V.

- 3.—PEDRO BARBA DE CAMPOS.

Al citar lo en sus notas al Castillo (*Descripción histórica etc.*), Miguel Santiago lo inserta entre dos interrogantes; y aún agrega: *No hay documentos sobre este extremo, indicándolo por vez primera la «Crónica de Don Juan II», de Alvaro García Santamaría, de donde tomaron la noticia los historiadores posteriores.*

- 4.—ENRIQUE DE GUZMÁN, CONDE DE NIEBLA.

*Obtiene pleno derecho a las islas conquistadas y por conquistar. Pero, en 1420 se ve contradicho en tales derechos*

---

1 Viera y Clavijo llama «tetrarcas» a Don Diego de Herrera y a Doña Inés Peraza, que gobernaron, simultáneamente, las cuatro Islas Señoriales. Pero, en este libro, el citado título se hace extensivo a sus varios antecesores.

*por la donación que Juan II de Castilla hace de los mismos a Alfonso de las Casas. (Notas de Miguel Santiago al Castillo).*

5.—ALFONSO DE LAS CASAS (1420-30).

6.—GUILLÉN DE LAS CASAS (1430-42).

Ejerce el dominio con carácter nominal, pues sólo es Señor efectivo de Fuerteventura y de una parte reducida de la Gomera. Entre tanto, Maciot de Bethencourt sigue siendo Señor de la isla de Lanzarote (1432-48).

Antes de morir, cede a sus hijos, Inés y Guillén II, la mayor parte del Señorío de las islas conquistadas y por conquistar. No obstante, Doña Inés, después de casada con Hernán Peraza, consigue reunir en una sola mano el Señorío de las cuatro islas.

7.—HERNÁN PERAZA E INÉS DE LAS CASAS (1442-52).

8.—INÉS PERAZA Y SU MARIDO DIEGO DE HERRERA.

Ella es hija de Hernán Peraza e Inés de las Casas. Fueron los últimos que gobernaron las cuatro Islas Señoriales. Su herencia fué repartida. Fernán Peraza, hijo segundo, fué mejorado en las islas de Hierro y la Gomera. Sancho de Herrera, hijo tercero, obtuvo 5 de 12 partes en la renta y jurisdicción de Lanzarote y Fuerteventura. Doña María de Ayala, la cuarta hija, casada con Diego de Silva, Conde de Portoalegre, tuvo 4 partes. Y Doña Constanza Sarmiento, mujer de Pedro Fernández Darías de Saavedra, tuvo 3. Por lo tanto, a partir de fin del siglo XV, los estados de la Casa de Hernán Peraza quedan divididos en tres señoríos aislados.

A consecuencia de lo dicho —y desde la fecha en que fallece Doña Inés Peraza— Hernán o Fernán Peraza gobierna el Hierro y la Gomera, Pedro Fernández de Saavedra gobierna Fuerteventura, y Sancho de Herrera gobierna Lanzarote, Alegranza, la Graciosa, Lobos y Santa Clara.

CONDES DE LA GOMERA Y SEÑORES DEL HIERRO

1.—INÉS PERAZA.

Última Señora de las cuatro Islas Señoriales. Cede sus derechos sobre Gomera y Hierro a su hijo Hernán Peraza.

Este se casó con Doña Beatriz de Bobadilla, y fué asesinado por los gomeros en 1488.

2.—BEATRIZ DE BOBADILLA.

A partir de 1492, actúa como tutora y curadora de su hijo Guillén Peraza. Se casa en 1499 con Don Alonso Fernández de Luño, primer Adelantado del Rey de España.

3.—GUILLÉN PERAZA DE AYALA.

Primer Conde de la Gomera, y Señor del Hierro. En 1517, contrajo matrimonio con Doña María de Castilla. Vende el Hierro a su hijo Diego. Es un personaje estrambótico y mujeriego. Fallece en Madrid a los 80 años de edad (1565).

4.—DIEGO DE AYALA.

Segundo Conde de la Gomera y Señor del Hierro. En 1555 se casa con Doña Ana de Monteverde. Por razón de pleitos, se ve obligado a ceder el Hierro a su hijo Diego de Ayala, con lo que ambas islas quedan momentáneamente separadas. Fallece en 1592.

5.—DIEGO DE AYALA.

Tercer Conde de la Gomera (nominal), y Señor del Hierro (efectivo). Su actuación es efímera.

6.—GASPAR DE CASTILLA GUZMÁN.

Dice Viera y Clavijo «...en 1600, Gaspar de Castilla Guzmán y Doña Inés de la Peña se decían Cuartos Condes de la Gomera... Ese intermedio es célebre en la isla por haber ocurrido la invasión de la Armada holandesa..., al mando de Van der Does».

7.—DIEGO DE AYALA Y ROJAS.

Vincula sus derechos sobre el Hierro y la Gomera, en 1615. Contrae nupcias con Margarita de Castilla y Monteverde. Nombra sucesor a su sobrino Diego de Ayala Guzmán y Castilla, hijo cuarto del Conde Don Gaspar de Castilla, y vende el séptimo de la Gomera y del Hierro a los hermanos Espinosa.

8.—DIEGO DE AYALA GUZMÁN Y CASTILLA.

Contrae matrimonio con Doña María Vandala y Monteverde. Fallece en 1653.

9.—GASPAR DE AYALA Y ROJAS.

Hijo del anterior. Se casa con Doña Isabel de Ponte Calderón. Fallece en 1662.

10.—DIEGO DE AYALA Y ROJAS.

Hermano de Gaspar. Contrae matrimonio con la heredera del marquesado de Adeje. Fallece en 1668.

11.—JUAN DE HERRERA AYALA.

Conde de la Gomera y Marqués de Adeje. Es hijo de los anteriores. Se traslada a Tenerife. Nombra un administra-

dor principal, que se instala en la Casa Fuerte de Adeje, y dos subadministradores que se trasladan al Hierro y a la Gomera, respectivamente.

12.—JUAN BAUTISTA DE HERRERA AYALA Y ROJAS.

Contrae sucesivas nupcias con Doña Juana de Ponte, Doña Faustina Fernández del Campo y Doña María de Ovando. Fallece en 1718.

13.—ANTONIO JOSÉ DE HERRERA.

Ejerce su mandato hasta alrededor de 1735.

14.—DOMINGO DE HERRERA AYALA Y ROJAS.

Renuncia a los derechos de almojarifazgo, y esto le proporciona inmensas simpatías entre los herreños. Fallece en 1766.

15.—FLORENCIO PIZARRO Y HERRERA.

Sobrino del anterior. Contrae matrimonio con la Marquesa de Belgida.

Cuando fallece, los Condes de la Gomera y Señores del Hierro se retiran a la Península, y su mandato queda reducido al cobro de los derechos hereditarios.

## LOS MARQUESES DE LANZAROTE

1.—SANCHO DE HERRERA, «EL VIEJO».

Cuando muere Doña Inés Peraza, Sancho de Herrera recibe cinco dozavas partes de Lanzarote, Fuerteventura, la Graciosa, la Alegranza, Santa Clara y Lobos. Casa luego con Doña Violante de Servantes, sobrina del Cardenal Arzobispo de Sevilla, y no tiene descendencia. En cambio, no

tarda mucho en tener una hija ilegítima con Catalina Dafra (o Da Fia), nieta de Guadarfia, antiguo personaje indígena de Lanzarote. Fallece en 1534, a los 92 años de edad.

2.—PEDRO FERNÁNDEZ DE SAAVEDRA, «EL MOZO».

Hijo segundo de un anterior Pedro Fernández de Saavedra, Veinticuatro de Sevilla, y esposo de Constanza Sarmiento, hija de Sancho de Herrera «El Viejo». Tiene en su poder las tres dozavas partes de Lanzarote y Fuerteventura, concentradas, casi íntegramente, sobre la segunda, y heredadas de Inés Peraza.

3.—DON AGUSTÍN DE HERRERA Y ROJAS.

Hijo de Pedro Fernández de Saavedra «El Mozo». Empieza a gobernar en 1549 bajo la tutela de su abuela materna Doña Catalina Escobar. Se casa en 1553 con Doña Inés de las Cuevas y Ponte, hija de Pedro de Ponte y Vergara, Alcalde del Castillo y Casa Fuerte de Adeje en Tenerife. Después del matrimonio, recibe el título de Conde de Lanzarote. Compra la renta de cuatro dozavas que el Duque de Aveyro, concesionario de los Condes de Portoalegre, tenía en las dos islas, y compra asimismo otras dos dozavas a Doña Sancha de Herrera. Queda así con nueve partes de doce, y entonces gestiona la jurisdicción ordinaria de Fuerteventura que ejercía Gonzalo de Saavedra. Casó en segundas nupcias con Doña Mariana Henríquez Manrique de la Vega. Recibió el título de Marqués de Lanzarote, a consecuencia de su conquista sobre las islas de la Madera y de Puerto Santo. Y murió en Tegui-se, en 1598.

4.—DON AGUSTÍN DE HERRERA, segundo MARQUÉS DE LANZAROTE (1598-1631).

Durante su menor edad, la isla fué gobernada por su madre Doña Mariana. Fué mayor en 1621, mas dicha señora

siguió dominando e influyendo sobremanera. Casó en Madrid con Doña Luisa Bravo de Guzmán; y falleció en 1631, dejando un niño de corta edad.

5.—DON AGUSTÍN DE HERRERA, tercer MARQUÉS DE LANZAROTE (1631-32).

Fallece en Madrid a los ocho años de edad, y, no estando el señorío erigido en mayorazgo, lo hereda su propia madre.

6.—DOÑA LUISA BRAVO DE GUZMÁN (1632-61).

Sostuvo numerosos pleitos con los bastardos del primer Marqués de Lanzarote. Amayorazgó sus diferentes bienes en 1660, y los repartió entre sus parientes. Contrajo nupcias cuatro veces, y falleció en Madrid.

7.—DON FULGENCIO BRAVO DE GUZMÁN (1661-65).

Nieto de un hermano del padre de la Marquesa Doña Luisa. No vino a Canarias. En su tiempo, el Consejo de Castilla declaró que la percepción de los «quintos» no correspondía a los señores de la isla. No tuvo sucesión directa.

8.—DON JUAN FRANCISCO DUQUE DE ESTRADA, sexto MARQUÉS DE LANZAROTE.

Sobrino de la cuarta marquesa. Regentó la isla desde 1665 hasta 1696. Casó con Doña Leonor Antonia Meneses. Estuvo casi siempre en Madrid.

9.—DON MANUEL DUQUE DE ESTRADA, séptimo MARQUÉS DE LANZAROTE.

Durante su gobierno, ocurren complicaciones que son consecuencia de un pleito entablado por el Convento de Atienza, que es legatario de la anterior marquesa Doña Luisa Bravo de Guzmán.

10.—DOÑA LEONOR DUQUE DE ESTRADA, octava MARQUESA DE LANZAROTE.

Hija única de Manuel Duque de Estrada. Fallece en 1718, y es última de su línea. Hubo litigio entre sus parientes, y obtuvo sentencia de mejor derecho:

11.—DOÑA ISABEL IBAÑEZ DE SEGOVIA E ISASI.

Esposa de Don Martín González de Castejón, marqués de Velamazán. El matrimonio pactó ciertos acuerdos con sus vecinos; pero éstos fueron modificados por el Consejo de Castilla en 1776.

Después, el título y el señorío de Lanzarote pasó a diversos personajes que residieron casi siempre fuera de Canarias. Entre ellos: Don Martín Manuel González de Castejón, que falleció en 1744; otro de iguales nombre y apellido, que murió en 1754; una Doña María del Pilar González de Castejón (idem en 1806); otra Doña María Luisa de Silva y González de Castejón, condesa de Cifuentes y de Santa Coloma (1821), y, en fin, Don Juan Bautista de Queralt, conde de Santa Coloma.

En tiempos del último, los señoríos dejaron de ser reconocidos.

## SEÑORES DE FUERTEVENTURA

1.—PEDRO FERNÁNDEZ DE SAAVEDRA.

Marido de Constanza Sarmiento, hija natural de Sancho de Herrera «el Viejo» y de Catalina Da Fia.

2.—FERNÁN DARIAS DE SAAVEDRA, llamado «el Mariscal».

Sucede a su padre en 1509. Casa con Margarita de Cabrera. Tuvo grandes rivalidades con su hermano Pedro Fernández de Saavedra, Señor de Lanzarote.

3.—GONZALO DE SAAVEDRA.

Casó con María Mújica, nacida en Gran Canaria. Siguió en difícil situación con sus parientes de Lanzarote. Falleció en 1574.

4.—FERNANDO Y GONZALO DE SAAVEDRA.

Hijos del anterior. Tuvieron dificultades durante su menor edad con Argote de Molina, casado con una bastarda del primer marqués de Lanzarote. Fernando falleció en Madrid, en casa del duque de Lerma, favorito de Felipe III, y a quién nombró heredero de los bienes que poseía en Fuerteventura a pesar de tener una hija que fué educada por Gonzalo (que, a su vez, murió en 1601).

5.—ANDRÉS LORENZO ARIAS DE SAAVEDRA.

Durante su gobierno siguieron las rivalidades con la casa de Lanzarote; y estas rivalidades se prolongaron hasta que en 1618 el Rey de España reconoció a Don Andrés Lorenzo como Señor de Fuerteventura y Jefe de sus fuerzas militares. Falleció en 1624.

6.—FERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA, sexto SEÑOR DE FUERTEVENTURA.

Hijo del anterior. Tuvo litigios con la casa de Lerma, que no llegaron a solucionarse. Los derechos de la casa de Lerma pasaron a la de Cardona, y más tarde a la de Medinaceli.

A partir de Don Fernando Arias de Saavedra, los Señores de Fuerteventura dejan de habitar en la isla de su nombre.

El susodicho Don Fernando se trasladó a Tenerife. Casó con Doña Inés de Llarena; y resignó el señorío en su único hijo, en 1667.

7.—FERNANDO MATÍAS ARIAS DE SAAVEDRA.

Toma posesión del señorío en 1667, después de ser nombrado «Gobernador de las Armas», cosa que su padre no había logrado. No quiso litigar con sus vasallos sobre el derecho de «quintas», a causa de la pobreza de aquellos últimos. Casó con Doña María Agustina Interián. Murió en Tacoronte en 1704, y fué enterrado en la Catedral de La Laguna.

8.—FRANCISCO BAUTISTA BENÍTEZ DE LUGO Y ARIAS DE SAAVEDRA.

Nieto del anterior, e hijo de Elena Josefa Arias de Saavedra y de Fernando Alejandro Bautista Benítez de Lugo e Interián de Ayala. Mayor de edad en 1722. Tuvo dificultades con la Audiencia y con los Capitanes Generales. Murió en 1771.

9.—FRANCISCO BAUTISTA BENÍTEZ DE LUGO, NOVENO SEÑOR DE FUERTEVENTURA.

Hijo del anterior y de Paula Antonia de Ponte y Ximénez. Contrae matrimonio con María del Carmen Lugo Viña y Molina. Fallece en 1806.

10.—FRANCISCO BAUTISTA BENÍTEZ DE LUGO ARIAS DE SAAVEDRA, DÉCIMO SEÑOR DE FUERTEVENTURA.

Contrae nupcias con María de la Concepción de Urtusástegui y Monteverde. Fallece en la Orotava, a los 34 años de edad.

11.—ELENA SEBASTIANA BENÍTEZ DE LUGO ARIAS DE SAAVEDRA Y URTUSÁUSTEGUI. ÚLTIMA SEÑORA JURISDICCIONAL DE FUERTEVENTURA.

Casó con Luis Gerónimo Benítez de Lugo y Calderón del Hoyo, marqués de la Florida; y fallece en 1887, cuando los señoríos habían pasado a la Corona.

## C

### El Gobierno de las Realengas Los Adelantados

1.—DON ALONSO FERNÁNDEZ DE LUGO (1496-1525).

Véanse los capítulos VIII, IX y XI.

2.—DON PEDRO FERNÁNDEZ DE LUGO (1525-1539).

Véase el capítulo XI.

3.—DON ALONSO LUIS FERNÁNDEZ DE LUGO (1539-1548).

Primogénito de Pedro.

4.—DON ALONSO LUIS FERNÁNDEZ DE LUGO «EL LINDO».

*Caballero de Santiago.*

Según la historia murió hechizado, por lo que no pudieron sucederle sus directos herederos.

5.—DOÑA PORCIA MAGDALENA DE LUGO.

Sobrina del cuarto Adelantado e hija del Duque de Terranova. Fué princesa de Asculi, por su matrimonio.

6.—ANTONIO JORGE DE LEIVA Y FERNÁNDEZ DE LUGO, CABALLERO DE SANTIAGO, PRÍNCIPE DE ASCULI Y MAESTRE DE CAMPO EN NÁPOLES.

Su regencia carece de interés histórico. No tuvo descendencia. Falleció en 1649.

En adelante —y a falta de sucesión del Sexto Adelantado— el adelantamiento de Canarias pasa —mediante fianza— a la Casa de los Condes de Talavera, descendientes directos del Segundo Adelantado.

## D

### El mando Militar

#### Elenco de los Capitanes Generales<sup>1</sup>

- 1.—Luis de la Cueva y Benavides, Marqués de Bedmar (1589-93).

*Caballero de Santiago. Capitán de los Jinetes de Granada. Es nombrado Capitán General de Canarias y Presidente de su Real Audiencia. Cesa en 1593, y el cargo queda suprimido. La función pasa al Regente de la Audiencia y a los Gobernadores de las Islas.*

- 2.—Francisco González de Andía e Irarrázabal (1625-26).

*Ejerce la misión de Capitán General del Archipiélago, pero con el solo título de «Deedor y Reformador de la Guerra». Cuando este personaje regresó a España, el cargo quedó vacante hasta 1629.*

- 3.—Juan de Rivero y Zambrana (1629-34).

*Capitán General Interino de Canarias. Su Categoría personal es la de «Capitán y Sargento Mayor».*

- 4.—Iñigo de Brizuela y Urbina (1634-38).

*Capitán General de Canarias. Alférez Mayor de Santiago. Este Señor murió, y la Capitanía estuvo quince meses sin*

---

<sup>1</sup> En numerosos casos «Comandantes Generales», y en algunos «Comandantes Militares». No obstante, se encabeza este apéndice con la referencia a «Capitanes Generales» por ser éste el título ostentado por una gran parte de los Jefes Militares del Archipiélago.

*cubrir. Y durante ese tiempo, interinó DON GABRIEL DE LA PUEBLA.*

5.—Luis Fernández de Córdoba y Arce (1638-44).

*Caballero de Santiago, Señor del Carpio y Veinticuatro de Córdoba.*

6.—Pedro Carrillo de Guzmán (1644-50).

*Caballero de Santiago. Comandante General del Archipiélago (tanto él como sus tres inmediatos sucesores).*

7.—Alfonso Dávila y Guzmán (1650-59).

*Caballero de Calatrava.*

8.—Salvador Hurtado de Corcuera y Gaviria (1659-61).

*Caballero de Alcántara. Cuando falleció este Comandante General, el cargo quedó vacante durante 9 meses y fué interinado por DON TOMAS DE NAUA Y GRIÑON.*

9.—Jerónimo de Benavides Quiñones (1659-65).

*Caballero de Santiago.*

10.—Fray Juan de Toledo (1665-66).

*Obispo de la Diócesis, nombrado Comandante General con carácter interino.*

11.—Gabriel Laso de la Vega, Conde de Puertollano (1666-67).

*Caballero de Santiago. Capitán General y Presidente de la Audiencia; tanto él como los siguientes.*

12.—Francisco de Guzmán (1667).

*Personalmente es General de Artillería. No acepta el cargo, y es nombrado DON LORENZO SANTOS DE SAN PEDRO (en calidad de Visitador), hasta que el General Guzmán es reemplazado.*

13.—Gabriel Laso de la Vega (1668-71).

14.—Juan de Balboa Mogrobojo (1671-77).

*Caballero de Santiago.*

15.—Jerónimo de Velasco (1677-81).

*Caballero de Santiago. Sargento Mayor de Batalla.*

16.—Félix Nieto de Silva, Conde de Guara (1681-85).

*Caballero de Alcántara. Sargento Mayor de Batalla.*

17.—Francisco Bernardo Barona (1685-89).

*Caballero de Santiago. Señor de la Casa de Barona.*

18.—Antonio Eril Vicentelo y Toledo, Conde de Eril y Marqués de Fuensagrada (1689-97).

*Maestre de Campo y Sargento Mayor de Batalla.*

19.—Pedro Ponte y Llarena Hoyo y Calderón, Conde de Palmar (1697-1701).

*Maestre de Campo de la Infantería Española.*

20.—Miguel González de Otazu (1701-09).

*Caballero de Santiago, y Sargento General de Batalla. Cuando fallece en La Laguna el cargo es interinado 3 meses por el Corregidor JOSÉ DE ROJAS.*

21.—Agustín de Robles Lorenzana (1705-09).

22.—Francisco Chacón Medina y Salazar (1709-13).

*Caballero de Santiago. Mariscal de Campo.*

23.—Ventura de Landaeta (1713-18).

24.—José Antonio de Chaves y Osorio (1718-19).

25.—Juan de Mur y Aguirre (1719-23).

*Caballero de Santiago. Durante su mandato se instituye el cargo de Segundo Comandante de las Tropas e Inspector de las Milicias. Fallece en La Laguna, e interina varios meses el Corregidor DON JUAN DE VILLANUEVA.*

26.—Lorenzo Fernández de Villavicencio, Marqués de Valhermoso. (1723-35).

*Primero que es Teniente General de los Ejércitos al ser nombrado, y primero de otra serie que ostenta el título de Comandante General de Canarias.*

27.—Francisco José Emparán (1735-41).

*Caballero de Santiago, y Mariscal de Campo.*

28.—Andrés Benito Pignately (1741-44).

*Mariscal de Campo.*



*Santa Cruz de Tenerife*

LAMINA 45

Foto: E. Beena  
Icod de los Vinos



*Las Palmas de Gran Canaria*

LAMINA 46

Fotos: Julián  
y Aviación Militar

- 29.—José Masones de Lima (1744-45).  
*Mariscal de Campo.*
- 30.—Luis Mayoni Salazar (1745-47).  
*Mariscal de Campo.*
- 31.—Juan de Urbina (1747-64).  
*Caballero de Santiago. Mariscal de Campo.*
- 32.—Pedro Rodríguez-Moreno y Pérez de Oteyro (1764).  
*Mariscal de Campo. Cuando fallece, el Teniente Coronel DON AGUSTIN GABRIEL DEL CASTILLO interina el cargo durante un año entero.*
- 33.—Domingo Bernardi Gómez (1764-68).  
*Mariscal de los Reales Ejércitos.*
- 34.—Miguel López y Fernández de Heredia (1768-75).  
*Mariscal de los Reales Ejércitos. Durante su mandato se instituye el cargo de Segundo Comandante de las Tropas e Inspector de las Milicias.*
- 35.—Eugenio Fernández de Alvarado, Marqués de los Tabalosos, (1775-79).  
*Caballero de Santiago. Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos.*
- 36.—Joaquín José Ibáñez (1770-84).  
*A partir de este Comandante General, no se consignan los datos personales. No obstante, siguen siendo Mariscales de Campo hasta decirse lo contrario.*
- 37.—Miguel de la Grana y Talamanca, Marqués de Branciforte (1784-89).

38.—José de Avellaneda (1789-91).

39.—Antonio Gutiérrez de Otero y Santallana (1791-99).

40.—José Perlasco (1799-1803).

41.—Fernando Cagigal de la Vega y Mac Swing, Marqués de Casa-Cagigal (1803-09).

*Gobernador y Comandante General de las Islas Canarias; Inspector de su tropa reglada y milicias; Presidente de la Real Audiencia y de las Juntas Generales de Fortificación y Sanidad; Intendente nato; Subdelegado de las Reales Rentas Unidas y de la de Correos; Ministro Juez Subdelegado de la Real Junta de Comercio, y de las de Moneda y Minas; Juez de Arribadas; etc.<sup>2</sup>*

42.—Carlos O'Donnell y Anethan (1809).

43.—Carlos Luján (1809-10).

44.—Diego de Cañas y Portocarrero, Duque del Parque (1810).

45.—Ramón Carvajal (1810-11).

46.—Pedro Rodríguez de la Buría (1811-20).

47.—Juan de Ordovás (1820-23).

48.—Isidro Uriarte (1823-27).

49.—Francisco Tomás Morales (1827-36).

50.—Juan Manuel Pereira (1836-40).

---

<sup>2</sup> Datos copiados de una licencia ilimitada que obra en poder de Don Antonio Ruíz, Secretario del «Instituto de Estudios Hispánicos» de Puerto de la Cruz; y que sin duda corresponden igualmente a varios otros Capitanes Generales.

51.—Antonio Moreno Zaldarriaga (1840-41).

*Ultimo Comandante General de la serie anterior. En 1841 (decreto 8 de septiembre), quedó dispuesto que el distrito de Canarias fuera regido —como todos los restantes— por un titulado Capitán General.*

52.—Miguel de Araoz (1841-42).

*Primer Capitán General de la nueva serie. Teniente General del Ejército, como casi todos los siguientes.*

53.—Jaime Carbó (1842-43).

54.—Fermín de Salcedo (1843-47).

55.—Segundo Ulibarri (1847).

56.—Francisco Javier Ezpeleta (1847-50).

57.—Antonio Ordóñez Villanueva (1850-52).

58.—Eusebio de Calonge y Fenollet (1852).

59.—José María Laviña (1852-53).

60.—Jaime Ortega y Olleta (1853-54).

61.—Agustín Noguerras y Pitarque (1854-56).

62.—José Martínez Ferraguero (1856-58).

63.—Narciso de Atmeller y Cabrera (1858-61).

64.—Mariano Rebagliato y Pesceto (1861-63).

65.—Joaquín Riquelme Gómez (1863-65).

- 66.—Pedro de la Bárcena y Ponte (1865-66).  
67.—Pascual del Real y Reyna (1866-68).  
68.—Vicente Talledo y Díez (1868).  
69.—Luis Serrano del Castillo (1868-72).  
70.—Carlos Palanca Gutiérrez (1872-73).  
71.—Baltasar Hidalgo de Quintana y Trigueros (1873).  
72.—Federico Salcedo y San Román (1873-74).  
73.—José Salazar y Real Rodríguez (1874-76).  
74.—Crispín Jiménez de Sandoval (1876-77).  
75.—Melitón Catalán López (1877-78).  
76.—Valeriano Weyler y Nicolau (1878-83).

*Más tarde, Marqués de Tenerife y Duque de Rubí.*

- 77.—Gabriel de Torres y Jurado (1883-84).  
78.—José Chinchilla Díaz (1884-85).  
79.—Buenaventura Carbó Aloy (1885-87).  
80.—Adolfo Morales de los Ríos (1887-90).  
81.—Pedro Cuenca y Díaz de Rábago (1890-91).  
82.—José López Pinto y Marín Reina (1891-93).

*Canarias deja de ser «distrito» y se convierte en «región». Sigue regida por un Teniente General del Ejército, con título de «Capitán General».*

- 83.—Federico Esponda Morell (1893).
- 84.—Francisco Girón y Aragón, Marqués de Ahumada (1893-94).
- 85.—Manuel Macías Casado (1894-96).
- 86.—Francisco Gamarra Gutiérrez (1896-97).
- 87.—José Sánchez Gómez (1897).
- 88.—Mariano Montero Cordero (1897-98).
- 89.—Manuel Delgado Zulueta (1898-99).
- 90.—Enrique Bargés Pombo (1899-1900).
- 91.—Ignacio Pérez Galdós (1900-02).
- 92.—Adolfo Rodríguez Bruzón (1902-03).
- 93.—Ignacio Pérez Galdós (1903-05).
- 94.—Tomás Bouza Cebreiro (1905-07).
- 95.—José March García (1907-09).
- 96.—Vicente Martitegui y Pérez de Santamarina (1909-10).
- 97.—Wenceslao Molins Lemaur (1910-11).
- 98.—Emilio March García (1911-15).
- 99.—Enrique Cortés Gayona (1915).

- 100.—Luis Mackenna Benavides (1915-16).
- 101.—Francisco San Martín Patiño (1916).
- 102.—Cándido Hernández de Velasco (1916-18).
- 103.—Carlos Palanca y Cañas (1918-19).
- 104.—Francisco Rodríguez y Sánchez Espinosa (1919-23).
- 105.—Alberto de Borbón y Castellví, Duque de Santa Elena (1923-24).
- 106.—Leopoldo de Heredia y Delgado (1924-26).
- 107.—Antonio Vallejo Vila (1926-28).
- 108.—Jorge Fernández de Heredia y Adalid (1928).  
*No llegó a incorporarse.*
- 109.—José Rodríguez Casademunt (1928-31).  
*Caballero Laureado de San Fernando.*  
*Intervalo de tres meses, durante el cual actuó el General de*  
*Brigada Don ANGEL RODRIGUEZ DEL BARRIO.*
- 110.—Enrique de Salcedo y Molinuevo (1931-36).  
*General de División, con título de Comandante Militar.*
- 111.—Joaquín Fanjul y Goñi (1936).  
*General de División, con título de Comandante Militar.*
- 112.—Francisco Franco y Bahamonde (1936).  
*General de División. Futuro GENERALISIMO DE LOS*  
*EJERCITOS de Tierra, Mar y Aire, JEFE DEL ESTADO y*  
*Caballero Laureado de San Fernando.*

113.—Luis Orgaz y Yoldi (1936).

*General de División.*

114.—Angel Dolla y Lahoz (1936-37).

*General de Brigada, con título de Comandante General de Canarias, en vez de Comandante Militar.*

115.—Carlos Guerra Zagala (1937).

*General de Brigada, con título de Comandante General de Canarias.*

116.—Vicente Valderrama Arias. (1937-39).

*General de Brigada, con título de Comandante General de Canarias.*

117.—Ricardo Serrador Santés (1939-43).

*General de División, y luego Teniente General del Ejército. Es nombrado «Capitán General de Canarias», «Jefe de las Fuerzas de Aire, Mar y Tierra» del Archipiélago, e «Inspector de las Tropas de Africa Occidental Española». Fallece en Tenerife.*

*Intervalo de 3 meses, durante el cual la Capitanía es regida por el General de Brigada, DON EUGENIO SANZ DE LARIN.*

118.—Francisco García-Escámez e Iniesta (1943-51).

*General de División y luego Teniente General del Ejército. Caballero Laureado de San Fernando. Ejerce los cargos antes citados. Fallece en Santa Cruz de Tenerife, y recibe el título de Marqués de Somosierra.*

*En adelante, la Capitanía General de Canarias sigue siendo desempeñada por un Teniente General.*

# ÍNDICES

# Materias

	<u>Págs.</u>
<i>Este libro</i> . . . . .	7
PRÓLOGO . . . . .	11
PRIMERA PARTE.—ANTECEDENTES.	
I.—El Archipiélago.	
Diseño.— Formación geológica.— La topografía Canaria.— El clima. . . . .	31
II.—Los Isleños.	
Incógnita original.— Los guanches.— La unión fecunda.— La situación actual . . . . .	43
III.—La Época prehispánica.	
Comentario inicial.— Las Afortunadas.— Etimología de Ca- narias.— Un horizonte poco diáfano.— Discriminaciones.— Fuentes desaparecidas.— Expediciones anteriores a la Era Cristiana.— Otro período incierto.—La última etapa . . . .	69
SEGUNDA PARTE.—LA CONQUISTA (Siglo XV)	
IV.—Juan de Bethencourt (1402-1425).	
La famosa brecha.— Lanzarote y Fuerteventura.— La prime- ra vacación de Bethencourt.—Rivalidades.— Una inspección somera.— Nuevas andanzas de Bethencourt.— El penúltimo episodio.— Isla del Hierro.— Viaje final.— Comentarios . . . .	87

V.—Vaivenes gubernativos (1406-1477).

El ambiente en las Señoriales.— Maciot de Bethencourt.—  
La amenaza portuguesa.— Un período inconsistente.— La  
cesión de los derechos de conquista . . . . . 103

VI.—Sometimiento de Gran Canaria (1478-83).

Preparativos y Desembarco.— El combate de Guiniguada.  
—Los portugueses.— Procesamiento de Rejón.—Encuentros  
desgraciados.—Idas y venidas de Rejón.—Pedro de Vera.—  
Un desafío trágico.— Don Fernando de Guanarteme.— Ul-  
timos combates . . . . . 113

VII.—Miscelánea (1478-96).

Previa explicación.— El Hierro y la Gomera.— Lanzarote y  
Fuerteventura.— Reparición y muerte de Rejón.— La Go-  
mera nuevamente.— Gran Canaria.—Maldonado . . . . . 129

VIII.—El asalto a La Palma (1492-93).

Prolegómenos.— El futuro Adelantado.— Las primeras ope-  
raciones.— Victoria discutida.— Epílogo . . . . . 139

IX.—Las dos campañas de Tenerife (1494-96).

Algo de historia.— Puesta en marcha y desembarco.— La  
matanza de Acentejo.— Otra salida.— La Laguna.— Fin de  
la segunda operación.— Reconocimiento ofensivo.— Victo-  
ria en Acentejo.— Los Realejos. . . . . 145

X.—Los conquistadores de Canarias.

La odiosa comparanza.— Juicio histórico.— El negocio bé-  
lico.— Un comentario en propia defensa . . . . . 161

TERCERA PARTE.—LA SEGUNDA BRECHA (Siglos XVI al XVIII).

XI.—Dos ventanas a la mar (1496-1600).

## ÍNDICES

	<u>Págs.</u>
Explicación.— Los menceyes en la Corte.— El panorama de occidente.— Enlaces matrimoniales.— Gran Canaria predomina.— Un vistazo a oriente.— Autos de fe.— Moros y moriscos . . . . .	175
<b>XII.—Drake y Van der Doest (1522-1600).</b>	
Piratas y corsarios.— El primer aldabonazo.— La muralla se agrieta.— Don Alvaro de Bazán.— Ataques y amenazas.— Drake, genio del corso.— El almirante Van der Doest . . . . .	193
<b>XIII.—Los Capitanes Generales (1589-1706).</b>	
Resumen previo.— El marqués de Bedmar.— Andía Irrarázabal.— El patriotismo de Canarias.— La malvasía y la paz interna.— Ingleses y holandeses.— Otro intento fracasado.— Fin del siglo XVII. . . . .	217
<b>XIV.—Nuevas amenazas (1700-1791).</b>	
La dinastía se muere.— La guerra de sucesión.— El almirante Genings.— Los primeros regimientos.— El Marqués de Valhermoso.— Otra guerra y nuevas agresiones.— Dificultades comerciales.— Un acuerdo razonable . . . . .	235
<b>XV.—Nelson (1797).</b>	
Situación internacional.— Atavismos de la «Royal Navy».— Tenerife y su defensa.— El 22 de Julio — Zozobra e indecisión.— A bordo de la «Sea Horse».— La embestida.— El comandante del «Culloden».— Día 25.— Cartas incoherentes y juicios temerarios . . . . .	255
<b>CUARTA PARTE.—COMPÁS DE ESPERA (El siglo XIX).</b>	
<b>XVI.—Las Juntas (1798-1842).</b>	
Tertulias aristocráticas.— La junta suprema y el cabildo permanente.— O'Donnell y Casa-Cagigal.— Pugilato propiamente.— Los Hijos de San Luis.— Carlismo y anticarlismo. . . . .	277

XVII.—Pronunciamientos y epidemias (1843-1900).

Transformación de las milicias.— Repercusiones políticas. —El cólera y la fiebre.— Incomunicaciones.— Canarias y la mar.— Comentario final . . . . .	291
--	-----

QUINTA PARTE.—LA VIGILIA (Siglo XX).

XVIII.—La primera Guerra Mundial (1901-1935).

Empieza el siglo XX.— La guerra.— Consecuencias inme- diatas.— La protección y defensa de Canarias . . . . .	305
---	-----

XIX.—La segunda Guerra Mundial (1936-1945).

Preludio hispánico.— Los grandes preparativos.—La ofen- siva atlántica.— El tráfico y la policía de los mares.— La acción aérea.— El Archipiélago en su brecha . . . . .	313
--	-----

XX.—La situación actual (1945-1953).

Consideraciones militares.— El comercio de Canarias.— La economía.— Intensificación y mantenimiento de las comu- nicaciones.— Protección del Archipiélago.— La posición de espera . . . . .	329
--	-----

APÉNDICES.

A.—Obras consultadas . . . . .	349
B.—Señoríos de Canarias.	
Los Tetrarcas.—Condes de la Gomera y Señores del Hierro. —Marqueses de Lanzarote.—Señores de Fuerteventura . . . . .	275
C.—El Gobierno de las Realengas.	
Los Adelantados. . . . .	285
D.—El Mando Militar.	
Los Capitanes Generales . . . . .	287

## Mapas e Ilustraciones

<u>Láminas</u>	<u>ASUNTOS</u>	<u>Páginas</u>
1	El Teide (Isla de Tenerife) . . . . .	9
2	Hacia la romería . . . . .	10
3	El barco. . . . .	27
4	Un racimo que madura . . . . .	28
5	El drago de Icod. . . . .	45
6	Costa canaria . . . . .	46
7	Tipos históricos . . . . .	63
8	Un gomero silbando. . . . .	64
9	Mapas antiguos . . . . .	81
10	Galera del siglo XV . . . . .	82
11	El Puertito (isla de Lobos) . . . . .	99
12	Templo de Betancuría (Fuerteventura) . . . . .	100
13	Alrededores de Santa Brígida (Gran Canaria) . . . . .	117
14	La Tempestad de piedra (id.) . . . . .	118
15	El puerto de la Estaca (isla de Hierro) . . . . .	135
16	San Sebastián de la Gomera . . . . .	136
17	La primera misa en Tenerife . . . . .	153
18	Playa de Martiánez (La Orotava) . . . . .	154
19	El roque de las Cañadas. . . . .	171
20	Pescadores canarios . . . . .	172
21	Balcón del siglo XVI (Las Palmas) . . . . .	189
22	El Timanfaya (Lanzarote) . . . . .	190
23	Navío de Drake. . . . .	207
24	El frente agredido por Van der Doest . . . . .	208 y 209
25	Puerto Luz y el Confital (Gran Canaria) . . . . .	210
26	Ramas de drago. . . . .	227
27	Una platanera . . . . .	228
28	La Palma (vistas diversas) . . . . .	245

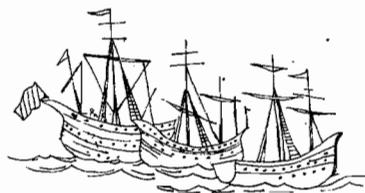
CANARIAS EN LA BRECHA

---

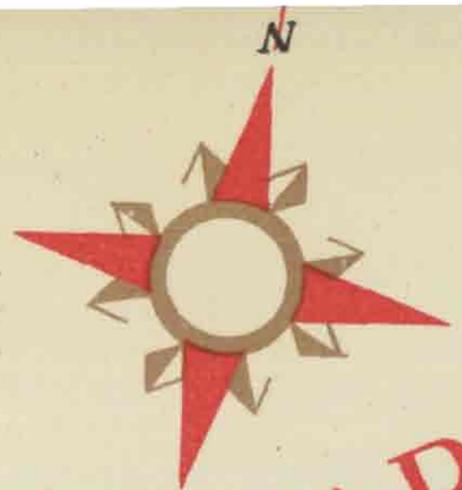
Láminas	ASUNTOS	Páginas
29	Santa Cruz de la Palma (id.) . . . . .	246
30	El Tigre . . . . .	263
31	Tenerife y su defensa . . . . .	264 y 265
32	El Convento de Santo Domingo y el muelle de Santa Cruz. . . . .	266
33	Felicitación de Viera al General Gutiérrez . . . . .	283
34	Casa y pinar de Santa Avelina (Gran Canaria) . . . . .	284
35	Atardecer . . . . .	301
36	El Santísimo Cristo de La Laguna . . . . .	302
37	Iglesia de La Orotava . . . . .	319
38	Nuestra Señora del Pino (Teror) . . . . .	320
39	Fuerzas de Mar y Tierra, en Tenerife . . . . .	337
40	Protección aérea del Archipiélago . . . . .	338
41	Caballeros normandos hacia Canarias (miniatura) . . . . .	355
42	Cubierta de un relato de la agresión de Van der Doest . . . . .	356
43	Idem de la historia de Núñez de la Peña . . . . .	373
44	Id. id. de la obra manuscrita de Torriani y de un folleto atribuido a Monteverde . . . . .	374
45	Santa Cruz de Tenerife (vista general) . . . . .	391
46	Las Palmas de Gran Canaria (dos aspectos) . . . . .	392
47	Canarias y la costa de Africa (croquis) . . . . .	412
48	Mapa de Tenerife . . . . .	413
49	Id. de Gran Canaria . . . . .	414
50	Id. de La Palma . . . . .	415
51	Id. de Lanzarote . . . . .	416
52	Id. de Fuerteventura . . . . .	417
53	Id. de La Gomera . . . . .	418
54	Id. del Hierro . . . . .	419
55	La Sierra de Anaga . . . . .	422
56	El litoral de Puerto de la Cruz . . . . .	423
57	Paisaje canario (por F. Bonnín) . . . . .	426
58	Id. id. . . . .	427

# LAMINAS ESPECIALES

# Mapas de conjunto y de las diferentes islas del Archipiélago



# ISLAS CANARIAS



**LA PALMA**  
Sta. Cruz de La Palma

**TENERIFE**  
Sta. Cruz de Tenerife

**GOMERA**  
San Sebastián

**HIERRO**  
Valverde

**GRAN CANARIA**  
Las Palmas

**FUERTEVENTURA**  
Puerto de Cabras  
Puerto Cansado

**LANZAROTE**  
Arrecife

**MARRUECOS**  
SIDI IFNI  
Chammar  
Tantan  
Chebeica  
Meseied



**ZONA SUR DEL PROTECTORADO**

**SAHARA DE ESPAÑA**

**MAURITANIA**

**EL HAMBRA**

**SAGUIA**

**AAIUN**

**Cabo Bojador**

**VILLA BENS**

**VILLA CISNEROS**

**Bir Enzaran**

**Aargub**

**Ausert**

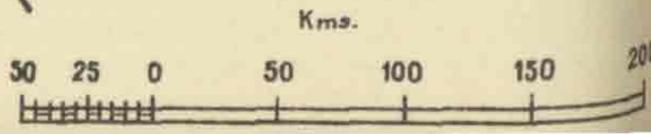
**Bir Gandus**

**Tichlá**

**PORT-ETIENNE**

**Güera**

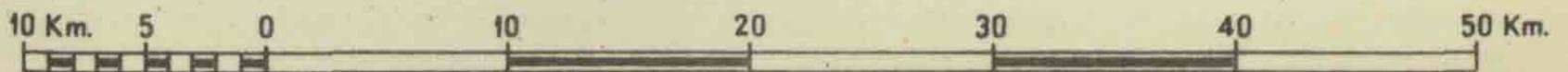
**Desembarcaderos**



# TENERIFE



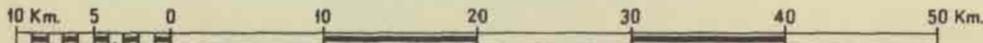
Escala 1:500.000



# GRAN CANARIA



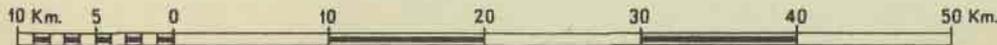
Escala 1:500.000



# LA PALMA



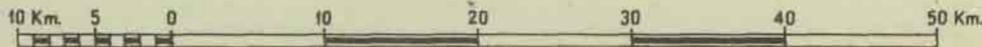
Escala 1:500.000



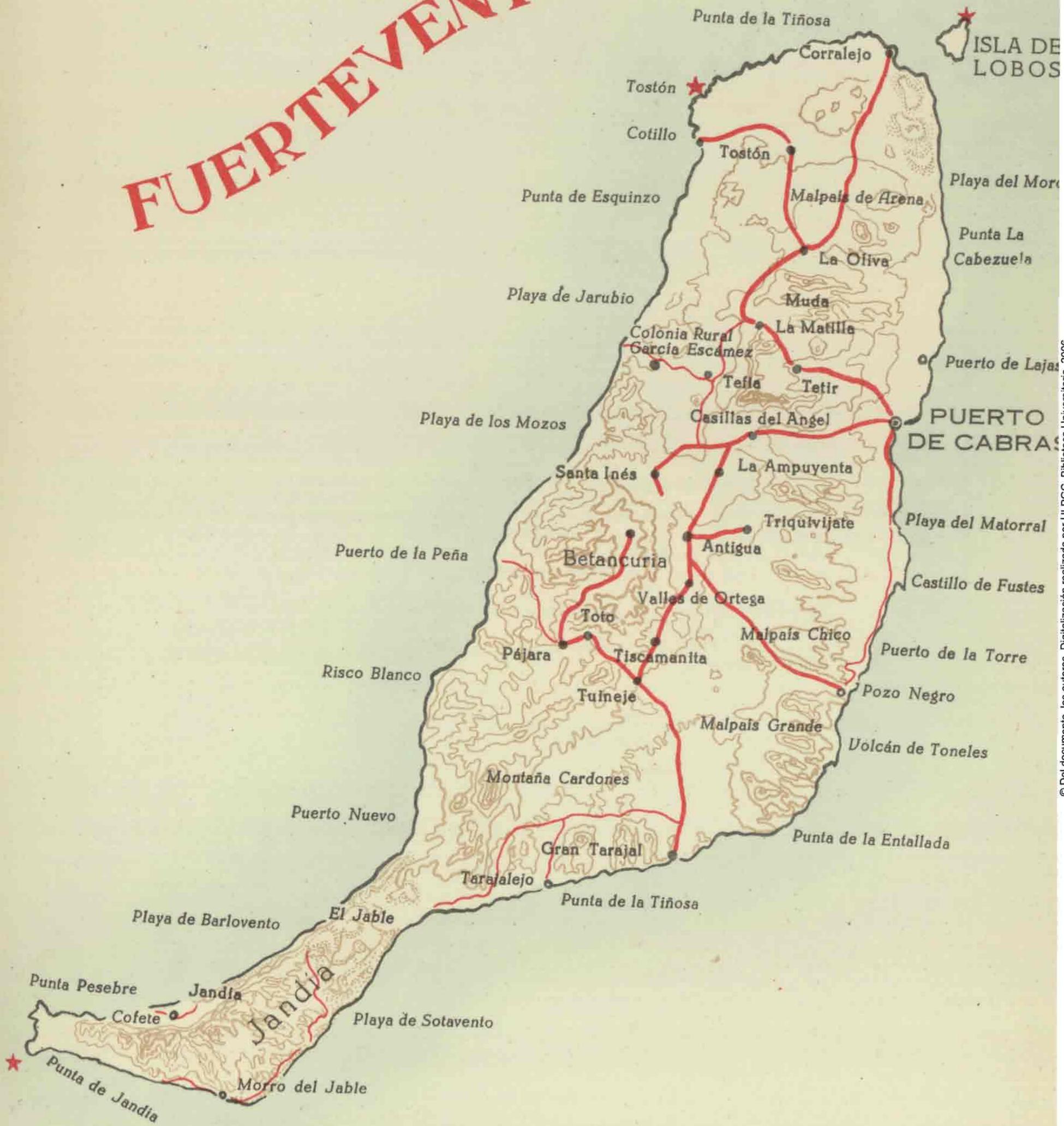
# LANZAROTE



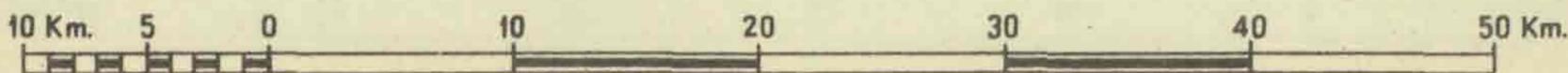
Escala 1:500.000



# FUERTEVENTURA



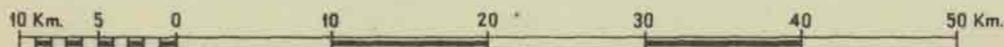
Escala 1:500.000



# GOMERA



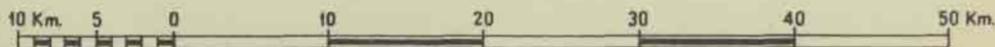
Escala 1:500.000



# HIERRO



Escala 1:500.000



# Fotografías





LA SIERRA DE ANAGA

Foto: M. Santaolalla.

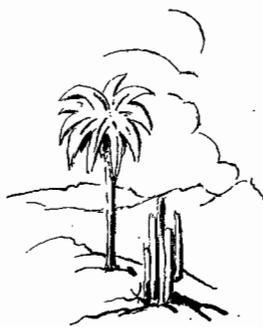
LA MAR DESDE MARTIANEZ

Foto: M. Santaolalla.

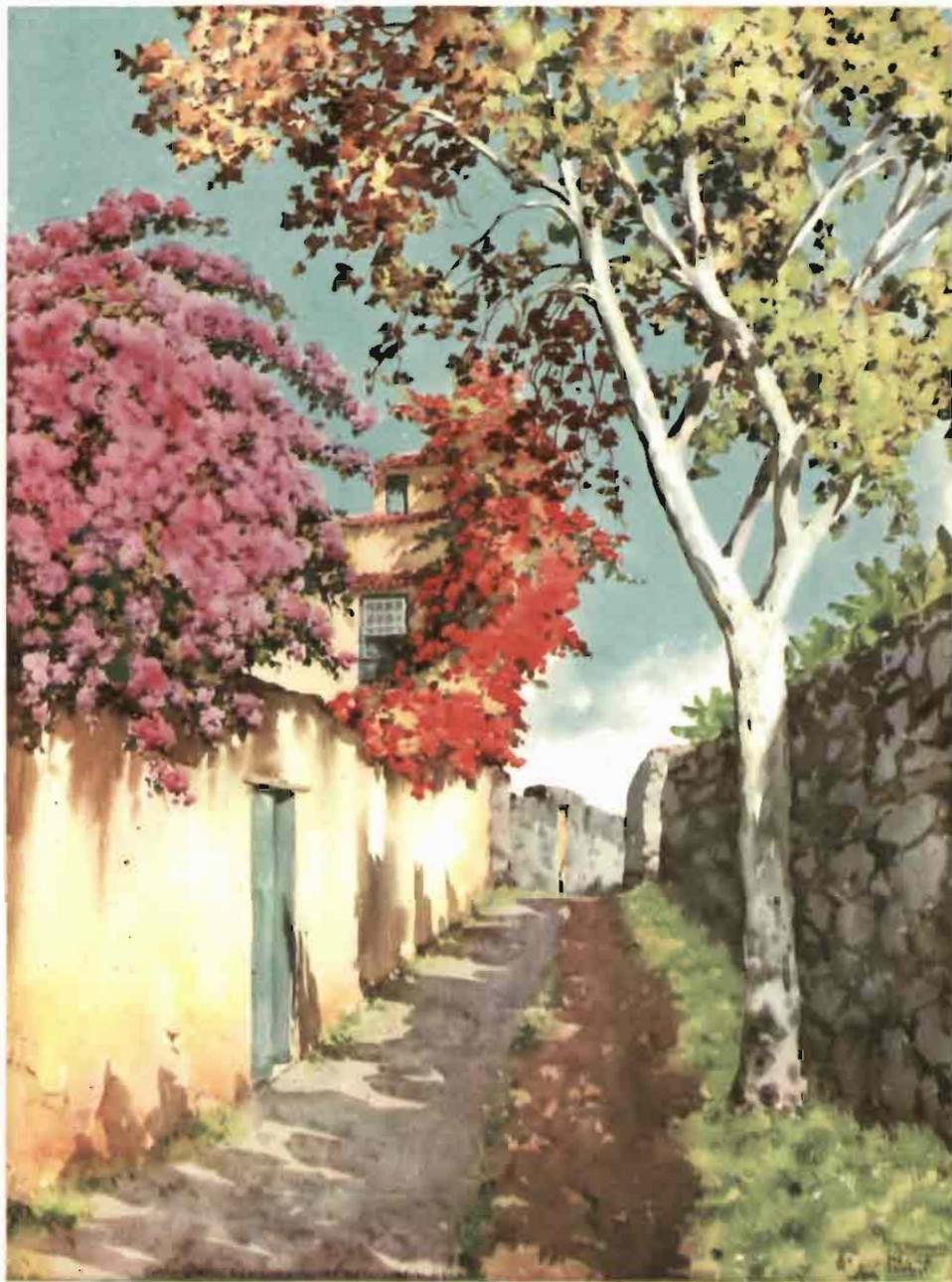


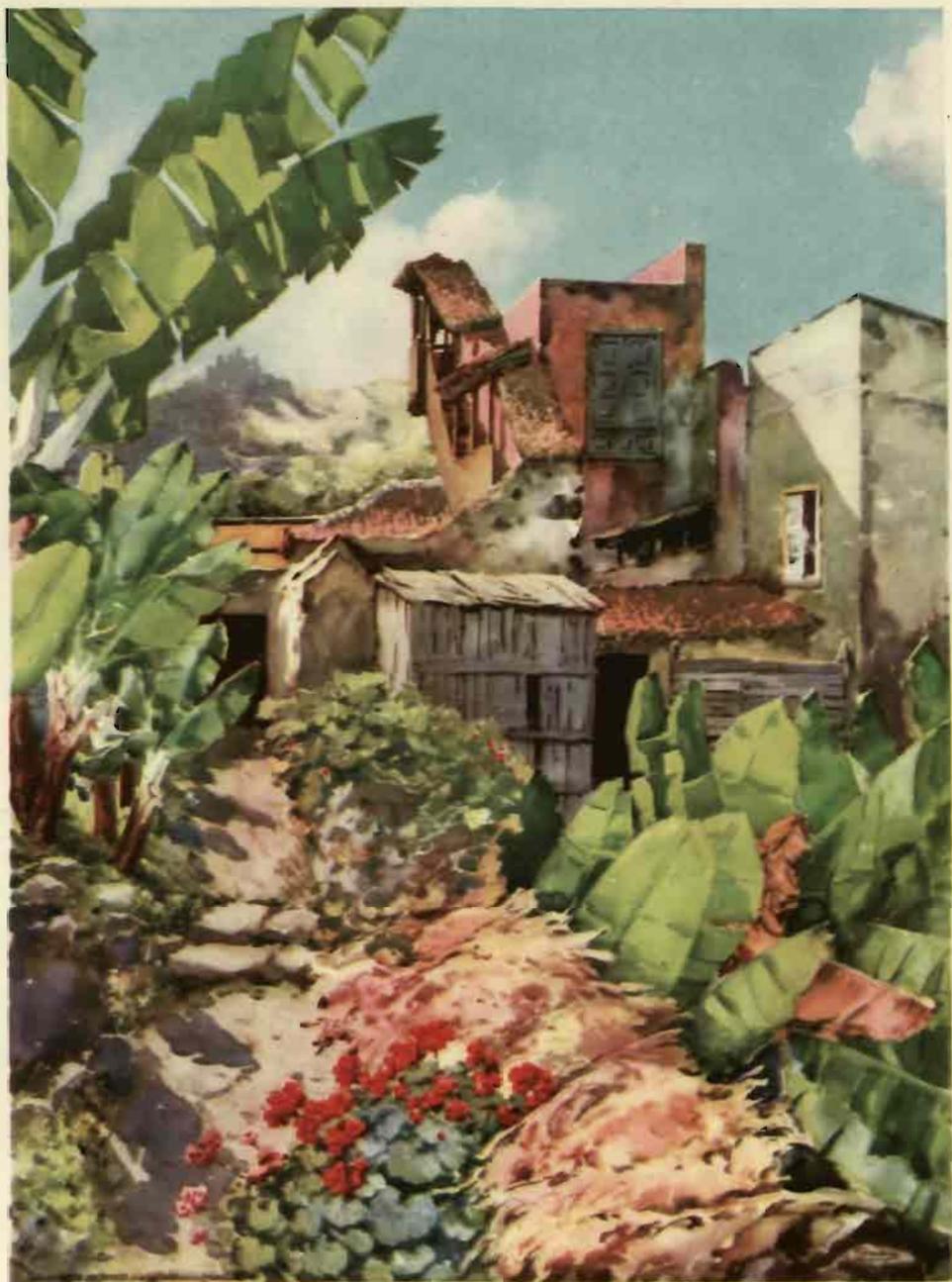
# Paisajes Canarios

Acuarelas de Francisco Bonnín



Los originales pertenecen  
a la Capitanía General de Canarias





¿  
Esta obra  
se ha terminado  
el día 7 de Septiembre de 1953  
(víspera de la festividad de Nuestra Señora del Pino)

~~~~~  
Tanto la impresión como los trabajos en color  
y los de hueco-Offset han sido realizados  
por los Talleres de A. Romero  
en Santa Cruz de Tenerife  
(Islas Canarias)



PRINCIPALES OBRAS  
DEL  
GENERAL  
MARTINEZ CAMPOS

---

*Artillería y Aviación* (1918)

*Las Fuerzas Militares del  
Japón* (1921)

*La Artillería en la Batalla*  
(1928)

*Pájaros de Acero* (1929)

*Arte Militar Aéreo* (1929)  
(en colaboración)

*El fuego* (1934)

*Los fuegos* (1935)

*Arte Bélico* (1936)

*Cuestiones de Ante-Guerra*  
(1942)

*Empleo de la Artillería*  
(1943)

*Teoría de la Guerra* (1945)

*Ayer* (1946)

*Las campañas del Pacífico  
y de Extremo Oriente*  
(1947)

*¿Otra Guerra?* (1950)

*Dilemas* (1952)

